

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES EDUCATIVAS DEL CENTRO DE
INVESTIGACIÓN Y ESTUDIOS AVANZADOS DEL INSTITUTO POLITÉCNICO
NACIONAL DIE-CINVESTAV

***Disputa democrático-revolucionaria sobre el 68 y el movimiento como condición
de emergencia de idearios educativos antagónicos: La Reforma de Luis
Echeverría y la educación política en el periódico Madera de la Liga Comunista
23 de Septiembre***

Tesis que para obtener el grado de Doctora en Ciencias con Especialidad en
Investigaciones Educativas, presenta la M. en C. Itzel López Nájera

Directora: Dra. Rosa Nidia Buenfil Burgos

Sinodales: Dra. Ariadna Acevedo Rodrigo (DIE-Cinvestav)

Dra. Eugenia Roldán Vera (DIE-Cinvestav)

Dra. Silvia Fuentes Amaya (UPN Ajusco)

Dr. Daniel Guillermo Saur Moyano (UNC Córdoba, Argentina)

México, DF, 26 de septiembre de 2015

Para la elaboración de esta tesis, se contó con el apoyo de una beca de Conacyt

Dedicatoria

Esta tesis está dedicada a mis padres María Oselia Guadalupe Nájera Ortega y Héctor López Ortiz, las únicas personas que incondicionalmente están siempre junto a mí. Gracias por sus enseñanzas y hacer de mí lo que soy, con mis defectos y virtudes. Gracias por ofrecerme a lo largo de la vida todas las condiciones para poder estudiar y llegar hasta este momento culminante. Gracias por motivarme a llegar hasta aquí con mi propia perspectiva, con mi historia de vida. Los amo.

Agradecimientos

Agradezco a mi directora de tesis, la Dra. Rosa Nidia Buenfil Burgos, por todas sus enseñanzas; por la perspectiva teórica que me ayudó a conocer y comprender; y por la manera didáctica en que siempre condujo sus seminarios. También agradezco su lado más humano y menos docente, a la mujer que se estremece con los perros, que te aconseja como amiga y te regaña como prefecta de escuela. Me llevo todo ese aprendizaje y estoy segura que me acompañará por el resto de mi vida.

Gracias especiales a mis sinodales: a la Dra. Silvia Fuentes Amaya y a la Dra. Eugenia Roldán Vera por acompañarme en todo el proceso de investigación con sus comentarios, críticas y sugerencias atinadísimas que enriquecieron este trabajo. También agradezco a mi tutor argentino, el Dr. Daniel Guillermo Saur Moyano, quien me recibió en Córdoba y me mostró el trabajo de Eliseo Verón, el cual incorporé en el análisis de este texto. Gracias también a la Dra. Ariadna Acevedo Rodrigo, quien se incorporó al último del proceso con mucho ánimo y comentarios que definitivamente reconfiguraron la estructura de mi tesis para bien, pues quedó mucho más accesible y bonita.

Gracias a toda mi familia: a Sandra, a Vero, a Ame, a Alan, a Xime, a Jacobo, a Sergio, a Antonio. Su compañía ha sido indispensable en este proceso, en especial de mis amados sobrinos que para mí siguen y seguirán siendo mis niños. A mi abuelita Goya por enseñarme que nunca es tarde para conocerse.

Gracias a toda la gente que estuvo conmigo durante este proceso; a los que ya no están pero me dejaron un aprendizaje; a los que fueron malas personas pero me ayudaron a valorar aun más a las buenas; a los viejos y nuevos amigos. Gracias a Amanda, Michelle, Ely, Ami, Memo, Iván, Edgar, Lore, Chío, Octavio, al señor Jesús por ayudarme a cuidar a Pascual.

Gracias especiales a las personas que me acogieron en Argentina: Héctor Roque Sánchez; Marta Sánchez; Laura Teyo; Flor Arriaga; Vivi Díaz; Lidia Álvarez; Julieta Crivisqui; y sobre a todo a Victoria Páez, Laura Santamartina y Laurita, gracias a su generosidad y calidez; por recibirme incondicionalmente en sus hogares; todas ellas mujeres nobles y admirables que trabajan día a día por la superación de quienes las rodean. Siempre están en mi corazón todos los boludos y boludas.

Gracias a los integrantes del seminario PAPDI por el aprendizaje, los encuentros, las interacciones, las publicaciones.

Agradezco a Esther Jiménez y a Rosa María Martínez por su amabilidad. Acercarse a ellas para los trámites institucionales es siempre una experiencia cálida.

Y por último pero por ello más importante a mis amados gatos y a Pascual. A Sid, a Nancy, a Valentina, a Rita por enseñarme lo que es el amor el verdadero.

RESUMEN

En esta investigación se hace una relectura del movimiento estudiantil de 1968 en México y de sus efectos en la conformación de la izquierda nacional, a partir de los cuales se profundiza una división en torno a dos posturas: una democrática y una revolucionaria. Con base en la perspectiva del Análisis Político de Discurso y la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau, se caracteriza la relación política entre el Consejo Nacional de Huelga y el gobierno mexicano, y cómo de la domesticación del antagonismo entre ambas posiciones se marcó una nueva frontera de exclusión a partir de la cual emerge el futuro enemigo de los años setenta, es decir, el guerrillero urbano, denominado aquí como el Outsider. Se caracteriza además a dicho movimiento como parte de las condiciones de producción de dos estrategias que giran en torno a cuestiones educativas: la primera de pacificación, diseñada desde el gobierno federal como respuesta a la revuelta juvenil del 68; la segunda de agitación, donde la educación política es vista como la vía de preparación para insurrección la armada propuesta por la Liga Comunista 23 de Septiembre en su órgano clandestino de difusión: Madera. Éste se analiza con base en el Análisis del Discurso Político de Eliseo Verón.

ABSTRACT

This research makes a reinterpretation of the '68 Mexican student's movement and its effects on the conformation of the left exploring two stances: the democratic and the revolutionary. Based on Ernesto Laclau's Political Discourse Analysis and Hegemony Theory, the relationship between the National Strike Council and the Mexican government is characterized. The domestication of the antagonism of both stances marked a new frontier of exclusion, from which the future 60's enemy emerged: the urban guerrilla, called here as the Outsider. Urban guerrilla is featured as part of the production conditions of two educational strategies: the first is pacifying, designed by the government as a result of the 68 youth revolt; the second is agitation, where political education is seen as the way to armed insurrection and proposed by the clandestine Liga Comunista 23 de Septiembre paper: Madera. This is analyzed based on the Analysis of Political Discourse of Eliseo Verón.

ÍNDICE

<i>Introducción. Disputas y efectos educativos en torno al movimiento de 1968.....</i>	<i>1</i>
<i>Revisión somera de la literatura.....</i>	<i>1</i>
<i>Tríada metodológica. Elementos en tensión productiva.....</i>	<i>7</i>
<i>Estructura capitular no lineal, efectos inmediatos y mediatos del 68 en la educación..</i>	<i>11</i>

PRIMERA PARTE. ANDAMIAJE TEÓRICO Y CLAVES DE LECTURA

CAPÍTULO I *Análisis Político de Discurso: códigos de lectura para un objeto en pugna*

<i>Introducción.....</i>	<i>15</i>
<i>Bases epistemológicas de la perspectiva.....</i>	<i>16</i>
<i>Posmarxismo.....</i>	<i>20</i>
<i>Las cuatro características de lo social.....</i>	<i>23</i>
<i>Hegemonía.....</i>	<i>26</i>
<i>Contingencia y dislocación.....</i>	<i>30</i>
<i>Constitución de sujeto.....</i>	<i>33</i>
<i>La cuestión educativa.....</i>	<i>35</i>
<i>Mito y las condiciones de posibilidad del imaginario.....</i>	<i>38</i>

CAPÍTULO II *Imaginario hegemónico: noción central en la comprensión del discurso de la democracia y la revolución*

<i>Introducción.....</i>	<i>41</i>
<i>Dislocación, mito, y la emergencia del imaginario.....</i>	<i>49</i>
<i>El imaginario es producto de una relación hegemónica.....</i>	<i>56</i>
<i>En el imaginario hegemónico se invisibiliza la imposibilidad de la sociedad, y al hacerlo se produce efecto de sociedad.....</i>	<i>57</i>
<i>El imaginario hegemónico parte de una demanda particular que se ha universalizado..</i>	<i>60</i>

<i>El imaginario hegemónico se ambigüiza en contexto.....</i>	61
<i>El imaginario hegemónico es tendencialmente vacío, e imaginarios históricamente sedimentados.....</i>	62
<i>El imaginario hegemónico se presenta como horizonte de plenitud.....</i>	65
<i>Cierre capitular: ¿Por qué hablar de imaginario hegemónico y no solamente de hegemonía?.....</i>	67

**SEGUNDA PARTE. EN TORNO A 1968: CONDICIONES DE PRODUCCIÓN Y
DISPUTAS EN TORNO A SU SENTIDO**

**CAPÍTULO III Condiciones de emergencia del guerrillero urbano: el discurso de
la izquierda de 1968 y la exclusión de la violencia**

<i>Introducción.....</i>	74
<i>El 68 en el mundo.....</i>	76
<i>Hegemonización del imaginario democrático en el movimiento de 1968.....</i>	78
<i>Los primeros enfrentamientos estudiantiles.....</i>	83
<i>El diálogo y la represión.....</i>	85
<i>Los estudiantes politécnicos en el movimiento: ¿fuera de los márgenes del Consejo?..</i>	94
<i>Cuatro lecturas oficiales sobre las motivaciones del movimiento.....</i>	98
<i>1.- El movimiento se debe a una crisis educativa.....</i>	100
<i>2.- Divisiones internas en el prisma.....</i>	100
<i>3.- Complot de fuerzas extranjeras contra México y complot comunista.....</i>	101
<i>4.- Movimiento armado y violencia.....</i>	103
<i>Las autoridades y el CNH. Posiciones de sujeto que delimitan su campo.....</i>	105
<i>La ofensiva y defensiva de los estudiantes politécnicos en la protección de sus planteles: las escuelas como fuertes y baluartes.....</i>	110
<i>El discurso pacifista, anti armas, no violento de los participantes en el movimiento y los representantes del estudiantado.....</i>	113
<i>Los cargos contra los estudiantes participantes del movimiento.....</i>	115
<i>Cierre capitular, nuevas aperturas.....</i>	116

**CAPÍTULO IV La disputa por la significación del movimiento de 1968:
conformación de la posición de sujeto outsider**

<i>Introducción.....</i>	<i>118</i>
<i>Marcaje de fronteras. Divisiones al interior del Consejo Nacional de Huelga.....</i>	<i>120</i>
<i>La izquierda se desdobla en el post 68.....</i>	<i>125</i>
<i>La marcación de la frontera de exclusión desde el lado del outsider: la lectura de la posición revolucionaria respecto al movimiento del 68.....</i>	<i>133</i>
<i>A manera de cierre: Agonismo y antagonismo. El outsider del 68.....</i>	<i>142</i>

TERCERA PARTE. EFECTOS EDUCATIVOS EN EL POST 68

CAPÍTULO V La reforma integral de Luis Echeverría Álvarez: lo educativo como estrategia de pacificación

<i>Introducción.....</i>	<i>147</i>
<i>El 68 y la Apertura democrática.....</i>	<i>149</i>
<i>Otras condiciones de producción de la reforma educativa de los setenta.....</i>	<i>154</i>
<i>El mito reformista: la educación como estrategia de pacificación a la crisis del 68.....</i>	<i>155</i>
<i>La posición democrática y la educación.....</i>	<i>162</i>
<i>Imaginario democrático vs imaginario revolucionario.....</i>	<i>166</i>
<i>Cierre capitular: Democracia y revolución.....</i>	<i>174</i>

CAPÍTULO VI Lo educativo como estrategia de agitación revolucionaria: la educación política en el periódico Madera de la Liga Comunista 23 de Septiembre

<i>Introducción.....</i>	<i>176</i>
--------------------------	------------

<i>Otras herramientas de análisis. Recuperación de la perspectiva semiológica de Eliseo Verón.....</i>	<i>177</i>
<i>Articulación de distintos grupos en la conformación de la Liga Comunista 23 de septiembre: condiciones de producción del periódico Madera.....</i>	<i>184</i>
<i>Los Maderas viejos y el instinto de clase.....</i>	<i>187</i>
<i>Del instinto de clase a la educación política. La construcción del tejido educativo como categoría intermedia.....</i>	<i>191</i>
<i>Cierre capitular: educación para la insurrección.....</i>	<i>220</i>

A manera de cierre: Mostrar al desedimentar, otra lectura sobre los efectos del movimiento de 1968

<i>¿Qué hice en cada capítulo y cómo se relacionan entre ellos?.....</i>	<i>223</i>
<i>Aporte categorial.....</i>	<i>227</i>
<i>Aperturas.....</i>	<i>229</i>
<i>Siglas.....</i>	<i>231</i>
<i>Referencias.....</i>	<i>233</i>

Introducción. Disputas y efectos educativos en torno al movimiento de 1968

La presente investigación nace de la inquietud de analizar un proceso hasta ahora poco conocido pero que empieza a tomar lugar dentro del mundo académico e institucional y no sólo como labor de rescate político o debate entre grupos de autoconsumo. Me refiero al movimiento armado representado en la Liga Comunista 23 de septiembre y todo lo que la rodea: la conducta militar, la guerra sucia y desaparición forzada, el socialismo científico, las posturas que la critican o que la reclaman como herencia, los sectores que se solidarizaron, etc. Al margen de las disputas actuales que pueda provocar aún dicha organización desaparecida hace ya algunas décadas, lo que me interesa es retomarla como tema de investigación y construir en torno suyo un objeto coherente y sustentado por las herramientas del Análisis Político de Discurso (APD) y del análisis del discurso político veroniano.

Revisión somera de la literatura

Es necesario iniciar presentando una radiografía que muestre someramente lo que ha sido escrito sobre el tema que abordo, por lo que en este apartado expongo algunos de los trabajos que han retomado el movimiento de 1968, y a la Liga comunista 23 de septiembre. Sobre el 68 mexicano se ha escrito mucho y en distintas formas: desde los testimonios y entrevistas, hasta los documentales y películas, pasando por la literatura y el arte en general. Agrupo sólo algunos trabajos

Testimonios y memorias. En este grupo encontramos los siguientes trabajos: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (1971); Esteban Ascencio (1998) *1968: más allá del mito: testimonios de Raúl Álvarez Garín, Roberta Avendaño* entre otros; Leopoldo Ayala (1989) *Nuestra verdad: memorial del movimiento estudiantil popular y el dos de octubre de 1968*; Guillermina Baena Paez (1970) *Crónica de la huelga estudiantil del 22 de julio al 3 de diciembre de 1968*; Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 68*; Gastón García Cantú (1972) *1968: conversaciones con Gastón García Cantú*; Álvarez Garín, Raúl y Gilberto Guevara Niebla coord. (1998) *Pensar el 68*; Renward García Medrano, Renward (1998) *El 2 de octubre en sus propias palabras*; Raúl Jardón (1998) *1968, el fuego de la esperanza*; Renata Sevilla (1976) *Tlatelolco, ocho años después: trascendencia política de un sangriento suceso, testimonios de José Revueltas, Heberto Castillo, Luis González de*

Alba, Gilberto Guevara Niebla y Raúl Álvarez Garín; Elena Poniatowska (1980) *Fuerte es el silencio*. Todos estos textos ofrecen la palabra de los involucrados sea como protagonistas centrales o como participantes.

Análisis. En este grupo pueden encontrarse, entre otros, los siguientes trabajos: En 1968. *Los archivos de la violencia* (1998) Sergio Aguayo analiza las causas que generaron el movimiento así como las respuestas del gobierno y las autoridades universitarias; Gonzalo Varela Petito (1996) *Después del 68: respuestas de la política educativa a la crisis universitaria* ofrece una mirada a las consecuencias que el movimiento tuvo en este ámbito; Sergio Zermeño (1987) *México: una democracia utópica: el movimiento estudiantil del 68*, quien observa en el movimiento una “hazaña” y un nuevo punto de partida de las grandes luchas de las mayorías; Carlos Monsiváis y Julio Scherer (1999) *Parte de guerra. Tlatelolco 1968*, contiene documentos del general Marcelino García Barragán sobre ese año; Carlos Montemayor (2000) en *Rehacer la historia* analiza documentos sobre el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco; Raúl Álvarez Garín (1998) *La estela de Tlatelolco*; Guevara Niebla, Gilberto (1988) *La democracia en la calle: crónica del movimiento estudiantil mexicano*, además de *La libertad nunca se olvida* (2004), y *Largo camino a la democracia* (2008), en los tres hace un balance de las posiciones y explica posibles causas de la masacre; Eduardo Valle Espinoza (1984) *Escritos sobre el movimiento estudiantil del 68*; y Raúl Álvarez Garín y José Revueltas (1971) *Los procesos de México 68: tiempo de hablar. Alegatos de defensa*.

Poesía. En este grupo se pueden ubicar los libros: de Mario Ramírez y Leopoldo Ayala (2008) *El Libro Rojo del 68, a 40 años del movimiento estudiantil* en el que se presentan 68 poetas con textos sobre el movimiento; Leopoldo Ayala (2004) *Yo acuso, poesía perseguida política* y también *Tambores de sol: poesía sobre el movimiento estudiantil de 1968* junto con Juan Bañuelos y Roberto López Moreno (1998).

Novela. Aquí pueden agruparse textos como: *Palinuro de México* (1977) de Fernando del Paso; Antonio Velasco Piña (2011) *Regina: el dos de Octubre no se olvida*; *Los días y los años* (1970) de Luis González de Alba, ex miembro del CNH quien escribe una de las primeras novelas testimoniales producidas a raíz del conflicto.

Producidos en defensa de las autoridades: el texto apócrifo *¡El Mándrigo!*, supuesta bitácora del Consejo Nacional de Huelga; Manuel Urrutia Castro *Trampa en Tlatelolco. Síntesis de una felonía contra México*; Vicente Lombardo Toledano (1998) *Todos contra México: escritos en torno al conflicto del 68* en el que hace una férrea defensa del presidencialismo diazordacista.

Tesis. Existe también una gran cantidad de tesis sobre el tema: Germán Álvarez Mendiola (1985) *El movimiento estudiantil en la UNAM en la década setenta*; Jesús Aurelio Cuevas Díaz (1983) *El Partido Comunista Mexicano y el movimiento estudiantil de 1963-1973 : la ruptura entre las clases medias y el estado fuerte en México*; Claudia Elena Díaz Lozano (1995) *La influencia del movimiento estudiantil de México 1968, en la personalidad del adulto actual*; Salvador Díaz Sánchez (1983) *Represión política en México a partir de 1968*; Norma Patricia Lortia Martínez (1989) *Rupturas informativas en los diarios 1968-1986*.

Arte: Ivonne Gutiérrez (1998) *Entre el silencio y la estridencia: la protesta literaria del 68*; *La gráfica del 68: homenaje al movimiento estudiantil* (recopilación y texto Grupo Mira); Ignacio Medina y Rubén Aguilar (compiladores) *La ideología del CNH: canciones y carteles del movimiento estudiantil popular 1968*.

Artículos en revistas. Este grupo es muy amplio y abarca todos los artículos producidos sobre el movimiento en revistas de toda orientación política: Nexos, Proceso, Por esto, Punto Crítico, ¿Por qué?, Siempre, La Jornada, etc.

En cambio sobre la Liga comunista 23 de septiembre existe una producción mucho menor que se centra en historia regional, testimonios, guerra sucia¹ y desaparición forzada. En el libro *Los vikingos* de Jesús Zamora García (2012) se narra el proceso de politización de un grupo pandillero que llegó a formar parte de la Liga en Guadalajara; en *Guerrilleras* (2007) María de la Luz Aguilar Terrés compila textos y testimonios sobre la participación de las mujeres en la lucha armada mexicana en general (no sólo de la Liga); en *México armado* (2007), Laura Castellanos nos presenta

¹ Respecto al tema de la guerra sucia, Daniel Saur plantea una ausencia en mi trabajo. Esto es porque, precisamente, me desmarco de esta aproximación. A diferencia del contexto argentino donde existe abundante bibliografía sobre los procesos armados en época de dictadura; sobre desaparición forzada; y donde incluso se han implementado políticas efectivas de castigo contra los represores; en México apenas la década pasada comenzó a plantearse la reparación del daño a las víctimas con la creación de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), encargada de investigar este tipo de casos. Lo poco que se ha escrito relacionado a movimiento armado urbano de los setenta refiere principalmente a informes de derechos humanos; a la exhibición de documentos culpatorios del gobierno de Luis Echeverría; a artículos de análisis periodístico; a documentos de organizaciones y grupos políticos que exigen el castigo a los culpables. Recientemente acudí a un evento conmemorativo del asalto al cuartel de Madera (1965) en donde se reconoció públicamente que ha habido un silenciamiento en torno al abordaje académico del tema de desaparición forzada debido a que, en parte, la academia está ocupada por los antiguos enemigos de los revolucionarios, es decir, por la posición democrática. Reconociendo la importancia de esta mirada escasamente trabajada, me propongo aquí algo distinto, observar algo aun menormente estudiado: los procesos propios de los grupos armados y en específico de la Liga, sus planteamientos, sus análisis de contexto, sus proyectos, su palabra viva más que su cuerpo desaparecido. Sin embargo puedo mencionar respecto a la guerra sucia como perspectiva que plantea la existencia de una guerra entre dos bandos en pugna en desigualdad de condiciones, en donde el Estado represor -garante del derecho y de la "pacificación"- ingresa en una acción militar deslegitimante de su propia condición.

una radiografía del movimiento revolucionario en el país de 1943 a 1981; en *Ayer en la mañana clara* (2012) de Miguel Topete narra a través de una entrevista inconclusa a Salvador Gaytán el asalto al cuartel de Madera en 1965; Jorge Luis Sierra (2003) en *El enemigo interno. Contrainsurgencia y fuerzas armadas en México* el autor nos expone un panorama de intervenciones policiales para destruir o desaparecer a los grupos armados mexicanos entre los que se encuentra un apartado sobre la Liga; Verónica Oikión (2006) nos presenta en uno de los volúmenes de *Movimientos armados en México, siglo XX, la guerrilla en la segunda mitad del siglo* una parte dedicada también a la Liga comunista 23 de septiembre; Gustavo Hiraes (1978) plantea en su texto *La liga comunista 23 de septiembre, orígenes y naufragios* su particular lectura sobre el desenlace prematuro de dicho grupo armado.

Pueden mencionarse también algunos artículos de revistas, tales como: *La Liga comunista 23 de septiembre en Sinaloa. Los restos de un naufragio: 1974-1975* (2011), de Sergio Arturo Sánchez Parra para el Anuario de Historia regional y de las fronteras; de Rodolfo Gamiño y Mónica Patricia Toledo González el documento *Origen de la Liga comunista 23 de septiembre* publicado en Espiral, estudios sobre Estado y sociedad;

Algunas veces los aportes son productos de tesis, como es el caso de Mauricio Abraham Laguna Berber (1997) hermano de un ex combatiente, quien presentó la tesis de licenciatura llamada *La prensa clandestina en México. Caso del periódico Madera 1973-1981*, el único trabajo que propiamente retoma dichos documentos como fuente primaria; Alejandra Ivette Cruz Cruz (2013) presentó *El ataque al cuartel militar de Cd. Madera, Chihuahua: un análisis de los lugares de memoria, 1965-1973*; Reyes Martínez Torrijos (2008) se tituló con *La Liga comunista 23 de septiembre. Los años del fuego (1973-1976): reportaje*; Ángel Escamilla Rodríguez (2013) realizó la tesis *La Liga comunista 23 de septiembre 1973-1976* de corte historiográfico; Daniela Huda Tarhuni Navarro (2010) trabajó *La fuga de Oblatos. La Liga comunista 23 de septiembre desde sus protagonistas: reportaje*.

De la amplia bibliografía que existe sobre el 68 he expuesto sólo una parte, y dentro de ella, algunos de los trabajos que me resultan referentes en el momento de construir mi objeto. Con respecto a mi trabajo, polemizo con varios de los documentos agrupados como “de análisis”, específicamente con los representantes del Consejo que sostienen la versión más diseminada y sedimentada sobre el movimiento, aquella que plantea un cuadro pacifista a ultranza y que instaaura esta fecha como un hito para la vida

democrática del país. Frente a ésta, desedimento el significado hegemónico y muestro otra posible lectura sobre el mismo acontecimiento².

Conviene aquí mencionar el trabajo titulado *Presentes pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007* de Eugenia Allier, quien plantea la recuperación de memorias diversas en torno al movimiento del 68 a partir de una visión “menos centrada en el pasado que en los sucesivos presentes políticos y sociales que lo han condicionado” (Allier, 2009:289), es decir, que en torno a dicho evento se construyen diversas memorias por diferentes grupos. Por ejemplo, ella recoge la manera en que fue significado el 68 en cada conmemoración del dos de octubre y en cada momento decisivo de política nacional. Conceptualiza dos tipos de memorias: la de demanda y la del elogio, ambas coexistentes con diverso grado de intensidad dependiendo del momento específico referido (por ejemplo, en un inicio la memoria de denuncia visibilizó la represión padecida; en la huelga del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de 1986 y en proceso electoral de 1988, la memoria operó en mayor sentido desde una dimensión de elogio; y ya con Vicente Fox en el gobierno la memoria de denuncia alcanzó un clímax con la creación de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP), etc.). Así, desde otra lectura pero en concordancia fundamental con Allier, podría decirse que este trabajo, si bien no refiere a construcción de memorias, sí intenta revisar a la luz de la producción de nuevos escenarios (donde la FEMOSPP emerge para hacer visibles a ciertos actores del pasado) miradas al ternas a un mismo objeto. No hay una coincidencia exacta con el planteamiento de la autora, ya que lo expuesto en este trabajo tiene que ver más con operaciones de desedimentación, sin embargo en ambos trabajos coincide una operación de resignificación en direcciones antes no contempladas.

También es necesario mencionar aquí el trabajo de Carlos Montemayor (2010) *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968* en el que plantea que la

² Si bien elegí la perspectiva analítica del APD y las herramientas del análisis del discurso político para la construcción de mi objeto, no quisiera dejar de mencionar que otro abordaje podría hacerse a partir de la teoría de los movimientos sociales, al menos para la parte referida al movimiento del 68 (ya que el movimiento armado es cualitativamente distinto). Sobre este posicionamiento teórico existe disponible cierta bibliografía que podría ser explorada en trabajos futuros, por ejemplo: Melucci, A. (1994) ¿Qué hay de nuevo en los “nuevos movimientos sociales”? En *Los movimientos sociales*. Madrid, CIS; Melucci, A. (1985) *Las teorías de los movimientos sociales*. México D.F. UNAM; Melucci, A. “La acción colectiva como construcción social”. En *Estudios Sociológicos IX*: 26, mayo-agosto; Touraine, A. (1987) *El regreso del actor*. Buenos Aires. EDUBA; Touraine, A. El Sujeto como movimiento Social. En: *Crítica de la modernidad*. Madrid. Temas de hoy-Ensayo Ediciones; Rancière, J. (2010) Sobre la importancia de la Teoría Crítica para los movimientos sociales actuales. *Estudios visuales*; Dussel, (2008) Los movimientos sociales del siglo XXI Diálogos sobre el poder. En Martínez R., (comp.), Caracas, Venezuela. Serie: Pensamiento social.

guerrilla de los años setenta tiene un origen más vasto y referido a procesos regionales, y no sólo al movimiento del 68:

La incorporación de estudiantes universitarios a la guerrilla posterior no fue un proceso automático derivado de la dinámica propia de ese movimiento... Una gran parte de los estudiantes que se incorporaron a la guerrilla provinieron de dinámicas diferentes, de una amplia gama de otros aspectos políticos y universitarios de Michoacán, Chihuahua, Jalisco, Nuevo León y Sinaloa, sin conexión orgánica con el movimiento del 68" (Montemayor, 2010:13)

Si bien es cierto que la guerrilla urbana y particularmente la Liga se fundó a partir de diversos grupos dispersos a lo largo de la geografía nacional, también son posibles las siguientes afirmaciones:

- 1) Existieron brigadas politécnicas dentro del movimiento que sobrevivieron a la represión y luego tomaron forma en el grupo los Lacandones, justamente uno de los que conformaron la Liga posteriormente
- 2) Son los mismos guerrilleros de la Liga Comunista 23 de Septiembre quienes reconocen abiertamente en sus documentos el papel que tuvo la movilización del año 68 en la conformación de sus organismos armados.
- 3) Que gracias a un posicionamiento analítico como el que se maneja en este trabajo, puedo ver las conexiones entre ambos sucesos apoyada en la noción de sobredeterminación, a partir de la cual se jalan los hilos de los reenvíos simbólicos de uno a otro espacio para esclarecer sus conexiones o la manera en que se relacionan y en qué medida.

Otro punto del que me alejo de Montemayor y de otros autores que trabajan guerra sucia y violencia de Estado, es precisamente el tratamiento que respecto al 68 mexicano han realizado. Generalmente son lecturas que pretenden evidenciar un complot gubernamental en contra de las fuerzas democráticas mexicanas, la intervención de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana (CIA) en las decisiones nacionales, y la marcación de la responsabilidad de las fuerzas armadas en episodios represivos con la consiguiente demanda de justicia. Si bien me parece importante y necesaria esta perspectiva, es pertinente señalar también que el complotismo reduce capacidad de decisión al sujeto, reduce el ámbito de acción del agente y lo circunscribe a una especie de marioneta a merced de las maquinaciones internas o extranjeras. El complotismo de derecha (aquél que enuncia la conjura

comunista contra el gobierno revolucionario de México), tanto como el complotismo de izquierda (aquél que plantea que las posiciones ultraizquierdistas son producto de infiltraciones policíacas, o bien que Estados Unidos promueve a ciertos grupos de ellos), minimiza el papel de la acción independiente, de posturas intermedias. Este será tema de trabajos posteriores pero era necesario mencionar que este trabajo se desmarca de esa línea para explorar lo que se produce en la tensión entre ambas posiciones analíticas.

Por último y para concluir este apartado sobre revisión de la literatura, menciono que de la escasa bibliografía sobre la Liga, retomo la historiografía para ubicar mi objeto; así como los documentos “oficiales” de la agrupación que han sido dejados de lado por la mayoría de los autores. Existen también libros críticos hacia el actuar de la agrupación armada, como el texto del ex militante Gustavo Hiraes *La Liga Comunista 23 de Septiembre, orígenes y naufragio*, quien además plantea que las acciones de la Liga concluyeron en 1975, cuando los Maderas continuaron publicándose hasta el año 1981. Más recientemente la Liga está siendo retomada como un objeto de análisis académico riguroso en trabajos de investigación derivados de tesis de licenciatura y de posgrado, y apoyados en referentes teóricos diversos.

La diferencia que mantengo con respecto a estos textos es que retomo los documentos guía del grupo guerrillero para su análisis con base en las herramientas del APD y del análisis del discurso político. Sobre todo, lo que sí me interesa remarcar es que me alejo de las discusiones políticas que aún prevalecen entre los antiguos militantes que conservan tintes de rencillas internas, frente a las cuales, si bien pueden resultar interesantes, prefiero, repito, mantenerme al margen³.

Tríada metodológica. Elementos en tensión productiva

Para construir mi objeto me apego a la tríada metodológica referente empírico- referente teórico- preguntas de investigación, herramientas que, interrelacionadas en tensión productiva permiten ofrecer una unidad legible y, espero, interesante al lector, tratando de ofrecer una interpretación plausible del objeto, documentándolo con fuentes

³ No quisiera dejar de mencionar que justo en el momento en que esta tesis llega al fin de su proceso de aprobación se vive el contexto del 50 aniversario del asalto al cuartel de Madera, Chihuahua, claro referente de la conformación del movimiento armado de la Liga, y con esta conmemoración salen a la luz nuevas publicaciones que ya no pudieron ser incorporadas a este trabajo, pero que seguro serán material de nuevas aproximaciones futuras.

contextuales, y asimismo, hacer accesibles las densas nociones de la perspectiva teórica.

Mi referente empírico lo constituyen una de las condiciones de producción de la Liga, es decir, los documentos que dan cuenta de las versiones sedimentadas del 68 en voz de los representantes del Consejo Nacional de Huelga (CNH); los escritos que dan cuerpo a la reforma de Luis Echeverría; y los textos fundacionales de la Liga, así como su órgano de difusión clandestino conocido como periódico Madera⁴. Las fuentes referidas al movimiento armado resultan todavía de difícil acceso debido al celo con el que son reservadas por los sobrevivientes del extinto grupo, y también a que las autoridades gubernamentales han decidido cerrar el acceso a los legajos que contenían todo el episodio de guerra sucia en México en el Archivo General de la Nación (AGN). Acceder a ellos resulta entonces una tarea de presentación y convencimiento entre los ex miembros del movimiento quienes con desconfianza llegan a ofrecer algunos de los materiales. Esto respecto a los periódicos Madera. Otro punto es el de los documentos de los fundadores de la Liga: Raúl Ramos Zavala e Ignacio Arturo Salas Obregón alias Oseas. El reducido tiraje de los textos que dan fundamento a los planteamientos revolucionarios los ha convertido en inconseguibles, o en documentos que se deslizan de mano en mano a manera de fotocopias cuando mucho. De más está decir que dichos materiales no se encuentran en bibliotecas públicas nacionales.

El referente teórico está nutrido por el APD y algunas nociones y lógicas de la semiología de Eliseo Verón, pasando por matices Mouffeanos entre las nociones de agonismo y antagonismo. Este cuerpo teórico resulta idóneo para el análisis del referente empírico seleccionado, pues su mirada política me ha permitido: destacar las disputas discursivas entre dos posiciones de la izquierda mexicana (la democrática y la revolucionaria); observar las articulaciones que conforman hegemonías míticas y analizar su conversión en imaginarios; integrar una categoría intermedia que contiene la posición de sujeto que ocupa el movimiento armado *outsider* como exterior constitutivo; caracterizar a las posturas desde la relación agonístico-antagónico; y, construir otra categoría intermedia con resonancias de la semiología veroniana, el componente (tejido) educativo. Además hago un desarrollo de la categoría de “imaginario” de Ernesto Laclau,

⁴ Por el tipo de tratamiento que hago del tema elegí fuentes documentales, lo cual no excluye que desde el APD pueda trabajarse con fuentes testimoniales, como en el caso de Ruiz, M. (2001). *Discurso, memoria y conocimiento histórico en la narrativa de los sectores populares*. México. Plaza y Valdés; Padierna, P. (2012). *Educación y ciudadanía en los movimientos sociales: mujeres zapatistas*. Tesis de doctorado en Pedagogía, UNAM, México; García, M. (2014). *Formación en movimientos estudiantiles: género y memoria de mujeres activistas de México*. Tesis de doctorado en Investigaciones Educativas DIE Cinvestav, México.

a partir de las herramientas mismas de la teoría de la hegemonía encaminadas a nutrir dicho concepto para presentarlo como un material de análisis más en el caso de este trabajo. Es posible pensar también, que lo que hago con ella es conformar una especie de categoría intermedia, sobre todo cuando me refiero a “imaginarios históricamente sedimentados”.

Ambos referentes se encuentran mediados por una intuición inicial proyectada a manera de interrogante: ¿puede considerarse que el movimiento estudiantil de 1968 tuvo influencia en la conformación del movimiento armado de los años setenta? ¿En qué sentido? Luego de una primera y breve aproximación al periódico Madera en cuya editorial se habla de la “educación política” me cuestioné ¿Tuvo la Liga Comunista 23 de septiembre un proyecto educativo? En los rejuegos entre los tres espacios se va constituyendo un complejo cuerpo tejido que da como resultado un constructo posible – entre muchos otros- con sus propias características y especificidades.

Cualquier referente empírico puede ser abordado por “n” cantidad de miradas y siempre habrá un resultado distinto en cada ocasión; pues bien, esta investigación constituye una de “n” posibilidades y así debe ser leída por los lectores. Ni como verdad absoluta, ni como panfleto político: simplemente un edificio sustentado entre otros posibles.

Así, lo que hice fue construir una de las posibles condiciones de producción de la Liga comunista 23 de septiembre asentándola en el movimiento de 1968, un movimiento que tradicionalmente se le conoce como parteaguas de la democracia en México y que ocultó, dentro de sí y por muchos años, que en su seno también había germinado la semilla del movimiento armado. Desedimenté la historia más accesible y conocida del 68 mexicano para ver sus recovecos, sus dimensiones ocultas, sus silencios “pudorosos”, y abrí con ello, al mismo tiempo, un breve espacio por el que se coló la emergencia de la Liga.

La Liga tiene distintas procedencias, “orígenes” diversos a partir de procesos regionales perfectamente delimitables y localizables casi podríamos decir que como sus “causas”. Pero esto ya es historia sabida (al menos entre los pocos que se interesan en ella). Lo que a mí me importaba remarcar al tomar al 68 como procedencia era precisamente la disputa por la significación del movimiento, el arrebatarle a la versión hegemónica el relato excluido y sólo re-incorporado a manera de cuerpo buscado desesperadamente en el contexto de la guerra sucia. Porque sí, la Liga es mucho más

que desapariciones forzadas: es proyecto, es documento, es testimonio, es sobreviviente con una historia, es cuerpo teórico.

Esta construcción del 68 como condición de producción de la Liga va acompañada entonces de una desedimentación del relato hegemónico, y al mismo tiempo, del rescate de un olvido. No se puede remover el fondo sin producir efectos en la superficie, y eso es justo lo que se propone esta investigación: ofrecer novedad, hablar de lo intencional y políticamente ocultado. Dichas condiciones de producción abarcan en esta investigación una gran cantidad de páginas, pero es necesario que así sea, dado el abordaje, el aporte, y la presentación de un objeto no analizado previamente. Las condiciones son una construcción y no una copia de otros textos.

La construcción de este objeto al mismo tiempo da cuenta de un desdoblamiento. La postura democrática deja de ser antagónica al gobierno federal y se suma a la oferta aperturista de Echeverría; con ello se marca una nueva frontera respecto a la cual se coloca al movimiento armado de los setenta.

Una vez establecida la posición de izquierda válida y legítima (es decir, la que se articula equivalencialmente en algunos puntos y sentidos con el gobierno federal) es cuando se delimita la frontera con el outsider, el nuevo antagónico inarticulable que no negocia ni dialoga sino que combate a muerte con el Estado y el capitalismo. Outsider refiere a la posición de sujeto que emerge una vez que la izquierda democrática establece una relación agonística con el gobierno de Díaz Ordaz y queda por tanto, fuera de la relación "legítima". Pero la posición outsider no es una postura improvisada al vapor, se nutre mayoritariamente de estudiantes y maestros del medio urbano, formados al calor de la educación pública, han leído a Marx o de menos conocen la lectura marxista de los fundadores del movimiento Ramos Zavala y Oseas. Analizan el Madera, se vuelven obreros, reparten volantes y discuten el periódico. La Liga tiene un proyecto político y dentro de él se juega un componente educativo, entendido aquí como una estrategia de agitación revolucionaria. Su enunciación pretende enseñar la posibilidad de un mundo distinto construido con base en la educación política.

Desedimentar entonces se vuelve una operación que busca mostrar: la Liga tenía un proyecto; la Liga no se circunscribía al ámbito de las operaciones militares exclusivamente; la Liga es más que una víctima de la guerra sucia. En ello está el valor del rescate de los documentos de la organización así como del periódico Madera, escasamente retomados por otros autores, porque se ha privilegiado el testimonio documental y la búsqueda de los desaparecidos.

Estructura capitular no lineal, efectos inmediatos y mediatos del 68 en la educación

La estructura capitular si bien presenta un cierto orden, debe leerse de manera articulada, como un engarce. Contrario a la convención en ciertas instituciones de investigación en las que se exige un marco teórico y un contexto que parecieran estar al margen del objeto en construcción, la tríada metodológica referida páginas atrás nos permite concebir todos los elementos de manera complementaria. Los conceptos y categorías del referente teórico constituyen coordenadas de lectura de los documentos retomados, de las relaciones políticas que se establecen entre las distintas posturas analizadas; nos permiten entender más allá de una descripción o narración los movimientos de las posiciones, caracterizar sus procederes, ubicarles en un mapa topográfico específico de la izquierda mexicana, conocer sus alcances y los vestigios que se conservan de sus relatos. Ello, a partir de un posicionamiento ontoepistemológico precario, abierto, histórico, que admite su propia finitud y la posibilidad de otras lecturas respecto al mismo tema.

Lo que comúnmente se conoce como “contexto” operando a manera de marco para el objeto de estudio, aquí se concibe como “condiciones de producción o emergencia”. En el caso de esta investigación constituyen un tejido delimitado y novedoso que da identidad al objeto mismo; forma parte de su conformación y no un ente aparte que le encuadraría. Las condiciones de producción son múltiples y sobredeterminadas, y cada objeto requiere la construcción de las suyas en su especificidad y de acuerdo con lo que el investigador busque mostrar. Teniendo esto en cuenta, presento el capitulario que conforma mi trabajo a continuación.

En el capítulo uno *Análisis Político de Discurso: códigos de lectura para un objeto en pugna*, presento el andamiaje teórico que cruza transversalmente este constructo llamado tesis, así como las procedencias del APD y las nociones más generales que jugarán a lo largo del objeto, aunque prefiero hacerlas operar en el momento preciso en que el referente empírico lo demande. Ahí también expongo los conceptos sobre la cuestión educativa que estarán presentes a lo largo del trabajo y que principalmente recuperan ciertas reflexiones conceptuales de Daniel Saur en torno a la “experiencia formativa”; así como a una sugerencia analítica suya sobre la distinción entre la educación como pacificación y la educación como agitación.

En el capítulo dos *Imaginario hegemónico: noción central en la comprensión del discurso de la democracia y la revolución*, desarrollo siete características de la noción de Imaginario, una categoría expuesta muy brevemente por Ernesto Laclau en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. La nutro con las herramientas mismas de la teoría de la hegemonía para hacerla útil a mi objeto de estudio. La pongo en uso en todos los siguientes capítulos cuando distingo entre el imaginario democrático y el imaginario revolucionario.

En el capítulo tres *Condiciones de emergencia del guerrillero urbano: el discurso de la izquierda de 1968 y la exclusión de la violencia*, desarrollo una de las condiciones de surgimiento de la Liga situadas a partir del movimiento de 1968. Pero no me interesa hacer una cronología más: lo que intento es destacar los elementos de conflicto interno que van marcando dentro del Consejo Nacional de Huelga (CNH) la forma viable y la inviable de manifestarse (según los voceros del organismo mencionado), ello con la finalidad de observar cómo tempranamente la posición democrática establece una frontera de identidad política que incluye las demandas constitucionales y excluye el ejercicio de la violencia. En este sentido, las acciones ofensivas del alumnado politécnico descuadran esta visión armoniosa y pacífica construida por los voceros.

En el capítulo cuatro *La disputa por la significación del movimiento de 1968: conformación de la posición de sujeto outsider*, se presenta abiertamente la disputa por el sentido del 68: los democráticos insisten en que el movimiento fue pacífico y abrió cauces institucionales inusitados; los revolucionarios inscriben la movilización como una forma avanzada de huelga política que desembocará eventualmente en la insurrección general. Se presenta aquí la distinción entre una posición agonística y una antagónica en términos de Chantal Mouffe y la emergencia del outsider como categoría intermedia.

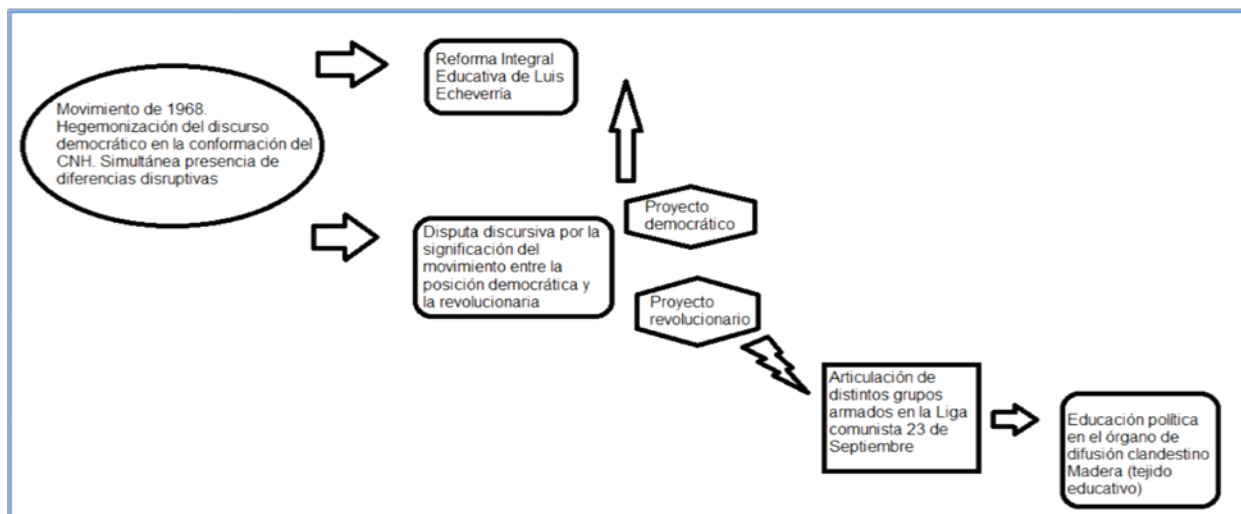
Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría ofrecieron una solución educativa al conflicto del 68: la reforma integral. En el capítulo quinto titulado *La reforma integral de Luis Echeverría Álvarez: lo educativo como estrategia de pacificación*, abordo dicha política en todos los niveles y ámbitos que la conformaron, entendida como una forma de atemperar la movilización estudiantil y los ánimos exacerbados al ofrecer una solución de politización del ámbito educativo. De igual manera se analizan ahí los imaginarios que pretendieron cobijar los anhelos de plenitud de las posturas en pugna.

En el sexto y último capítulo *Lo educativo como estrategia de agitación revolucionaria: la educación política en el periódico Madera de la Liga Comunista 23 de septiembre*, pongo en juego algunas de las herramientas de la semiología veroniana

para dar cuenta de que el proyecto de la Liga también tenía una dimensión educativa, observable a partir del análisis de los componentes en los periódicos Madera. Retomo entonces los Maderas viejos (textos publicados un año antes de la conformación oficial de la Liga) y los Maderas que cubren el sexenio de Luis Echeverría. Dicha delimitación se hace en función de una necesidad metodológica solamente, porque debe reconocerse que la Liga sobrevivió hasta 1981 y llegó a sacar a la luz 58 números de su órgano clandestino. El tejido educativo emerge aquí como otra categoría intermedia construida para dar respuesta a la necesidad de nombrar una dimensión transversal de la textura de los Madera: un contingente proyecto político encaminado a preparar la insurrección armada. Finalmente, en el cierre de la investigación, presento algunos amarres que ofrecen una Liga aprehendida, trabajada, caracterizada, analizada y digerible.

Así, como podrá constatarse a lo largo del trabajo, el objeto construido es novedoso en dos sentidos: primero, porque recupera hechos y lecturas dejadas de lado por la producción académica por largo tiempo y; segundo por el tipo de abordaje que representa la mirada del APD, la cual es poco usual en trabajos sobre 68 e inexistente (hasta ahora) para abordar a la Liga Comunista 23 de Septiembre. Su función aquí ha sido conformar un texto que muestra los recovecos de las relaciones políticas establecidas entre los grupos retomados, sus enfrentamientos, la manera como domestican la confrontación y lo que se produce en la tensión entre un discurso democrático y otro revolucionario.

A continuación presento esquemáticamente el contenido de la tesis y las relaciones e imbricaciones que mantienen los capítulos entre sí, así como los diversos reenvíos simbólicos entre el movimiento del 68 y la política –institucional o no-desarrollada posteriormente, entre los cuales se encuentra, un efecto educativo pacificador y otro revolucionario. Como se verá, no hay una linealidad en el planteamiento sino más bien lecturas alternas, construcción de lo no dicho, establecimiento de relaciones posibles no presentes en el relato sedimentado y en la literatura disponible.



REPRESENTACIÓN ESQUEMÁTICA DEL OBJETO CONSTRUIDO: El movimiento de 1968 puede ser objeto de diversas lecturas según el contexto en que se le aborde, la mirada analítica del investigador, las fuentes que se utilizan para comprenderlo, etc. En este trabajo se analiza cómo fue hegemonizando el discurso democrático hasta llegar a la dirección del CNH, y cómo, de manera simultánea, se mantuvieron presentes y actuantes las diferencias que erosionaban dicha hegemonía. Particularmente, el caso de los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional, representa uno de los ejemplos más importantes de las acciones invisibilizadas bajo el peso de la “legitimidad” del órgano de representación estudiantil. El movimiento produjo dos efectos: por un lado, la planificación y puesta en marcha de una reforma educativa de carácter integral durante el sexenio de Echeverría, prometida anteriormente por Díaz Ordaz como “solución” al conflicto del año 68; por el otro, se profundizaron las diferencias entre las posiciones políticas juveniles que dieron como resultado la fragmentación definitiva entre varias posturas, de las cuales aquí se remarca la democrática agonística y la revolucionaria antagónica (*outsider*). La primera de ellas se acoge en buena medida a la Apertura Democrática ofrecida por Echeverría y aprovecha los canales institucionales abiertos por la Reforma Educativa en las escuelas de educación superior, centros de investigación, espacios culturales, etc. La otra decide construir su camino alterno fuera de toda negociación posible. A principios de 1973 reúne a una gran cantidad de grupos armados ya operantes a nivel nacional, y conforma un organismo que intentaba representarlos a todos en la búsqueda de la organización de un proyecto de unidad. Se forma así la Liga Comunista 23 de septiembre que en voz de su órgano clandestino Madera promovió la insurrección generalizada y la organización de un movimiento revolucionario con base en la educación política del proletariado. Así, el movimiento de 1968 puede entenderse como condición de producción de dos efectos educativos, uno **inmediato**, apaciguador y conciliador, de apertura de espacios para la posición democrática; otro **mediato**, revolucionario, agitador. Puede decirse, analíticamente hablando, que el 68 mantiene reenvíos simbólicos con una gran cantidad de discursos posteriores: la democratización de la vida pública, la creación de nuevos partidos, la puesta en marcha de proyectos editoriales independientes, una mayor libertad de expresión y de prensa; hasta en la alternancia de partidos en puestos de gobierno se suelen adjudicar las influencias sesentayocheras (véase Allier, 2009). Esto puede entenderse bajo la lógica de la sobredeterminación, esbozada más adelante, la cual permite poner de manifiesto la presencia de unos objetos en otros y los múltiples reenvíos operando entre diversos entramados de significación

PRIMERA PARTE. ANDAMIAJE TEÓRICO Y CLAVES DE LECTURA

CAPÍTULO I Análisis Político de Discurso: códigos de lectura para un objeto en pugna

Introducción

¿Por qué el APD resulta idóneo para la construcción de mi objeto de estudio? Mencione ya en la introducción general algunas razones por las que me inclino en esta dirección, aquí brevemente las re-enuncio. Retomo a la perspectiva como una base ontoepistemológica precaria, abierta, histórica, desde la cual puedo observar los objetos construidos en su propia finitud. Es una perspectiva entre otras, sin pretensiones clausurantes o definitivas. Me ofrece herramientas de intelección para entender políticamente los procesos políticos, las articulaciones que están a la base de cualquier conformación de hegemonía, así como la inerradicable presencia del antagonismo que impide el cierre de la significación y la clausura de lo social. A diferencia de las lecturas que postulan a la racionalidad como ordenadora determinante, la ontología política que aquí se retoma permite reconocer el papel de las relaciones de poder; de los rejuegos políticos entre las diversas posturas involucradas; de las coyunturas; de los intereses y la lucha por hegemonizar un campo mediante argumentos y dispositivos, convencimiento y coerción. En ese sentido, el movimiento estudiantil del 68 es analizado desde una óptica que le difumina su aureola pacífica y permite mostrar cómo al interior del mismo se desarrollaron posturas diversas que coexistieron y que en una relación de tensión produjeron diversos efectos y condiciones de reconocimiento, tanto democráticos como revolucionarios. Así, el APD me permite responder una de mis preguntas centrales de investigación en el sentido en que el 68 deja de ser un relato propiedad de una de las partes involucradas y se retoma la versión ocultada bajo el peso de la hegemonía democrática.

Las autoridades federales en todo momento trataron de argumentar que el problema del movimiento estudiantil era de carácter educativo y con base en esta apreciación ofrecieron una respuesta política a manera de una reforma integral en dicho ámbito. Pero la cuestión educativa no se circunscribe exclusivamente en el ámbito institucional puesto que lo excede: los sujetos aprenden tanto en espacios de formación intencional como no intencional, formal e informal, con contenidos valorados socialmente

y con contenidos infravalorados. Frente a la segunda pregunta central de investigación ¿tuvo la Liga comunista 23 de septiembre un proyecto educativo? el análisis de discurso político de Eliseo Verón ofrece herramientas de intelección que permiten comprender el componente educativo dentro del entramado de significación del periódico Madera, órgano clandestino de difusión del mencionado grupo armado. Así, el referente teórico, mediado por las preguntas de investigación y el referente empírico, resulta productivo a la hora de analizar y construir un objeto novedoso y original, que desedimenta lo ya fijo y muestra lo invisibilizado.

Bases epistemológicas y ontológicas de la perspectiva

El Análisis Político de Discurso (APD) es una perspectiva ecléctica⁵ que articula diversos desarrollos teóricos procedentes de la tradición filosófica “continental” (Foucault, Derrida); la ontología heideggeriana; el giro lingüístico del segundo Wittgenstein; el pragmatismo epistemológico (Rorty); y el psicoanálisis lacaniano retomado, no en su aspecto clínico, sino conceptual. Todos ellos conforman lógicas compatibles con el principal cimiento del APD, la Teoría de la Hegemonía, desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en la Universidad de Essex, Inglaterra. Dicha teoría constituye un trabajo genealógico de la noción de *hegemonía* a lo largo de la tradición marxista que reactiva el papel de lo político en la conformación de lo social, la centralidad del antagonismo como motor de la recreación de las relaciones sociales, el rechazo al determinismo economicista de la “última instancia”, la crítica al sujeto de clase (proletariado) como la identidad fija e inmutable de la emancipación global; el cuestionamiento a los metarrelatos reconciliadores (y en particular de la sociedad comunista) que auguran el fin de la historia, y, en contraparte, la reafirmación de la sociedad como una objetividad imposible de constituir, y por lo mismo, necesaria de conformar.

En el texto “Posmarxismo sin pedido de disculpas” (1990), Laclau y Mouffe responden a Norman Geras una serie de cuestionamientos de tipo epistemológico y ontológico que resulta importante retomar brevemente para caracterizar al APD

⁵ Siguiendo en este punto a Navarrete (2009) el eclecticismo del APD “hace posible enfocar al sujeto discursivo de manera más amplia, histórica y multirreferencial... implica una constante atención epistémica que permite la recuperación de diversas fuentes conceptuales, pero siempre con la condición del cuidado, es decir, de vigilancia epistémica que permite la recuperación de diversas fuentes conceptuales, pero siempre con la condición del cuidado, es decir, de vigilancia epistémica que haga compatible los principios ontológicos y políticos del APD... con los de otras perspectivas de las cuales se pretende hacer uso” (145-146)

partiendo de la consistencia de sus cimientos; dichos cuestionamientos me servirán de pretexto para exponer algunas consideraciones centrales de la perspectiva. Sin tomar directamente la argumentación de Geras, plantearé algunos de las explicaciones que Laclau y Mouffe exponen para defender su propia configuración teórica. La primera cuestión, sobre la existencia de los objetos desde una lectura discursiva. Mucho se ha discutido a lo largo de la historia de la epistemología sobre la existencia de la brecha entre mente y mundo, y la posibilidad de referirnos a los objetos materiales. Algunas reflexiones calificadas como “empiristas” identificaron a los sentidos como el medio privilegiado de conocimiento del mundo, sin embargo esto abría el insalvable problema del “escepticismo del velo de la percepción”⁶ y “el mito de lo dado”⁷ (también conocido como “realismo metafísico” en Putnam, 2000), pues si conocemos mediante las representaciones que la mente se forma sobre las percepciones de los objetos, entonces ¿cómo saber que dichas representaciones efectivamente representan lo que el objetos es? De igual manera ocurre con el mito de lo dado, pues si creemos que la mente debe representar al mundo tal cual éste es, resulta que el mundo tiene un significado por sí mismo, y lo único que la mente humana debe hacer es apropiárselo. Así, el error de este posicionamiento es pensar que los objetos tienen un significado inmanente, que por sí mismo es evidente.

Por otro lado, Descartes en sus *Meditaciones metafísicas* (2008) suprime el papel de los sentidos y la percepción en el conocimiento, y Kant (2008) concibe su posibilidad sólo si tiene una normatividad pura, *a priori* y universal a la base. Ninguno de los dos niega la existencia de “res extensa” u objetos en el mundo, pero ambos dan mayor énfasis a la actividad del pensamiento como regidora de nuestra forma de conocimiento sobre el mundo (específicamente, a las herramientas de la geometría en el primer caso, y a las categorías en el segundo). Sólo las formas extremas de idealismo (Berkeley) adoptaron la convicción de la frugalidad de un mundo objetivo.

Donald Davidson, en su ensayo “El mito de lo subjetivo” (1991) intenta dar por concluido el debate en torno al problema de las representaciones y su fidelidad con el

⁶Este tipo de escepticismo se refiere a la imposibilidad de percibir el objeto tal cual éste es; aún cuando dispusiéramos de instrumentos exactos para percibir al objeto, no tendremos garantía de que lo percibamos tal cual es. Este es un problema sin solución que abre la idea del conocimiento como percepción, y que irremediamente nos lleva a dicho escepticismo, pues no toma en cuenta ni que las cosas son lo que son sólo conceptualmente, ni que las sensaciones no son garantía del conocimiento.

⁷La idea de que el mundo y los objetos ya están dados, y que el hombre sólo puede acceder a conocerlos se considera un mito porque no toma en cuenta que es el hombre quien significa y da sentido a los objetos del mundo. Esta idea está muy relacionada con el escepticismo del velo de la percepción. Solamente en esta pequeña parte mito se entiende como falsedad, más adelante mito, en sentido laclauiano, adquiere una connotación productiva en la cual profundizo en el segundo capítulo.

mundo exterior: hacer filosofía no es hacer fisiología, los sentidos no tienen un papel cognitivo pues éstos sólo constituyen una determinación accidental en el hombre; si los sentidos y la percepción se descartan, ya no es viable hablar de representaciones fallidas o exitosas, sino sólo de juicios falsos o verdaderos. Así, los objetos del mundo existen, hay materialidad, pero la hacemos asequible en juicios.

El APD es una perspectiva pragmatista que ha intentado superar los clásicos dualismos de la epistemología analítica. Abrevando del giro lingüístico, ha saldado la brecha mente-mundo desde otro ángulo: lo lingüístico y lo extralingüístico integrado en la noción de discurso. La perspectiva se coloca dentro de una epistemología realista ya que es innegable que existen objetos, mundo, materialidad; pero dichos objetos son sólo aprehensibles en la medida en que son nombrados en un entramado de significación ubicada en tiempo y espacio, es decir, de forma contexto dependiente.

Discurso, desde esta perspectiva, no tiene que ver con los usos sedimentados del sentido común; no quiere decir ni pieza de oratoria, ni palabrería de político, ni mero mensaje escrito o hablado; discurso tiene estatuto ontológico y epistemológico, y se refiere a la conjunción de lo lingüístico y lo extralingüístico, o mejor dicho, todo objeto del mundo es susceptible de formar parte de un entramado específico, y en esa medida, convertirse en algo con sentido(s). Dado que se concibe al discurso como totalidad abierta y relacional, el objeto X siempre será susceptible de significarse en función de su proximidad con B, C y D; o con H, I, J; o con Y, Z. Así, lo extralingüístico no es en cuanto tal, pues siempre la materialidad está referida a un algo, a un alguien, a un entramado de significación que lo incorpora y le da sentido dentro de un “juego de lenguaje”.

A diferencia de otras lecturas, el APD no se plantea la posibilidad de la transparencia de lo real al concepto, sino, su circunscripción en distintos entramados de significado. Desde esta lectura no hay brecha entre lo lingüístico y lo extralingüístico sino significatividad contextual, la identidad del objeto sólo se constituye en su inserción en entramados de significación: “como miembro de una cierta comunidad, nunca me encontraré con el objeto en su nuda existencia –tal noción es una mera abstracción; esa existencia se dará siempre, por el contrario, articulada dentro de totalidades discursivas” (Laclau y Mouffe, 1990:118).

Para Laclau (2004b:70) el fundamento último de la Historia y de la sociedad es un mito que ha colapsado con el arribo de la crítica posmoderna; las condiciones para el cierre del sistema nunca se dan, y de esta manera, la noción de discurso ocupa el lugar de un fundamento (abierto, precario, contextual, histórico) que puede tener lo social en

su constitución. La disolución del mito del fundamento abre un abanico de posibilidades radicalmente plurales en la medida en que éste ya no puede concebirse en su carácter determinante. En contraparte, la condición abierta del discurso permite diversos juegos de lenguaje y la construcción de distintas direcciones de hegemonía; es decir, si la historia y lo social no tienen un hilo conductor, un destino predeterminado, un desenvolvimiento, una base sobre la cual se erijan las relaciones sociales, entonces se reconoce la productividad del discurso como un horizonte abierto⁸. En las posiciones de sujeto analizadas, tanto en el discurso de los democráticos como en el de los revolucionarios hay una teleología implícita que augura, en el primero, que la sociedad evoluciona hacia la democratización de la vida pública; en el segundo, que el proletariado es la clase universal destinada a emanciparse y que las contradicciones de clase serán resueltas en una sociedad reconciliada.

Otro cuestionamiento que Geras hace a los autores se refiere a un supuesto relativismo en su teoría. Como explicita Laclau, no se trata de determinar el ser de los objetos de manera *a priori* pues éstos sólo tienen existencia, sólo determinamos su ser articulándolos en un *juego de lenguaje*, dependiendo del uso que hagamos de dichos objetos. El clásico ejemplo de la piedra resulta ilustrativo: una piedra es sin duda un objeto, su ser estará en función del contexto de enunciación en que se halle inscrito, de forma tal que en un juego de niños puede ser una ficha; en una pelea callejera puede ser un proyectil; y en un discurso científico puede ser objeto de demostración. El ser de este objeto está en función de su uso (pragmatismo). La acusación de Geras es revirada en gran medida con un planteamiento ontológico en el que el ser de las cosas se encuentra en función de la determinación que de ellas hace el sujeto que está en el mundo y que usa lo que tiene a la mano (planteamiento heideggeriano).

La teoría de la hegemonía y el APD no pueden ubicarse dentro del idealismo, sino más bien como una perspectiva realista-pragmatista en el sentido que hemos venido mencionando: los objetos existen pero sólo logran su identidad en función del juego de lenguaje en el que se inscriban, no porque tengan por sí mismos cierto significado, o porque puedan ser aprehendidos de forma transparente por el pensamiento. No es idealista porque no reduce lo real a concepto, sino que lo inserta en cadenas discursivas distintas, abiertas, reconoce la ambigüedad del signo que lo nombra, y por lo tanto no hay una significación última y predeterminada. Las totalidades discursivas están

⁸ Laclau utiliza el término horizonte en dos sentidos: uno como horizonte epistemológico, para referirse a un discurso siempre abierto; y otro para hablar de la dimensión de plenitud deseada en un imaginario.

condicionadas por un *exterior constitutivo* que las distorsiona y les impide su plena constitución. Es con base en esta noción fundamental que planteo posteriormente mi categoría intermedia outsider, tomando en cuenta que la relación política no alcanza sutura y que se mantiene siempre un resquicio abierto que impide el cierre de lo social, se traza en todo contexto una figura antagónica que desestabiliza dicha relación, y que en este caso queda representada en el guerrillero urbano.

Frente al determinismo idealista de Hegel y Marx que postula una “ley final de movimiento que puede ser conceptualmente aprehendida”, Laclau y Mouffe apelan a la idea de *exterior constitutivo* y *antagonismo* para evidenciar que toda pretensión de sutura discursiva (lingüística-extralingüística) es sólo un intento fallido por constituir la identidad, el ser de las cosas. Así, si esta inestabilidad es constitutiva, como ya había mencionado antes, los objetos del mundo sólo poseen una precaria identidad relacional. Hasta aquí la referencia al texto que hace referencia a Geras.

Otra característica de la perspectiva teórica que cobija a la presente investigación, es el reconocimiento de la historicidad del ser (Heidegger) y el carácter histórico y contingente de las relaciones sociales (Nietzsche y Foucault). Frente a las lecturas etapistas o gradualistas típicas de ciertos pensamientos de derecha (discurso religioso, neoliberal, de la globalización) y de izquierda (sociedad comunista), Laclau y Mouffe explicitan que dichas posiciones ocultan la dimensión política, pues si el fin de la historia está perfilado y nos encaminamos hacia él de forma progresiva, entonces no queda espacio para la articulación de fuerzas, para la contingencia, el antagonismo y la decisión, condiciones para las transformaciones que definen y permiten pensar la historia.

Posmarxismo

La teoría de la hegemonía ha sido caracterizada como una lectura “posmarxista” debido a la crítica que ha llevado a cabo sobre las categorías centrales de la tradición marxista, especialmente, de la noción de hegemonía. Hablar de posmarxismo no quiere decir que se hayan abandonado los temas de esta línea de pensamiento, o que se haya declarado la ineficacia de sus categorías para el entendimiento de los procesos sociales, sino que se ha deconstruido al marxismo; sus nociones centrales se han desembarazado de rasgos deterministas y se han transformado en conceptos que pretenden ir más allá de lo que esta lectura previamente ofrecía.

Históricamente, *hegemonía* había sido una categoría a la que los teóricos marxistas acudían cuando querían explicar el papel del proletariado en la asunción de tareas especificadas para la burguesía, y su necesidad de llevar a cabo alianzas coyunturales sin perder la identidad que les era asignada (la de clase revolucionaria). Esta “impureza” de la clase obrera, este asumir una función no propia de su condición, esta necesidad de establecer alianzas temporales se denominó hegemonía y rompía con el etapismo de las vertientes más teleológicas de la tradición. Esta dimensión es precisamente la que los autores desarrollan desde una lectura que enfatiza lo político.

La crítica al determinismo marxista tiene lugar, principalmente, en relación con los siguientes aspectos: a) respecto al papel del proletariado como clase privilegiada; b) en torno al economicismo; c) sobre el reemplazo de la contradicción por el antagonismo; y, d) en torno a la emergencia de la centralidad de la noción de hegemonía.

a) Para los autores, la diferenciación clasista implica una distinción autoritaria entre dirigentes y dirigidos; mientras los obreros se mantengan dentro de los intereses objetivos de clase, no puede haber apertura para una democracia pluralista sino sólo el cumplimiento de papeles predeterminados *a priori*, atribuidos a un conjunto que se observa pretendidamente homogéneo. Esta clase emancipadora no es más que la detentora de un destino por cumplir, la poseedora de un saber “acerca del movimiento subyacente de la historia”. Para que los obreros puedan articularse con otras posiciones de sujeto, no sólo es necesario que la categoría “proletariado” deje de encerrarse en sí misma y asuma la precariedad de su identidad (reconocimiento de la heterogeneidad de intereses ónticos y de la fragmentación de posiciones en el interior mismo de los agentes sociales), sino que también es necesario librar la lectura teleológica presente en la tradición marxista: asumir que la historia es una construcción radical y no una serie de etapas que finalmente concluirán en la reconciliación global (como aparece en el periódico Madera).

Frente a las leyes de la historia que rigen el progresivo desarrollo de la humanidad hacia la meta comunista, Laclau y Mouffe plantean la historicidad radical del ser, su contingencia, y por ello mismo, la necesaria e inagotable constitución y reconstitución de lo social. Sobre la base de este reconocimiento, es posible que los intereses de clase dejen de ser atribuciones, papeles previamente determinados por el desenvolvimiento histórico.

b) La distinción entre base y superestructura también es deconstruida. La tradición marxista concibió una ley general de desarrollo de las fuerzas productivas que

permitió caracterizar a la economía como la última instancia de la que dependía lo social, lo político, lo religioso, lo cultural, etc.; como “un espacio homogéneo dominado por leyes necesarias y que no es susceptible de regulaciones conscientes” (Laclau y Mouffe, 2004:109). Si lo económico es determinante, entonces las relaciones de producción dotan de intereses objetivos a los sujetos, y en este caso el proletariado no puede escapar a su misión transformadora. Ante esta lectura, el posmarxismo hace explícitas las relaciones políticas y hegemónicas que subyacen en los mecanismos económicos: ya que el obrero puede resistir el proceso de extracción de trabajo, hay una política de la producción que obliga al capitalista a emplear dispositivos de dominación que “revelan la existencia de una ‘política de la producción’, y ponen en cuestión la idea de que el desarrollo del capitalismo sea únicamente el efecto de las leyes de la competencia y de las exigencias de la acumulación” (Laclau y Mouffe, 2004: 116). Incluso la sola posibilidad de que el obrero resista la extracción de plusvalor o busque mejoras de vida (tales como seguro médico, educación, vivienda, entre otras) sea mediante huelgas, sindicatos, u otro tipo de organización, ya nos habla del aspecto político de un supuesto proceso puramente económico y se disuelve la idea subyacente de la autorregulación.

c) Como mencioné anteriormente, en la obra de Laclau y Mouffe se plantea una lectura no progresiva de la historia, y los metarrelatos emancipatorios son radicalmente cuestionados en su sentido determinista, lineal, y por la manera en que presenta el “devenir” humano; frente a esto se asume la historicidad del ser y de las relaciones sociales, así como la contingencia como constitutiva de lo social. En ese sentido, la noción de contradicción pierde sentido y es sustituida por la de antagonismo, entendida como la fuerza política irruptora que disloca la precaria estabilidad social y la deja susceptible de múltiples rearticulaciones, si no azarosas, al menos sí, objeto de disputa.

d) Una vez que se asume la dispersión de posiciones de sujeto dentro de la “clase obrera”; que sus intereses, tanto como los de cualquiera, son construidos y no definidos teóricamente *a priori*; que su identidad está atravesada por su imposibilidad de fijación; que el antagonismo es constitutivo de las relaciones sociales; entonces es viable pensar en la articulación de diferentes posturas, en la construcción de identidades y no sólo de alianzas que conservan la separación entre sus términos. La articulación democrática, como acto radicalmente político, erosiona la lectura de la última instancia y da pie a lo que Laclau y Mouffe han concebido como hegemonía.

Las cuatro características de lo social

Las características que a continuación expongo se relacionan todas entre sí y son indispensables para entender las herramientas de intelección de la teoría de la hegemonía, constituyen la base sobre la cual es posible hablar de articulación hegemónica.

Primera característica. Laclau afirma el carácter radicalmente *contingente* de toda objetividad, pero dicha característica no excluye una cierta necesidad ya que la contingencia no es el reverso negativo de la necesidad, sino una subversión de la misma. El antagonismo es constitutivo y productivo de lo social, mediante éste es posible observar la precariedad de la objetividad presente, nos muestra la contingencia de la totalidad, su incompletud; sin antagonismo estaríamos frente a una sociedad plenamente constituida cuyas luchas y pugnas sólo podrían ser subsumidas bajo una lectura finalística que predice la reconciliación final.

En cambio, si se plantea que la historia no tiene tal hilo conductor asumimos el carácter contingente de la objetividad y podemos incorporar la productividad del antagonismo como un constante propiciador de la reconstrucción de lo social. Ello no quiere decir que sólo tengamos contingencia: “para que el antagonismo pueda mostrar el carácter contingente de una identidad, esa identidad tiene que estar, en primer término, presente” (Laclau, 1990:43). Hay “objetividad” pero ésta debe plantearse siempre *en apertura*, ya que se encuentra susceptible a nuevas modificaciones; es *temporal*, precisamente porque si fuera estable estaríamos hablando del fin de la historia y el arribo a la sociedad transparente para sí misma; es *precaria*, puesto que su misma incompletud es la fuente de antagonismos, de enfrentamientos que reacomodan el panorama de lo social y que eventualmente logran sedimentarse y presentarse a sí mismas como nuevas objetividades; y aquí cabe remarcar que el antagonismo no constituye una relación a vencer o que sea deseable que eventualmente desaparezca y dé paso a una sociedad sin rencores ya que no estamos hablando de una lectura ética del mismo sino política; el antagonismo es constitutivo de las relaciones sociales, inerradicable, y lejos de ser un elemento a superar tiene un carácter productivo y reconstructivo de la frágil idea de “sociedad”. Laclau lo expresa en los siguientes términos: “lo que encontramos... es siempre una situación limitada y determinada en la que la objetividad se constituye parcialmente y es también parcialmente amenazada; en la que las fronteras entre lo contingente y lo necesario se desplazan constantemente” (Laclau, 1990:44). Así, la estructura tiene un carácter indecible, abierta a distintas

posibilidades contingentes, reconformada mediante articulaciones hegemónicas producidas por la decisión⁹ del sujeto (sujeto que tampoco constituye una identidad plena sino que participa de la precariedad de la estructura que lo conforma). Esta perspectiva permite analizar el mundo social como algo en constante producción y por ende visibiliza la pugna por la significación, algo que se profundizará en el cuarto capítulo cuando exponga la lucha por el sentido del movimiento del 68 entre la postura democrática y la revolucionaria.

Segunda característica. Las relaciones sociales son relaciones de *poder*. La objetividad es siempre precaria y se constituye reprimiendo aquello que la amenaza, reprimiendo las alternativas que se encontraban igualmente disponibles para entrar a conformarla; esto implica una operación constitutiva de inclusión y exclusión que demarca lo que se es al mismo tiempo en que se afirma lo que no se es. Sólo de esta manera una identidad puede conformarse, y por ello se afirma que la identidad como tal es poder, porque para ser, de manera activa, delimita y selecciona.

La *primacía de lo político respecto lo social*, y la *historicidad*, son las otras dos características que el autor especifica como condiciones de posibilidad para el planteamiento de una analítica discursiva. Lo social se entiende como un “olvido de los orígenes”, como lo ya sedimentado, como la objetividad dominante; lo político es lo que pone de relieve nuevamente la contingencia de esa pretendida objetividad, reactiva lo ya sedimentado, desnaturaliza lo que se ve como algo “normal” o que siempre ha sido así; desoculta lo que fue excluido para evidenciar que la estructuralidad de la estructura es resultado de relaciones de poder en donde una posición logró hegemonizar y otras tantas fueron dejadas de lado; en suma

Las formas sedimentadas de la “objetividad” constituyen el campo de lo que denominaremos ‘lo social’. El momento del antagonismo, en el que se hace plenamente visible el carácter indecible de las alternativas y su resolución a través de relaciones de poder es lo que constituye el campo de lo político (Laclau, 1990:51-52).

Aun cuando un intento por constituir la “sociedad” haya resultado exitosamente duradero, y que la dimensión antagónica haya sido domesticada ópticamente a manera de relaciones agonísticas y dispositivos de estabilización, la dimensión política es constitutiva de toda relación social y de todo intento por conformar un espacio social

⁹ Una decisión no completamente racional ni transparente para sí mismo, sino atravesada por emociones, confusiones, desatinos, intereses.

sedimentado. Lo político no desaparece; a lo sumo podrá ocultarse, pero su radicalidad se hará siempre visible en cuanto un antagonismo emerja y disloque lo que se pretendía estable.¹⁰ Esto es así porque, como he venido presentando, la indeterminada historia no puede librarse de la contingencia, y es precisamente la dimensión de lo político lo que la reconstruye.

Si bien Laclau se refería a la primacía de lo político respecto de lo social, esto no quiere decir que tenga una lectura polarizada; no es un dualismo del tipo “o el cementerio o el manicomio”; si bien hay ciertos discursos fuertemente sedimentados que pareciera que no se modifican, que nada los disloca a lo largo de la historia y que por su pretendida solidez parecieran más estables e idóneos que otros (como es el caso del entramado religioso católico), ello no significa que está concluido, no es el “cementerio”. Del otro lado, reconocer el plano de la contingencia constitutiva no quiere decir que todo está en movimiento y cambiante al estilo de la escuela de Heráclito, y que una persona no pueda bañarse en el mismo río dos veces (aquí me refiero a las implicaciones epistemológicas que tiene el asegurar que todo fluye y nada es estable, pues si nada puede tener cierta forma de fijación, entonces resulta incognoscible, inaprehensible). Se requiere cierta estabilidad para poder ser dislocada, si no, no habría qué dislocar. Hay sedimentaciones, hay estabilidad, pero constitutivamente éstas se encuentran en ruptura, digamos que la estructura está dislocada en potencia. Así, la fijación debería ir acompañada siempre del adjetivo “parcial” tanto como la contingencia debe presuponerse, si bien constitutiva, hegemonizable.

Si algo está por siempre fijo, no hay nada más que decir sobre él, es algo ya acabado; si por el contrario algo está siempre fluyendo, no puede decirse nada sobre él porque resulta inaprehensible. Por eso, aun cuando se reconozca el carácter siempre abierto, precario y temporal de la objetividad, al mismo tiempo debe tenerse presente que hay sedimentaciones, límites a la contingencia, domesticación de la negatividad que nos permite, como en una fotografía, inmovilizar a efectos del análisis, lo que sabemos que no puede durar tal cual. Es necesario reconocer también cierta estabilización discursiva que, no sólo nos haga comprensible el objeto, sino que limite el

¹⁰ Cabe hacer la aclaración de que antagonismo y dislocación son dos nociones que comparten ciertas características y se diferencian en otras, por lo cual no debe confundirse entre sí. Ambas son parte del registro de la negatividad al lado de la contingencia, la incompletud, etc.; ambas comparten con la noción lacaniana de lo Real, la alusión a la situación de interrupción del sentido y la representación. El giro que matiza esta distinción consiste en que el antagonismo (concebido en 1985 por Laclau como lo Real) será reconocido a partir de los escritos de 1990 en adelante, como una noción que ilumina tanto el plano de lo Real como una dimensión de lo simbólico en la medida en que se representa al enemigo, la frontera política, etc., mientras que la dislocación se ubica exclusivamente en lo Real como irrepresentable.

desbordamiento del efecto de la contingencia. Es en ese sentido que Laclau plantea que no son opciones “ni el cementerio, ni el manicomio”. La irrupción de lo político, su visibilidad en forma de antagonismos, muestra la historicidad de las relaciones sociales que reconstituyen contantemente la estructura. En el caso del objeto construido aquí, el hecho mismo de poder plantear una visión distinta de los mismos hechos –el movimiento del 68- implica que si bien es necesaria la estabilización del sentido, también éste se subvierte en voz de los participantes que mantienen una lectura distinta, y que en el análisis mismo puede darse cuenta de ello.

Hegemonía

Una vez que he presentado los cimientos que sostienen al APD, procederé ahora a exponer las nociones centrales en torno al concepto de hegemonía, el cual cumple un papel nodal en el entramado discursivo de los autores. Para esta perspectiva es necesario reconocer la ambigüedad de los significantes; no se trata sólo de que las palabras adquieran un sentido distinto en contextos diferentes bien definidos (esto es equivocidad), sino que “la ambigüedad estaría dada en nuestro caso por el hecho de que la claridad de ese contexto no ha sido lograda, y que el término no consigue, por lo tanto, adquirir un sentido definido” (Laclau, 1990:45). Laclau ejemplifica la diferencia entre equivocidad y ambigüedad de la siguiente manera: si una niña en un salón de clases pide la regla para trazar una línea; y si pregunta por la regla gramatical que se aplicará en el ejercicio, hay equivocidad porque la palabra regla se refiere a dos cosas distintas perfectamente entendibles en cada circunstancia. Si en cambio hablamos de “democracia” en el contexto político de la Europa occidental durante los años de la guerra fría, la ambigüedad procede del contexto mismo, de los significantes flotantes que están a disposición para articularse con el significante “democracia”. Para un comunista significará X, Y, y Z, mientras para un liberal significará A, B y C, y como se encuentran ambos campos en disputa, la claridad del contexto no se logra y en consecuencia la claridad del término tampoco. Así, la ambigüedad tal y como la conciben Laclau y Mouffe, sólo se da en la disputa por la significación.

En la constitución de una identidad social los significantes flotantes son aquellas significaciones disponibles, que están a la mano, para ser amarradas a un entramado discursivo. Su flotación se detiene en el momento en que son articulados a un discurso; los significantes que no son articulados permanecen como elementos, como un residuo

o diferencia que eventualmente puede llegar a ser retomado y ocupar un lugar en la cadena significativa en construcción. Los significantes que sí fueron articulados se denominan momentos, y dado su amarre con significantes procedentes de diversos lugares y contextos, modifican su propia identidad en aras de constituir una nueva. Tomemos brevemente el ejemplo de la calidad educativa para clarificar: tal como lo planteé en mi tesis de maestría, los significantes flotantes provenientes de las investigaciones de diversos países, fueron retomados por organismos internacionales como Banco Mundial y UNESCO para dar sentido a su concepto de calidad. Estos elementos se anudaron y condensaron conformando así un punto nodal que guía actualmente las políticas educativas en nivel básico.

Como expuse anteriormente, la perspectiva posmarxista erosiona la lectura economicista de la determinación en última instancia, o en otras palabras, con la distinción entre base y superestructura que se mantuvo durante la tradición marxista. A esta determinación última, Max Weber (1977) antepuso la noción metodológica de *pluricausalidad* para demostrar que Marx estaba equivocado y que cualquier esfera podía influir en la conformación de otra; en su obra clásica *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* Weber expone las raíces de dicho modo de producción partiendo de la religión, evidenciando que buena parte del desarrollo de aquél estaba en función de la ideología protestante puritana. Por su parte, Laclau y Mouffe van más allá de la pluricausalidad; retoman una noción que a su vez fue recuperada por Althusser en su obra *La revolución teórica de Marx* y que tiene raíces en el psicoanálisis: la noción de *sobredeterminación*. Este concepto sólo tiene sentido en el campo de lo simbólico y consiste en la capacidad de un significante para representar su literalidad específica y al mismo tiempo la totalidad; es el desbordamiento del significante por el significado (de la totalidad por las especificidades) lo cual nos lleva directamente a la noción de *condensación* que supone reenvíos simbólicos o desplazamientos pues si el significado desborda al significante, éste en cambio tendrá que presentarse como una totalidad para poder hablar de identidad

El sentido de toda identidad está sobredeterminado en la medida en que toda literalidad aparece constitutivamente subvertida y desbordada; es decir, en la medida en que, lejos de darse una totalización esencialista o una separación no menos esencialista entre objetos, hay una presencia de unos objetos en otros que impide fijar su identidad. Los objetos aparecen articulados, no en tanto que se engarzan como las piezas de un mecanismo de relojería, sino en la

medida en que la presencia de unos en otros hace imposible suturar la identidad de ninguno de ellos (Laclau y Mouffe, 2004:142)

Tomando en cuenta que el ámbito de constitución de identidades no es puro sino un contexto plural en donde figuran diversas posiciones de sujeto, es necesario entender cómo esta dispersión puede unificarse en una totalidad. Una relación equivalencial se establece cuando los elementos son distintos pero guardan algún aspecto en común que les da la posibilidad de unificarse y presentarse –en su heterogeneidad- como una identidad enfrentada con otro campo discursivo. Si dichos elementos fuesen iguales, entre sí sólo podría darse una relación de identidad, de transparencia, una sumatoria. Por el contrario “la identidad del objeto en la relación de equivalencia está escindida: por un lado conserva su propio sentido ‘literal’, por el otro simboliza la posición contextual respecto a la cual es un elemento sustituible” (Laclau y Mouffe, 2004:96). Los elementos equivalenciables conservan su especificidad pero ésta se mantiene en un segundo plano frente a su dimensión intercambiable con los otros términos que se articulan; este carácter intercambiable o sustituible permite la relación equivalencial y la conformación de la unidad o de un “equivalente general en el que cristalice simbólicamente la relación en cuanto tal”. Aquéllos términos que no logran articularse se mantienen como diferencias, como elementos o significantes flotantes disponibles para futuras rearticulaciones y constituyen el campo de la discursividad que a pesar de “escapa(r) a las articulaciones de discursos concretos, no representa un territorio extradiscursivo... constituye un campo de indecidibilidad que constantemente desborda y subvierte el intento de fijar un conjunto estable... en un discurso concreto” (Torfing, 2004b: 42). Este exceso evidencia el carácter siempre abierto y precario de lo social. En el caso del objeto aquí conformado veremos cómo distintas posturas se fueron haciendo equivalentes en torno al punto nodal de las seis demandas del pliego petitorio estudiantil, conservando al mismo tiempo cada una sus propios contenidos, de forma tal que los estudiantes del IPN no actuaban igual que los de la UNAM a pesar de integrar ambos el CNH.

La relación equivalencial visibiliza al antagonismo. Laclau señalaba en 1985 (año en que se publicó *Hegemonía y Estrategia socialista*) que “el antagonismo escapa a la posibilidad de ser aprehendido por el lenguaje, en la medida en que el lenguaje sólo existe como intento de fijar aquello que el antagonismo subvierte” (Laclau y Mouffe, 2004:169)¹¹, es decir, en la medida en que intenta expresar la objetividad, la estructuralidad de la

¹¹ Aunque la primera versión fue en 1985, cito la edición de 2004 que es a la cual tuve acceso.

estructura y no sus potenciales desestructurantes. Las equivalencias entre distintos términos conforman el polo de confrontación, hacen asequible lo que se es y lo que se quiere ser, lo que está del otro lado de su frontera; Laclau lo pone en término de demandas: si un conjunto de posiciones de sujeto diversas y con intereses heterogéneos mantiene entre sí, aún en su diversidad, una relación de sustitución, el sentido específico de cada uno de sus requerimientos se subsume al de la idea general de un descontento entre todas ellas. Esto muestra al antagonismo. Por ejemplo, en la conformación del CNH diversas posiciones a nivel nacional se articularon en torno a los seis puntos del pliego petitorio, dejando de lado sus diferencias y sus reivindicaciones locales, y en ese proceso delimitaron una frontera con el enemigo: el gobierno federal.

Mientras más larga sea la cadena de equivalencias y más se hayan minimizado sus especificidades, mayor será la dimensión del antagonismo ya que habrá podido conjuntar más demandas y configurar un polo opuesto unificado al cual señalar por las carencias propias; es decir, la relación equivalencial expresa algo que el objeto es y lo que no quiere ser, en esta operación se lleva a cabo una inclusión y exclusión de elementos que señalan mediante una frontera demarcatoria lo que se es (lado interno, demarcación de la identidad propia, incluyendo además lo que se quiere ser) y lo que no se es (lado externo, elementos excluyentes con los que se antagoniza). En otro sentido, mientras haya más proliferación de demandas diferentes inconexas y separadas, menos posibilidad de demarcar un polo opuesto, por lo que el antagonismo será más débil, es por ello que los autores plantean la lógica de la equivalencia como simplificadora del espacio político, y a la lógica de la diferencia como expansiva del mismo.

En el antagonismo, “la presencia del otro me impide ser totalmente yo mismo”, ninguna de las fuerzas involucradas se constituye completamente; la relación se da entre polos que no logran conformarse y que, atravesados por una imposibilidad primaria o constitutiva, buscan en cierta forma responsabilizar al otro de su carencia de ser. Laclau da un ejemplo sencillo: el campesino establece una relación antagónica con el empresario que le despoja de su tierra porque éste le impide su plena identidad como trabajador de la tierra, mientras el segundo no puede ser totalmente propietario por la presencia misma del campesino que se rehúsa a desocupar las parcelas. O bien, un ejemplo de mi objeto: la postura revolucionaria antagoniza con el gobierno federal porque ambos, de manera recíproca, impiden su la plena conformación de su identidad como tales, sus proyectos no pueden coexistir al representarse mutuamente de forma carente el uno al otro.

Zizek nos convida a pensar el antagonismo de una manera radical

No es el enemigo externo el que me impide alcanzar la identidad conmigo mismo, sino que cada identidad, librada a sí misma, está ya bloqueada, marcada por una imposibilidad, y el enemigo externo es simplemente la pequeña pieza, el resto de realidad sobre el que “proyectamos” o “externalizamos” esta intrínseca, inmanente imposibilidad (Zizek, 1990: 259-260).

Contingencia y dislocación

Como mencioné anteriormente, la contingencia es constitutiva de las relaciones sociales, y es el antagonismo el que limita toda posible plenitud de la objetividad. Esto, lejos de ser motivo de frustración, significa la radical posibilidad que abre una estructura dislocada por múltiples puntos de antagonismo, y significa que “la sociedad” no estará conformada por un discurso *ad infinitum*, sino que casi cualquier transformación es posible; digo casi porque ello depende de lo que Laclau llama “desniveles”: el poder no está repartido equitativamente, hay espacios donde se concentra más que en otros, y en ello está la posibilidad de interpelar, de articular en torno a una posición para hegemonizar y conformar una totalidad discursiva; pero ello no limita la potencialidad que abre una estructura dislocada, una sociedad que no existe más que como intento.

La “dislocación” es la desestructuración de la estructura, la afirmación de la contingencia de toda identidad social, la presencia de una estructura descentrada. Hay dos consecuencias cuando el antagonismo disloca la estructura: una es que las identidades se ven amenazadas, pero otra es que se abre la posibilidad de constituir nuevas identidades. No sólo eso, la dislocación muestra la historicidad de las relaciones sociales al obligar a la estructura a recomponerse y rearticularse continuamente con la posibilidad de hacerlo en múltiples direcciones; además “cuanto más dislocada sea la estructura, tanto más se expandirá el campo de las decisiones no determinadas por ella. Las recomposiciones operarán...en los niveles estructurales cada vez más profundos. Esto significa que el papel del sujeto se incrementará y que la historia será cada vez menos una historia repetitiva” (Laclau, 1990: 56). Veremos en el capítulo tercero cómo la dislocación que representó la represión durante el año 68 significó la posibilidad de reconstrucción de la estructura a partir de la llamada apertura democrática y la reforma educativa integral de Luis Echeverría, al mismo tiempo en que produjo un discurso

antagonista que pugnaba por hegemonizar el campo del poder nacional mediante la insurrección armada.

Una estructura dislocada está además constitutivamente descentrada y por ende, abierta (si estuviera cerrada y con un centro, ni siquiera sería posible la dislocación); si no tiene un centro debe reconstituirse a partir de centros de poder (los desniveles de los que hablamos un poco antes), las fuerzas en pugna que intentan hegemonizar un campo. Así, “el centramiento es sólo posible en la medida en que hay dislocación y desnivelamiento estructural” (Laclau, 1990:57). Laclau rechaza el esencialismo del todo y de las partes; si no es viable hablar de una estructura con un centro único imperecedero, tampoco es viable hablar de su reverso, la pluralidad tal cual, como múltiples centros de poder, pues aquí lo que hay es esencialismo de las partes, es decir, identidades separadas que coexisten y eventualmente pueden llegar a hegemonizar, por separado, el campo de lo social. En la lectura del APD es distinto, y aquí juega un papel importante la idea de sobredeterminación, pues si bien se habla sobre un pluralismo democrático, éste sólo puede entenderse en la medida en que las identidades se hallan traslapadas y son capaces de articularse para crear una nueva identidad¹².

¿Cómo se crea esta nueva identidad? Mediante un proceso de articulación. Si bien los elementos son diferencias o significantes flotantes disponibles, cuando entran en relación equivalencial entre sí establecen por sobre sus especificidades un marco compartido y general; esto es la articulación, las diferencias debilitan su particularidad para constituir una nueva identidad compartida y recompositiva de lo dislocado: “llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” (Laclau y Mouffe, 2004:142-143). El proceso articulatorio necesariamente está basado en la dualidad *inclusión-exclusión*: la relación equivalencial delimita una frontera que marca lo interno (lo articulado, los elementos que quedan del lado de lo que se es, de las demandas) que expresa precisamente la unidad que se confronta con lo que queda fuera de ella, lo que está excluido, el adversario. Para delimitar una identidad es necesaria la exclusión pues mi ser es también aquello que no es, yo soy lo que soy sólo en tanto delimito lo que no soy. Es así como se va conformando la identidad de una estructura dislocada por el antagonismo, mediante la lógica de la equivalencia y los procesos de inclusión y exclusión.

¹² Si bien el antagonismo puede ser fuente de dislocación, no la agota; ésta también puede estar referida a catástrofes naturales, entre otras.

La equivalencia logra conformar un discurso pretendidamente unitario en el que las diferencias pasan a segundo plano; este aspecto unitario de la articulación es simbolizado mediante *puntos nodales* que fijan parcialmente el flujo de la significación. Los puntos nodales son centros de unión, son significantes maestros que se encuentran fuertemente sobredeterminados y logran condensar en unos cuantos signos representativos toda una pluralidad de posiciones.

La función de un punto nodal es representar la unidad de las distintas posiciones articuladas en aras de conformar una nueva identidad hegemónica. La articulación hegemónica permite contener el desbordado campo de los significantes flotantes y delimitar una identidad, fijar un discurso que, a pesar de permanecer abierto, de ser temporal y precario, admite una sutura temporal, aunque como se ha mencionado, esto resulta imposible debido al carácter abierto de lo social. Sólo hay hegemonía, es decir, construcción de centro o centramiento de la estructura en tanto hay dislocación y en tanto se concibe, primero, que lo social no tiene un centro, segundo que está atravesado por antagonismos de diversa índole, y tercero, que lo social está constitutivamente abierto, pues de otra forma no tiene sentido hablar de hegemonizar. Así, hegemonizar significa (re) construir, (re) estructurar, (re) objetivar, (re) totalizar, luchar, pugnar por cristalizar. Pondré dos ejemplos que se aclararán a lo largo del trabajo. El primero, cuando en la conformación del CNH una serie de grupos se conjuntaron para dar forma al organismo que regiría el movimiento estudiantil; las diferencias de cada uno quedaron en segundo plano ante la necesidad de aglutinarse en torno a los seis puntos del pliego petitorio (punto nodal) que dio identidad a dicha construcción hegemónica. El segundo, cuando diversos grupos armados deciden conformar un gran movimiento armado nacional guiados por el imaginario de la revolución socialista, dejan de lado sus acciones propias y las enmarcan en el proyecto de la Liga comunista 23 de septiembre. En ambos casos frente a la carencia se reconfirma el espacio estallado.

Constitución del sujeto

Respecto al lugar del sujeto en la configuración hegemónica puede decirse que éste emerge en la dislocación (en la falta, en la carencia), cuando debe tomar decisiones que reconfiguren el panorama de lo desestructurado; es por ello que Laclau habla de un sujeto mítico, es decir, un sujeto que intenta suturar nuevamente lo dislocado, que busca recomponer la objetividad con un nuevo espacio de representación (mito), y cuando logra

este cometido se eclipsa y es reabsorbido por la estructura reconduciéndose a posición de sujeto. En palabras de Torfing “el sujeto emerge como la experiencia traumática de una carencia, causada por el dislocamiento de la estructura, y entonces busca constituirse como parte de una totalidad recompuesta” (2004:36). Aquí es necesario precisar que esta recomposición llevada a cabo por el sujeto que decide, no puede realizarse de una forma total; hemos venido repitiendo la importancia que para la perspectiva tiene el concebir lo social como un espacio no suturable, o suturado sólo parcialmente; el hablar de la imposibilidad de cierre de lo social o de constituir a la “sociedad”, y en ese mismo sentido el sujeto nunca está suturado en su identidad, digamos que si la estructura no es total, tampoco puede serlo el sujeto que transita por ella. Es por eso que, utilizando los recursos del psicoanálisis lacaniano y partiendo de una crítica que Slavoj Žižek hiciera en su texto *El sublime objeto de la ideología* (1992), Laclau incorpora la noción de *identificación*: el sujeto barrado, en falta, cruzado por una carencia constitutiva y primaria no puede conformarse una identidad estable y unitaria, sino que constantemente toma decisiones que modifican su ser, y en ese sentido responde al llamado de múltiples voces que lo interpelan. En la decisión está la identificación.

El debate sobre el agente y la estructura ha tenido fuerte presencia en la conformación de la disciplina sociológica. Por un lado la tradición estructuralista que concibe al agente como producto de la estructura (en este plano se inscribe en buena medida la lectura marxista de la última instancia); por el lado contrario, la sociología hermenéutica ha dado prioridad a los procesos interpretativos del sujeto; es sólo hasta la teoría de la estructuración de Anthony Giddens que se plantea al sujeto como un actor/agente activo en la conformación de la estructura, y al mismo tiempo, producto de ésta. El actor produce y es producido, pero no se plantea a la contingencia como constitutiva sino como una *consecuencia no deseada de la acción*, por lo que la identidad del agente y de la estructura se concibe como plenitud.

En Laclau la idea central es la imposibilidad de constituir la estructura y por ende, la incompletud de la identidad del agente, que sólo puede concebirse como sujeto en actos de identificación y en esa medida se conforma como tal. De esta manera Laclau se libra del dualismo clásico (el de la teoría sociológica): no es que uno determine al otro, es que la estructura misma es indecible y no puede determinar nada, sólo fungir como un espacio para la diversidad en la decisión, y el sujeto, en dicha decisión, elige de entre distintas opciones y con ello recompone nuevamente una estructura que seguirá en apertura; así, “si por un lado el sujeto no es externo respecto de la estructura, por el otro

se autonomiza parcialmente respecto de ésta en la medida en que él constituye un locus de una decisión que la estructura no determina” (Laclau,1990:47). Cuando el estudiante se siente interpelado por las demandas del pliego petitorio se preparan las condiciones para conformarse en sujeto político capaz de modificar la relación hasta ese momento existente con el gobierno mexicano.

Si lo social permanece abierto, el sujeto también; si la dislocación en la estructura es fuente de múltiples y diversas recomposiciones (de un mundo menos dado), la carencia de identidad del sujeto es también fuente de múltiples decisiones que lo ubican como propietario de una especie de identidad sobredeterminada, en posibilidad de ocupar distintas posiciones de sujeto.

Hablar de hegemonía requiere además especificar la relación particular-universal. Toda construcción hegemónica tiene a la base una pluralidad de particularidades que, al articularse entre sí, pasa a segundo término su especificidad y producen efectos totalizantes unitarios, sea que entre la diversidad de posicionamientos se haya construido una posición fusionante que unificara a todas, o sea que una de las posiciones haya logrado interpelar al resto unificándolas en torno suyo; en cualquier caso se parte siempre de un particular, por lo que hablar de hegemonía es hablar de un universal cuyas raíces se encuentran en la particularidad.

La relación equivalencial entre términos distintos es condición de la hegemonía; pero en un nivel más básico, fundamental o primario, está el planteamiento de que es a partir de una posición particular que va interpelando al resto que es posible formar dicha cadena equivalencial, porque en la afinidad de una demanda específica se van modulando las diferentes posiciones hasta conformar un universal que atraviesa a cada elemento en la operación de articulación. Este universal hegemónico es, cabe repetirlo, “un lugar vacío, una falta que sólo puede llenarse con lo particular, pero que, a través de su misma vacuidad, produce una serie de efectos cruciales en la estructuración/desestructuración de las relaciones sociales” (Laclau, 2003: 64). Sobre el aspecto metafórico de la hegemonía, su vacuidad tendencial, y su referencia con la relación particular-universal ahondaré en el segundo capítulo. Por lo pronto cabe decir que en el capítulo tercero, donde expongo la forma como se fue construyendo el pliego petitorio del CNH, desmenuzo el proceso como se fueron modificando las demandas hasta llegar a conformarse en un bloque de seis exigencias que cobijaron la plenitud ausente de la población en general y a nivel nacional, es decir, doy cuenta del proceso de universalización de un particular.

El discurso hegemónico logra cierto periodo de vida, se sedimenta temporalmente, aparenta ser una objetividad plena e intenta ocultar sus *innobles* orígenes antagónicos; sin embargo la reactivación de lo político es condición inerradicable de una estructura descentrada, razón por la cual podrán pensarse nuevos antagonismos y nuevas articulaciones hegemónicas. Así, aunque la articulación hegemónica reestructura lo dislocado y recompone el horizonte, no está exenta de ser nuevamente dislocada dada la apertura constitutiva de lo social; la precariedad de su propia conformación; la presencia del campo de la discursividad disponible para que se lleven a cabo nuevas y antagónicas interpelaciones; y la amenaza constante del exterior constitutivo.

La cuestión educativa

Para entender la dimensión educativa en este trabajo me valgo de tres aspectos; el primero, la noción de “experiencia formativa” de fuerte raigambre ontológica (Saur, 2014); el segundo, a sugerencia de Saur Moyano, de la diferenciación entre educación como apaciguamiento y educación como agitación revolucionaria; y el tercero, el análisis del discurso político veroniano que me permite caracterizar al tejido educativo como un componente de la enunciación en el periódico Madera.

El primer aspecto. En su texto “Lo educativo más allá de la escuela. Experiencia formativa y subjetividad” (2014), Saur reconoce, siguiendo a Buenfil, que lo educativo rebasa ampliamente lo que se produce e inscribe meramente dentro de los márgenes del ámbito institucional y nos propone algunos elementos para entender las características ontológicas en los procesos de transformación de la subjetividad, es decir, de aquella que escapa a lo normativo y que no se inscribe necesariamente en el espacio escolar. La experiencia formativa, entendida básicamente como una afectación que coloca al sujeto en un lugar diferente al que ocupaba, condensa además los siguientes sentidos:

- Guarda siempre un componente imprevisible no subsumible a normatividades pretendidamente exhaustivas.
- Conlleva un riesgo o una posibilidad, no está encaminada necesariamente hacia un valor o contenido positivo.
- “El sujeto no es una entidad plena, uniforme, positiva, homogénea, suturada, o una entidad presta a ser colmada; por el contrario, el sujeto sería una configuración que posee una negatividad incita que lo permea, lo abre a múltiples posibilidades... lo dispone al cambio” (Saur, 2014:3-4).

- Incorpora la cuestión de la identidad (siguiendo a Laclau y Hall), donde la constitución óptica del sujeto está condicionada por su entorno, inscrito en comunidad, influido por ella.
- Agrega a la interpelación como un llamado exterior al sujeto, como “una fuerza que el sujeto percibe dirigida a sí aunque no haya intencionalidad alguna...este algo exterior puede ser de características sumamente heterogéneas, en el ámbito escolar puede ser la palabra o presencia de un profesor, un dispositivo de enseñanza...o por fuera del sistema escolar o en tangente con el mismo, un cambio de hábitat o entorno... la militancia o práctica política, el acceso al mundo laboral, el esparcimiento... el contacto con los medios masivos o con las tecnologías, etc.” (Saur, 2014: 5)
- Para que la experiencia educativa se consuma hace falta un sujeto receptivo y en apertura que se deje afectar por el exterior, y que en ello, transforme su visión o su práctica en el mundo
- La libertad es otro elemento, ya que, en un plano íntimo y fundamental, el sujeto, para ser afectado, requiere ser libre de serlo. Aquí se remarca el papel activo del sujeto en la conformación de su propia subjetividad

La experiencia formativa es así la cópula entre un entorno estimulante y la manera en que sus llamados calan en las subjetividades:

Es necesario que se produzca ese contacto fecundo entre estas dos dimensiones y que algo se reconfigure en el sujeto. El ‘mundo’ presente se ‘filtra’ por las aperturas de su constitución psíquica, el sujeto se encuentra expuesto por lo que le toca vivir, repercutiendo en su disposición y fragilidad (Saur, 2014: 7).

Me interesa remarcar en este trabajo uno de esos elementos de la cópula, el de los ámbitos que integran y permiten la experiencia formativa, es decir, el de las condiciones sociales, entendiendo que buena parte de la cuestión educativa está referida a la acción que se da en espacios no institucionales y que carece a veces de intencionalidad explícita; que lo que se aprende puede o no estar en consonancia con los valores éticos sedimentados; que la incompletud del sujeto le hace susceptible de adherirse a las metas, los horizontes de plenitud o los imaginarios políticos que le parezcan más atractivos y en los cuales cree observarse a sí mismo como más completo; y, que la identidad del sujeto está en función de un entorno social y de los modelos que el llamado de la interpelación

le ofrezca. Así, lo que se verá más adelante en el trabajo con el referente empírico, específicamente con el periódico Madera, será esta dimensión de la experiencia formativa, la que propone, la social, la que ofrece al sujeto mirarse más completo.

Cabe anotar que, metodológicamente hablando, podemos dar cuenta del proceso completo al analizar la recepción de los mensajes, de cómo el periódico Madera se recibió entre los jóvenes guerrilleros. Sin embargo en este trabajo me centraré exclusivamente en la parte ya mencionada de la experiencia formativa.

Segundo aspecto. La educación como apaciguamiento y la educación como agitación revolucionaria, serán analizadas ambas en un plano óptico, contextual, situado, específico de este objeto de investigación. La primera es una estrategia política utilizada por Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez al plantear y llevar a cabo una Reforma Educativa Integral como parte de una respuesta y supuesta “solución” al conflicto del año 68. Con ella, aunada a la política llamada Apertura Democrática, se pretende domesticar la relación ríspida que se había exacerbado entre el gobierno federal y los estudiantes. Con dicha medida, un amplio sector de los huelguistas y sobre todo los representantes del CNH establecerán una relación de coexistencia pacífica y colaboración institucional con las autoridades nacionales.

La educación como agitación revolucionaria se refiere al planteamiento específicamente localizable en el periódico Madera de la Liga Comunista 23 de Septiembre, en el cual se propone la educación política como una de las estrategias organizativas y de concientización de la clase obrera, ello, como paso necesario para su conformación en proletariado y el advenimiento de la sociedad socialista. En ella se convida al sujeto a mirarse más pleno en un modelo de transformación radical y e insurrecto.

Como puede verse, tanto la educación como pacificación, como la educación para la agitación, aluden a funciones estratégicas en el orden de la persuasión y el convencimiento, la primera con respecto a la validez de las instituciones y la necesidad de su fortalecimiento; la segunda en la idea de destruirlas y sustituirlas por otras de carácter proletario¹³.

El tercer aspecto, como mencioné anteriormente, está referido a la perspectiva semiológica veroniana y se profundizará al inicio del capítulo sexto.

¹³ Agradezco profundamente la sugerencia del Dr. Saur respecto a esta distinción y su operatividad en la articulación de mi sexto capítulo con el resto del cuerpo de investigación.

Mito y las condiciones de posibilidad del imaginario

En este trabajo la noción de imaginario constituye una herramienta conceptual central, razón por la cual su mención se hará recurrente a partir de este momento desde diferentes aristas. En este capítulo presento someramente lo que Laclau entiende por este término, y en el siguiente profundizaré en el carácter de horizonte de plenitud de dicho concepto valiéndome de otros elementos del APD.

Para entender la noción de imaginario hay que referirse primero a la de mito, que lejos de la idea coloquial de falsedad, aquí tiene un carácter restaurador: “entendemos por mito un espacio de representación que no guarda ninguna relación de continuidad con la ‘objetividad estructural’ dominante” (Laclau, 1990:77). La dislocación es la condición de emergencia del mito, pues éste tiene la función de recomponer lo dislocado, de rearmar un horizonte, de presentarse como alternativa, de llevar a cabo una nueva articulación hegemónica que intente suturar la estructura y dar al sujeto un nuevo discurso de completud. Dado que el mito estallado y el mito emergente no constituyen positivities plenas (pues si así fuese, no habría lugar para dislocación alguna), ambos están atravesados por una falta fundante, constitutiva, no pueden hallarse suturados, y por eso mismo es posible que el primero se desestructure y el segundo recomponga. El espacio mítico emergente presenta al mito dislocado como carencia que debe ser llenada por una alternativa que “sólo él” puede llenar; no podrá asumir su precariedad constitutiva frente a lo estallado, sino que intentará presentarse como pura positividad, como lo idóneo.

Como puede verse desde este referente teórico, no hay ningún contenido literal necesario en la representación posible de un espacio de plenitud cuya función sea recomponer la dislocación. Es por ello que cualquier discurso emancipatorio podría llegar a hegemonizar el campo de la discursividad y convertirse en la nueva plenitud anhelada por el colectivo. En el plano empírico, sólo basta con que, frente a una situación que se asuma de carácter crítico y que sea vivida así por el sujeto social, un discurso restaurador sea aceptado como alternativa viable (aunque siempre hay que recordar los “desniveles” de poder de los que el autor habla: si bien ontológicamente la estructura está abierta a cualquier posibilidad de hegemonización por parte de “n” cantidad de discursos diversos; ónticamente hay grupos cuyas demandas interpelan mejor que otras, o grupos que ejercen mayor coerción que otros, etc.).

A mi parecer, lo que Laclau nos propone con esta lectura, es repensar el pensamiento utópico que va de Platón, Kant, Moro, Campanella, Bacon, Marx, y en general todos los autores que han augurado el arribo de una sociedad feliz, reconciliada, armoniosa. Lo que Laclau nos presenta es la dinámica misma del argumento utópico (su condición ontológica): una situación crítica (dislocación), un espacio mítico que recompone y se presenta como pura completud, y su sedimentación en tanto opera como imaginario; sólo que a diferencia de los autores que concebían la historia como un desarrollo progresivo y con un final deseado/deseable, Laclau, dada su radical concepción histórica del ser, así como el papel nodal de la contingencia, el antagonismo, y lo político en lo social, no puede asumir que dicho espacio alternativo se conforme como un cierre. Además, “el mito funciona como superficie de inscripción de las dislocaciones y reivindicaciones sociales” (Laclau, 1990: 79), es decir, tiene un carácter incompleto donde cualquier demanda puede llegar a incluirse, manteniendo así la apertura que evita el cierre del tipo utópico/fin de la historia. Así, aunque el mito se presente con un carácter suturante, su carácter incompleto le impide dicha sutura pues “los mitos sociales son en tal sentido esencialmente incompletos: su contenido se reconstituye y desplaza constantemente” (Laclau, 1990:79).

El mito representa un universal, es hegemónico, “tiene la doble función de expresar su contenido concreto y de representar a la ‘plenitud’ como tal” (Laclau, 1990:81). Cuando la representación metafórica de la plenitud se ubica por sobre cualquier contenido literal, el mito se convierte en imaginario. El imaginario es un horizonte de inscripción de toda plenitud posible, y mientras se encuentre vigente fungirá como la representación de cualquier demanda. Un ejemplo: el significante reforma educativa puede anclarse en el terreno del contenido literal mítico al ser definida según los estándares de la política educativa en turno; mientras que democracia y revolución se encuentran más sobredeterminados y condensan una mayor cantidad de sentidos y resultan idóneos para representar la plenitud ausente de una gran variedad de posiciones políticas.

En el siguiente capítulo profundizaré esta noción que considero sumamente productiva como herramienta de intelección y como caracterización del ser de las relaciones sociales.

CAPÍTULO II Imaginario hegemónico: noción central en la comprensión del discurso de la democracia y la revolución

Introducción

Comprender la función del significante imaginario en mi objeto requiere de una especificación de sus características y el uso concreto que hago de dicha herramienta. Imaginario hegemónico es una noción laclauiana que el autor apenas y expone en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990) y que yo profundizo a partir de sus propias lógicas y categorías. Es un ejercicio que inicié en mi tesis de maestría y que aquí continúo en aras de la utilidad que representa en la construcción de mi objeto de estudio. No construí propiamente una categoría intermedia en este caso, más bien reuní sus partes constitutivas y la puse a trabajar en la comprensión del discurso de la democracia y la revolución ¿cómo es que estos significantes representan una plenitud

ausente? ¿Cómo lograron convocar a distintos grupos a nivel nacional para conformar un movimiento estudiantil o bien una coordinación revolucionaria? ¿Qué función analítica cumple un imaginario hegemónico?

En el capítulo anterior fue necesario presentar someramente el entramado conceptual que conforma la perspectiva teórica de la hegemonía para poder arribar a una de las nociones centrales de este trabajo de investigación. “Imaginario” es una categoría interesante y productiva del APD¹⁴ que me permite entender lo político (lo que reactiva) y lo social (lo sedimentado) a partir de su función de cierre y de totalización (estructuralidad de la estructura) que *aparenta* abarcar a todas las posiciones de sujeto involucradas en la operación articuladora, y en la que opera, al mismo tiempo, un *ocultamiento* radical de la imposibilidad misma de la sociedad.

Caracterizo la noción de imaginario a partir de las siguientes dimensiones:

- como producto de una *relación hegemónica* en la que se plantea la exaltación de la representación metafórica de la plenitud por sobre el contenido literal de la demanda que funge como equivalente general;
- en su función de *ocultamiento*¹⁵ de lo que queda excluido *simulando* que puede abarcar todas las demandas posibles y presentándose como pura positividad;
- en su posición como *particular que se universaliza* en el proceso mismo de la articulación (cuando una de las demandas logra convocar a todas las demás en su contenido literal y como propuesta que resarcirá la situación crítica), convirtiéndose así en un equivalente general;
- en su carácter de significante *ambiguo y vacío* que permite la pugna por la hegemonización del sentido, y con ella, el establecimiento de la demanda nodal que tenderá a vaciarse de contenido para poder abarcar a las posiciones involucradas;
- dicho vaciamiento es la condición de posibilidad del imaginario hegemónico como un *horizonte de plenitud* el cual se representa como la meta viable que recompondrá lo estallado por la dislocación y en el que

¹⁴ Solamente usaré las nociones laclauianas para desarrollar la noción de imaginario aunque su procedencia sea psicoanalítica.

¹⁵ Ocultamiento, apariencia, simulación, etc. son términos que en este trabajo deberán entenderse como operaciones situadas en el plano ontológico, como constitutivas de lo político y no como intencionales por las posiciones ónticas que se articulan en torno a la demanda. No es una operación consciente que los sujetos realicen al articularse para ocultar que la sociedad es imposible; esta noción está, insisto, en un plano constitutivo no manipulable; en tanto ontológico, así se es.

puede observarse un desligamiento respecto de la literalidad de la demanda, permitiendo que se presente como pura objetividad transitando así del mito al imaginario

- Anoto además la posibilidad de existir a manera de significativo históricamente sedimentado disponible para representar el anhelo de completud ausente. Todas estas características me permiten mostrar los matices que definen la sutil diferencia entre una hegemonía mítica y un imaginario hegemónico, al tiempo en que resultan útiles para sostener, en el último apartado, la productividad de dicha noción en la comprensión de lo político y lo social.

Antes de entrar en materia de este capítulo, es necesario esclarecer algunos posicionamientos y hacer algunas consideraciones previas que resulten en un texto más comprensible para el lector; una especie de guías de lectura introductorias que enmarquen las afirmaciones que se hacen a lo largo del documento y que además estarán permeando todo el trabajo de investigación en capítulos posteriores. Esta guía previa comienza con: 1) la presentación somera de la distinción entre lo ontológico y lo óntico en la obra de Laclau; 2) posteriormente planteo el problema de la negatividad donde expongo la manera como será entendida a lo largo de este trabajo; y 3) concluyo con la distinción entre las nociones de mito e imaginario, con el fin de introducir al lector en la idea de que hay un matiz importante entre ambas categorías. Comienzo con el tema sobre la distinción entre lo óntico y lo ontológico. Siguiendo a Howarth, la dimensión ontológica refiere a

Los supuestos implícitos que presupone *cualquier* indagación en determinadas clases de fenómenos, en tanto que el nivel óntico designa la investigación de esas clases específicas de fenómenos. Por ejemplo, un teórico político podría interesarse en describir, clasificar y comparar diferentes tipos de instituciones políticas, ya sean los efectos de los sistemas electorales sobre los sistemas partidarios o el desempeño democrático relativo de los regímenes parlamentario y presidencial. En cambio, por otra parte, podría interesarse en cuestionar el concepto mismo de la institución política o intentar establecer criterios sobre *qué cuenta* como práctica o actividad política. Si bien en términos heideggerianos el primer tipo de indagación pertenece al nivel óntico y acepta los estándares consensuados de la teoría política y la ciencia política, el segundo se dirige al nivel ontológico y explora las condiciones que hacen posible el análisis político (Howarth, 2008: 330)

El ejemplo de Howarth esclarece en buena medida la distinción de los dos planos: el ontológico es una metarreflexión sobre las herramientas de intelección que pueden dar cuenta o no de los fenómenos meramente empíricos, pero sobre todo, a decir de Laclau mismo “lo que he tratado de desarrollar en mi trabajo es la idea de que esta experiencia del ser en general como opuesto al ente, a los entes particulares, no es algo que se limite simplemente a la ontología fundamental de Heidegger, sino que puede tener una versión desde el punto de vista de la construcción de los espacios comunitarios”(2001:2) Es decir, la Teoría de la Hegemonía ofrece una lectura del ser de lo político sin llegar a regionalizar al ente propiamente como hacen las disciplinas biológica, histórica, etc. (es decir, las que cuentan con un objeto empírico definido). Las herramientas de intelección del APD son vacuas pero permiten entender una realidad contextual determinada. Es por ello que el APD implica un posicionamiento onto-epistemológico: primero, porque ofrece una lectura del ser de lo político; segundo porque esta lectura contiene herramientas de intelección de objetos de estudio concretos (categorías, conceptos, lógicas) que nos permiten analizar las relaciones políticas en un plano situado. Lo ontológico está, así referido, al ser de lo político; lo óntico a los entes que se desempeñan en un determinado contexto y las relaciones políticas que establecen entre ellos. Cabe aclarar que hablar en estos términos significa reconocer una dualidad óntico-ontológica ya que Dasein es ambas cosas; no es que lo ontológico sea un plano privilegiado y lo óntico un *reflejo* suyo (como diría Heidegger en *Ser y tiempo*); o que la vida óntica se constituya como epifenómeno de lo ontológico como modo de ser verdadero, sino que Dasein, en una lectura no esencialista e historicista, habita en ambos planos: es un ser histórico propio e impropio. Estos presupuestos abstractos pueden concretarse en un ejemplo breve: el ser desfondado requiere hegemonizar un campo discursivo, construirse un fundamento; en términos contextuales, los hombres, en su lucha por el poder entre el convencimiento y la dominación se proponen metas y objetivos colectivos en aras de la producción constante de las relaciones sociales y políticas.

Esta escueta presentación me permitirá ahora plantear el tema de la negatividad a manera de incisos, pero antes una cita introductoria

La negatividad evoca una inquietud asociada básicamente con dos significados. El primero, relativo a lo negativo como valor, y en ese sentido se equipara con lo dañino, nocivo, perjudicial, y otros sinónimos de lo indeseable. El segundo, relacionado con la negatividad como concepción filosófica, que también suele ser asociada con lo que se rechaza, en particular en el paradigma

positivista y en diversas formas del esencialismo, aunque no únicamente con éstas (Buenfil, 2007: 173)

Por ese motivo, es necesario esclarecer cómo será utilizado dicho sentido a lo largo de este capítulo. De entrada, no me referiré al sentido valorativo de la negatividad, es decir, aquél que se encuentra arraigado en el pensamiento ético sobre lo correcto y lo incorrecto, o lo justo y lo injusto, y el cual ha derivado en el sentido común a la hora de tomar/desechar un determinado curso de acción. En su segunda acepción, de carácter filosófico, Buenfil destaca los sentidos teleológicos, deterministas, epifenoménicos y parasitistas que son asignados a la negatividad, los cuales en lugar de asumirla a manera de tensión productiva, la convierten en algo que deberá, necesariamente, ser superado. Tal es el caso de los metarrelatos que plantean las contradicciones internas como superables y que depositan en la Razón, en Dios, en la Economía o en el Espíritu Absoluto el arribo a un estadio superior del progreso humano y la llegada de una sociedad reconciliada consigo misma.¹⁶ A este sentido filosófico se le opone el pensamiento de otro tipo de autores, entre ellos Laclau y Mouffe, quienes más que remarcar el otro lado de la moneda y colocarse en una especie de negativismo, lo que hacen es enfatizar la tensión entre las dos aristas de un mismo fenómeno: si hay positividad es porque hay negatividad; y en ese sentido la negatividad es constitutiva.

Así, la obra de Laclau se encuentra fuertemente permeada de conceptos y lógicas negativas, pero siempre focalizadas en un sentido productivo (que no positivo), es decir, resaltando su función de tensión o aporía. A continuación, algunos ejemplos de ello.

- a) La inclusión no puede pensarse sin la exclusión pues sólo puede ponerse de relieve la identidad de los elementos que se articulan y que quedan de este lado de la frontera si hay posiciones excluidas; de hecho, la frontera misma es impensable sin una división entre lo que queda articulado y lo que permanece fuera de ella (sea esto antagónico o no). Cuando el CNH se desmarca de las posiciones “violentas” o que ejercen la autodefensa al interior del movimiento, podemos decir en términos analíticos que se está llevando a cabo una exclusión en aras de darle identidad al grupo que hegemonizó al consejo.
- b) Frente a la dislocación que desestructura la objetividad dominante, resulta necesaria una rearticulación que recomponga lo dislocado; pero ello no significa que dicha recomposición sea mejor, o progresista, o evolutiva, sino

¹⁶ Para mayor detalle consultar Buenfil, 2007.

que es simplemente cambio, como modificación en cuanto tal. Gracias a que hay dislocación, hay posibilidad de reordenamiento, y en eso Laclau observa un mundo menos dado. La frase laclauiana “ni el cementerio, ni el manicomio” bien podría traducirse como “ni pura positividad, ni pura negatividad”. Frente a una estructura dislocada por la represión, la izquierda mexicana construyó, entre otras, dos opciones: la vía democrática partidista y académica, y la vía de la insurrección armada en el ámbito urbano.

- c) Antagonismo es otra noción que aparece en el registro negativo dentro de la teoría de la hegemonía, y se refiere a la pugna entre dos posiciones que, lejos de ser superada con el acuerdo y la conciliación, es constitutiva de la relación entre ambas; finalmente, una de ellas podrá hegemonizar y a la larga sedimentar y naturalizarse, pero generará nuevos antagonismos y no podrá negar sus “innobles orígenes”. Tanto el CNH como la Liga comunista 23 de septiembre fueron posiciones antagonistas al gobierno federal, sólo que la primera logró domesticarse mientras la segunda fue liquidada literalmente hablando.
- d) Tomando en cuenta que la sociedad está atravesada por la imposibilidad de su constitución plena y logra sólo precarias sedimentaciones; y que al mismo tiempo, tampoco es el puro caos en cuanto tal (el estado de naturaleza hobbesiano), es posible entonces ubicar su producción en la tensión que ambas imposibilidades ocasionan (sin remitirla a un justo medio sintético y conciliador con tendencias al cierre) sino en el ámbito de la tensión productiva. La imposibilidad del cierre de lo social es precisamente la condición de la búsqueda de la constitución de la sociedad; por momentos pareciera que hay sociedad pero ese es sólo un efecto necesario, temporal y precario que se dislocará y conformará nuevos escenarios. Si la sociedad es recreación continua, la identidad del sujeto que habita en ella está también atravesada por una falta constitutiva, lo que hace posible que el sujeto busque nuevas y constantes identificaciones. La ausencia de plenitud es condición obvia de su búsqueda (y una vez más entiéndase aquí por plenitud no un sentido amable o referido a mejorías, sino simplemente como búsqueda del cambio en el cual se depositan las esperanzas mismas). Así, más que hablar de positividad y negatividad como posiciones plenas y opuestas, la lectura se plantea en

términos de tensión entre ambas. Hasta aquí he referido la negatividad en el plano ontológico.

No se debe confundir la negatividad ontológica con la negatividad óptica. La primera es constitutiva, vacía de contenido; la segunda está amarrada a algún sentido contextual e histórico, varía según la posición de sujeto que la enuncie, y es interpretable *a posteriori*. Ejemplificaré con algunas de las nociones que expuse anteriormente: exclusión, dislocación, antagonismo. No hay un contenido determinado *a priori* que nos diga qué posición será excluida en una relación hegemónica, esto sólo puede observarse en un contexto específico (y en el plano que se quiere analizar, en un corpus delimitado y con la información que ofrece el referente empírico). A lo sumo, podemos decir que históricamente hemos experimentado ciertos contenidos como hegemónicos, y ciertos contenidos como antagónicos o incluso totalmente marginales. Históricamente podemos decir que las posiciones comunistas han quedado excluidas en la definición del carácter de las instituciones estatales en México, que finalmente ha hegemonizado el discurso liberal; pero ello no significa que el contenido “comunista” esté determinado a fungir como lo excluido y que no pueda, en algún momento, lograr articular en torno suyo a otras posiciones y dejar de ser lo excluido para convertirse en lo incluido. Evidentemente, para los comunistas sus propuestas son mejores que las de los liberales; y viceversa, pero eso es algo que no podemos definir *a priori* y decir “las propuestas de los liberales son siempre mejores que las de los comunistas”; a lo sumo podemos decir que en X contexto y frente a X circunstancias, las propuestas liberales resultaron más adecuadas que las de los comunistas (o que los liberales ejercieron mayor poder que los comunistas; o que lograron convencer a los demás de la justeza de su causa), pero no por ello son mejores, más positivas, o menos negativas que las del otro grupo.

La dislocación no es un evento malvado que nos perjudica de suyo; tampoco es el acto revolucionario que las masas esperábamos para nuestra emancipación. Es simplemente una herramienta de intelección onto-epistemológica que permite observar que *hay* dislocación (plano ontológico) y que podemos entender una crisis como dislocación (plano epistemológico). Es en el juego contextual donde podemos analizar si X evento puede entenderse como una dislocación y si alguna de las posiciones de sujeto involucradas la significó como un hecho esperanzador o como la apertura al futuro caos; como algo negativo o como algo positivo.

Antagonismo, con todo y la carga negativa que puede evocarnos el significante en el sentido común, no expresa más que una relación de negación recíproca, de

confrontación entre dos o más posiciones. Es en un ámbito óntico y empírico donde podemos ver las preferencias que cada posición pueda manifestar con respecto a un evento X, y sólo ahí distinguir cuáles fueron más adecuadas para un cierto curso de acción (en caso de que nos interese la cuestión ética, llamémosla así). Así, la negatividad ontológica es vacua y constitutiva; mientras que la negatividad óntica es valorativa, contextual, histórica, empírica, y depende siempre de quien la enuncie y la signifique como tal.

De aquí en adelante, cuando me refiera a un ejemplo, a un cierto contenido empírico, me estaré refiriendo al plano óntico; cuando sólo exprese relaciones entre categorías o nociones propias de la teoría de la hegemonía sin referencia alguna a un sentido generado en contexto y sostenido por alguna posición de sujeto, entonces me estaré refiriendo al plano ontológico. Evidentemente, cuando necesite ejemplificar cómo juegan, se ponen en uso, o se articulan las categorías con el referente empírico, estaré implícitamente evocando la distinción anteriormente expuesta, y por lo tanto, estaré refiriéndome al plano óntico.

Finalmente, y para poder entrar ya al capítulo, presento desde este momento una cita extraída de *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* donde puede observarse, a manera de primer acercamiento, la relación entre mito e imaginario¹⁷

El hecho mismo de que ese orden mítico represente ya desde un comienzo algo más que el terreno de la dislocación originaria, implica la posibilidad –que puede desarrollarse o no- de radicalizar el momento metafórico de la representación. Basta, por consiguiente, que otras dislocaciones y otras demandas se adicione a la plenitud que el espacio mítico debe constituir, para que el momento metafórico se autonomice respecto de la literalidad de la dislocación originaria y para que el espacio mítico se transforme en un horizonte imaginario (Laclau, 1990: 80)

La cita me permite sostener que hablar de hegemonía mítica es hablar de un plano distinto al del imaginario hegemónico, y a lo largo del texto plantearé las diferencias entre ambos a partir de las siete características que destaco respecto del imaginario; pero antes de ello, debo hacer una última y breve especificación sobre la utilidad de las herramientas analíticas de la Teoría de la Hegemonía en la investigación en general.

¿Por qué es importante el uso de la teoría en la investigación empírica? A lo largo del texto iré refiriendo el uso y la pertinencia de las nociones seleccionadas para el

¹⁷ Es en este texto donde Laclau plantea dichas categorías.

análisis de mi referente empírico particular, pero es necesario hacer una anotación general previa. Comenzaré haciendo la siguiente pregunta ¿podemos conocer los objetos, las relaciones, con el mero hecho de observarlas? Esta pregunta remite necesariamente al planteamiento de Descartes sobre la *distinción* en el conocimiento. Es casi obvio que con observar los objetos de estudio no se les conoce, para hacerlo necesitamos decir algo *distinto* sobre ellos. Si así fuera, entonces ya conoceríamos el mundo, pero el conocimiento es algo más complejo que eso.

El hombre no tiene un acceso privilegiado e inmediato al ente, pues, como lo ha enseñado la tradición filosófica a lo largo de los siglos, los sentidos nos engañan. Por verlo, por sentirlo, por tocarlo, no podemos decir que lo conocemos, o al menos, no se agota en ello. Hay objetos –como las relaciones sociales- que no se agotan en la sensualidad humana. Hasta las más experimentales de las ciencias requieren de un previo aparato de aproximación cognoscente de carácter abstracto, de un cuerpo conceptual que les permita poner en palabras las relaciones entre los objetos.

Una teoría cumple un papel de mediación entre las cosas y el hombre que las conoce. No hay una sola teoría auténtica y privilegiada que agote lo que puede decirse respecto del objeto, razón por la cual existen distintas y variadas teorías que nos ayudan a entenderlo. La Teoría de la hegemonía es una de las opciones disponibles en el mundo académico para entender las relaciones políticas en un determinado contexto. Sus nociones, conceptos, lógicas ayudan a entender eso que se nos presenta caóticamente a los sentidos. Nos permiten ordenar *lo que hay* de una manera en que se nos haga accesible, comprensible, conjuntizable incluso (en términos Castorideanos). Es por ello que el papel de la teoría en la investigación resulta indispensable en la comprensión del objeto de estudio.

Una vez hechas todas estas especificaciones, iniciaré el siguiente apartado presentando las condiciones de emergencia del mito y la forma como se convierte en imaginario; para, posteriormente, desplegar las características mencionadas al inicio de esta introducción.

Dislocación, mito, y la emergencia del imaginario

En la obra de Laclau, lo político tiene un rango ontológico negativo y fundante; lo social está atravesado por una imposibilidad constitutiva que irrumpe en todo momento dislocando lo sedimentado. La dislocación es la manifestación en la estructura de la

irrupción antagónica entre posiciones distintas. Una estructura pretendidamente estable es constantemente amenazada por la desestructuración dislocatoria, lo cual, lejos de concebirse valorativamente hablando como algo funesto, constituye la condición de posibilidad de reestructuración constante.

“En la dislocación no hay un *telos* que gobierne el cambio” asevera Laclau (1990: 59), y ello implica que cualquier posición tiene la posibilidad de rehegemonizar el campo (tomando en cuenta, claro está, los desniveles de poder ónticos a los que se aludió en el capítulo uno). Sin embargo, ontológicamente hablando, la posibilidad es co-existente a la dislocación, y es este sentido productivo (que no positivo) el que interesa aquí resaltar¹⁸. Precisamente porque la dislocación abre la posibilidad a un cambio indeterminado, las políticas educativas que se deciden en el plano óntico han intentado, desde la consolidación de los Estados nacionales y sus instituciones, (sin tener conciencia de ello, pero como pretensión de primera importancia) orientar dicho cambio en direcciones *ad hoc* al modelo político o al tipo de gobierno o régimen en el que se encuentren inscritas. Toda política situada pretende precisamente: dominar la contingencia, reducir las *consecuencias no deseadas*, y en suma, dar direccionalidad a los planteamientos para que éstos repercutan en “buenas” políticas bien vistas ante los ojos de los electores o ciudadanos en general.

La dislocación es constitutiva a la estructura, y si la estructura falla en su constitución plena, fracasa también en la conformación del sujeto. Esto nos permite entender que, en dicho no logra, está también la posibilidad de nuevas identificaciones que pretendan, nuevamente, reconfigurar su identidad. Más que hablar de identidad, tenemos que referirnos a múltiples identificaciones (precarias, parciales, temporales) las cuales, al igual que la estructuralidad fallida, conforman un campo de posibilidades y cambio (no necesariamente positivo, benéfico u orientado hacia un mundo más feliz) sino que nos presentan un mundo menos dado y por ende, en permanente construcción. La recomposición estructural que implica la identificación del sujeto es política; dado que el cambio es indeterminado, se requieren procesos de articulación que sólo en contexto podrán constituir una nueva “identidad” hegemónica. No estaba previamente determinado que una condición de reconocimiento del movimiento del 68 tendiera a la insurrección armada, esa fue una posibilidad abierta que se conformó bajo ciertas condiciones

¹⁸El término “positivo”, al igual que el de “negatividad”, da pie a confusiones sobre valoraciones, cual si de antemano la dislocación pudiese asegurar un cambio en sentido superior, amable, o progresista, cuando es precisamente lo que se está objetando; el cambio posibilitado por la dislocación es radical e indeterminado, y será en el plano empírico donde se juegue el futuro de un pueblo, nación, comunidad, etc.

internacionales y nacionales; y así como produjo esta opción produjo otras más en las cuales no me centro en esta investigación.

Laclau plantea en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990) cuatro enunciados que definen la relación sujeto, mito e imaginario. El primero plantea que “todo sujeto es un sujeto mítico” ¿Qué quiere decir esto? La función de la dislocación es des-estructurante; la función del mito es re-estructurante¹⁹. Mito es “un espacio de representación que no guarda relación de continuidad con la ‘objetividad estructural’ dominante” (1990: 77). El mito recompone la objetividad estallada por la dislocación, reordena, rearticula, recompone; y en esta recomposición el sujeto se “eclipsa” porque es reabsorbido por la estructura²⁰. Pero esta rearticulación mítica estabiliza sólo en parcialmente: dado el plano constitutivo y fundante de la negatividad, resulta evidente que dicha estabilización no está nunca en el plano ontológico sino sólo, precaria y aparentemente, en el plano óntico. Pongámoslo en los siguientes términos:

- 1) Ontológicamente hablando, la imposibilidad está arraigada, es constitutiva.
- 2) En el plano situado la plenitud tampoco es realizable pero intentamos representar la plenitud en algún contenido contextual ya que
- 3) el sujeto mítico requiere pensar en un cierre. La humanidad ha buscado respuestas definitivas en la creación de sus dioses, en la religión, en el Estado, en la ciencia.

Los discursos clausurantes son míticos en el sentido estabilizador-tranquilizador, pero siempre temporales. Sin embargo, paradójicamente, se vive cotidianamente cual si fuese posible la clausura. Se anhela la plenitud, se nos dice que con mercancías, con ritos religiosos, con el cuidado del propio cuerpo, con escolaridad y ciencia, con buenas políticas y funcionarios honestos podremos lograr por fin el bienestar. Y queremos creer que así es, además. Incluso por momentos pareciera que lo logramos: cuando concluimos una meta propuesta como la obtención de un grado o el alumbramiento de un nuevo ser; cuando ganó el candidato favorito que, ahora sí, va a realizar cambios profundos; cuando caen los muros que dividen al mundo comunista del capitalista; cuando llegamos al planeta Marte...Constantemente es encubierta nuestra propia finitud e imposibilidad; esa es una de las funciones del mito: simular un cierre ocultando dicha imposibilidad.

¹⁹ Mito, en el entramado de la teoría de la hegemonía no tiene que ver con un “brote de irracionalismo primitivo” o falsedad, sino en su función productiva, como horizonte que recompone lo dislocado. Así, la sedimentación social es un mito cristalizado.

²⁰ Mencioné en el capítulo anterior que en la dislocación política emerge la decisión del sujeto; pues bien, cuando el mito logra “re-estabilizar” lo social, el sujeto vuelve a reinsertarse en la estructura y con ello se da la estabilización misma.

Así, todo sujeto es un sujeto mítico en tanto participa de la re-estructuración y en tanto encubre su propia identidad fallida en una objetividad que es un mito cristalizado.

“El sujeto es constitutivamente, metáfora” es el segundo enunciado que plantea Laclau respecto a la relación entre sujeto, mito e imaginario ¿Qué significa esto? El espacio mítico emerge de la dislocación estructural y su función es recomponer lo dislocado, pero para ello es necesario que lo dislocado sea presentado como pura insuficiencia para que precisamente el mito pueda presentarse a sí mismo como la única solución posible y viable. El mito emergente no se opone a “la estructuralidad de la estructura dominante, sino a los efectos des-estructurantes que dislocan a ésta última. El espacio mítico se constituye como crítica a la falta de estructuración que acompaña al orden dominante.” (1990: 78). El mito que emerge no se opone literalmente al contenido del mito cristalizado/sedimentado, sino a que dicho mito objetivante no tuvo la capacidad de suturar definitivamente lo social. En ese sentido, en el mito “se busca” el cierre de lo social; se anhela la clausura; se plantea un “esto ya no es suficiente, ya no basta con...”; y en esa operación hay una negación de la más propia imposibilidad. Así, en el plano ontológico, el mito se opone a los efectos desestructurantes del mito cristalizado previo; y en el plano óntico se traduce como un “esta fórmula nos sirvió temporalmente, pero ya no más, así que ahora tenemos que...” En palabras de Laclau

Los efectos críticos del espacio mítico sobre el espacio estructural dominante incrementarán por lo tanto la desestructuración de este último: (1) el espacio mítico se presentará como pura positividad y espacialidad, para lo cual deberá hacer aparecer aquello a lo que se opone como un no-espacio, como el no-lugar en el que un conjunto de dislocaciones se adicionan; (2) para pensarse a sí mismo como espacio –como punto en que se concentra una plenitud y una objetividad plenamente realizadas- deberá presentar a esas dislocaciones como equivalentes pero –sin embargo- sistemáticas (1990: 78)

Un ejemplo accesible se encuentra en los resultados de mi tesis de maestría (López, 2009, 2015) cuando planteo que el mito de la meta cuantitativa en educación básica se ve dislocado por las condiciones de bajo rendimiento escolar; porque se asegura que ya se había logrado casi el cien por ciento de cobertura; y porque la pirámide poblacional muestra que hay menor demanda para este nivel (tendencia que se acentuará a lo largo del siglo). Ante ello se plantea, ya no es necesario dedicarse exclusivamente a construir escuelas, habilitar profesores y asegurar que los niños ingresen a la escuela, ahora lo urgente es certificar que aprenden en su paso por la misma, es decir, asegurar

la calidad del proceso educativo. De una meta agotada pasamos a otro nuevo horizonte de plenitud.

El mito tiene una doble función: plantea un contenido literal, y al mismo tiempo, una plenitud pretendidamente alcanzable. La primera función tiene que ver con planteamientos específicos, propuestas concretas que se hacen al sujeto para verse a sí mismo más completo; la segunda función interpela al sujeto desde la promesa de mayor completud, pues muchas veces basta con que se planteen soluciones que en cuanto tales, en su carácter de soluciones, están facultadas para convocar a un amplio público aun a reserva del planteamiento literal mismo. En palabras de Laclau, la promesa de “orden” a veces es suficiente. De esta forma “el sujeto (falta en el interior de la estructura) sólo adquiere su forma específica de representación como metáfora de una estructuralidad ausente” (1990:78). En otras palabras, el sujeto es constitutivamente metáfora, porque se constituye en el anhelo de completud, es metáfora de una plenitud ausente. Más adelante en el capítulo tercero veremos cómo el pliego petitorio del CNH resultó en términos analíticos un mito reestructurante frente a un contexto dislocado por la represión y la falta de participación política ciudadana, sin embargo dicho mito se cobijó por el imaginario históricamente sedimentado de la democracia.

El tercer enunciado respecto a la relación sujeto, mito e imaginario plantea que “las formas de identificación del sujeto funcionan como superficies de inscripción” (Laclau, 1990: 79) ¿Qué quiere decir esto? La identificación involucra cierto elemento mítico, puesto que el discurso mítico interpela y convoca al sujeto a constituirse de un modo “más pleno”. Dichas formas (mitos) funcionan como superficies de inscripción incompletas porque permanecen abiertas a nuevas articulaciones. Dado que “los mitos sociales son en tal sentido esencialmente incompletos: su contenido se reconstituye y desplaza constantemente” (Laclau, 1990: 79). Aquí pareciera que, debido a dicha incompletud, el mito podría llegar a articular “n” cantidad de demandas *ad infinitum* y sedimentar a tal grado que no sea posible una nueva dislocación, pero no es así y veremos un poco más adelante por qué, cuando aborde la diferencia entre mito e imaginario.

El último enunciado está referido propiamente a la categoría que me interesa resaltar: “El carácter incompleto de las superficies míticas de inscripción es la condición de posibilidad de constitución de los imaginarios sociales” (Laclau, 1990:79) ¿Qué significa? Dado el carácter incompleto de la superficie de inscripción mítica, puede llegar a caber en ella cualquier demanda (plano ontológico) y una variedad de demandas disponibles en el contexto específico (plano óptico); una de ellas representará a la

totalidad y se produce un vaciamiento en donde las distintas posiciones se identifican con la promesa de plenitud más que con la demanda específica. Cuando esto ocurre, el mito se convierte en un imaginario. Debo remarcar aquí que ello no quiere decir que todas las posiciones contextuales en disputa efectivamente lleguen a articularse, pues eso eliminaría el exterior constitutivo y simplemente tendríamos pura positividad; sin embargo *aparentemente* así se presenta un imaginario. En el plano empírico se nos vende la idea de que la inclusión total sí es posible. Esto se aclarará en apartados siguientes.

En el imaginario, “el momento de representación de la forma misma de la plenitud domina a un punto tal, que se constituye en el horizonte ilimitado de inscripción de *toda* reivindicación y de *toda* dislocación posibles” (Laclau, 1990: 79)²¹. En su carácter de horizonte, el imaginario puede aceptar *casí* (este casi es importante) cualquier contenido, anudar *casí* todas las demandas posibles, porque lo importante en éste es presentarse como receptáculo pluralista y vehículo de esperanzas.

Cuando el mito se encuentra amarrado a un determinado contenido literal (a una demanda específica) no tiene el poder de interpelar a las distintas posiciones de sujeto en juego; y aun cuando representa una alternativa de solución a la dislocación, abarca un espectro limitado según el grupo y la demanda que represente. Mientras más se aleje de la dislocación que le dio inicio; mientras más demandas abarque; mientras más posiciones de sujeto lo reivindiquen; cuando haya abandonado su contenido literal y se presente como puro horizonte ilimitado, el mito se habrá convertido en imaginario

El hecho mismo de que ese orden mítico represente ya desde un comienzo algo más que el terreno de la dislocación originaria, implica la posibilidad –que puede desarrollarse o no- de radicalizar el momento metafórico de la representación. Basta, por consiguiente, que otras dislocaciones y otras demandas se adicioneen a la plenitud que el espacio mítico debe constituir, para que el momento metafórico se autonomice respecto de la literalidad de la dislocación originaria y para que el espacio mítico se transforme en un horizonte imaginario (Laclau, 1990: 80)

Esta cita nos muestra claramente el paso del mito al imaginario: el abandono de la literalidad y la autonomización del momento metafórico. En el capítulo tercero veremos cómo el pliego petitorio de seis puntos que se había presentado como resarcidor de las

²¹ Aquí habría que matizar la afirmación de Laclau, pues ni en el plano ontológico ni en el óntico es posible que se puedan incluir todas las reivindicaciones posibles, ello dejaría sin frontera la identidad y la objetividad se cerraría en pura positividad. Lo que hay es un intento de inclusión.

carencias políticas en el país, cede el paso al imaginario democracia, mucho más vacío y por ende más abarcativo en demandas.

Así, los significantes que cumplen la función de imaginarios en un contexto específico, tienden a estar desvinculados de un contenido accesible, aunque muchas veces nos cuestionamos qué significa cada uno de ellos ¿Qué se quiere decir con *X* o qué significa *Y*? ¿Por qué pareciera que no dicen nada y sin embargo somos capaces de movilizarnos por ellos? ¿Qué se quiere decir con calidad, democracia, bienestar, unidad nacional, etc.? ¿Por qué resultan tan inaprehensibles? A veces llegamos al hartazgo de que dichas palabras sean constantemente pronunciadas en nombre de una política educativa, por un partido político, con afán de vender un producto a través de la mercadotecnia, etc. Creemos que no nos dicen nada. Al contrario: es porque nos dicen tanto que pareciera que no dicen nada; esto se aclarará cuando aborde el proceso de vaciamiento en páginas siguientes.

Todo esto no quiere decir que la particularidad de las demandas se haya esfumado del todo, sino que se enmarcan en esa gran demanda aglutinadora que hegemonizó y se convirtió en el imaginario-guía de un proyecto abarcativo. Una vez que el imaginario aglutina, está listo para ser resignificado en distintos contextos y sentar las bases para nuevas literalidades que se plantean en función suya (se sedimenta); pero si eventualmente se logra reliteralizar en un sentido, entonces deja de operar como tal. Así, el imaginario hegemónico presenta el siguiente proceso:

- 1) Primero, cuando por encima de la literalidad, representa a la plenitud misma
- 2) Segundo, cuando siendo imaginario hegemónico simula que puede abarcar en sí "n" cantidad de demandas
- 3) Tercero, cuando el imaginario se sedimenta como tal; cuando se estabiliza y eventualmente puede llegar a irradiar, incluso, a las que hasta el momento se habían mantenido como diferencias indiferentes (sin llegar a incluirlas a *todas*, por supuesto)
- 4) Algunos permanecen como imaginarios por muy largo tiempo (por ejemplo: democracia), y no logran ser reliteralizados, pero
- 5) Cuando hay un proceso de reliteralización en el afán de aprehender qué se quiere decir exactamente con *X* significativo imaginario, y se plantean proyectos, programas o definiciones desde diversos grupos, puede llegar a perderse la dimensión de horizonte y, en algún momento, el imaginario puede dejar de fungir como tal. Si bien, precisamente el imaginario permite la

proliferación de sentidos, si uno de éstos logra hegemonizar y convertirse en el sentido del imaginario, éste deja de tener su función aglutinante y se minimiza su influencia, por lo que el imaginario se debilita, se reliteraliza, abarca menos posiciones, se debilita y eventualmente concluye.

- 6) Cuando dichos imaginarios logran estabilizarse en el lenguaje y conforman un reservorio de significantes a disposición de reivindicaciones emergentes, se convierten en imaginarios históricamente sedimentados, susceptibles de ser reemplazados en futuros procesos de reestructuración

Por lo pronto, continúo con el planteamiento de las siete características que observo en el imaginario: es producto de una relación hegemónica; cumple una función de ocultamiento; es un particular que se ha universalizado; es ambiguo; es tendencialmente vacío; su carácter histórico reutilizable; y, se presenta como horizonte de plenitud.

El imaginario es producto de una relación hegemónica

La articulación hegemónica es posible debido a que desde un inicio se propone a las distintas posiciones involucradas una meta a seguir. Una de las condiciones de posibilidad de la construcción hegemónica es que logre interpelar a los sujetos; si lo hace privilegiadamente mediante una demanda literal, entonces la hegemonía está en el plano mítico; si lo hace remarcando un ofrecimiento de plenitud donde el contenido pasa a segundo plano (o mejor dicho, desaparece), la hegemonía ha conformado un imaginario.

La construcción hegemónica está desde un inicio representada por una demanda literal, y atravesada por el anhelo del logro de una meta, de un horizonte de plenitud. Hablar de hegemonía nos remite a una articulación donde se conforma un equivalente general que presenta la dualidad mencionada. Si la adherencia al punto nodal se debe al sentido que plantea, la hegemonía es de carácter mítico; pero si la relación hegemónica mítica logra abarcar cada vez más posiciones y abandonar su sentido literal, entonces se ha transitado del mito al imaginario. Sólo puede hablarse de imaginario cuando la demanda ha interpelado a un amplio espectro de sectores; cuando la irradiación ha cubierto *díversas* posiciones de sujeto –por ejemplo, el imaginario de la Ilustración–; cuando el significante que funge como punto nodal ha logrado articular *casí* todas las demandas y aún queda abierto para articular las que no llegaron a integrarse. De esta manera el imaginario es siempre producto de una relación hegemónica mítica, aunque no

toda constitución de identidad hegemónica mítica puede producir un imaginario. En otras palabras, para que se conforme un imaginario debe haber como condición una hegemonía mítica; pero no toda hegemonía mítica puede convertirse en imaginario hegemónico; esta transformación dependerá siempre del contexto que estemos analizando. Volviendo al ejemplo de la calidad educativa, en el momento en que dicho significante se desplaza del contexto internacional al nacional y deja de estar limitado por los significantes que organismos como Banco Mundial y UNESCO le atribuyeron, comienza el trabajo de vaciamento, donde otras posturas entran pugnar por el sentido de esta meta. Ello explica por qué encontramos a la calidad educativa cobijando política en el sector, slogans de universidades privadas, o campañas de la iniciativa privada por igual.

A decir de Laclau, las sociedades antiguas fueron muy estables y poco propensas a la dislocación, mientras que las contemporáneas son cada vez más dislocadas, menos repetitivas y requieren la producción constante de mitos sociales. Pero ninguno de los dos polos puede llegar a dominar por completo: no puede haber ni sociedades cerradas y exentas de cambios, ni sociedades (en la medida en que cabe hablar de sociedad) en constante transformación y sin sedimentaciones temporales. Ni el cementerio, ni el manicomio. Sin embargo, aun cuando en la actualidad se producen nuevos mitos constantemente como requerimiento de la incesante dislocación, se requieren periodos de estabilización, se requiere *simular* un cementerio, y en esta simulación opera un *ocultamiento*: la estabilización o sedimentación nunca es total pero hay que creer que puede serlo ocultando el carácter contingente de lo social. Ni el cementerio ni el manicomio dice Laclau, pero pienso que más bien se requiere simular un cementerio para ocultar el manicomio. En este sentido, el imaginario sería hegemónico en sentido temporal y precario, sin eliminar la imposibilidad misma de su solidificación, conformándose tan sólo con una sedimentación que posibilita la movilidad; es un ocultamiento necesario de dicha imposibilidad²².

En el imaginario hegemónico se invisibiliza la imposibilidad de la sociedad, y al hacerlo se produce efecto de sociedad

²² Se ha repetido constantemente que la hegemonía es siempre parcial, precaria, temporal y en ello se sobreentiende que no es total y por ende que se encuentra abierta a nuevas dislocaciones; pero lo que me interesa remarcar es que esa fijación no sólo es parcial, precaria y temporal sino que además, necesita presentarse a sí misma como fijación definitiva y total, y con ello oculta precisamente que es parcial, precaria y temporal.

Presentarse a sí mismo como el horizonte de inscripción de toda demanda posible y de toda esperanza futura, oculta los orígenes “innobles” del imaginario; el rejuego articulador incluyente y excluyente que lo hizo posible; la frontera que demarca al exterior constitutivo y que le permite, precisamente, definir su identidad como imaginario; oculta su propia imposibilidad para articular a todas las demandas.

La articulación no es posible sin exclusión; lo que vemos ahí es la conformación de una frontera que delimita lo que queda dentro y lo que queda fuera (sea éste antagonico o permanezca sólo como mera diferencia). En este proceso no hay todavía un ocultamiento. Cuando se conforma el equivalente general con su dualidad (contenido literal/horizonte de plenitud) estamos ya frente a un mito, porque todo proceso hegemónico se conforma con base en la búsqueda de una plenitud ausente (razón por la cual toda hegemonía es mítica). En este terreno no puede hablarse aún de ocultamiento, lo que podemos decir es que se recompone la estructura, pero esta recomposición no puede entenderse sin la dislocación previa y sin la demarcación de una frontera en donde la posición antagonica define a la nueva identidad. De hecho, si hay estructura es porque se libró una lucha en la que necesariamente debieron quedar posiciones fuera, por eso es que en la hegemonía mítica la objetividad no es superación del antagonismo, o de las diferencias, o consenso y acuerdo, sino que es producto de procesos de exclusión y conflicto, y no puede ocultarse esta dimensión en ningún sentido. Pero el terreno del imaginario es, en cambio, radicalmente ocultador: “cuando los mitos logran ocultar las dislocaciones sociales inscribiendo un espectro más amplio de demandas sociales, se transforman en imaginarios” (Howarth, 2008: 324).²³ Cuando la demanda se vacía (más adelante abordo este punto) y se remarca la representación metafórica de la plenitud, el imaginario tiene la capacidad de anudar cada vez más posiciones, lo cual tiende a *ocultar* que hay algo fuera de él y *pareciera* que se presenta entonces el cierre de lo social. Evidentemente esto es imposible porque si el imaginario es resultado de un mito, y si la hegemonía mítica se conforma con base en procesos de demarcación de fronteras, entonces dicha demarcación también está a la base de la conformación de un imaginario; sin embargo la vacuidad es tal que una amplia diversidad de posiciones de sujeto pueden sentirse interpeladas por aquél, razón por la cual *pareciera* que, efectivamente, nadie queda fuera, todos están incluidos, cualquier postura está representada, y ya no hay

²³ Esto me hace pensar como hipótesis, que tal vez la dislocación es proporcional a la reestructuración: si la dislocación es muy fuerte y abarcadora, tal vez requiera de un imaginario; si la dislocación es menor y ópticamente abarca menos posiciones, entonces tal vez pueda recomponerse con un mito y no requiera la vacuidad del imaginario. Por el momento lo dejo así esbozado.

frontera que marque divisiones. Hay un rasgo de clausura pero no es más que un *efecto de cierre*. Así, mientras la hegemonía mítica resulta evidentemente producto de un antagonismo, en el imaginario hegemónico se *encubre* esta dimensión y la frontera se difumina sin llegar a borrarse. En el caso de mi objeto es muy claro, como se verá en el tercer y cuarto capítulo, cuando la postura democrática se convierte en la izquierda agonística válida y reconocida por el gobierno federal, permanece la frontera con el nuevo antagonista representado en el movimiento armado urbano, una posición irreconciliable que no cabe en el imaginario del momento y que postula su propio horizonte de plenitud, el de la revolución.

Este es el papel del imaginario hegemónico, cuya función política consiste en pretender que puede articularse todo; que pueden conjuntarse todas las posiciones y hacerlas girar en torno a un mismo significante nodal; que puede presentarse como el horizonte de inscripción ilimitado; pero en esta operación se encubre que aún en su vacuidad que le permite articular “n” demandas posibles, su capacidad no es isomórfica; y resulta productivo que así sea pues de lo contrario estaríamos instalados en la clausura del sentido lo cual significaría la entrada al autoritarismo (o al mencionado cementerio). El imaginario *finje* que puede articularlo todo, ocultando, en su sedimentación, los procesos antagónicos que le dieron origen; pero una vez cristalizado el sentido, el imaginario *simula* estabilidad, cuando está de origen y de suyo, atravesado por la imposibilidad. Así, el *ocultamiento* del imaginario es doble: 1) respecto a su capacidad para articular todas las posiciones ya que finalmente siempre queda un resto excluido, inarticulable y constitutivo; y 2) respecto a su papel como constituyente de “lo social”, como la cristalización del mito que se presenta a sí mismo con efectos de cierre

Si la objetividad se funda en la exclusión, las huellas de esta exclusión estarán siempre presentes de un modo u otro. Lo que ocurre es que la sedimentación puede ser tan completa, el privilegio de uno de los polos de la relación dicotómica tan logrado, que el carácter contingente de este privilegio, su dimensión *originaria* de poder, no resulta inmediatamente visible. Es así como la objetividad se constituye como mera presencia (Laclau; 1990:51)

Tanto en el mito como en el imaginario hay un efecto de cierre, pero el del primero está más ligado a la dislocación inicial, a la marcación de un antagonista, y a un contenido literal; mientras que el del segundo es más fuerte al mostrarse como incluyente, y como mero horizonte ilimitado de inscripción. El mito evidencia su frontera al ser producto de

una relación antagónica, mientras que el imaginario la difumina en aras de una representación ilimitada y más abarcadora.

El imaginario hegemónico es una demanda particular que se ha universalizado

La particularidad debe asumir la representación de la totalidad. De entre las demandas particulares articuladas sobresale una de ellas que, por su capacidad de irradiación y convencimiento, cuando un grupo “presenta sus propios objetivos particulares como los únicos compatibles con el real funcionamiento de la comunidad” (Laclau, 2003a:60), se coloca como el punto nodal que condensa los reclamos de las distintas posiciones de sujeto involucradas. En esta operación, si bien permanecen las especificidades de cada grupo, se conforma un equivalente general que las aglutina a todas ellas, pero dicha operación implica dos dimensiones: la primera es que los grupos se identifican con la demanda concreta (contenido literal) que ha logrado convocar a los involucrados, es decir, la demanda de un grupo se ha vuelto la demanda de todos; y la segunda es que, en dicha identificación opera ya el anhelo del cambio, de otra situación posible, de una plenitud ausente. El equivalente general “no es otra cosa que un particular que en un cierto momento ha pasado a ser dominante” (Laclau; 1996:53).

La demarcación de un equivalente general es posible en tanto se delimita una frontera de exclusión, en tanto se señala explícitamente un polo antagónico, que conlleva, al mismo tiempo, el señalamiento de un “no queremos ser esto” y “queremos ser esto otro”, es decir, la plenitud ausente y el proyecto mismo en el que la articulación se observa a sí misma con posibilidades de completud: “la presencia de una frontera separando al régimen opresivo del resto de la sociedad es la condición misma de la universalización de las demandas a través de las equivalencias” (Laclau; 2003b: 302) y de la representación metafórica de la plenitud pues dado que ésta no tiene forma de representación directa, debe hacerse por medio de un particular.

El efecto universal es necesario en su carácter aglutinante y totalizador porque permite la identidad de la construcción hegemónica. Si ésta es universal y dada la posibilidad del mito hegemónico de transformarse en un imaginario, con mayor razón el imaginario está también universalizado, no sólo por provenir de una demanda específica

sino por tener la capacidad de representar la plenitud ausente de todas las posiciones particulares involucradas. El imaginario hegemónico es un particular que universalizó en un determinado contexto y que logra interpelar a *casi* todas las particularidades que no universalizaron, o en otras palabras, el equivalente general es una demanda particular que las diversas posiciones particulares asumieron como propias. El imaginario hegemónico, por su misma universalidad, está conformado por una cadena equivalencial que permanece abierta a incorporar nuevas particularidades²⁴, pues si estuviese cerrada perdería su capacidad interpelatoria y aglutinante de “n” cantidad de demandas, con lo cual se reliteralizaría y perdería su estatuto de imaginario. El significante democracia en el contexto del CNH emergió de una demanda particular condensada en seis puntos del pliego petitorio para luego convertirse en un universal que guió las reivindicaciones de un país entero en busca del respeto a los derechos constitucionales y la democratización de la vida pública. La demanda nació en las discusiones de un grupo estudiantil y hegemonizó al convencer a amplios sectores respecto a su justeza.

El imaginario hegemónico se ambigüiza en contexto

En los enunciados “la estudiante pide una regla para trazar la línea” y “la estudiante pregunta por la regla gramatical que se aplicará en el caso” hay un caso de equívocidad porque el mismo significante está representando significados diferentes, pero en ambos casos se entiende lo que se está diciendo, es decir, en el primero la estudiante solicita un objeto y en el segundo solicita un modo establecido para proceder rectamente. Aquí hay un caso de equívocidad porque “si una pluralidad de significados se unen de manera inestable a ciertos significantes, el resultado necesario es la introducción de equívocidad en estos últimos” (Laclau; 2004: 62); pero si en otros ejemplos aunamos a la equívocidad la propia inestabilidad y apertura del contexto mismo de enunciación, entonces se habla de ambigüedad (véase análisis en el apartado del mismo nombre del capítulo quinto).

Esta es la ambigüedad que aporta el contexto y que necesariamente remite a un significante que tenga la capacidad de cobijar la diversidad en pugna: esta función la cumple el imaginario hegemónico. El mito, aunque se presenta como literal y concreto,

²⁴ Recordemos que no todo lo excluido funge como antagonista, que hay diferencias que permanecen como significantes flotantes disponibles para entrar a articularse en algún momento. Y recordemos también que otras diferencias no entrarán en ningún momento en la articulación, permanecen al margen, excluidas pero sin antagonizar. Esas diferencias resultan sumamente interesantes también pues, sin que suene a panfleto, ¿dónde queda la voz de los excluidos no antagonistas?

es también ambiguo, ya que la articulación hegemónica se refiere a una pugna por la significación en un contexto específico, pero el imaginario es aún más ambiguo pues para que emerja, su situación empírica debe ser de una amplia y diversa gama de posiciones intentando significarlo (sea del lado de la frontera de inclusión o de la de exclusión); emerge además debido a su proceso de desliteralización que lo convierte en representante de la plenitud en cuanto tal.

Un significante cuya ambigüedad se define en contexto adquiere un papel central debido a las particularidades en pugna por hegemonizarlo “es porque numerosos discursos que interactúan en un cierto contexto intentan fijarlo de manera contradictoria que su fijación general se debilita y adquiere su carácter flotante.” (Laclau, 2004: 72).

El imaginario hegemónico es tendencialmente vacío, e imaginarios históricamente sedimentados

Que un particular se universalice y se ambigüice en contexto, son condiciones necesarias para la emergencia de significantes tendencialmente vacíos. Como lo expuse en páginas precedentes, la lógica equivalencial permite la articulación de las distintas particularidades en un punto nodal universalizado que logra incluir en sí a las posiciones en juego. Esto necesariamente convierte al significante nodal en un significante ambiguo, pues las luchas por la significación evitan la fijación del sentido (ello, aunado a la propia imposibilidad de cierre estructural que sólo provee de contextos abiertos). En este sentido es que Laclau afirma que un significante vacío surge sólo “si la significación en cuanto tal está habitada por una imposibilidad estructural” (1996b: 70).

El señalamiento de una frontera de exclusión también condiciona la posibilidad del significante vacío de ambos lados de dicha demarcación: en el campo de lo excluido como el lugar antagónico, como lo indeseable, como pura negatividad; como la imposibilidad de la plenitud contra la cual se está luchando; del otro lado, en el campo de la inclusión, la posibilidad en cuanto tal, la representación de la plenitud ausente, la articulación hegemónica que universaliza las particularidades, ¿cómo se produce aquí el vaciamiento?

La frontera delimita posiciones antagónicas. Del lado de lo que se incluye en la articulación hegemónica se encuentran las particularidades que se constituyen en

diferencias, pero que al mismo tiempo, se encuentran equivalencialmente hermanadas por su adhesión al lado interno de la referida frontera por lo que

La identidad de cada elemento del sistema aparece constitutivamente dividida: por un lado, cada diferencia se expresa a sí misma como diferencia; por el otro, cada una de ellas se cancela²⁵ a sí misma en cuanto tal al entrar en una relación de equivalencia con todas las otras diferencias del sistema (Laclau, 1996b: 72)

Las diferencias constituyen el contenido literal de cada posición involucrada, y la equivalencia que se forma entre todas ellas representa 1) la demanda particular que ha logrado colocarse como la demanda de todas, así como 2) la plenitud ausente, es decir, si en algo están de acuerdo es en que están rechazando una situación, la “objetividad estructural dominante”, el sistema, la pura negatividad, o lo que está del otro lado de la frontera de inclusión. Comparten el desacuerdo, la carencia, y el anhelo de otra posibilidad en la que todas ellas caben. La frontera de exclusión es la posibilidad de la inclusión. En la amplia cadena equivalencial que se conformó en torno al movimiento del 68, distintas posiciones de sujeto se sintieron convocados por los seis puntos del pliego, pero también porque buscaban resarcir una carencia, una falta, y debido a ello se miraron más completos en el horizonte ofrecido por el movimiento: la democratización de la política mexicana en la cual cabían muchas esperanzas.

La demarcación de una frontera, la relación equivalencial y la minimización de las particularidades son las condiciones de vaciamiento: “es sólo privilegiando la dimensión de equivalencia hasta el punto en que su carácter diferencial es casi enteramente anulado –es decir, vaciándose de su dimensión diferencial- que el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad” (Laclau; 1996b: 75). Lo que se expresa en el equivalente general es la demanda nodal y la plenitud ausente de la comunidad, y sólo puede hacerlo mediante significantes que se han vaciado en la articulación misma; no se trata de significantes sin significado sino de significantes con exceso de significado que condensan todas las posiciones involucradas representándolas a todas ellas, y por ende se hallan sobredeterminados. El vacío es un exceso de sentidos queriendo entrar a conformar al significativo (como en el caso de la calidad educativa, donde casi cualquier

²⁵ Las diferencias no desaparecen, se reconfiguran en función de la lógica equivalencial, pasan a segundo plano en aras de la constitución de un equivalente general. Permanecen y dicha permanencia da pie a la “operación transformista” que permite que el polo de exclusión pueda absorber algunas demandas específicas de la relación del otro lado de la frontera y debilitar con ello la cadena de equivalencias. En la jerga cotidiana se le conoce como “cooptación”, “vender el movimiento”, “esquirolear”, o simplemente como “traición” precisamente cuando una de las particularidades permite ser absorbida.

demanda entra a definirla), el vacío permite abrazarlos a todos ellos por lo que no es posible definirlo como una carencia.

Si bien el equivalente tiende a vaciarse de diferencias, algo debe representarlo necesariamente ya que la “identidad objetiva... no puede tener ninguna forma propia de representación y tiene que tomar esta última en préstamo de alguna identidad constituida en el interior del espacio equivalencial” (Laclau, 1996b: 80). Una de las demandas deberá asumir la encarnación de la plenitud, y ello estará siempre en función del contexto de la operación y de los desniveles (desigualdad) de poder. Así, la universalidad está referida a un particular. Finalmente, si la articulación hegemónica es tendencialmente vacía, su conversión en imaginario implicará un vaciamiento aún más radical.

¿Cuál es la diferencia de vaciamientos entre la hegemonía mítica y el imaginario hegemónico? Comencemos exponiendo el vaciamiento en la primera ¿Cómo puede la hegemonía mítica abarcar a todas las particularidades, si ésta es precisamente *una* demanda que representa a la totalidad? Primero: en su capacidad de presentar su particularidad como “La particularidad” que solucionará la precariedad de todas las posiciones involucradas; en palabras óticas, cuando un grupo logra hacer pasar su demanda como la única opción más acabada y viable; cuando logra convencer a los otros de que la asuman como suya. Ahí hay un contenido literal de una demanda (“La demanda”) que se ha hecho la demanda de todos. Pero va acompañada de, segundo: una ausencia de plenitud. Si bien las posiciones coinciden en la demanda (que dejó de ser particular para universalizarse), otro aspecto que las articula es la ausencia de plenitud; la necesidad de la reparación de un daño; el planteamiento de un horizonte en cuanto tal, que en su carácter de horizonte, permita depositar los anhelos de una futura reestructuración; o en términos más óticos, de superación de la situación crítica en cuestión. En la hegemonía mítica el punto nodal representa la dualidad de la literalidad de la demanda universalizada con la ausencia de plenitud/horizonte de plenitud. Aquí ya hubo un vaciamiento cuando las diferentes particularidades se adhirieron a la demanda nodal y aceptaron verse reflejadas en ella, por expresarlo de algún modo. Pero en el imaginario hegemónico el vaciamiento es radical: aquí la literalidad no puede sostenerse dada la gran diversidad de posiciones intentando hegemonizar el campo²⁶, cada una de

²⁶ Es conveniente tener cuidado al hablar de diversidad ya que no es hablar del número de sectores que intervienen, sino de sus posiciones óticas políticas, de forma que, por ejemplo, la derecha, la izquierda y el centro quedaran del lado de la frontera de inclusión mientras que afuera queda X posición. Pareciera realmente abarcadora pero no porque articule 20 o 1000 posiciones, sino por la capacidad de aceptar diversidad de posturas.

ellas con su propia idea de “calidad educativa” o de “democracia”; lo que las convoca a todas por encima de la literalidad es la promesa de plenitud, y ésta tiene que ser contextualmente una meta vacua para que todas las posturas quepan en ella. En la hegemonía mítica hay un vaciamiento que permite que subsista una demanda equivalencial como representante de todas las particularidades; pero en el vaciamiento del imaginario hegemónico la literalidad desaparece del todo y sólo subsiste la promesa de plenitud.

En sentido ontológico, cualquier significante es susceptible de llegar a ser un imaginario hegemónico; pero en sentido óntico y contextual sólo aquellos que estén históricamente disponibles, que estén investidos de cierta carga afectiva, que resulten viables en el curso de las condiciones históricas de una comunidad, que sean enarbolados por grupos con suficiente poder de convocatoria, etc. En sentido óntico, no cualquier significante-demanda puede interpelar a las distintas posiciones de sujeto para la conformación del equivalente general. Tiene que ser uno que logre convocarlos a todos. Una de las dimensiones del imaginario es histórica: hay significantes que han jugado previamente como “vacíos”; significantes de este tipo han sido democracia, calidad, libertad, igualdad, fraternidad, independencia, unidad nacional, oportunidades, cambio, bienestar, transformación, etc.; todos ellos, al margen de un contexto de pugna, parecieran indicar una plenitud ausente porque históricamente se han usado (se han sedimentado) como metas vacías. Sin embargo debe remarcarse que la articulación opera en cada construcción de hegemonía, es decir, el imaginario no está exento de esta construcción; sólo que hay algunos términos recurrentes en dichas articulaciones. Operan las dos dimensiones: articulación y recuperación de valor político sedimentado.

Así, hay imaginarios emergentes, e imaginarios sedimentados; estos últimos se han constituido en reservorio de significantes flotantes disponibles para enunciar/representar la plenitud ausente (constitutiva), son retomados constantemente a lo largo del tiempo (algo así como la persistencia de las viejas demandas) y resultan idóneos para representar la completud históricamente vista como todavía no lograda. En el contexto de cada uno de ellos ocurre el vaciamiento, pero en el caso de los históricos esta vacuidad pareciera estar expresada desde un inicio.

El imaginario hegemónico se presenta como horizonte de plenitud

Una de las definiciones de imaginario que Laclau plantea en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* es la siguiente: “el momento de representación de la forma misma de la plenitud domina a un punto tal, que se constituye en el horizonte ilimitado de inscripción de *toda* reivindicación y de *toda* dislocación posibles” (Laclau, 1990: 79) y plantea además que en aquél hay una exaltación de la representación metafórica de la plenitud por sobre cualquier contenido literal. Ya objeté anteriormente que el imaginario no puede inscribir *toda* reivindicación posible sino que éste es sólo un efecto de cierre de tipo ocultador, pues si efectivamente entrasen todas las demandas y todas las dislocaciones, entonces habría sociedad plena y reconciliada, justo lo que Laclau ha refutado a lo largo de su obra. Sin embargo, es importante matizar la cita anterior y rescatar que 1) *aparentemente casi todas* las posiciones se encuentran incluidas en el imaginario; y 2) el vaciamiento de la literalidad permite conformar al imaginario en un horizonte de plenitud.

Como he venido exponiendo, la demanda hegemónica constituye un equivalente general en donde las particularidades pasaron a segundo plano (aquella representa 1.- un sentido literal, y 2.- la representación metafórica de la plenitud). El eje de la equivalencia consiste en una relación metonímica que se sostiene en una contigüidad entre la diversidad de las demandas para hacerlas parecer precisamente como emparentadas; todas ellas en conjunto tienen el efecto de totalización metafórica en donde se presentan como intercambiables (hay una posible sustitución). Si esta totalización metafórica domina a un punto tal que logra representar *casi* toda dislocación y *casi* toda demanda posible, estamos en el terreno del imaginario hegemónico que se convierte en un significante flotante susceptible de anudar “n” contenido, y al mismo tiempo se halla emancipado de “n” contenido (aunque en el plano óptico este “n” esté condicionado a los desniveles de poder, a la capacidad de convencimiento de una posición, etc.). Este es el sentido metafórico del imaginario pues todas esas demandas caben en él, demandas que solicitan una plenitud ausente; y ¿qué entienden las diferentes demandas por plenitud ausente? Pues “n” contenidos y la demanda misma de completud. Aquí lo que guía la adhesión a la demanda central (punto nodal) por parte de las diferentes posiciones es la esperanza, el anhelo de lograr la meta y el cambio, el deseo de plenitud en la que se incluye su propia particularidad. Por ello el imaginario es un horizonte ilimitado de inscripción de particularidades; es un horizonte de plenitud para

todas ellas, y resulta imposible pero necesario²⁷. Como mencioné anteriormente, democracia y revolución se convirtieron en dos significantes que acogieron la plenitud ausente de la juventud mexicana de los años sesenta y setenta, ambos sobredeterminados por una gran cantidad de sentidos, y al mismo tiempo, ambos ofreciéndose como vehículos en los cuales depositar las esperanzas de un mundo mejor.

El horizonte de plenitud así concebido es, en su vacuidad, la condición de posibilidad de “n” discursos emancipatorios, que si bien requieren representarse con contenidos empíricos, tienen a su base una apertura radical inerradicable. El imaginario, en su necesidad de representar, oculta la más radical posibilidad que abre la nihilidad, pero, sin embargo, su operación de ocultamiento resulta necesaria en aras de la posibilidad misma de la vida social.

Dado que el horizonte como tal es indeterminado y vacío en un plano ontológico, en el plano situado se juega necesariamente a partir de contenidos ónticos, pero siempre terminará hegemonizando en su sentido como plenitud ausente. Así, en cada análisis contextual es posible observar el mito que emerge de la construcción hegemónica, y, si la representación metafórica de la plenitud prevalece por sobre el cualquier contenido literal, entonces es posible observar la emergencia de un imaginario.

Tanto el mito hegemónico como el imaginario hegemónico son horizontes de plenitud pero en distinto plano. La hegemonía mítica conserva cierta literalidad y su promesa de completud se encuentra aún amarrada al sentido que promete la demanda nodal, por lo que permanece como un horizonte limitado (es decir, de inscripción óntica limitada); mientras que en el imaginario hegemónico la representación metafórica de la plenitud se exalta por sobre cualquier contenido literal (por sobre la demanda) y se mantiene sólo como ausencia/promesa de completud. Esto se produce cuando en la hegemonía mítica se van adicionando más posiciones que, en su diversidad (que no cantidad), producen un mayor vaciamiento; y también cuando además, en su capacidad de articular diversas posiciones, se produce un efecto de borramiento de frontera, cual si todo cupiese del lado de la inclusión (por eso se dice que es *ilimitado*)

²⁷ Resulta interesante cómo la noción de imaginario puede conformarse como una lectura alternativa del relato utópico como tal, contra sus características deterministas que encarnan un contenido específico. En ese sentido, imaginario como representación metafórica de la plenitud se constituye en un plano ontológico (al margen de cualquier contenido, pues es sólo en contexto donde el imaginario representará una posición específica –óntica-); mientras las utopías comunistas, liberales, anarquistas, autonomistas y de toda índole pretenden hacer pasar sus contenidos particulares como la verdadera plenitud, la única posible o la que necesariamente tendrá que cumplirse, valiéndose de fórmulas teleológicas ahistóricas que derivan en necesidades apriorísticas y descontextuadas.

Cierre capitular: ¿Por qué hablar de imaginario hegemónico y no solamente de hegemonía?

¿Por qué si la construcción de hegemonía mítica se realiza con base en un particular que se universaliza; es ambigua y tendencialmente vacía; y se presenta como un horizonte de plenitud, yo he retomado a imaginario hegemónico como noción central en mi objeto de estudio? Es decir, si hablar de hegemonía mítica tanto como hablar de imaginario hegemónico, implica referirse a las dimensiones mencionadas, ¿por qué concebirlas como distintas? ¿Cuál es el matiz que distingue a una noción de la otra? He venido exponiéndolo a lo largo del texto, pero cabe aquí hacer una breve recapitulación de las diferencias de matiz entre ambas, lo cual me permitirá establecer que hay dos planos en la hegemonía. De entrada planteo que toda construcción hegemónica tiene una dimensión mítica, por lo que hablar de hegemonía es hablar necesariamente de hegemonía mítica. Sin embargo, no toda hegemonía mítica se convierte –en su contexto de emergencia- en un imaginario hegemónico.

El hecho mismo de que ese orden mítico represente ya desde un comienzo algo más que el terreno de la dislocación originaria, implica la posibilidad **–que puede desarrollarse o no–** de radicalizar el momento metafórico de la representación. Basta, por consiguiente, que otras dislocaciones y otras demandas se adicionen a la plenitud que el espacio mítico debe constituir, para que el momento metafórico se autonomice respecto de la literalidad de la dislocación originaria y para que el **espacio mítico se transforme en un horizonte imaginario** (Laclau, 1990: 80)²⁸

Valga la repetición de la cita para sustentar que hay una diferencia entre una operación y otra. Las presentaré brevemente a partir de lo que he venido desarrollando a lo largo del texto, anotando de antemano que la discusión sobre estas nociones y sus distinciones están abiertas a debate y re-caracterización en función de nuevos desarrollos y de la incorporación de re-comprensiones de su obra, aquí sólo intento presentarlas en la utilidad que me representan para la comprensión de mi objeto de estudio.

- 1) Tanto el mito como el imaginario son resultado de una relación hegemónica, y por ende, de la demarcación de una frontera que señala un exterior antagónico y un interior en donde las distintas posiciones se articulan en torno a una demanda central que se conforma en equivalente general. Dicho equivalente

²⁸ El subrayado es mío.

es una de las demandas particulares que logró convencer al resto de posiciones de que ella era la meta adecuada por la cual luchar, es decir, se universalizó. En la hegemonía mítica este equivalente se bifurca en: un contenido literal, y la representación de la ausencia de completud. Ambos sentidos coexisten. La articulación está en función del señalamiento de un antagonista que permite a las posiciones, precisamente, conjuntarse en contra de aquél. En el imaginario hegemónico en cambio, la cadena equivalencial se expande a tal grado que se produce un *efecto* de abarcamiento total, un vaciamiento en el que *pareciera* que cualquier posición puede caber, que todos están de acuerdo con la medida propuesta. Cuando efectivamente pareciera que todas las posibles posiciones están de acuerdo en algo, ocurre la desliteralización de la demanda, pues cada uno de los involucrados entenderá por la demanda algo diferente, y dado que algo debe representarlos a todos, entonces el vaciamiento resulta productivo, pues permite que todos se enganchen con ella, cualquier cosa que ella signifique, ya que lo importante es la promesa de plenitud que trae consigo. Esto, a su vez, produce otro efecto: el de *ocultamiento* de la frontera que define al antagónico, pues si aparentemente la demanda es tan ambigua y cada uno podría significarla a su manera, ¿por qué habría de existir un antagonista? Lo que ocurre es que se *difumina* o *desdibuja* la frontera, pero no se elimina; ella misma fue condición de posibilidad para la emergencia de la articulación, pero el imaginario resulta tan convocatorio que *pareciera* no haber lugar para la exclusión (constitutiva).

- 2) Tanto el mito como el imaginario son producto de particulares que se universalizaron, sólo que, podría decirse, el imaginario representa, en su carácter de universal, una mayor cantidad y diversidad de posiciones. Digamos que está más universalizado.
- 3) El mito, aunque ambiguo, conserva un cierto contenido literal; mientras que el imaginario hegemónico se ha independizado de éste y se presenta sólo como plenitud ausente/promesa de completud que resarcirá “n” cantidad de problemas.
- 4) Tanto el mito como el imaginario presentan una dimensión de vacuidad, pero el mito permanece atado a una demanda (contenido literal) que representa a todas las posiciones involucradas; mientras que el imaginario experimenta un mayor vaciamiento, que lo convierte en representante idóneo de la plenitud

ausente en cuanto tal, o en otras palabras, del horizonte ilimitado en cuanto tal.

- 5) La literalidad del mito lo mantiene unido a la dislocación inmediata que pretende suturar, por lo que su función es *evidenciar* la pugna que lo hizo posible; en cambio el imaginario *oculta* ser producto de una lucha y se presenta más bien como producto del consenso; *aparenta* que ha anudado a todas las posiciones involucradas (dado su radical vaciamiento), razón por la cual la frontera de exclusión pareciera desaparecer y todos los elementos en juego parecieran quedar simplemente como pura inclusión (aunque ya he mencionado que ni la frontera desaparece, ni todas las posiciones quedan dentro de un mismo lado)²⁹.
- 6) Todas las operaciones de hegemonización mítica o imaginaria son relaciones observables únicamente en contexto. Si bien las herramientas que he descrito a lo largo del capítulo se plantean desde su dimensión ontológica, y por ende, tienen mayor grado de generalidad, es sólo en un plano óptico donde puede corroborarse la utilidad de las mismas (en un sentido pragmatista epistemológicamente hablando). Sólo en contexto, en un plano empírico, resulta visible la conversión del mito en un imaginario. Aquí me parece necesario esclarecer que, cualquier referente empírico es susceptible de ser analizado en términos de la Teoría de la hegemonía, y en ese sentido, en términos de hegemonía mítica; sin embargo, no ocurre lo mismo con la categoría de imaginario hegemónico, éste es resultado únicamente de ciertas situaciones en que de manera extraordinaria se produce una vacuidad radical y se difumina la frontera de exclusión antagónica. Por esta razón es que “imaginario hegemónico” puede ser caracterizada como una especie de categoría intermedia no útil para cualquier objeto, de una generalidad menor que hegemonía mítica. También sólo en contexto puede verse cómo se retoma un imaginario históricamente sedimentado.

²⁹ A este respecto Silvia Fuentes anota que “la operación de sutura también involucra lo que pudiera llamarse un ocultamiento (en el terreno del mito), en primer término de la propia imposibilidad de sutura, en segundo lugar de la incompletud del actor que pretende producirla y, en tercer lugar, la posibilidad de que el antagonismo sólo es político, lo cual supone dejar de lado su condición ontológica como límite de la objetividad que represente”. Agradezco estas precisiones y hago la corrección pertinente. También menciono que, como ella lo sugiere en las observaciones a mi trabajo, la relación entre el antagonismo y el mito e imaginario no fue suficientemente explorada y preferí observar más la que se establece con el concepto de dislocación, por así señalarlo Laclau mismo en su trabajo. Esto implica fuertes reflexiones sobre la distinción entre ambas nociones que el mismo autor dejó inconclusas o pendientes. Puede ser tema de profundización posterior.

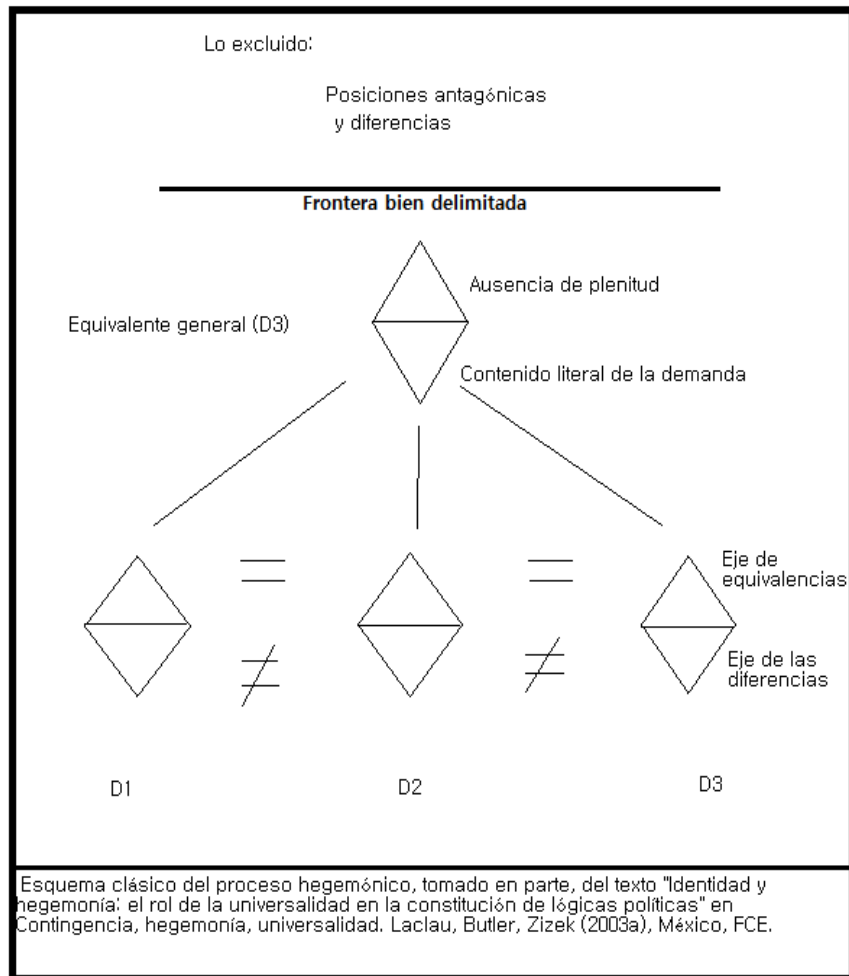
7) La razón por la que me resulta particularmente interesante la noción de imaginario, es porque me ayuda a entender esos procesos abarcativos que se *presentan* como horizontes de plenitud limitados, como suturantes de lo social, como los grandes bloques de dominación y convencimiento que dan la impresión de una sociedad estable y reconciliada, pero en la medida en que opera un *ocultamiento* de su propia imposibilidad clausurante, terminan evidenciando aún con mayor fuerza que la sedimentación es precaria, temporal, abierta, etc. Pero hay otra razón. Mi referente teórico me permitirá observar el imaginario que emergió en el movimiento de 1968 y cómo coexistió con otros horizontes enarbolados por el movimiento armado de la época, específicamente el de la Liga comunista 23 de septiembre. En ese sentido, existieron posiciones marginales que no se adhirieron al imaginario hegemónico de la época, y eso también permite observar, en un plano óptico, que el *supuesto* carácter ilimitado de su superficie de inscripción no es tal, y que la frontera, por más que se desdibuje, sigue siendo definitoria de exclusiones.

Así, imaginario es una noción importante para entender lo político y lo social, ya que permite observar en contextos específicos el cierre aparente en una estructura previamente dislocada, que ayuda a analizar una situación de sutura exacerbada, pero cuyo borramiento de fronteras hace aún más visible la exclusión y la imposibilidad; en otras palabras, en el ocultamiento de la exclusión, el imaginario evidencia aún más que el cierre de lo social es imposible, y que la frontera está ahí constituyendo lo social.

Por último, presentaré dos esquemas. El primero representa la relación hegemónica mítica, donde una serie de particularidades representadas por D1, D2, D3 tienen, desde un inicio, sus demandas divididas entre su especificidad y lo que las hace común a todas. Cuando una de ellas, en este caso D3, logra interpelar a las otras y convencerlas de que su demanda es la de todos (o que abarca las de todos), esa demanda específica se universaliza y se convierte en el equivalente general, el cual continúa dividido entre su contenido literal y la representación de una plenitud ausente pero alcanzable. Como se observa, la identidad de todo este proceso está definida por la marcación de una frontera de exclusión donde el exterior antagoniza con lo que se articula del lado interno (aunque también habrá diferencias que se mantengan tal cual, que permanecen como significantes flotantes disponibles para futuras articulaciones o simplemente al margen de todo). La frontera es lo que define a la relación. Pero en el

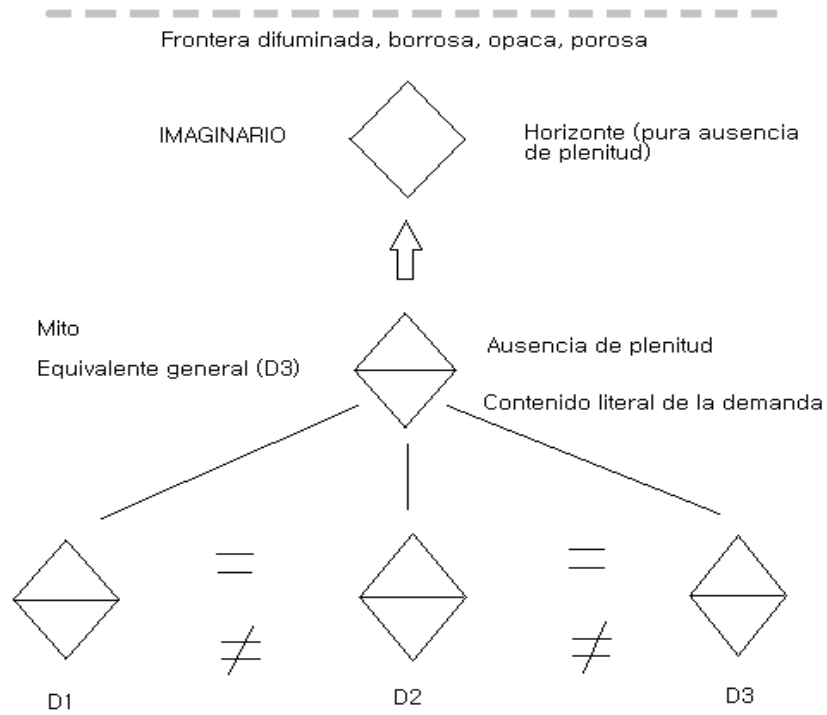
segundo esquema, cuando el mito se deshace del contenido literal de D3 (del equivalente general) y se queda con la pura ausencia de plenitud debido al proceso de vaciamiento resultado de las diversas posiciones que del lado de la inclusión buscan significarlo, entonces se convierte en un imaginario, representado por un rombo sin divisiones. Esta pura positividad es una ilusión, pues como se ha mencionado constantemente, la frontera es la condición de posibilidad de emergencia de la hegemonía (mítica e imaginaria), además de que el hecho de que haya logrado un fuerte vaciamiento y haya logrado representar a una gran cantidad y diversidad de posiciones, nunca podrá abarcarlas a todas. Sin embargo tiene el efecto de un cierre total en el que la frontera y los elementos excluidos parecieran desaparecer, aunque esto es solamente una difuminación.

Esquema de la hegemonía mítica



Esquema del imaginario hegemónico

Lo excluido: posiciones antagónicas y diferencias



Esquema clásico del proceso hegemónico, tomado en parte, del texto "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas" en Contingencia, hegemonía, universalidad. Laclau, Butler, Žižek (2003a), México, FCE.

SEGUNDA PARTE. EN TORNO A 1968: CONDICIONES DE PRODUCCIÓN Y DISPUTAS EN TORNO A SU SENTIDO

CAPÍTULO III Condiciones de emergencia del guerrillero urbano: el discurso de la izquierda de 1968 y la exclusión de la violencia

Introducción

Dentro del conjunto de la tesis, este tercer capítulo contiene la primera aproximación a mi referente empírico, el primer engarce teórico con las fuentes que me permitirá analizar el imaginario hegemónico en el discurso de la izquierda partícipe del movimiento de 1968, y observar cómo se fue construyendo la vía armada como una opción no viable.

En este capítulo comenzaré a delinear mi categoría intermedia *outsider*³⁰ entendida como aquél que se encuentra fuera de una doble frontera de exclusión, que sostiene una posición política, que no constituye mera diferencia y que sin embargo permanece al margen de toda posibilidad agonística, es decir, que interviene en la relación política activamente pero como el antagonista inarticulable. En el caso de este trabajo, el *outsider* está representado por el guerrillero urbano perteneciente a la Liga Comunista 23 de septiembre.

Me pareció conveniente seleccionar el movimiento del 68 como uno de los antecedentes que establece las condiciones de emergencia del movimiento armado de la década de los setenta, particularmente por la manera en que influirá en las formas de acción en que se bifurca parte de la izquierda mexicana de la época: mientras unos se adhieren a la acción de “masas” y la vía institucional o partidista, otros lo hacen al clandestinaje.

Para ello, primero abordaré brevemente el movimiento del 68 presentando los sucesos más relevantes para mi investigación y cómo los voy remarcando en la construcción de mi objeto de estudio. Lo que intento hacer es una lectura con las herramientas analíticas expuestas en mi capítulo I y II en aras de hacer asequible mi referente empírico en términos de la perspectiva del APD. Con base en ello, intento también presentar los elementos que me parecen más relevantes al momento en que se

³⁰ Aquí cabe recordar que esta noción se halla entre la posición fuera de la frontera de exclusión que ocupó el movimiento armado en la relación demócratas-gobierno federal; y la abstracción del exterior constitutivo como espacio ineludible de lo social que le impide un cierre último. A dicho exterior me referí en el capítulo uno en el apartado “Bases epistemológicas de la perspectiva” del Capítulo uno.

construye el discurso de la izquierda de 1968 y cómo se va deslindando de la versión violenta como una no-vía o una forma incorrecta de manifestación.

En primer lugar presentaré los elementos que se articularon en torno al pliego petitorio de seis puntos, cuál fue el mito hegemónico y su conversión a imaginario democrático como demanda aglutinante. Caracterizaré de forma agonística a la búsqueda del diálogo público y directo como medida de negociación; y antagónica al enfrentamiento y la represión abierta como métodos de “solución” del problema. Un espacio especial lo ocupan los alumnos del Instituto Politécnico Nacional (IPN), ya que su composición y posición en el movimiento resulta de particular importancia para la caracterización del surgimiento del outsider en mi investigación.

Posteriormente destaco cuatro lecturas que fueron atribuidas al movimiento por parte del gobierno y personas o grupos afines; cuatro posiciones de los actores gubernamentales que en ese momento pretendían explicar a la población y explicarse a sí mismos por qué había surgido dicho movimiento; cuatro versiones que pretenden dar cuenta de las “causas” y orígenes de la movilización estudiantil y popular. Se retoman de sus propias palabras a partir del libro compilatorio de testimonios y notas periodísticas de Ramírez (1969).

La primera de ellas pertenece al gobierno federal la cual sostiene la versión de que la crisis educativa había despertado la inconformidad en los jóvenes, y, como veremos más adelante específicamente en el capítulo quinto, con base en esta idea se da como respuesta una reforma integral que se vería concretada en el siguiente sexenio. La segunda versión la sostienen algunos miembros de la “clase política nacional” y se refiere a un supuesto complot interno en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) para desestabilizar el contexto de cara a las siguientes elecciones de 1970. La tercera versión del complot extranjero contra la independencia y soberanía mexicana la enunciaron fuerzas leales a Gustavo Díaz Ordaz (GDO), temerosas de una intervención imperialista en territorio nacional. Y la cuarta y última versión se refería a supuestas “fuerzas extrañas” de corte comunista que preparaban un movimiento armado contra el régimen.

A lo largo de esta investigación, pondré particular atención a la primera y a la cuarta lectura: a la primera porque constituye una estrategia gubernamental de apaciguamiento y conciliación que politiza lo educativo y lo ofrece como medida conciliatoria hacia la juventud movilizada; la cuarta porque me permitirá presentar cómo es que se fue construyendo el discurso de aversión hacia la vía armada como opción de izquierda desde la lectura de la izquierda hegemónica. Con base en ello podré ir

esbozando mi categoría de *outsider*, y podré dar cuenta de los imaginarios existentes en cada una de dichas posiciones en juego.

El 68 en el mundo

En este apartado inicial repaso brevemente el contexto internacional que enmarcó las movilizaciones populares de 1968 en México, ya que es necesario inscribir dichas acciones en un cuadro más amplio y complejo de reivindicaciones sociales que definirían a la postre, el rumbo del mundo. Ese año de marcaría el rumbo de las movilizaciones futuras y del modo de ejercer la política tanto fuera como dentro de los márgenes institucionales.

El triunfo de la Revolución Cubana se vivía como algo reciente que mantenía vivas las esperanzas en la transformación radical en Latinoamérica. La isla era un ejemplo claro de que la lucha armada podía constituir una vía que tenía posibilidades de salir triunfante. Las figuras emblemáticas de la insurrección se convirtieron en íconos y modelos a seguir para las jóvenes generaciones que buscaban ser partícipes de otra forma de hacer política en sus países. En octubre de 1967 capturan a Ernesto Guevara de la Serna el “Che” en Bolivia y con su muerte nace la leyenda y el ídolo a seguir. Su vida fue tomada como un ejemplo desinteresado de solidaridad con las causas de los oprimidos a nivel mundial y esta influencia perdura sedimentada hasta la actualidad.

Aunque la movilización parisina formalmente inició con problemas locales al interior de los centros educativos, puede decirse que el aumento gradual en los índices de desempleo; la caída de los sueldos; la crisis industrial; la represión de movilizaciones argelinas y comunistas; el rechazo a la guerra de Vietnam, al imperialismo, y a la política colonialista así como al comunismo de la Unión Soviética; las representativas huelgas obreras; la crítica a la sociedad de consumo; y la influencia de pensadores como Sartre, Beauvoir, Bourdieu y Marcuse constituyeron las condiciones sobre las que emergió el famoso mayo francés. Durante más de un mes los estudiantes sacaron las protestas a la calle, levantaron barricadas, y convocaron a los obreros de distintas industrias a sumarse a la huelga. El cuestionamiento de la sociedad burguesa de consumo y los valores morales prevalecientes jugaban también un papel definitorio en este malestar generacional acompañado del hipismo en sus versiones más pacifistas, y del discurso “izquierdista” en las más aguerridas.

La primavera de Praga se originó por el intento de las autoridades del Partido Comunista de Checoslovaquia de reformar el socialismo y darle una “cara humana”. Dubcek, secretario general de dicho órgano, proponía democratizar la política del país apoyado por la simpatía del clima cultural y la juventud influida por lo que ocurría en otras latitudes. Pero el comunismo soviético no vio con buenos ojos las iniciativas de reforma pues temía que el ejemplo se expandiera a otras repúblicas e invadió con tanques y tropas en el mes de agosto. La población salió a las calles a resistir la ocupación pero las aprehensiones terminaron con las movilizaciones. Europa del Este vivió así su propio movimiento antiexpansionista frente a las directrices de una Rusia inflexible.

En Estados Unidos se vivía una historia diferente pero equivalente: la guerra en Vietnam había cobrado ya miles de vidas de personas y no parecía tener un fin preciso; no sólo eso, el conflicto bélico se estaba nutriendo de los jóvenes más pobres y pertenecientes a minorías raciales discriminadas. Frente a esta política imperialista, la oposición y el cuestionamiento del emergente movimiento hippie pacifista comenzaba a tomar mayor auge. Grandes manifestaciones se llevaron a cabo contra el conflicto armado, nutridas por personas que además reivindicaban la libertad sexual, la experimentación con algunas drogas, y que en un ambiente festivo celebraban con las canciones de Bob Dylan y los Beatles. La música, la píldora, las minifaldas, todos ellos fueron elementos presentes en el contexto de las movilizaciones de 1968 y formaron parte del ser joven en aquel momento. Ser joven en ese momento tenía una significación paradójica ya que por una parte aparecía como sinónimo de esperanza por un futuro mejor, más justo, y al mismo tiempo era también figura de persecución, sospecha, recelo, desprecio. Así los prejuicios para uno y otro lado parecían mediar el trato con los jóvenes (por ejemplo en México, tan solo traer cabello largo y barbas, parecía garantizar a los “dueños” de *establishment* que estaban frente a una amenaza, al tiempo que esa misma apariencia provocaba confianza al subirse a un camión con propaganda y un bote y alguna insignia universitaria o politécnica, era suficiente para que se confiara en su honestidad; en París ser joven era suficiente para no ser atendido en muchos cafés y cervecerías, ni qué decir de los restaurantes).

El año 1968 fue la antesala de otro movimiento en la Argentina, específicamente, en la ciudad de Córdoba, en plena dictadura militar de Juan Carlos Onganía en 1969. La apertura del mercado interno al monopolio internacional; la ley de represión para huelgas y conflictos laborales; la intervención de distintos sindicatos; el aumento en la edad para jubilarse; la “ley de represión del comunismo”; la persecución y encarcelamiento de

militantes de oposición; la intervención de las fuerzas armadas en las universidades; y otras medidas emprendidas por el régimen militar fueron creando las condiciones en que se gestaría un amplio movimiento popular en esta ciudad. Específicamente, una serie de huelgas y asambleas sindicales organizadas por distintas corrientes gremiales y políticas, y apoyadas por estudiantes, vecinos y ciudadanos desembocó en enfrentamientos con las fuerzas policiales. Con la primera víctima mortal la gente enfureció aún más y decidió levantar barricadas para sitiar la ciudad. El dictador Onganía tuvo que enviar al ejército para sofocar el levantamiento, y una vez hecho esto es destituido por la Junta de comandantes en jefe de las tres fuerzas armadas. Este episodio se conoce como el Cordobazo y resulta una movilización que permite observar la resistencia y organización frente a un represivo régimen militar en contextos de dictaduras latinoamericanas y el auge de la oposición comunista como alternativa viable.

Ahora pasaré ya a adentrarme en el 68 mexicano.

Hegemonización del imaginario democrático en el movimiento de 1968

Es de común conocimiento que el movimiento del 68 logró grandes simpatías entre la población mexicana; que consiguió el apoyo de diversos sectores (obreros, intelectuales, profesionistas, amas de casa, empresarios, sacerdotes, etc.); y que incluso, tuvo fuerte resonancia en la mayor parte de los estados de la república y en algunas partes del mundo. Por esa razón es que se asegura que no fue un movimiento meramente estudiantil sino popular.

El movimiento fue básicamente sostenido por estudiantes de educación pública media superior y superior de las escuelas del Distrito Federal, aunque también es cierto que escuelas particulares como la Universidad Iberoamericana y la Anáhuac estuvieron involucradas en el paro de labores. La participación más activa la realizaron los alumnos del Poli y de la UNAM por tres razones principales: sus instalaciones fueron ocupadas por el ejército; fueron las principales sedes de las sesiones del Consejo Nacional de Huelga (CNH); y fueron las escuelas que concentraron la mayor representación estudiantil.

A continuación se enuncian los elementos que se articularon en torno al movimiento de los estudiantes:

Grupos gremiales: el Sindicato de trabajadores de “El Ánfora”; los trabajadores de la sección 37 del Sindicato de Petróleos Mexicanos; la Central Campesina Independiente

(CCI); un grupo de trabajadores de la sección 35 del Sindicato de petroleros; la Unión de Choferes Taxistas de Transportación Colectiva y la Unión de Taxistas de Reforma y Ramales; trabajadores del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME); el Frente Auténtico del Trabajo (FAT); la Confederación Latinoamericana de Sindicatos Cristianos (CLSC); el Sindicato de Trabajadores de la Universidad de Nuevo León; el Consejo Nacional Ferrocarrilero; el Sindicato de Muelles de Tampico-Ciudad Madero-Villa Cuauhtémoc y Pánuco; el Sindicato de Sidney Ross Company; la Liga de soldadores; el Sindicato Internacional Research; la Asociación de Trabajadores de Herramientas Interamericanas.

Docentes: los profesores de la Escuela Nacional de Agricultura; los maestros de la Academia de la Danza Mexicana del INBA; el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM); el personal docente y administrativo de la Secundaria 7 diurna; estudiantes, profesores e investigadores de El Colegio de México.

Intelectuales y artistas: el Conservatorio Nacional de Música del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA); el Comité de Intelectuales, Artistas y Escritores; periodistas; presos políticos como Víctor Rico Galán.

Grupos religiosos: un grupo de sacerdotes jesuitas; un grupo de sacerdotes y preladados mexicanos; la Junta Organizadora del Partido Demócrata Cristiano.

Grupos de padres: Unión Cívica de padres de familia de la UNAM

Universidades de todo el país: estudiantes de las universidades e institutos tecnológicos de los estados; la Escuela Superior de Educación Física; la Universidad Autónoma de Sinaloa; alumnos de la Universidad y de la Escuela Normal Superior de Nuevo León; la Universidad de Yucatán; la Universidad Autónoma de Morelos; la Universidad Autónoma de Baja California; la Universidad de Chihuahua; Escuelas Normales Rurales; estudiantes mexicanos en las universidades estadounidenses y en la de Guatemala; el Consejo Universitario de la UNAM; etc.

Médicos: los médicos residentes del Hospital General; los médicos residentes e internos del Hospital Juárez

Otras organizaciones: la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas; la Confederación de Jóvenes Mexicanos (de raíces priístas); comerciantes de mercados y grupos de vecinos; el presidente de la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción; los pobladores del pueblo de Topilejo.

Estos grupos declararon simpatía por el movimiento y sus demandas, las adscribieron mediante firmas de desplegados y participaron en las manifestaciones.

Las escuelas que pararon en apoyo al movimiento fueron la Universidad Iberoamericana; Chapingo; la Universidad del Valle de México; los tecnológicos de Orizaba y de Durango; la Universidad Veracruzana; el Conservatorio Nacional de Música; la Normal Superior; la Universidad de Oaxaca; la Escuela de Periodismo Carlos Septién; el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM); la Escuela de pintura La Esmeralda; la Preparatoria del Tecnológico Americano; la Escuela Nacional de Danza; la Universidad de Puebla; la Facultad de periodismo de Veracruz; la Normal de Matamoros; el Tecnológico de Coahuila; escuelas de educación media y superior en Guerrero.

Muchas de estas escuelas se sumaron al paro en algunas fechas; salieron a las calles a difundir el movimiento y pertenecieron al Consejo Nacional de Huelga (CNH). Para ser más exactos, además de las escuelas del Poli y de la UNAM, tuvieron representación en el Consejo la Escuela Nacional de Maestros; la Escuela Normal Superior; la Escuela Normal de Especialización; la Escuela Normal Oral; Chapingo; la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH); la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda; la Escuela de Teatro del INBA; la Universidad Autónoma de Puebla; la Universidad Autónoma de Chihuahua; el Colegio de México; la Universidad Iberoamericana; la Escuela de Periodismo Carlos Septién; la Preparatoria José Vasconcelos; la Universidad del Valle de México; la Universidad Autónoma de Morelos; y la Academia de San Carlos. Además de las escuelas citadas, el rector Javier Barros Sierra y los profesores universitarios agrupados en la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Pro-libertades democráticas también pueden analizarse como elementos anudados en torno al punto nodal que representó el pliego petitorio de seis puntos.

Los grupos, organizaciones, escuelas, personajes mencionados, todos ellos actores diferentes, lograron establecer una relación equivalencial entre sí, en torno a las demandas del pliego petitorio del CNH, así como por el respeto a las garantías constitucionales, a la libertad, a la democracia y a la libre expresión; es decir, el pliego logró convocarlos a todas estas posiciones en aras de construir un movimiento unificado, pero hay que precisar que al mismo tiempo cada uno tenía y conservó sus propias especificidades y demandas. Veamos cómo se fue construyendo la unidad.

El pliego petitorio que aglutinó a todas estas posiciones pasó por varias reformulaciones. La primera versión la planteó la Escuela Superior de Economía del Politécnico y constó de tres demandas: desaparición de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET); la expulsión de sus miembros de los planteles del Poli; y

la desaparición de los cuerpos represivos. Este pliego contenía demandas muy locales que a lo sumo podrían lograr adherencias solidarias, pero no un mayor involucramiento de otros sujetos que implicara el compromiso en un movimiento de envergadura. Sin duda este pliego se ancla en el terreno del mito hegemónico, decidido en asamblea por los alumnos del Poli, pero con una demanda demasiado local, en términos analíticos, con un contenido muy literal, sin vaciamiento suficiente como para abarcar a amplios sectores estudiantiles.

La segunda versión del pliego vino también de las filas politécnicas, las vocacionales 1, 2, 4, 5, 6, y 8 así como varias escuelas superiores se pronunciaron por el paro indefinido y por enarbolar las siguientes demandas: la renuncia del jefe y subjefe de la policía preventiva del distrito federal (generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola Cerecero); así como la desaparición del cuerpo de granaderos. Si bien el rechazo a la política represiva y autoritaria del régimen logró aglutinar a los directamente afectados en las trifulcas de fines de julio, el movimiento fue más allá de las escuelas y los estudiantes.

En la Escuela Superior de Economía del IPN se reunieron todas las escuelas del Poli y de la UNAM, así como la Escuela Normal y la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, en donde se delineó un nuevo pliego petitorio que abarcó las demandas: desaparición de la FNET, de la porra universitaria y del Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO); expulsión de los estudiantes de estos grupos; la indemnización por parte del gobierno a los estudiantes heridos y a los familiares de los muertos en las trifulcas que dieron origen al movimiento el 23 y 26 de julio; libertad a los jóvenes detenidos; desaparición del cuerpo de granaderos; y derogación del artículo 145 del código penal.

Hubo otros cuatro pliegos antes del definitivo: uno elaborado por el Partido Comunista Mexicano (PCM); otro por la FNET (ampliamente señalada por el estudiantado debido a su filiación priísta); otro lo manifestaron los asistentes al Coloquio Mexicano de Matemáticas celebrado en Oaxtepec, Morelos; y uno más elaborado por profesores del IPN. Pero no fue sino hasta la redacción del primer documento unitario que se dieron a conocer, el cuatro de agosto, las seis demandas del movimiento, redactado por una comisión de estudiantes del IPN, UNAM, Chapingo, y escuelas de los estados de la república. El pliego petitorio definitivo quedó de la siguiente manera:

- 1.- Libertad a los presos políticos
- 2.- Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también el teniente coronel Armando Frías

3.-Extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo en la represión y no creación de cuerpos semejantes.

4.- Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código penal federal (delito de disolución social) instrumentos jurídicos de la agresión

5.- Indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el viernes 26 de julio en adelante.

6.- Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión (Ramírez, 1969a: 190)

Este fue el pliego que finalmente logró representar las demandas de los involucrados; que condensó los intereses de los estudiantes agredidos. En términos analíticos estas demandas se mantienen en el plano de la hegemonía mítica ya que preservan el contenido literal de la desaparición de artículos, cuerpos policiales y personajes específicamente señalados; sin embargo, el motivo por el cual congregó a muchas más posiciones de sujeto, es que implícitamente, al mismo tiempo, junto a estas demandas tan específicas, estaba el anhelo del cese de las actitudes autoritarias y represivas del gobierno diazordacista así como el respeto a la libertad de expresión y de manifestación que se consideran propias de un régimen democrático.

Observo así, en este movimiento, demandas equivalencialmente compatibles que se articulan en el punto nodal representado en seis puntos del pliego petitorio. La frontera de exclusión se establece con respecto al priísmo y sus políticas autoritarias. La construcción hegemónica no permanece en el ámbito del mito sino que se conforma en imaginario, como lo muestra esta cita extraída del “Manifiesto a los estudiantes del mundo” elaborado por el CNH: “los estudiantes mexicanos han roto con treinta años de demagogia, servilismo y mentiras oficiales [*su objetivo es*]... la democratización de nuestro país y el cumplimiento irrestricto de la Constitución” (Ramírez, 1969a: 385). No basta pues con castigar a los mandos policiales o desaparecer el cuerpo de granaderos, lo que se anhelaba era un cambio más profundo por medios democráticos y permisibles³¹.

Es decir, de toda la variedad de posiciones (grupos) enumerados anteriormente, desde estudiantiles hasta burócratas pasando por amas de casa y trabajadores, todos ellos se vieron atraídos por la movilización estudiantil; algunos como los ferrocarrileros,

³¹ Resulta interesante cómo algunos participantes plantean que no saben cómo es que llegó a extenderse tanto el movimiento, y que algunas veces les parecía que no tenían demandas concretas. Esto puede entenderse como el deseo en busca de un significativo que logre representarlo ¿Por qué nos estamos movilizandando? ¿Cómo es que llegó a ser tan amplia la aceptación del movimiento y sus demandas cuando todo comenzó con una riña entre grupos de estudiantes?

ya venían reivindicando con anterioridad la demanda por la libertad de los presos políticos y se vieron identificados con el planteamiento de los jóvenes. En la coyuntura, las distintas posiciones sintieron un agravio cuando los alumnos fueron agredidos y se solidarizaron. Sindicatos dejaron de lado sus reivindicaciones económicas para articularse con la movilización y hacer suyas las demandas propuestas; pero por sobre dicho pliego operó la crítica profunda a un régimen antidemocrático que limitaba la libertad de expresión y que agredía a la población con intervenciones militares. Opera entonces un plano mítico y uno imaginario: el primero, cuando diversas posiciones se adhieren a las seis demandas; el segundo, cuando rebasando aquellas peticiones, lo que se busca es una transformación democrática de fondo. Puede hablarse entonces de un proceso de articulación óptica que además se cobijó bajo un ideario político recurrente, un imaginario históricamente sedimentado.

El imaginario hegemónico democrático, constitucional presente en el pliego petitorio del CNH logró articular a posiciones diferenciales no estudiantiles como sindicatos, barrios (Topilejo, Tepito, Lagunilla, unidad Nonoalco Tlatelolco), intelectuales, amas de casa, trabajadores, profesores, etc. quienes vieron en dichas demandas no sólo la especificidad de una modificación jurídica sino también, la posibilidad de la crítica hacia el partido único y su anhelo de transformación del México posrevolucionario. Más adelante retomaré el tema del imaginario. Pasaré ahora a analizar el movimiento en términos agonismo/antagonismo.

Los primeros enfrentamientos estudiantiles

Uno de los objetivos de mi trabajo es establecer la diferencia analítica entre un movimiento agonístico negociador como el del 68 y un movimiento antagonista con el que el diálogo está fuera de toda posibilidad como lo fue el de la Liga Comunista 23 de septiembre. Esto a su vez me permitirá entender la noción de educación política de la Liga (Capítulo VI). Para lograr este objetivo final de mi trabajo, debo desarrollar primero en este capítulo por qué considero que el movimiento del 68 hegemónizado por el CNH puede caracterizarse como agonístico (aun cuando hubo una matanza de por medio), y por qué el de la Liga como uno antagónico; y cómo la izquierda agonística demarca a la izquierda antagonista en términos analíticos conformando a ésta última en una posición outsider. En suma, me propongo retomar el 68 como una de las condiciones de producción del movimiento armado de la Liga, y al mismo tiempo iré analizando cómo

desde ese momento se fueron bifurcando dos tendencias que a la postre originarían un desdoblamiento en las posiciones de izquierda, una democrática y otra revolucionaria.

Se dice comúnmente que todo comenzó con una riña entre alumnos de la vocacional 2 y 5 ubicadas en la ciudadela, y alumnos de la preparatoria particular Isaac Ochoterena (Poniatowska, 1997); aunque el detonante definitivo fue la ocupación del plantel politécnico número 5 por parte de granaderos que agredieron a alumnos y maestros de la escuela dentro de las mismas instalaciones. Para el 26 de julio comienza la pelea, cuando dos marchas programadas por distintos sectores estudiantiles terminan uniéndose en las calles del centro histórico (una para celebrar el aniversario de la Revolución cubana y otra para protestar contra la represión sufrida en la vocacional 5). Empieza el enfrentamiento con los granaderos y poco después dichas fuerzas policiales intentan ocupar los planteles educativos que se encontraban en la zona céntrica, pero los estudiantes defendieron sus escuelas del ingreso de la policía, quemaron camiones de transporte público para hacer barricadas, y repelieron todo intento de toma de los planteles.

Este aspecto está claramente desarrollado en el texto de Rodríguez *Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968*, uno de los pocos textos que, en consonancia con lo que se argumenta en este trabajo, se plantea la importancia del uso de la violencia entre los miembros más jóvenes del movimiento. Su objetivo es: “Reconsiderar el papel específico de la violencia callejera en la constitución de un interlocutor pero también en la generación de un espacio político para la negociación” (Rodríguez, 2003: 182). El autor plantea que la violencia puede destruir pero también crear, y para demostrarlo propone que los enfrentamientos posibilitaron la negociación entre las partes en conflicto, sobre todo tomando en cuenta las limitaciones operativas y logísticas que mostró en dichas jornadas la policía capitalina. Frente a la hipótesis diseminada de un complot orquestado desde el ámbito gubernamental como medida de “represión preventiva” que provocaría los primeros enfrentamientos para justificar el encarcelamiento de posibles desestabilizadores de las olimpiadas próximas, Rodríguez nos muestra una versión más sencilla: las riñas fueron circunstanciales; los jóvenes, hartos del autoritarismo, decidieron responder violentamente aquel 26 de julio, día en que se juntaron las dos marchas (la de desagravio organizada por la FNET, y la de los comunistas que conmemoraban la revolución cubana); el cuerpo represivo se vio ampliamente rebasado por los estudiantes, según

informes internos y confidenciales; y ello desembocó en la ocupación militar de los planteles escolares del área central.

Si bien ambos proponemos mostrar con nuestros respectivos trabajos la función política de la confrontación abierta entre estudiantes y fuerzas armadas, cada uno argumenta en sentido propio. Rodríguez remarca el papel de la violencia física en la construcción de un diálogo posible; yo observo en ella condiciones de bifurcación de posiciones políticas y la construcción de una doble frontera de exclusión. Ambos, sin embargo, coincidimos en un objetivo: reincorporar el papel de los enfrentamientos callejeros en la narrativa sesentayochera y desedimentar versiones hegemónicas en torno a ello.³²

El diálogo y la represión

El 27 de julio, la Escuela de Economía del Poli fue la primera en declararse en paro y formuló el primer pliego del movimiento (anteriormente mencionado). El acto mismo de conformarse en asamblea y de enarbolar una serie de demandas, nos habla ya de una negociación, de una dimensión de poder operando, que busca medir las fuerzas y ponerlas en una balanza en su favor.

El CNH puede entenderse como agonístico desde el primer momento y a lo largo de su desarrollo, incluso después de la masacre del dos de octubre. En todo momento se declaró partidario del diálogo abierto y público, respetuoso de la constitución, es decir, nunca se salió de los cauces institucionales; cuando así lo pareció, inmediatamente se deslindó. Esto lo veremos más adelante, cuando aborde la forma como se fue construyendo el discurso anti-armas en el movimiento. Si bien por parte del Consejo siempre hubo búsqueda de negociación, puede decirse que las autoridades gubernamentales mantuvieron un perfil de confrontación a pesar de nombrar voceros para dialogar y de ofrecer una mano al aire a los estudiantes.

Una vez dado el primer paso de las negociaciones, es decir, una vez establecido un primer pliego de demandas por parte de la Escuela de Economía del Poli y dirigido a

³² Reconozco que dado el peso óptico de la violencia en la delimitación de mi referente empírico y en la construcción de mi objeto de estudio, habría sido conveniente una problematización de la propia noción de violencia en términos teóricos. Violencia física, violencia simbólica, violencia legítima, violencia fuera de control, axiología y violencia, violencia y poder, violencia y fuerza, violencia y manipulación en fin, muchos son los enfoques posibles. Los trabajos de Sorel, Weber, Tubinga, Arendt, Benjamin, Foucault, *inter alia*, aportan valiosos argumentos para dicha problematización, pero quedaré con esa deuda en este trabajo.

las autoridades competentes, el primero de agosto el presidente de México Gustavo Díaz Ordaz responde que

Una mano está tendida, la de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida, ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano... se ve acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias (Ramírez, 1969a: 181)

Este ofrecimiento de diálogo por parte de las autoridades mexicanas se vio constantemente contradicho, pues como veremos un poco más adelante, la posición que el gobierno diazordacista mantuvo hasta finales de diciembre, fue de amenazas y confrontación mezclada con algunos ofrecimientos de diálogo que jamás se concretaron. Por el momento mantengámonos en el plano de los demandantes.

El día cinco de agosto el movimiento emplaza por 72 horas al regente de la ciudad, Corona del Rosal, para que dé solución a sus demandas, o de lo contrario, se comenzaría la huelga nacional. Para el día ocho de agosto el regente envía una carta al director del IPN, Guillermo Massieu, ofreciendo investigar los hechos y las responsabilidades de los participantes para aplicar las sanciones correspondientes. Propone integrar una comisión compuesta por representantes del Departamento del Distrito Federal (DDF), maestros y alumnos del Poli; se manifiesta dispuesto a la expedición de un reglamento que norme las funciones de la policía; y ofrece la desaparición de las fichas de los estudiantes involucrados.

Para el director del IPN la respuesta de Corona del Rosal es acertada, sin embargo las escuelas de la UNAM quedaron fuera de la respuesta del regente, cuando también habían estado involucradas en los actos del día 26 de julio. Por esa razón, la respuesta se interpretó como inadecuada. El Consejo Nacional de Huelga se conforma en plenaria, con soberanía y poder político de decisión, y rechaza la respuesta dada al pliego petitorio.

A la par que el Consejo intenta buscar medios de negociación, se realizan constantes brigadeos, asambleas y movilizaciones. Para el día 20 de agosto los profesores de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior pro Libertades Democráticas convocan a diputados y senadores del DF a un debate público en la explanada de Ciudad Universitaria, no para abordar la resolución del pliego de demandas sino para discutir la legitimidad de éstas; pero los invitados no acudieron (excepto Diego

Fernández de Cevallos). Al día siguiente el CNH se declara partidario del diálogo público entre estudiantes y autoridades.

A nombre de Gustavo Díaz Ordaz, el secretario de Gobernación Luis Echeverría Álvarez responde por teléfono a los estudiantes el 22 de agosto en los siguientes términos:

El Gobierno de la República expresa su mejor disposición de recibir a los representantes de los maestros y estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, del Instituto Politécnico Nacional y de otros centros educativos vinculados al problema existente, para cambiar impresiones con ellos y conocer en forma directa las demandas que formulen y las sugerencias que hagan, a fin de resolver en definitiva el conflicto que ha vivido nuestra capital en las últimas semanas... Es su propósito esencial que las instituciones docentes vuelvan a la completa normalidad y que sus alumnos puedan concluir satisfactoriamente el año escolar, sin que por ello tenga que interrumpirse su diálogo con las autoridades (Ramírez, 1969a: 241)

El gobierno designó para ello a Luis Echeverría; Agustín Yáñez (secretario de educación); Alfonso Corona del Rosal (jefe del DDF); Julio Sánchez Vargas (procurador de la República); y Gilberto Suárez Torres (procurador del Distrito). En respuesta, el CNH acepta el comunicado y plantea la necesidad de que el anuncio se haga por escrito o públicamente. Apunta que las conversaciones deben ser públicas y con los representantes del movimiento elegidos en el Consejo, y anuncia una marcha para el 27 de agosto con el fin de presionar a las autoridades. La fecha que señalaron para el primer encuentro entre las partes fue el 28 de agosto.

Al terminar la movilización de presión del día 27 que llegó hasta el zócalo capitalino, los estudiantes decidieron en asamblea permanecer en plantón hasta el primero de septiembre a las 10 de la mañana para que en ese sitio y a esa hora se llevara a cabo el diálogo público. Esta decisión apresurada fue interpretada por las autoridades como una abierta provocación al acto principal del presidente Díaz Ordaz del primero de septiembre: el informe de gobierno, por lo que a las 12:50 pm se les advirtió mediante altavoces que desalojaran la plaza. Esto suscitó nuevamente un episodio represivo que trajo como saldo la postergación del diálogo acordado.

El 30 y 31 de agosto el CNH reitera su interés por el diálogo público, pero el 1º de septiembre Díaz Ordaz responde en su informe de gobierno que el movimiento buscaba desprestigiar a México como organizador de las Olimpiadas; que era una “calca” de lemas usados en otros países; que se utilizarían todos los medios posibles a su alcance para

mantener el orden y garantizar la seguridad de los juegos olímpicos; que respetaba la autonomía universitaria y que ésta no había sido violada; que no existían presos políticos; señaló la inviabilidad de derogar los artículos 145 y 145 bis del código penal; y circunscribió el conflicto a la necesidad de una reforma educativa. Sentenció además que “todo tiene un límite y no podemos permitir ya que se siga quebrantando irremisiblemente el orden jurídico, como a los ojos de todos ha venido sucediendo; tenemos la ineludible obligación de impedir la destrucción de las fórmulas esenciales, a cuyo amparo convivimos y progresamos” (Ramírez, 1969b: 203). Díaz Ordaz citó la fracción VI del artículo 89 constitucional y fue muy claro al plantear que dispondría de la totalidad de las fuerzas armadas si era necesario para restablecer el orden, pero no se refirió a diálogo alguno.

El 2 de septiembre, el CNH planteó que el presidente Díaz Ordaz no argumentó políticamente una salida al conflicto y exige que el diálogo se dé en condiciones propicias, sin la presión del ejército; pero a esas alturas era evidente que el gobierno ya estaba pensando en otras posibilidades que no fueran el diálogo y la negociación.

El 4 de septiembre el Consejo vuelve a demandar diálogo a las autoridades mediante un documento enviado a la Presidencia de la República, la Secretaría de Gobernación, la Procuraduría General de la República (PGR), la procuraduría del distrito y territorios federales, el congreso de la unión, y el departamento del distrito federal. Esto evidenció que los estudiantes se remitían a las autoridades correspondientes de manera directa y mermó la versión de que el Consejo nunca se había dirigido al presidente para solicitar solución al conflicto. En términos analíticos, aquí se puede entender la táctica como movimiento agonístico.

La respuesta obtenida por parte de la presidencia fue un simple acuse de recibo, una respuesta administrativa a una inquietud política; gobernación delegó el caso de los presos hacia el poder judicial y afirmó que el resto de demandas no eran de su competencia. El DDF respondió que la ciudad no podía quedarse sin policía y que estaban dispuestos a escuchar propuestas de mejora en los cuerpos de vigilancia; que seguía en pie su oferta de investigar a los mandos para deslindar responsabilidades, y que estaban dispuestos a indemnizar a las víctimas de “los trastornos públicos”, agregando que las oficinas para atender sus solicitudes se encontraban abiertas en la institución correspondiente según sus propias atribuciones. La procuraduría de la república y la procuraduría del distrito también remitieron al Consejo a la sede correspondiente para tratar los asuntos del pliego. Fue una respuesta burocrática y no política.

En conferencia de prensa, el CNH planteó nuevamente su disposición al diálogo mostrando malestar porque la presidencia parecía haber cambiado de opinión: anteriormente había designado interlocutores y ahora estaban canalizándolos a las sedes de las instituciones.

La postura del gobierno fue ambivalente: primero se mostró accesible al diálogo e incluso designó autoridades competentes, y después desconoció al Consejo como interlocutor válido con el cual negociar. Al canalizar al Consejo a las sedes institucionales les devolvió su estatus de ciudadanos y les quitó el rango de interlocutores, de grupo representativo y organizado con fuerza para presionar al gobierno. En términos analíticos, podemos decir que mientras el Consejo se “desempeñó” agonísticamente, el gobierno federal fluctuó entre el agonismo y el antagonismo, éste último adquirió una representación fatal en la masacre del dos de octubre.

Ante este panorama el Consejo decidió salir nuevamente a las calles el 13 de septiembre en marcha silenciosa, no sin antes reiterar en dos ocasiones más su llamado al diálogo para la solución del conflicto, pues ya vislumbraban la salida violenta que daría el ejecutivo: “si las autoridades no aceptan el diálogo público, la respuesta será una represión masiva para descabezar el movimiento, debido a la cercanía de la celebración de las olimpiadas” (Ramírez, 1969a: 307). La respuesta recibida fue similar a la anterior, y se planteó que “el diálogo público puede legalmente realizarse en términos del propio mandato constitucional, si a las peticiones escritas y a los acuerdos, también escritos, que dicten las autoridades, se les da difusión pública” (Ramírez, 1969a: 317).

El 15 de septiembre el CNH anuncia que tendrá el diálogo buscado con las autoridades en forma escrita. Cuando parecía que así sería, el 18 de septiembre el ejército ocupa ciudad universitaria. Los argumentos del gobierno diazordacista fueron: que los recintos universitarios eran ilegalmente ocupados para actividades ajenas a la academia; que los ocupantes se han arrogado el derecho de plantear demandas en representación de maestros, estudiantes del país e incluso del pueblo mexicano; que son personas que han cometido actos antisociales y delictuosos; que desoyeron el llamado del rector de volver a clases y desocupar las instalaciones; y que en consecuencia era necesario imponer el orden jurídico mediante el uso de la fuerza pública para desalojar los planteles universitarios.

A raíz de la ocupación militar, el CNH fue sumando cada vez más simpatías en forma de movilizaciones, brigadeos, desplegados, y huelgas en las escuelas de otras entidades. Mientras tanto, los enfrentamientos se agudizaban y fue en este contexto en

que se dio la defensa de los alumnos politécnicos desde la escuela vocacional número 7, el Casco de Santo Tomás y Zacatenco, a la cual me referiré más adelante.

Para el 28 de septiembre, el CNH plantea tres condiciones para poder llevar a cabo el esperado diálogo público: la salida del ejército de los planteles de la UNAM; la libertad de los detenidos; y el cese de la represión. Dos días después, el 30 de septiembre, el ejército sale de ciudad universitaria y el Consejo anuncia que, para exigir la salida de las fuerza militares de las instalaciones del Politécnico, se realizarían dos mítines en ciudad universitaria, y el dos de octubre una manifestación que, en principio se tenía planeado, partiera de la vocacional no. 7 y concluyera en el Casco de Santo Tomás.

Finalmente, el dos de octubre, el Consejo decidió no marchar ante amenazas de presencia militar en los planteles del Politécnico, por lo que la actividad se modifica a un mitin en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco. Ese día por la tarde, luces de bengala fueron la señal para el avance militar y el inicio de la masacre. Las cifras oficiales hablaron de treinta muertos. El factor olimpiadas terminó imposibilitando el diálogo y abriendo la puerta a la represión más sangrienta, literalmente, la eliminación del enemigo. El CNH, sin embargo, siguió buscando el diálogo con el gobierno federal³³.

A pesar de la matanza, o tal vez precisamente, debido a ella, el fracturado Consejo continúa en su exigencia de diálogo con las autoridades federales. El once de octubre publica un desplegado en el que manifiesta su voluntad de buscar el acercamiento; y que ha mantenido pláticas iniciales con representantes de la presidencia Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso que permitan lograr las condiciones necesarias para que el diálogo público sobre los seis puntos del pliego se lleve a cabo. Estableció las siguientes condiciones para ello: libertad de todos los presos políticos del movimiento, la salida de las tropas del ejército de las instalaciones educativas ocupadas, y el cese a la represión.

El 22 y 25 de octubre, los estudiantes hacen nuevos llamados al diálogo, mientras el presidente Díaz Ordaz se desiste de los cargos contra 86 procesados del movimiento. Pareciera a primera vista que hay una voluntad de diálogo también por parte del ejecutivo en el sentido de que está cumpliendo una de las tres condiciones establecidas por el Consejo, pero en realidad no salen libres la totalidad de involucrados. Habrá presos

³³ Un dato interesante es que el Consejo nunca exigió castigo para los responsables de la masacre del dos de octubre, no al menos en sus documentos centrales y manifiestos firmados; a lo sumo responsabilizó a funcionarios federales pero no hizo llamados a la justicia por las víctimas. Tal vez se deba a su empecinada voluntad de diálogo con las autoridades, al indeclinable reconocimiento que les hacían como autoridades mismas, y a su carácter institucional con demandas dentro del marco permisible que no le permitieron ver en términos de justicia los hechos de Tlatelolco. Esto confirma el carácter agonístico que le he venido adjudicando al CNH.

políticos del movimiento del 68 hasta el año 1971, ya en pleno sexenio de Luis Echeverría Álvarez.

Mientras tanto, el CNH continúa en pláticas informales con los representantes designados por la presidencia e insiste en el diálogo público una vez cumplidas sus tres condiciones, pero el gobierno al parecer estaba adelantándose a los temas. Organizó audiencias públicas celebradas por el Congreso de la Unión respecto a los artículos 145 y 145 bis por su lado, al margen del diálogo público solicitado por los estudiantes. Con ello pretendía ir dando respuesta indirecta a las demandas, pero sin reconocerlos como interlocutores válidos.

Para el diez de noviembre las pláticas con los representantes se encontraban ya estancadas debido al incumplimiento de las tres condiciones para el diálogo. El catorce del mismo ya se anunciaba la posibilidad de dialogar con las escuelas abiertas y en clases. Finalmente el día 21 el Consejo declara el fin de la huelga ante la insinuación por parte de los representantes de presidencia, sobre la posibilidad de cerrar definitivamente las escuelas de mantenerse inactivas. El último intento de diálogo nuevamente se realizó por parte del CNH cuando el día 29 de noviembre entrega una carta a la Oficialía de Partes de la presidencia. La respuesta que dan los representantes es evasiva y se centra en el ofrecimiento de una reforma educacional y el otorgamiento del voto a partir de los 18 años de edad, justo el mismo ofrecimiento que ya había hecho Díaz Ordaz en su informe de gobierno. Su postura era inamovible. Finalmente el Consejo se disuelve el seis de diciembre.

Remarcaré brevemente ahora las situaciones que, analíticamente hablando, pueden caracterizarse como antagónicas. El primer enfrentamiento fue el detonante del movimiento, el 23 de julio, cuando las fuerzas militares ingresaron a la vocacional ubicada en la ciudadela y agredieron a maestros y estudiantes. El día 26, la policía intentó disolver las manifestaciones estudiantiles que se unieron en contra del ingreso de los granaderos al plantel politécnico, y ello desembocó en fuertes enfrentamientos callejeros, instalación de barricadas y defensa de los planteles universitarios ante la amenaza de la entrada de la policía. El 30 de julio, finalmente ingresa el ejército a algunos planteles, provocando como respuesta la inmediata organización estudiantil en forma de asambleas.

La intervención militar se justificó en un inicio con el argumento del mantenimiento del orden; como respuesta necesaria frente a un plan de agitación y subversión por lo cual no habría contemplaciones para nadie. La ambivalencia fue la característica del trato que el gobierno diazordacista promovió hacia el movimiento. Lo mismo ocurrió en el

zócalo capitalino, al concluir la marcha del 27 de agosto, cuando ya habían sido designadas las autoridades para el diálogo. Los argumentos de los funcionarios federales en esa ocasión para desalojar a los estudiantes mediante el ejército fueron: que habían hecho resonar las campanas de catedral sin permiso; y que habían izado una bandera rojinegra en el asta, faltándole al respeto a los símbolos patrios. La intención era desalojar a los jóvenes que se proponían permanecer en plantón hasta el primero de septiembre, día en que el presidente rendiría su informe de gobierno, pero dicha medida de presión del estudiantado se tomó como una afrenta. Con el desalojo de la plaza central por parte del ejército se generó una escalada de constantes intervenciones militares.

Nuevamente el 18 de septiembre se produce otra ocupación de ciudad universitaria por parte del ejército, justo cuando parecía que habría posibilidad de diálogo; y el 23 de septiembre se suscita una trifulca impactante entre los cuerpos policiacos del DF y los alumnos del Politécnico en la vocacional ubicada en Tlatelolco, el Casco de Santo Tomás y Zacatenco. Sobre este punto ahondaré más adelante, sólo me interesa remarcar por el momento que como producto de dichos enfrentamientos, se vuelven a ocupar las instalaciones educativas.

El dos de octubre fue sin duda la expresión máxima de la relación antagónica entre ambas fuerzas (el movimiento y el gobierno de Díaz Ordaz), sobre todo de manera unilateral, es decir, por la forma como las autoridades trataron a los estudiantes. En términos de la Teoría de la Hegemonía, la presencia del otro impide mi plenitud por lo que busco contrarrestar los efectos de mi oponente³⁴. En el caso que me ocupa, las autoridades federales apostaron ese día por la eliminación del oponente; por una eliminación física y simbólica que permitiera desarticular las fuerzas integradas al movimiento; por descabezarlo; por encarcelar a los representantes del CNH; por asesinar personas, involucradas o simpatizantes, para dar muestra de castigo ejemplar y prevenir futuras protestas.

Por lo que he venido planteando, atribuyo al CNH una cualidad agonística en su desenvolvimiento político, puesto que durante los cuatro meses que duró el movimiento y que fungió como representante estudiantil y órgano de toma de decisiones, buscó los cauces institucionales para la negociación; y, enarboló en todo momento la demanda de diálogo público como la única vía para la solución del conflicto, aun cuando habían sido violentamente reprimidos en la Plaza de las Tres Culturas. La actitud de las autoridades

³⁴ Reitero que es en el siguiente capítulo donde profundizo con las nociones de agonismo y antagonismo. Aquí sólo las retomo brevemente

en cambio fue ambigua: por momentos parecía que había voluntad de dialogar, sobre todo al inicio del movimiento; mientras que en los últimos meses el diálogo parecía cada vez más una táctica de desgaste, tal vez debido a su posición al respecto: “Estas mismas personas han ejercido el derecho de plantear demandas públicas; pero también, casi desde el anonimato, han planeado y ejecutado actos francamente antisociales y posiblemente delictuosos” (Ramírez, 1969b: 298). Oscilaron entre la negociación y el enfrentamiento desigual y abierto, al grado de llevar a cabo la matanza del dos de octubre y justificarla a ultranza por todos los medios disponibles.

Al principio el CNH fue implícitamente reconocido como un interlocutor, pero posteriormente se le trató como un organismo con rango ciudadano que, como cualquier persona, debía canalizar sus demandas por los medios establecidos para ello: las sedes de las instituciones correspondientes. Por esa razón es que planteo en términos analíticos, que el demandante (legitimado por la comunidad y por los elementos articulados) del movimiento del 68 (es decir, el CNH) mantuvo un carácter agonístico permanentemente; mientras que el demandado tuvo una actitud ambigua oscilante entre el agonismo y el antagonismo que lo llevó a incurrir en la encarcelación de estudiantes, el asesinato de brigadistas, el enfrentamiento desigual, etc. En suma, la represión fue constante a lo largo de esos cuatro meses. Posteriormente veremos cómo la política de apertura democrática incorporará a esta posición demandante, convirtiéndola en la izquierda legítima y democrática.

Los estudiantes politécnicos en el movimiento: ¿fuera de los márgenes del Consejo?

La participación de los alumnos del IPN en el movimiento del 68 tuvo un sello particular que incluso es reconocido por los participantes de la UNAM. Los politécnicos venían de una experiencia de lucha respecto a la defensa de sus internados y eran considerados en ese momento uno de los principales beneficiarios del proyecto popular posrevolucionario cardenista. El Poli se llenó de jóvenes de escasos recursos que venían de provincia, buscaban acceder a estudios superiores, y mejorar su nivel de vida, razón por la cual el internado era indispensable para continuar estudiando. Sus movilizaciones contra el priísmo incrustado en la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) también formaron parte de las condiciones en las que se produjo una singular forma de movilización en 1968. Para Raúl Jardón

Un aspecto que prácticamente nadie ha querido rescatar en el análisis o en el relato sobre el 68, es la enorme voluntad de resistencia mostrada por los estudiantes al ejercer la violencia de masas para defender sus escuelas. Sobre esto, la mayoría de los autores ha guardado **pudoroso silencio**³⁵, tal vez motivado por el horror y el coraje ante la desproporcionada e injustificable magnitud de la represión gubernamental, pero la verdad es que los combates callejeros de los primeros días del movimiento, durante los ataques que sufrió la Vocacional 7 en la *Batalla del Casco de Santo Tomás*, y otros en los que no pocas veces los jóvenes vencieron a las superiores fuerzas policiacas (cosa no frecuente en la historia moderna de México) también forman parte no aislada, sino esencial, de la historia y la experiencia que dejó el movimiento estudiantil (Jardón, 1998:22)

A raíz de la entrada del ejército a ciudad universitaria el 18 de septiembre, se suscitaron constantes aprehensiones y encuentros violentos en varios puntos de la ciudad. El 21 del mismo, los politécnicos intentaron realizar un mitin en la Ciudadela y los granaderos se presentaron a disolverlo. Ya por la tarde los cuerpos policiales se desplegaron en las instalaciones de la Vocacional número 7 de Nonoalco Tlatelolco con lo que se propicia una trifulca de granaderos contra estudiantes, habitantes de la unidad, y alumnos de otras escuelas. Los granaderos pierden el encuentro.

Al llegar el sábado 21 de septiembre supimos que otra vez venían los granaderos. Nos preparamos desde la mañana para enfrentarlos. Considerábamos que la represión no tenía posibilidades si era a través del enfrentamiento. Ese sábado nos dedicamos a preparar un enfrentamiento con los granaderos, a provocarlos para que se acercaran. En la vocacional 7 confeccionamos bombas molotov y las fuimos subiendo a los techos de Tlatelolco (García Reyes, Jaime en Álvarez Garín y Guevara Niebla coord. 1998:84).

El 23 de septiembre se inició otro enfrentamiento entre jóvenes politécnicos y cuerpos policiales en distintos planteles: la vocacional número 7 ubicada en Tlatelolco; el Casco de Santo Tomás, y Zacatenco. Desde el inicio del movimiento se gestó la solidaridad entre los estudiantes de la vocacional 7 y los habitantes de dicha unidad, y zonas aledañas, razón por la cual, la defensa de las escuelas, principalmente en este punto de la ciudad, se llevó a cabo con la participación de los vecinos. Además:

De esas colonias salieron durante el movimiento jóvenes lumpen que también tenían mucho contra la policía y participaron en los comités de lucha con nosotros, trabajando, repartiendo volantes... ellos se

³⁵ El resaltado es mío.

fajaban con nosotros a la hora de los enfrentamientos (Hernández Zárate, Fernando, en Álvarez Garín y Guevara coord., 1998:87).

El propósito de provocar una gresca en esta escuela era distraer la atención de las agresiones en Zacatenco y hacer que los granaderos dirigieran la vista hacia el plantel de la vocacional 7, cuyos alumnos estaban preparados para la trifulca. Quemaron autobuses, patrullas, y un jeep de tránsito; interrumpieron el tráfico en San Juan de Letrán; y en paseo de la reforma rompieron varios semáforos. A las seis de la tarde llegaron los granaderos “y se inició una de las batallas más terribles que hayamos tenido contra ellos, y con un saldo positivo para nosotros” (García Reyes, Jaime en Álvarez Garín y Guevara coord., 1998:84). Los estudiantes se colocaron en los exteriores de la escuela y desde ahí recibieron a los granaderos, quienes no pudieron ingresar al plantel. Los niños y vecinos del lugar escarbaron para extraer piedras que usaron como proyectiles. Les echaban agua caliente, piedras, bombas molotov, mientras ellos intentaban ingresar a la escuela que para ese momento ya estaba vacía. El enfrentamiento se extendió hasta Peralvillo, Tepito y esos rumbos céntricos, en donde los pobladores simpatizantes del movimiento apoyaron a los politécnicos. Les arrojaron llantas encendidas a los granaderos. El edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SER) y un supermercado comenzaron a incendiarse. Los adolescentes de la prevocacional número 4 también ubicada en Tlatelolco y los de la secundaria 83 también se sumaron al enfrentamiento con una “agresividad pasmosa”. La gresca duró hasta la medianoche, hora en que los granaderos fueron “derrotados”. Al día siguiente los jóvenes mostraban las huellas de la refriega a los vecinos y curiosos que depositaban un donativo para la causa a cambio de recorrer el plantel. Dada la imposibilidad de los granaderos y la montada para sofocar la movilización, el ejército ocupó las instalaciones la madrugada del 24.

Ese mismo día “en la mañana los granaderos también son provocados en Zacatenco” (Vega, David en Álvarez Garín y Guevara coord., 1998:85). Dado el tamaño de la unidad del norte de la ciudad, pidieron refuerzos a los politécnicos de otros planteles. Los ferrocarrileros les habían enseñado a lanzar tuercas con hondas y lo aprovecharon en la defensa de la escuela. Quemaron un camión con algunos integrantes del cuerpo policial dentro, quienes corrieron para resguardarse ante el fuego. Pero el enfrentamiento no dura mucho porque éstos se retiran.

Para los politécnicos, las escuelas eran sus casas, de ahí la dimensión de su defensa.

Es muy diferente a la actitud del universitario, no por menospreciar... cuando sale el ejército nos volvemos a posesionar de los planteles para cuidar nuestras bancas, los laboratorios... en el Politécnico nunca hubo la idea de rendirnos. Frente a la fuerza, nunca se nos ocurrió decir "vamos a rendirnos", sino "vamos adelante, vamos adelante". Esto se mantuvo incluso después del 2 de octubre. (Vega, David en Álvarez Garín y Guevara, 1998:90)

El mismo día, 23 de septiembre, se inicia la refriega en el Casco

Cuando la resistencia del Casco de Santo Tomás, con los antecedentes de Zacatenco y Tlatelolco, nuestra actitud frente a los granaderos había cambiado mucho. En vez de sentirnos siempre reprimidos, avanzábamos, los enfrentábamos cada vez más. Si en Tlatelolco nos habíamos preparado para enfrentarlos, los habíamos provocado, cuando se da la defensa del Casco de Santo Tomás ya los estábamos esperando (García Reyes, Jaime, en Álvarez Garín y Guevara coord., 1998:88).

En el Casco, los estudiantes instalaron barricadas alrededor de la escuela con treinta camiones de servicio público, abrieron zanjas, derribaron postes. Cuando arribaron los granaderos para rodearlo, los politécnicos incendiaron los camiones y los recibieron con bombas molotov y bazucas. Nuevamente, ante la férrea defensa por parte de los estudiantes, el ejército se presentó para tomar las instalaciones

En la toma de cualquier plaza, alguien con un altavoz dice: "ríndanse", o cualquier cosa. Pero en Santo Tomás no hay intento de negociación; el ejército, las fuerzas paramilitares y la policía actúan para el desalojo. No permitieron una rendición. Se trataba de matar, destruir. La resistencia era de vida o muerte ¿cómo decir? "Bueno, ahí muere señores. Nos rendimos. Tomen la plaza". No se podía (Hernández Zárate, Fernando en Álvarez Garín y Guevara, 1998:90).

En el texto *Pensar el 68* (1998) es posible ver en las entrevistas realizadas a los politécnicos anteriormente citados, que muchos de los jóvenes estaban dispuestos a salir a las calles; a arriesgar la vida en las brigadas; a participar en los mítines en barrios y escuelas; pero que también un sector de ellos estuvo dispuesto a ejercer una especie de autodefensa violenta frente al autoritarismo gubernamental diazordacista. Hay quien

incluso asegura que las famosas “piedras” que supuestamente habían sido colocadas en los basureros de las calles del centro histórico “intencionalmente” para provocar el primer enfrentamiento entre estudiantes y granaderos, fueron en realidad conseguidas con fragmentos de coladera que ellos mismos destrozaban. Al respecto Jaime García Reyes nos dice “no recuerdo que hubiera piedras en los basureros. Nosotros hicimos las piedras con las alcantarillas” (1998:83).

La actitud frente al elemento “violencia” fue muy diferente entre alumnos politécnicos y alumnos universitarios. A decir de Héctor Barrena, representante de la Escuela Nacional de Arquitectura ante el CNH:

Los politécnicos eran más enérgicos en sus planteamientos; eran más radicales en cuanto ir a la raíz de las cosas y desenmascarar la farsa que eran las instituciones públicas, el gobierno, la presidencia. La UNAM era un poco más intelectual, un poco más romántica... ese intelectualismo que existía hacía que, desde mi punto de vista, se viera como la línea blanda a la Universidad y como la línea dura los del Politécnico, aunque esto no era del todo cierto (Jardón; 1998:261)

En este sentido, es necesario destacar la poca literatura analítica y testimonial que ha rescatado del “silencio pudoroso” los enfrentamientos protagonizados por los politécnicos en particular, y por los estudiantes involucrados en general. Aunado a los testimonios y al artículo de Rodríguez (2003) anteriormente citados, se encuentra también Sergio Zermeño, quien diez años después del movimiento publicó en su libro *México: una democracia utópica*, dos apartados dedicados a las acciones de los estudiantes del IPN titulados “La gran base radical joven. El discurso de la acción” e “Ideología de la gran base radical joven”, basado en los periódicos de circulación de la época, a partir de los cuales plantea que:

La ingenuidad tiene que ser aquí desechada: muchas personas, incluso después de pasado un buen tiempo, siguen manteniendo la idea de que los estudiantes estuvieron siempre completamente desarmados. Nosotros pensamos que, en realidad, frente al ejército, los estudiantes estaban obviamente desarmados, indefensos, y lo mismo se puede decir, aunque en forma más relativa, cuando se los compara con las fuerzas policiacas en el momento en que éstas aplican todo su potencial represivo. De ahí a pensar que en el curso de una movilización, máxime cuando la revuelta queda latente, no se crean mecanismos cada vez más evolucionados de ataque y defensa, hay un gran paso. Deducir de esto que tal tipo de señalamientos da pie a la justificación de las represiones brutales como la del 2 de

octubre, constituye un fetichismo democratoide (Zermeño, 1978:182-183)

Así, recuperar los acontecimientos invisibilizados bajo el peso del relato hegemónico del 68 referidos al ejercicio de la violencia por parte del estudiantado produce nuevas lecturas sobre los mismos hechos, regiones que antes habían estado oscurecidas y que apenas sólo unas cuantas voces han problematizado como parte de dicho legado.

Cuatro lecturas oficiales sobre las motivaciones del movimiento

Por otro lado, en ese contexto se produjeron y difundieron cuatro versiones oficiales sostenidas por funcionarios gubernamentales y adeptos al diazordacismo, sobre las supuestas causas del movimiento: como señalé en la introducción de este capítulo, la primera era que obedecía a una crisis educativa; la segunda, que obedecía a una pugna interna en el priísmo; la tercera, que era producto del imperialismo interventor; y la cuarta, que tenía como base al movimiento armado nacional. Es posible que en aras de refutar la cuarta versión diseminada por los medios de comunicación, los dirigentes y demás personas que han escrito sobre el 68 se empeñen en demostrar el carácter pacífico de su movimiento con el objetivo de visibilizar la irracionalidad de la violencia ejercida por el gobierno; al hacerlo, en dicha operación, se desmarcan de las acciones como las llevadas a cabo por los estudiantes politécnicos, en aras de presentar un cuadro unitario y pacífico del movimiento. La desmedida fuerza con que se trató a los estudiantes obedeció a una política autoritaria del priísmo, y frente a ésta el CNH ocultó/silenció/minimizó o restó importancia a un cierto tipo de manifestación que, a su juicio, no era procedente frente a un régimen del tipo señalado.

Es posible que el “pudoroso silencio” que se ha guardado en los escritos sobre el movimiento del 68 del que habla Jardón respecto a los acontecimientos en las escuelas del Politécnico y los enfrentamientos violentos con las fuerzas represivas del estado, responda a la necesidad de los participantes de presentar un cuadro de mera victimización en la que las razones del CNH se oponen a la intransigencia del gobierno federal; en la que la búsqueda del diálogo público contrasta con el ejercicio de la violencia gubernamental. Ciertamente es que el uso de la violencia por parte de las autoridades federales fue excesivo, pero cierto es también que hubo expresiones autodefensivas y de “provocación” en el movimiento que suelen ser minimizadas en aras de sostener la

versión del movimiento como pacífico, democrático y apegado a la constitución. Aunque la violencia desplegada por ambos bandos fue totalmente desigual, como hemos visto, en ocasiones resultó exitosa para el lado estudiantil

Es posible también que el presentar al movimiento como pacífico pretenda denostar una de las cuatro versiones que desde el gobierno federal se presentaron para justificar la represión, es decir, hacer ver a los estudiantes como intransigentes y virulentos para así justificar el uso de la fuerza pública. Sin embargo, al margen de la necesidad que los participantes tienen de presentar la represión como injustificable, lo que me interesa remarcar en este trabajo no es si fueron o no radicales o violentos, sino la forma como desde el sector hegemónico del movimiento del 68 se fue constituyendo un discurso pacifista de la izquierda, y cómo en ello, se empieza a definir una doble frontera de exclusión: la de la izquierda con la derecha, y la de la izquierda con la izquierda misma, es decir, la postura democrática con la izquierda revolucionaria.

En este apartado expondré las cuatro versiones que las autoridades gubernamentales y sus posiciones afines argumentaron para tratar de “desprestigiar” o entender al movimiento. Importancia especial tienen para este trabajo la primera y la cuarta: la primera porque constituyó la respuesta que se le daría en el sexenio posterior al movimiento estudiantil en general; la cuarta porque es el cimiento del discurso anti violencia que se extenderá hacia la década de los setenta y que repercutirá, entre otros factores, en la marcación de una doble frontera de exclusión. Así, la primera versión es que el conflicto obedece a un problema educativo; la segunda es que tiene sus raíces en divisiones internas al priísmo; la tercera, que obedece a un complot extranjero; y la cuarta es que detrás de él está el movimiento armado. Desarrollaré las cuatro en ese orden.

1.- El movimiento se debe a una crisis educativa

El primero de septiembre el presidente Díaz Ordaz expuso su posición respecto al conflicto estudiantil y apuntó que “el verdadero fondo del problema [es] la urgencia de una profunda reforma educacional. Problema no sólo de México: la crisis de la educación es mundial” (Ramírez, 1969a:284). Para atenderlo giró órdenes al Congreso de la Unión para actuar en consecuencia, replanteando la orientación y el contenido de la educación en aras de que los estudiantes sean cada vez “más revolucionarios mexicanos”. Se integró para ello una comisión especial que analizaría el “problema” de la juventud y la reforma educativa. La cámara no dudó en situar el conflicto estudiantil como problema de

educación y se propuso escuchar la opinión y experiencias de maestros, jóvenes e interesados en el tema con el fin de resolverlo. El 30 de septiembre, tan sólo dos días antes de la represión en la Plaza de las Tres Culturas, el secretario de educación pública, Agustín Yáñez, dio a conocer en una conferencia de prensa el plan para reestructurar integralmente la educación en todos sus niveles. Para los grupos de intelectuales y estudiantes movilizados, esta reforma no era una solución satisfactoria al conflicto. Esta política se vio reforzada durante todo el sexenio de Luis Echeverría Álvarez con una reforma educativa integral. Es en esta respuesta del gobierno federal donde se observa lo educativo como una estrategia pacificadora enunciada a manera de política federal con objetivos claros de interpelar a los jóvenes movilizados en aras de integrarlos al orden institucional; se les convoca a modificar su conducta ofreciéndoles el horizonte de plenitud democrático y la reconciliación con los representantes de un cierto orden.

2.- Divisiones internas en el priísmo.

En distintas ocasiones, algunos funcionarios declararon la posibilidad que detrás del movimiento existieran priístas resentidos adversos al grupo de Díaz Ordaz, que buscaban posicionarse favorablemente rumbo a la próxima contienda electoral. Uno de los nombres más mencionados era el de Roberto Madrazo, e incluso se trató de vincular a Elena Garro.

Tanto el CNH (el que se formó luego de que apresaron a la mayoría de los representantes el dos de octubre), como algunos miembros de la clase política hicieron eco a este señalamiento. Marcelino Perelló calificó al supuesto sector descontento como “lucha de facciones dentro del mismo gobierno”; mientras que el PPS enmarcó el problema dentro de las ambiciones de políticos desplazados y la conjura imperialista, aliadas.

Durante los interrogatorios a los presos del dos del octubre, las torturas iban encaminadas a buscar la “confesión” que involucrara a conocidos políticos priístas como financiadores e instigadores del movimiento, tal como nos dice Luis Tomás Cabeza de Vaca: “todo lo que querían estos cabrones era que involucráramos a gobiernos extranjeros y a funcionarios del equipo de Díaz Ordaz” (Garín y Guevara coord., 1998:195) evidentemente para hacer creíble la versión manejada por el gobierno respecto a un complot en su contra en el contexto de la sucesión presidencial.

3.- Complot de fuerzas extranjeras contra México y complot comunista

Desde un inicio, con la movilización y el enfrentamiento del 26 de julio en el centro histórico, el DDF y el gobierno federal culparon al PCM y a la Central Nacional de Estudiantes Democráticos CENED (brazo juvenil del PCM) de intentar desestabilizar a México. Quemaron su local y encarcelaron a varios de sus miembros bajo el pretexto de que la PGR aseguraba tener pruebas de la conjura comunista contra el país. De inmediato comenzaron a pronunciarse las fuerzas afines a Díaz Ordaz en aras de construir un discurso que intentara desprestigiar al movimiento. La FNET acusó desde el principio que los involucrados obedecían a los intereses del PCM. También lo hizo Alfonso Corona del Rosal, regente capitalino, al dirigir un célebre mensaje a los trabajadores de limpia de la ciudad, refiriéndose a supuestos “planes” para “agitar” que habían estallado antes de tiempo (entiéndase con ello, antes de las olimpiadas).

Para la Confederación de Trabajadores de México (CTM) las protestas eran encabezadas por “agitadores profesionales” que obedecían “consignas extrañas” y buscaban “minar la autoridad del gobierno de la república”, postura que sostuvo a lo largo de cuatro meses que duró la movilización. El ex presidente Emilio Portes Gil también consideró que el movimiento había sido provocado por “agitadores extranjeros”.

Con el paso de los días vieron la necesidad de ponerle nombre exacto al intervencionismo, y por ello la Asociación Nacional de Egresados de las Escuelas Superiores para Hijos de Trabajadores A.C. planteó abiertamente que la violencia había sido provocada por el espionaje internacional de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana (CIA) “con el propósito de facilitar la intervención armada del Imperialismo, como ha sucedido en Vietnam y Corea” (Ramírez, 1969a: 197). En ese momento el régimen se cobijaba todavía con el discurso heredado de la revolución mexicana, por lo que sus señalamientos contra el imperialismo eran casi interpretados como defensa de la soberanía. Álvarez Garín nos dice al respecto: “en el discurso político mexicano la represión en contra de los opositores se justificaba con la legitimidad y vigencia del proceso de la Revolución Mexicana” (1998:253).

Los diputados del Partido Popular Socialista (PPS) consideraron que en el movimiento había tanto intereses genuinos del estudiantado, como grupos externos que intentaban manipularlo. Hicieron eco a la versión de la conjura internacional y llamaron a las autoridades correspondientes a localizar a los que perseguían intereses contra México y dar a conocer sus nombres, sus verdaderos objetivos, y bajo la orden de quién estaban trabajando.

Contra la intervención de las llamadas “fuerzas extrañas” que debilitan la democracia e independencia del país, se pronunciaron también la Federación de trabajadores del DF; el Consejo Universitario (ya a mediados de noviembre); e incluso la prensa se sumó a la campaña al informar sobre el decomiso de propaganda “subversiva” proveniente de “Rusia, China Roja y la Cuba castrista” (Jardón, 1998:130)

Después de la masacre, ya para el 7 de octubre, el CNH se defiende acusando al gobierno de intentar desvirtuar el movimiento “haciéndolo parecer como instigado por los que algunos llaman elementos antinacionales y extranjeros que responden a intereses ajenos, o bien como instrumento de corrientes políticas desplazadas del gobierno por el actual presidente de la República” (Ramírez, 1969a:418); sin embargo, sabe que de fondo lo que buscan es justificar a ultranza los actos represivos que se suscitaron a lo largo de las movilizaciones, especialmente después del dos de octubre, Incluso con ese objetivo es publicado un manifiesto en el que los diputados del PRI y del PARM sentencian “Ante la subversión no procede la tolerancia sino la más firme energía”.

4.- Movimiento armado y violencia.

La cuarta versión manejada por las autoridades del gobierno federal tiene mayor relevancia para el objeto de investigación que pretendo construir, así como para la conformación de mi categoría intermedia *outsider* que se refiere a la posición de sujeto revolucionario en el contexto de la lucha armada de los años setenta. La idea nodal es que el discurso hegemónico de la izquierda participante del movimiento de 1968 tendió a reivindicar la vía pacífica y el imaginario democrático, al tiempo en que se desmarcó de las posiciones más “radicales”, la vía armada, y el imaginario revolucionario. Con ello, dicha izquierda delimitó una nueva frontera de exclusión interna a la relación con el gobierno de Díaz Ordaz, con lo cual se fue conformando otra izquierda, diferente a la primera, con trazas de ilegitimidad en el campo político reconocido.

Este análisis parte de un tratamiento especial con las fuentes seleccionadas como referente empírico, ya que tradicionalmente se ha ensalzado un cuadro romántico del movimiento del 68 intentando dejar de lado los aspectos que no encajan en la coherencia del mismo; es decir, ha hegemonizado la versión de que dicho movimiento fue meramente pacífico, democrático, que buscaba cambios constitucionales, y que la respuesta violenta del gobierno federal fue injustificada, lo cual convirtió automáticamente en víctimas a los

participantes del mismo. No busco en absoluto debatir esta imagen, lo que pretendo es analizar derivaciones alternas a la visión oficial sobre el 68; su dimensión ofensiva representada en las “batallas” de los politécnicos ante la toma de CU por el ejército; sus elementos de enfrentamiento callejero; la influencia que ejercerá para la posterior conformación del movimiento armado; en suma, los componentes violentos desaprobados por las autoridades gubernamentales y empeñadamente ocultados-silenciados por los protagonistas centrales, que son además, quienes han escrito la memoria de dichos acontecimientos. Otra forma de decirlo: intento desarrollar las condiciones de producción de la Liga Comunista 23 de Septiembre a partir de la desedimentación del relato hegemónico sobre el 68.

Con base en estas premisas, desarrollo la cuarta versión oficial respecto a la vinculación real o ficticia del CNH con los métodos violentos para, posteriormente, desarrollar de manera más amplia cómo se fue construyendo discursivamente la frontera interna entre la izquierda; la división entre racionales y violentos; la separación entre demandas democráticas y sueños revolucionarios.

Uno de los acontecimientos nacionales que antecede la huelga del CNH es el surgimiento de movimientos sociales y armados en distintas partes del país, tales como: el movimiento de las “gaviotas”³⁶ que inició el 11 de abril de 1956 en el IPN, cuyas demandas principales eran la creación de 300 plazas de casas hogar, 500 de hogares colectivos, y un vale anual por mil pesos para los alumnos con servicio asistencial; movimiento ferrocarrilero de 1958 por mejoras salariales y democracia sindical; el Movimiento Revolucionario Magisterial encabezado por Othón Salazar; la conformación de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos en 1963; así como el movimiento médico de 1964.

El 23 de septiembre de 1965, Arturo Gámiz comandó un pequeño grupo armado que tomó por asalto el cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua, y sentó el precedente para la posterior conformación del movimiento de la Liga Comunista 23 de septiembre en la década de 1970. Dos años después, en mayo de 1967, empieza a operar el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas en la montaña guerrerense, y sólo un año después de él, se conforma en abril de 1968 la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) en la misma entidad, grupo comandado por Genaro Vázquez, quien tomó las armas como forma de autodefensa de los cacicazgos y abusos en el medio rural.

³⁶ Se le llamaba así a los estudiantes que no contaban con beca y debían alimentarse de la comida que dejaban sus compañeros en el comedor para ellos.

En medio de esta efervescencia de lucha armada se desarrolló el movimiento urbano del 68, el cual fue construyéndose en el campo simbólico de acuerdo a dos posiciones de sujeto con relaciones antagónica-agonísticas: las autoridades federales por un lado, y los demandantes articulados en torno al punto nodal del pliego petitorio de seis puntos del CNH por el otro. Pero esta relación dio como resultado, o se constituyó como la condición de emergencia de otro sujeto político en pugna, lo que llamaré el *outsider*, es decir, la posición que emerge marginalmente de la relación antagónica-agonística anteriormente mencionada: el revolucionario de los años setenta.

Para poder construir la categoría intermedia *outsider* es necesario dar cuenta de sus condiciones discursivas de emergencia, es decir, la forma en que se fue conformando el sentido de lo excluido en la relación válida y legítima que se estableció durante la huelga y después de ella entre el CNH y el gobierno federal. A continuación expondré la manera como puede expresarse la construcción de la exclusión en este referente empírico específico.

Las autoridades y el CNH. Posiciones de sujeto que delimitan su propio campo

Durante los meses que duró la movilización, las autoridades federales, líderes sindicales, intelectuales, entre otros, justificaron en todo momento la necesidad del uso de la fuerza pública frente a la “subversión” de los estudiantes. Para Fidel Velázquez era conveniente incluso responder a la violencia con violencia en aras de mantener la integridad sindical y de los trabajadores a salvo de los discursos desestabilizadores y antipatrióticos de los jóvenes del movimiento (Ramírez a; 1969: 494; Jardón; 1998:123). Incluso aquellos que fueron señalados como instigadores de la movilización motivados por pugnas internas al príismo se deslindaron del movimiento, tal como lo hizo Carlos A. Madrazo al plantear que “he repudiado siempre la violencia como sistema y la fuerza como punto de apoyo de ningún plan social” (Ramírez a; 1969: 414); o Elena Garro cuando aseveró que este era un movimiento subversivo con el cual no concordaba.

En la misma dirección se orientaron las declaraciones del Partido Popular Socialista (PPS), señalando a los estudiantes como provocadores infiltrados que buscaban iniciar una revuelta y derrocar al gobierno nacido de la revolución apoyados por el imperialismo estadounidense. El regente capitalino Alfonso Corona del Rosal, insistió ante los trabajadores de limpia, que las movilizaciones suscitadas en la capital tenían como motivación agitar y destruir la calma de la ciudad.

Además de enfatizar el carácter violento de la movilización ciudadana con el objetivo de aplicar la fuerza para restaurar el orden, la otra intención es desdeñar la alternativa como una no-opción. Desde las primeras declaraciones de los funcionarios se observa a la violencia como un elemento de señalamiento, un componente inválido en el reconocimiento del interlocutor, o mejor dicho, una forma de invalidarlo como tal. Haciendo eco a esta posición, Martín Luis Guzmán calificó al movimiento de “enfocado hacia la guerrilla y el terror” (Álvarez Garín; 1998:130).

Con los hechos ocurridos el dos de octubre en la Plaza de las Tres Culturas las distintas posiciones de la autoridad acentuaron sus declaraciones contra el supuesto carácter violento del movimiento en aras de presentar como necesaria la intervención del ejército en el mitin. Para los senadores, el movimiento se encontraba infiltrado por “profesionales de la agitación, la provocación y el motín”, lo cual derivó precisamente en los enfrentamientos de Tlatelolco (Ramírez a; 1969: 398). Se hizo público además por parte del secretario de la Defensa Nacional que la intervención del ejército había sido necesaria para dispersar a grupos de estudiantes antagónicos que habían iniciado un tiroteo, e incluso se aseguró que la policía se había visto obligada a defenderse (Ramírez a; 1969: 398). Para los diputados, no había otra salida para apaciguar la “subversión”, y el ex presidente Lázaro Cárdenas advirtió que los jóvenes debían excluir los métodos violentos (Ramírez a; 1969: 402, 411). Las declaraciones más aventuradas siempre provinieron de la CTM, al calificar a los estudiantes como sujetos que buscaban hacer de México un país “tipo Cuba” y llamando a combatir la violencia con violencia en caso de que se intente vulnerar el sindicalismo (Ramírez a; 1969: 416). Para justificarse a nivel internacional, el gobierno mexicano apeló a la versión de la defensa de la soberanía, la paz y la estabilidad en tiempos de proyección internacional como era el contexto de los juegos olímpicos: se aseguró que el ejército solamente intervino cuando se abrió fuego en su contra

En los noticiarios de medianoche y en los periódicos del día siguiente se dijo que el Ejército se había presentado con el propósito de “disolver el mitin” y que, al acercarse los soldados, habían sido “recibidos a balazos” por francotiradores apostados en los edificios. Según esta versión, presentada por primera vez en una entrevista de prensa que concedió la misma noche del 2 de octubre el secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán, los estudiantes habían agredido al Ejército y así se había provocado que se entablara un *combate* (Álvarez Garín; 1998:89)

Por su lado, los voceros del CNH se empeñaron en desmentir las acusaciones que les imputaron a lo largo de los meses que duró el movimiento, e intentaron mostrar un cuadro pacífico y democrático del mismo frente a los señalamientos de las autoridades federales sobre su supuesto carácter violento. Constantemente apuntaron el aspecto constitucional de sus demandas condensado en el pliego petitorio de seis puntos. Se cobijaron además bajo el argumento de que sus peticiones habían logrado convencer a amplios sectores poblacionales, lo cual indicaba la justeza de su movimiento. En términos analíticos podemos decir que el horizonte de plenitud sostenido por el discurso del Consejo corresponde a un imaginario democrático, es decir, a *democracia* como un significante disponible en el reservorio de palabras que implican una meta política; un significante históricamente sedimentado y útil para retomarse en situaciones críticas dislocatorias a ser resarcidas, altamente convocante, y con fuerza interpelatoria.

Las declaraciones posteriores al dos de octubre por parte del CNH se hicieron más contundentes en cuanto al rechazo a la violencia como medio para expresar la inconformidad, sobre todo como respuesta a las acusaciones oficiales que pretendían justificar la intervención del ejército y la matanza bajo el pretexto de una amenaza armada en Tlatelolco. Al respecto, los presos políticos de Lecumberri fueron enfáticos: el dos de octubre no hubo resistencia ni disparos por parte de los asistentes. Los nuevos miembros que conformaron el CNH luego de la aprehensión de los personajes más visibles, declararon en el mismo sentido que “los estudiantes no provocaron, ni prepararon o realizaron los sangrientos sucesos del 2 de octubre” (Ramírez a; 1969: 409) responsabilizando de la agresión a los hombres de guante blanco conocidos como Batallón Olimpia.

El deslinde de la violencia ocurrida ante las constantes acusaciones provenientes de distintos actores de la vida nacional, orillaron a los presos y al Consejo a reforzar su versión pacifista. En su declaración, Gilberto Guevara Niebla afirmó que el CNH “nunca se propuso hacer una revolución y menos aconsejó el uso de armas de fuego; y que la violencia siempre surgió cuando se presentaron las fuerzas armadas” (Ramírez a; 1969: 420). En un desplegado, los presos afirmaron “ninguno de nosotros ha recibido consignas del Consejo Nacional de Huelga para hacer uso de la violencia, y este organismo, a nuestro entender, sólo ha utilizado formas pacíficas y legales de lucha” (Ramírez a; 1969: 432), además de que se deslindan de posibles personas que actuaran contrariamente.

Por su parte, el CNH afirmó que “en tanto que persigue fines democráticos no puede hacer uso de la violencia ni hacer llamados a ella... Los seis puntos de nuestro

pliego inicial de peticiones, son un primer paso para alcanzar la democratización del país. Luchamos pacíficamente y así lo seguiremos haciendo” (Ramírez a; 1969: 428 y 453).

El deslinde de la violencia como medio por parte de los participantes del movimiento fue acompañado de la constante reiteración de los auténticos responsables de la misma, señalando que lo que hubo en Tlatelolco no fue un enfrentamiento sino una masacre. Años más tarde, se llegó incluso a declarar cifras irreales respecto al número de muertos y heridos, situación que orilló a Luis González de Alba, uno de los miembros más representativos del Consejo y autor de *Los días y los años* (1971), a llevar a cabo una fuerte crítica a las pretensiones mistificantes de las voces más representativas del CNH en torno a los acontecimientos del dos de octubre. Doy por sentado que cada parte tiene su versión y que la reproduce y nutre cada vez que surge nueva “evidencia”³⁷; lo que sí quiero señalar al respecto es que hay una disputa en el campo simbólico en torno a lo ocurrido a lo largo de los cinco meses que duró la movilización y especialmente en torno a lo acontecido el dos de octubre en la Plaza de las Tres Culturas; que la versión que hegemonizó y se ha sedimentado como la más cierta es la de los ex miembros del primer CNH; y que ello tiene consecuencias a la hora de delimitar el futuro carácter de la izquierda en México, sobre todo cuando emerge con mayor fuerza el discurso de la vía armada urbana.

Una de las voces más destacadas del Consejo, Raúl Álvarez Garín, ha venido reiterando con el paso de los años que las personas que aseguraron que se manejaban armas al interior del movimiento y que incluso se formaron “columnas de seguridad” que protegían a los contingentes, no eran más que infiltrados o personas a las que dichas declaraciones les fueron arrancadas bajo tortura (véase Álvarez; 1998: 112-113). De manera similar, Gilberto Guevara Niebla ha venido deslindando al Consejo de actitudes “doctrinarias” de izquierdas radicales. Las declaraciones inmediatas y mediatas al dos de octubre por parte de ambos bandos consistieron en reiterar la responsabilidad del grupo contrario en los hechos violentos de aquel día al tiempo en que se deslindan de ellos (como es el caso del CNH) o los justificaban (como es el caso de las autoridades). A partir del dos de octubre, el elemento “violencia” se convirtió así en un punto nodal que condensó los aspectos moralmente negativos de la acción política entre el Consejo y el

³⁷ Dado que el punto central en este trabajo es analizar cómo se fue constituyendo discursivamente la doble frontera entre las izquierdas, no es mi intención mostrar la verdad o falsedad, o la correspondencia entre los hechos y las declaraciones de cada una de las posiciones de sujeto involucradas en la construcción del discurso en torno al 68.

gobierno mexicano; representó el no-medio para el fin; algo de lo que era necesario deslindarse, sobre todo, desde el discurso de la izquierda victimizada.

Para llevar a cabo este deslinde por parte de la visión hegemónica del CNH, no sólo se ha reiterado el uso de la violencia como un medio ilegítimo o un no-medio político, sino que se ha señalado a quienes hicieron uso de ella o de un discurso dispuesto a emplearla, como un arrebató político irracional y no compartido por la gran mayoría involucrada en el movimiento. La violencia se convierte así en un tema nodal en la relación entre las autoridades gubernamentales y el CNH, sobre todo, a raíz de los hechos del dos de octubre: los primeros señalando al movimiento como provocador, subversivo, orientado hacia el terror, desestabilizador de la paz posrevolucionaria; los segundos señalando el origen de la violencia en las fuerzas policíacas o en infiltrados, deslindándose de todo posible acto violento que pudiera dar pie a la justificación de la versión del gobierno, prensa y adeptos, así como al uso represivo de los dispositivos estatales. Al respecto Guevara Niebla nos dice que

Los motivos por los que los grupos doctrinarios se opusieron a la negociación se cifraban en su creencia de que la Revolución estaba a la vuelta de la esquina. Como los franceses, pensaban que los estudiantes podían ser el detonador de una revolución social. Se hablaba de un momento prerrevolucionario. A diferencia de ellos, nosotros creíamos que la utilidad del movimiento consistiría en el logro de espacios democráticos. Ellos acudían a las clases obreras; nosotros, a las medias. Nosotros pedíamos la movilización hacia los lugares sacralizados por el sistema; ellos abogaban por la dispersión, proponiendo agitar barrios obreros. Convirtieron la negociación en un discurso, en tanto que nosotros aspirábamos a la negociación parcial pues el pliego petitorio se limitaba a eso. Insistíamos en que no hubiera retórica, y apelábamos al pasado nacional, apoyándonos en Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata. Los otros cuates querían que usáramos la retórica marxista (Álvarez Garín coord, 1998:62)

En aras de presentar un cuadro unitario y al CNH como el representante reconocido por todos los involucrados en la huelga, las divisiones políticas dentro del movimiento fueron ocultadas y, cuando se reconocían, denostadas; sobre todo aquellas que tenían que ver con un modo distinto de actuar al que se reconocía como idóneo por el consejo. Por ejemplo, la división entre brigadas y CNH:

Los dirigentes de la coordinadora de brigadas de Ciudad Universitaria pertenecían a algunas corrientes doctrinarias radicales y pretendieron contraponer el trabajo de las brigadas a la dirección del CNH... La

ocupación de CU el 18 de septiembre y la carencia de medios propios de articulación de los grupos radicalizados dificultó hasta desaparecer la pretensión de que la “coordinadora de brigadas” se constituyera en dirección alternativa del Movimiento (Álvarez Garín; 1998:57)

Sin embargo el autor remata de forma inmediata planteando que “Posteriormente en algunos documentos de balance y análisis se ha insistido en esa contraposición, ficticia en su mayor parte, entre ‘brigadistas’ y dirección del CNH”. Este tímido reconocimiento de una disidencia dentro del consejo o, al menos, entre los “dirigentes” de la coordinadora de brigadas y el CNH nos permite entender la importancia del exterior constitutivo y la dimensión potencialmente antagónica de las diferencias en lo político, cuestión que evita el cierre total de la significación en el campo. En términos analíticos podemos decir que las diferencias no se eliminan en la relación articuladora que hegemoniza el CNH, sino que se mantienen latentes, disponibles como significantes flotantes en aras de ingresar en la cadena o irrumpir para conformar una alterna; o, simplemente, para conservar la especificidad de su propia distinción.

Esta operación ubicada en la voz hegemónica del CNH y expresada mediante algunos de sus representantes más visibles, a veces oculta, minimiza o desacredita las visiones que no son compatibles con el cuadro que han construido en torno al 68.

La ofensiva y defensiva de los estudiantes politécnicos en la protección de sus planteles: las escuelas como fuertes y baluartes

En el apartado “Los Politécnicos en el movimiento: ¿fuera de los márgenes del Consejo?” de este mismo capítulo expuse la manera en que los alumnos del Poli y vecinos de las colonias aledañas intentaron defender los planteles escolares de la ocupación policíaco-militar. En esta parte desarrollaré cómo fueron argumentadas estas acciones (o este tipo de acciones) por el CNH en aras de mantener un cuadro pacifista del movimiento. Ello me permitirá continuar construyendo mi objeto de estudio: la delimitación de una doble frontera de exclusión en torno a la construcción hegemónica en el contexto del movimiento del 68; es decir, la manera en que el discurso de la izquierda aceptable va delimitando tempranamente un contorno discursivo para la acción contestataria, margen fuera del cual queda la imposibilidad, la no-vía, la izquierda ilegítima con todo y sus proyectos de educación y toma de conciencia alternos a la reforma integral.

Como mencionó Raúl Jardón páginas atrás, la historia de las batallas en el politécnico son hechos que “prácticamente nadie ha querido rescatar en el análisis o en el relato sobre el 68” y asegura que la mayoría de los autores ha guardado “pudoroso silencio” al respecto. Aunque esta afirmación corresponde a un texto del año 1998 y existe ahora más bibliografía que retoma esta parte del movimiento, me interesa destacar cómo es que por años se fortaleció sólo un relato del 68, aquél que influyó durante toda la década siguiente (los setentas) en la delimitación de la izquierda válida.

En el mismo sentido se ubican las afirmaciones de Hugo Hiriart cuando nos dice respecto a la toma de la UNAM y del Politécnico por parte de la policía y ejército que “La primera, que fue enteramente incruenta, tranquila y sin incidentes, está documentada a la perfección y se cuentan de ella mil anécdotas; de la otra, que fue una batalla casi homérica en extremo dramática y esforzada, casi no se sabe nada” (Álvarez Garín coord.; 1998:77). A su parecer la explicación tiene un componente clasista: lo que le ocurría a la clase media era noticia, mientras lo que le pasaba al proletariado y a la clase media baja se olvidaba, se escondía, era invisible. Desde mi perspectiva, tal y como lo he venido señalando, ese ocultamiento puede entenderse como una operación política de la izquierda agonística, de aquella que se ha asumido como la representante válida de los intereses de las distintas posiciones articuladas que delimita una frontera de exclusión con respecto a otros discursos de izquierda distintos al suyo, razón por la cual la actuación violenta de los politécnicos, vecinos y pandillas que repelieron a los granaderos, se aminora en relación al discurso hegemónico pacifista.

Inmediatamente después de los enfrentamientos de septiembre en el Politécnico, los voceros del CNH y los oradores en los mítines se dedicaron a deslindar al movimiento de posesión de armas y de participar en actos terroristas. Para Álvarez Garín, dado que el movimiento era esencialmente democrático y pacifista, nunca pudo comprobarse la existencia de propaganda que incitara a la violencia; sin embargo, reconoce que ante la presencia cercana y represiva de la policía en los actos convocados por el Consejo, muchas veces se derivaba en confrontaciones. A mi parecer hay dos clases de violencia ejercida por parte del estudiantado durante el movimiento del 68: la primera es la que se justifica bajo la consigna “una manifestación sin policía es una manifestación pacífica”, lema recurrente en las movilizaciones estudiantiles y que denota un carácter defensivo espontáneo frente a la represión sistemática del Estado; es decir, una versión victimizada. La segunda clase de violencia ejercida es aquella que premeditadamente se planea cuando se tienen experiencias previas de

represión, esto es, posee un carácter más ofensivo, a veces “provocador” como así lo expresaron testimonios anteriormente citados. Así, aunque para Garín nunca hayan existido llamados escritos o hablados al uso de la violencia, finalmente podemos identificar tanto el componente espontáneo, como el componente premeditado en las “batallas” politécnicas.

Los enfrentamientos en el Poli han sido ocultados, minimizados o descalificados en aras de defender la versión pacifista-victimista del movimiento. Por ejemplo, para Guevara Niebla

Durante la toma del Casco de Santo Tomás hubo policías de los dos bandos. Es algo difícil de comprobar. Pero *Toto* Torrecillas, Zárate y otros estaban ligados al PRI... el Gobierno consiguió su objetivo político en la toma del Casco de Santo Tomás: matar estudiantes. Había que suscitar enfrentamientos entre el ejército y estudiantes armados (Álvarez Garín coord; 1998:66)

No sólo se dice que hubo infiltración en las movilizaciones, sino que se insinúa que la presencia de armas fue, precisamente, a causa de dicha infiltración. El autor, uno de los que más ha escrito sobre el 68 y es reconocido como una de las voces autorizadas al respecto por la historiografía contemporánea, insiste en que la violencia existente fue generada por la policía misma, no por el estudiantado.

Posteriormente a los hechos de septiembre en las escuelas politécnicas, el CNH afirma en un desplegado que la represión está orillando a la gente a defenderse de la violencia policiaca y que lo ocurrido en Santo Tomás fue un “legítimo acto de defensa del IPN” (véase Ramírez; 1969:374 y 381), es decir, que si acaso hubiese ejercicio de métodos violentos, estos son exclusivamente defensivos, siempre enmarcados dentro de un contexto de represión gubernamental. Sin embargo, como vimos anteriormente, las versiones de los politécnicos en torno a los mismos acontecimientos, distan de esta versión victimista y nos presentan un cuadro más volitivo.

Con los hechos del dos de octubre, el deslinde de la violencia se hizo aún más enfático, sobre todo porque las declaraciones oficiales en la prensa no dejaban de subrayar este aspecto con la intención de justificar la intervención del ejército en Tlatelolco. Como ya se expuso anteriormente, senadores, diputados, miembros del PPS, el líder de la CTM, la prensa oficialista, algunos intelectuales, Lázaro Cárdenas, y las autoridades de Defensa, policíacas y gubernamentales en general, se obstinaron en

declarar que la violencia siempre provino del lado del movimiento, y que la respuesta militar había sido necesaria.

Frente a estas acusaciones, Álvarez Garín reconoce tímidamente que por seguridad propia, y a título meramente personal, algunos miembros del movimiento asistían armados a las movilizaciones posteriores al dos de octubre, pero que dicha medida no fue acuerdo del consejo ni se le reconoció como medio de solución al conflicto (1998: 100, 130).

El discurso pacifista, anti armas, no violento de los participantes en el movimiento y los representantes del estudiantado

En este breve apartado enfatizaré las versiones de los integrantes del movimiento con respecto a la posesión de armas, su uso, o la inutilidad y deslinde respecto de la vía armada, señalamientos coherentes con la construcción del carácter pacifista de la huelga de 1968.

Para Luis Jorge Peña, representante de la Escuela Superior de Economía ante el Consejo, los participantes del mismo se portaron “casi como Gandhi... realmente nosotros no teníamos el más mínimo interés en pertrecharnos de armamento, ni creíamos que de esa manera pudiéramos hacer algún cambio en el país” (Jardón; 1998:191). Para este integrante, el señalamiento de las autoridades respecto a la supuesta posesión de armas en el movimiento fue “una farsa” ya que ni se respondió de forma armada, ni se consiguieron armas de ningún tipo. Señala además que

Se pueden recorrer todos los desplegados, los volantes, todo lo que nosotros escribimos en esa época y ver que nosotros nunca hablamos de enfrentamiento armado, el único que quizá alguna vez dijo alguna estupidez de ese tipo fue un inconsciente, a lo mejor pagado por la propia represión, pero nosotros, los dirigentes reales, conscientes y serios del movimiento, nunca hablamos de esas cosas (Jardón; 1998: 193)

Su testimonio resulta por demás adecuado para la construcción de mi objeto de estudio. Respaldándose en la producción escrita del CNH, Peña nos demuestra que en ningún momento se hizo llamado alguno al uso de la violencia. Sólo los representantes estaban autorizados a decidir qué acciones debían llevarse a cabo y su orientación. Fuera de ello no había legitimidad, y a quien intentara arrebatarse dicha representatividad proponiendo un rumbo alternativo de acción, se le señala de “inconsciente”, “pagado”, es

decir, infiltrado por fuerzas externas para desestabilizar el movimiento y llevarlo hacia una dirección indeseable. La voz autorizada para marcar frontera con respecto al gobierno federal es la del CNH; al margen de éste no hay nada más, no hay otra posibilidad, no existe otra izquierda porque en realidad son infiltraciones; y si algún participante intentara mostrar que existen otras vías, entonces es sólo un inconsciente.

Así, la doble frontera de exclusión en la relación hegemónica dentro del contexto del movimiento del 68 la delimita el propio CNH: somos anti gobierno; y somos anti otras vías. La voz representativa y legítima de los intereses estudiantiles y populares es la nuestra. Lo que está fuera de la relación agonística válida, es mera inconsciencia. La razón está en el Consejo. En este mismo sentido se orienta el testimonio de Gerardo Estrada, representante de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM ante el CNH

Los líderes sabían hasta dónde se podía llegar o no, tenían experiencia, y los jóvenes de la Facultad de Medicina o de Comercio y Administración o del Politécnico, que en su vida habían hecho política, eran extremistas... los extremistas no estaban dentro del liderazgo, sin que esto implique que no hubiera dos o tres provocadores (Jardón; 1998: 226)

Por su parte, Rufino Perdomo, delegado de la Facultad de Filosofía y Letras, coincide con los señalamientos que ubican el uso de métodos violentos en la infiltración policíaca, y afirma que eran éstos quienes destruían autobuses y llevaban a cabo actos vandálicos; los estudiantes sólo caían en provocaciones montadas por aquéllos (Jardón; 1998: 235). Sin embargo, ello no coincide con los testimonios de los politécnicos anteriormente citados en este mismo capítulo, quienes han reivindicado el carácter defensivo y en ocasiones incluso ofensivo de sus acciones.

Según Enrique Ávila Carrillo, representante de la Escuela Normal Superior, los estudiantes que pugnaban por una radicalización del movimiento (fuera por crear una nueva Constitución; fuera por la toma del poder) eran minorías sin capacidad para rebasar la lucha por las libertades democráticas (Jardón; 1998: 269). En términos de APD, existieron, pero su posición no interpeló a las diferencias que se encontraban disponibles.

En general, a los críticos internos del movimiento se les ha denominado infiltrados, miembros de “sectas radicales”, inconscientes, minorías. No es tarea de esta investigación indagar si “x” personaje pertenecía realmente o no a la policía; o si había infiltración en los actos más “violentos” realizados en el contexto de la movilización; lo

que me interesa destacar es cómo el discurso hegemónico anti-violencia del CNH – como organismo de poder de la izquierda- ejerció efectivamente un rol delimitador de lo que contaba como válido y lo que no a la hora de manifestarse políticamente. Esta operación va marcando en el campo simbólico de la izquierda nacional la manera “correcta” y la manera “incorrecta” de manifestarse (moralización y racionalización de la política) desde una posición de poder desnivelada. Y sobre todo, hay que tomar en cuenta, que a pesar de la descalificación por el desacuerdo en los métodos, sí existieron posiciones distintas al interior del movimiento, y no sólo se trata de sujetos que hayan actuado de manera automática ante la menor provocación de la “infiltración”.

Los cargos contra los estudiantes participantes del movimiento

He venido exponiendo la forma como el significante “violencia” condensó, en el contexto del movimiento del 68, los aspectos más negativos de las relaciones entre el CNH y las autoridades gubernamentales. “Violencia” se convirtió en el nombre negativo, moralmente hablando, de una forma de actuar, modo del cual era preciso deslindarse para presentarse como la opción más legítima posible. Las declaraciones de ambos bandos en torno a los hechos acontecidos en la Vocacional 7, el Casco de Santo Tomás, y la unidad profesional Zacatenco, así como los referidos a la masacre del dos de octubre, orientaron a cada uno de ellos a deslindarse constantemente del uso de la violencia en cualquiera de sus expresiones, operación con la que, al mismo tiempo, señalaron la responsabilidad del adversario.

Una de las maneras en que las autoridades federales señalaron a los participantes en el movimiento como ejecutores y/o responsables de la violencia, fue de manera legal mediante los cargos que les imputaron: invitación a la rebelión; asociación delictuosa; sedición; daño en propiedad ajena; ataques a las vías generales de comunicación; robo; despojo; acopio de armas; homicidio; homicidio tumultuario; lesiones contra agentes de la autoridad; destrucción de vehículos de transporte público; lesiones; pandillerismo; disparos de armas de fuego contra agentes de la autoridad; resistencia de particulares, todos ellos delitos graves y fuertemente castigados (Ramírez; 1969: 430). A los presos políticos se les interrogó sobre la existencia de armamento, francotiradores, columnas de seguridad en las movilizaciones, y enlaces con la guerrilla de Genaro Vázquez.

Al margen de que los cargos se atribuyeran justa o injustamente, lo que destaco aquí es el señalamiento de los responsables de la violencia por parte de las autoridades realizada en una situación desnivelada de poder en la cual, en aras de la legalidad y del Estado de derecho, se delimitan los modos aceptables de la relación política entre los dos polos. El demandante no está autorizado a utilizar la violencia bajo ninguna circunstancia; mientras que el demandado es el poseedor legítimo de ésta y la ejerce incluso militarmente si considera que se encuentra en peligro el orden y la estabilidad. Si el demandante llega a hacer uso de métodos violentos inmediatamente su actuar es tachado de ilegítimo, razón por la cual, el CNH, tenaz promotor del diálogo y la democratización de la vida política, se desmarca también de esta orientación, operación en la cual queda señalada una forma de actuar de la izquierda no representada por el CNH como irracional, voluntariosa, e incluso, policíaca.

Cierre capitular, nuevas aperturas

En este capítulo he venido presentando el contexto político en que se fueron configurando una de las condiciones de emergencia del movimiento armado de la década de los setenta; la producción de sentido del CNH como una izquierda democrática y constitucional, y su deslinde respecto a otras formas de organización posibles y existentes (significantes flotantes) de la época. Este deslinde va configurando una doble frontera al interior de la relación CNH–autoridades gubernamentales, que se expresa en el descarte, descalificación, y ocultamiento de las acciones no autorizadas o mal vistas por el Consejo, es decir, aquellas que utilizan la violencia en alguna medida como método de movilización y visibilización de sus demandas.

En términos analíticos, lo que planteé en este capítulo constituye las condiciones de producción de la figura del *outsider*, sujeto que, dentro del entramado conceptual del APD, corresponde al exterior constitutivo, amenazante, productivo, que pone en riesgo la relación agonística entre el CNH y el gobierno de Díaz Ordaz; que busca la toma del poder y no negocia con las autoridades federales. *Outsider* es la categoría intermedia que me permite caracterizar a la posición de sujeto involucrada en la guerrilla urbana heredera del movimiento del 68.

Algunas cadenas equivalencias que se forman a partir de lo abordado pueden expresarse de la siguiente manera:

Gobierno federal= fuerzas armadas= granaderos contra, del lado del CNH: democráticos= experimentados= racionales= representantes legítimos= pacíficos= que buscan el respeto a la constitución= izquierda legal, pacífica, y agonística. El gobierno también estableció frontera frente a los sujetos dispuestos a ejercer la autodefensa, contruidos simbólicamente por la postura democrática como: radicales= doctrinarios= infiltrados= inconscientes = pagados = con tendencia antagónica. Aquí empieza a marcarse ya la frontera interna de exclusión con ese segmento que a la postre resultará en posición armada.

En el siguiente capítulo abordaré cómo los ideólogos de la Liga Comunista 23 de septiembre retoman la huelga del 68 como un momento preparatorio para la conformación de la guerrilla urbana mexicana, al tiempo que los representantes del CNH descalifican esa vía como derivación hacia el terrorismo por causa del desencanto del movimiento estudiantil. Ello me permitirá continuar con la construcción de mi categoría intermedia outsider y con ello dar cuenta, posteriormente, de las miras educativas de esta posición de sujeto y su ubicación con respecto al discurso educativo hegemónico de Luis Echeverría Álvarez.

Lo educativo en este capítulo se va construyendo a partir de la empiricidad de las posiciones subjetivas de los primeros participantes activistas en el movimiento: estudiantes; de los espacios: el Casco de Santo Tomás, de las instituciones la Vocacional, la UNAM, el Poli, las Normales y otros establecimientos escolares. Ello da una contigüidad óptica que no correspondía con los puntos del pliego petitorio, sin embargo son materialidad suficiente para que el gobierno diazordacista (los medios de comunicación y población en general) estipulara como una de las cuatro tesis, la de que el movimiento era estudiantil, que obedecía a una crisis educativa y por ende, sería resuelto con una reforma educativa. Es decir, se va construyendo lo educativo como causa del conflicto y como espacio donde éste se resolverá mediante una política pública.

CAPÍTULO IV La disputa por la significación del movimiento de 1968: conformación de la posición de sujeto *outsider*

Introducción

He venido construyendo las condiciones de producción del discurso anti armas, no violento, de la izquierda democrática representada por el CNH, así como la manera en que la izquierda señalada como “radical” fue siendo construida como una no opción, o una opción inválida a la hora de ejercer política. En este capítulo lo que presento es la pugna por hegemonizar la significación del movimiento de 1968 entre la postura agonística y la postura antagónica, es decir, entre la posición democrática y la lectura revolucionaria. Para ello he venido señalando las divisiones internas en el Consejo, y cómo desde la versión hegemónica democrática puede leerse el señalamiento de una frontera de exclusión hacia otra forma de ejercer la oposición al discurso priista oficial, es decir, hacia la postura calificada como revolucionaria.

El movimiento de 1968 ha sido objeto de disputas discursivas que dependen de la posición política que las enarbole. Las distintas versiones van desde la conformación de antologías de notas periodísticas como es el texto de Ramón Ramírez (1969); las versiones testimoniales como la de Luis González de Alba en *Los días y los años*; el análisis sociológico como el de Sergio Zermeño *México: una democracia utópica*; el del periodista José Cabrera Parra quien publicó *Díaz Ordaz y el 68* en el que “procura defender a Díaz Ordaz y exhibe, de modo involuntario, las debilidades de su temperamento” (Guevara; 2008:44); o versiones como *El Mándrigo*, un texto que pretendió desacreditar a los participantes del movimiento. Junto con éste, algunos autores presentaron una versión crítica hacia el CNH: Luis Spota, Roberto Blanco Moheno, Luis Andraka. En la opinión de Guevara (2008), quien es uno de los más destacados representantes de la vertiente democrática, el análisis de Sergio Aguayo Quezada en su texto *Archivos de la violencia*

Disfraza la mentira con un aparente rigor académico: presenta los resultados de una investigación que emprende un análisis del 68 mexicano *con base en documentos policiacos* (!) de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) y la Dirección de Investigaciones Sociales y Políticas (DISP). Es una obra engañosa y deshonesta pues concede veracidad a la documentación policiaca y apoyada en esa bazofia se

dedica a distorsionar el 68, a presentarlo no como lo que significa –un episodio democrático- sino como una expresión violenta y subversiva (Guevara; 2008:45)

La cita anterior permite observar la pugna que se ha generado en torno a la significación del movimiento del 68, la cual no se reduce a dos posiciones, la democrática y la revolucionaria, sino que pueden analizarse otros discursos disputantes, por ejemplo, la postura democrática vs el gobierno federal, la policía, o los intelectuales del priísmo. Aquí lo que me interesa destacar es esta especie de expropiación del sentido de la huelga del 68 por parte de los dirigentes y participantes del Consejo, en el cual pareciera que por el hecho de haber estado presentes se le agrega a sus testimonios un sentido de objetividad, con lo cual todas las otras lecturas son “engañosas, deshonestas, bazofia, distorsiones”.

Baste esta breve demostración para aclarar que pueden leerse múltiples y sobredeterminados sentidos sobre un mismo acontecimiento, y que en esta investigación lo que me interesa evidenciar es la pugna entre “democráticos” y “revolucionarios” por hegemonizar el significado del 68 para la vida social y política en México. Es por ello que doy cuenta de la manera como se fue conformando cada uno de esos discursos, empezando por sus condiciones de emergencia, su diseminación, y analizando por qué una de ellas tuvo más impacto y difusión que la otra.

Una vez aclarado esto, presento el contenido de este cuarto capítulo. Inicio exponiendo el temprano marcaje de fronteras que llevaron a cabo los miembros del Consejo respecto a la postura “radical” o “infiltrada” dentro del movimiento. Ello me permitirá mostrar la manera en que fue concibiéndose la doble frontera de exclusión en la relación izquierda-gobierno federal, la cual, a mi parecer, es en buena medida remarcada por la postura democrática.

Posteriormente presento cómo después del 68 se observan más nítidamente las diferencias discursivas entre posiciones, y cómo durante los años ulteriores el movimiento estudiantil fue bifurcándose en dos opciones antagónicas entre sí: la democrática institucional reconocida por el Estado (agonística); y la revolucionaria (antagónica outsider), excluida tanto por el oficialismo priísta, como por el discurso de la izquierda pacifista estudiantil y no estudiantil. Expongo la pugna por el sentido del movimiento del 68 para la conformación de la izquierda mexicana: por un lado la lectura democrática que reivindica para sí el mérito de la apertura democrática; por el otro la caracterización del 68 como una huelga política que desemboca en la insurrección armada proletaria. Sólo

una de ellas hegemoniza el campo y se sedimenta como discurso diseminable, ello, como resultado de la relación doble de exclusión. Cuando esto ocurre, el discurso de educación política de la Liga Comunista 23 de septiembre quedará olvidado en las páginas del periódico Madera, frente a la gigantesca reforma educativa planteada por Luis Echeverría Álvarez.

En el último apartado hago el engarce referente empírico-referente conceptual, utilizando la distinción entre agonismo y antagonismo para caracterizar y comprender por qué un relato de la izquierda se sedimentó en el imaginario político, y cómo fue que el otro se difuminó entre el clandestinaje y el ocultamiento.

Marcaje de fronteras. Divisiones al interior del Consejo Nacional de Huelga

Suele caracterizarse al movimiento del 68 como una especie de parteaguas en el ejercicio de la política mexicana, en buena medida, por la respuesta de “apertura democrática” que el régimen priísta tuvo que asumir como consecuencia de la represión que había venido manteniendo contra los movimientos sociales. En este trabajo, dicho movimiento representa la posibilidad de delimitación de una doble frontera de exclusión en donde las opciones de izquierda se bifurcan entre la democracia y la revolución. Sin embargo, hay que remarcarlo, dicho proceso no inicia con este acontecimiento. Menciono brevemente algunos de los hechos que bien pueden considerar como condiciones de producción de esta misma bifurcación entre las opciones de la izquierda mexicana.

Previo al 68, había diversas corrientes estudiantiles, dos de ellas fuertemente delimitadas: la democrática, representada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED); y la socialista, que marcaba su distancia frente al Partido Comunista de México (PCM). Al remontar un poco más, encontramos un entrecruce interesante

El 23 de septiembre (*de 1965*³⁸), un grupo de jóvenes encabezados por un dirigente estudiantil de la huelga de 1956 del IPN, Arturo Gámiz, y un ex dirigente de la Federación de Estudiantes Campesinos y Socialistas de México, Pablo Gómez, asaltaron el cuartel militar de Madera, Chihuahua, y fueron derrotados, muriendo ambos en la acción... El asalto al cuartel se realizó simbólicamente el 23 de septiembre, puesto que en ese mismo día, ocho años atrás, el ejército había ocupado el internado del IPN (Guevara Niebla; 1988:30)

³⁸ Añadido mío.

Los “orígenes” de la Liga Comunista 23 de Septiembre se remontan no sólo a la fallida toma del Cuartel de Madera en 1965, sino también a la lucha que dieron los estudiantes politécnicos contra la toma del internado, institución a la que perteneció una de las figuras emblemáticas en el discurso político de la Liga: Arturo Gámiz.

Refiriéndome más específicamente al movimiento del 68, dentro de sus filas participó el estudiante Roberto Gallangos Cruz, consignado por los hechos del 26 y 27 de julio, es decir, cuando apenas iniciaban las acciones que darían forma posterior al CNH. Gallangos es una figura emblemática del movimiento armado urbano debido no sólo al hecho de ser uno de los desaparecidos del periodo, sino también por su historial de activismo político posterior al 68, así como al hecho de pertenecer a una familia entera dedicada a la vida clandestina armada (Ramírez; 1969: 158).

Es visible entonces, por lo que mencioné en el capítulo anterior y por lo recién citado, que previo al 68 existían ya diversas tendencias políticas de izquierda en México, e incluso, de opciones armadas³⁹: “en los años de 1967 y 1968 se mantenían grupos armados como los de Óscar González Eguarte y Pablo Alvarado en Chihuahua y Guerrero” (Álvarez Garín; 1998:143).

Me propongo ahora analizar específicamente cómo se fue construyendo de manera discursiva la frontera entre la izquierda democrática y la izquierda revolucionaria desde el CNH, para lo cual vuelvo sobre la textura producida dentro del movimiento del 68.

Si bien, en las declaraciones y documentos “oficiales” del Consejo se proyecta un cuadro unitario y consensual en torno a dicho órgano de representación, las lecturas posteriores fueron delimitando cada vez más un panorama distinto en cuanto a las relaciones internas al movimiento. Con el paso del tiempo, los líderes fueron reconociendo las divisiones, e incluso condensando en ellas la posibilidad de la represión. Así, durante los meses que duró el movimiento, el cuadro discursivo armónico se sostuvo, con el fin de representar un movimiento unificado. A lo largo de las tres décadas posteriores comenzaron a diseminarse las lecturas que señalaban el divisionismo como causa de la derrota.

Este proceso es parte del marcaje de fronteras: al principio, como lo expuse en el capítulo anterior, un reconocimiento tímido de divisionismo interno; después, la descalificación constante de las manifestaciones “radicales” durante los meses que duró la huelga; la justificación de los elementos que ejercían acciones de autodefensa o para

³⁹ Véase apartado Movimiento armado y violencia del capítulo tres.

repeler a la policía y ejército que intentaban ocupar sus escuelas; la acentuación constante del carácter pacífico y democrático de las posiciones del Consejo; la señalización de elementos “infiltrados” o estudiantes “inocentes y manipulados” que actuaban de manera “irracional” y llevados por sus emociones ante la represión. Posteriormente, el marcaje se acentuó de forma tal que, analíticamente hablando, se construyó un nuevo enemigo; la izquierda del CNH se fragmentó señalando con ello a uno de los enemigos de la década de los setenta: el guerrillero urbano. Daré cuenta de este proceso

Los extremistas habían descubierto virtudes prodigiosas en las *brigadas*, que eran pequeños grupos de jóvenes que actuaban de forma autónoma... Los izquierdistas definieron a la brigada como el *método principal* de lucha –cualquier otro, creían, poseía un valor inferior. Esta sacralización de las brigadas se explica por la creciente subestimación que la izquierda hacía de la fuerza propia del movimiento estudiantil (que era juzgado despectivamente como un “movimiento pequeño burgués”) y la correspondiente sobreestimación de las fuerzas obreras y populares (Guevara Niebla; 2004:150)

Mientras más meses transcurrían, dentro del movimiento fueron ganando espacio las posiciones “radicales” o los “delegados revolucionarios”; acrecentando su influencia por la “persuasión que ejercían los líderes sobre los miembros más jóvenes e inexpertos del Consejo (2004:203). Las discusiones se tornaron “voluntaristas”, carentes de “debate racional” y plagadas de consignas que apelaban al “deber” y al “compromiso” lo cual iba en detrimento de un análisis “objetivo” de la coyuntura (2004:203, 246). De igual manera, la corriente “ultraizquierdista” fue señalada como un grupo que pretendía boicotear las oportunidades de diálogo con las autoridades federales porque “significaba el fin de la lucha de clases que tanto les seducía”; es decir, la resolución del conflicto significaba la desmovilización (2004:207). Así

Un movimiento social que se había iniciado como un movimiento *democrático* en cuanto a sus objetivos políticos y en cuanto a sus formas de organización interna se fue metamorfoseando en algo distinto: al final, el movimiento estudiantil –por amplia que haya sido la participación de las masas- terminó convirtiéndose en un movimiento que se planteaba, *en lo inmediato*, la insurrección y terminó excluyendo de su seno a aquellos sectores que no compartían ese objetivo (Guevara Niebla; 1988:181)

El divisionismo dentro del Consejo se debió, a decir de esta posición, a las posturas inflexibles de los radicales, y, a la infiltración policial. La primera, porque

consideraba que “la revolución estaba a la vuelta de la esquina”, y al hacerlo, dilataba el diálogo, proponía trabajo de brigadas para “agitar barrios obreros”, y pugnaba porque el movimiento se ampliara a otros grupos sociales; la segunda, buscaba fomentar el divisionismo interno para debilitar al órgano representativo. Si bien ambas buscaban objetivos distintos, para el autor, los dos grupos trabajaron, en última instancia, para el mismo fin. Este reduccionismo de leer dos posiciones diferentes –e incluso antagónicas– como una unidad en los objetivos en contra de la postura autodenominada “democrática”, oculta las especificidades de cada una de las posiciones en juego, y finalmente refuerza la versión de que ambas perseguían lo mismo, lo cual posibilita establecer equivalencias discursivas y fronterizas entre “provocadores y radicales”. Esto se aprecia claramente en la siguiente cita

Tras la ocupación de Ciudad Universitaria, las escaramuzas y choques entre estudiantes y policías se multiplicaron, pero en ellos tuvieron un papel destacado los provocadores infiltrados entre las filas estudiantiles, al punto de que el agredido se convirtió en agresor: no era ya la policía la que ejercía su acción en contra de las brigadas, sino los estudiantes quienes aparentemente se lanzaban en contra de la policía. La primera acción ocurrió el 20 de septiembre, dos días después de la toma de Ciudad Universitaria, cuando cerca de trescientos estudiantes incendiaron un camión de granaderos en Zacatenco, lo que dio origen a un zafarrancho de casi dos horas (Guevara; 2004: 292)

Las acciones politécnicas que he venido comentando desde el capítulo anterior, si bien fueron reivindicadas por el estudiantado de dicha institución incluso treinta años después de su realización, fueron sostenidas por la versión democrática como acciones instigadas por agentes provocadores, o por personas radicalizadas que buscaban desviar los cauces del movimiento; o bien, una combinación de ambas, es decir, que los infiltrados se aprovecharon de la inocencia política de los jóvenes para alentarlos a cometer actos violentos al defender sus escuelas de una posible ocupación militar. Cualquiera que sea la versión a defender por parte del sector más visible del Consejo, dicha lectura, analíticamente hablando, refuerza la construcción de la frontera de exclusión donde la posición más “radicalizada” es equiparada con la infiltración policial, y por lo mismo señalada como inválida e inviable. La infiltración policial gubernamental y la provocación radical voluntarista fueron discursivamente conformadas como equivalentes en aras de

mantener un cuadro congruente del movimiento por parte de los representantes del Consejo (Guevara; 2004:292-297)⁴⁰.

Más adelante plantearé la forma como la izquierda revolucionaria delimitó también una frontera con respecto a la izquierda democrática, y cómo dicha operación puede analizarse bajo los conceptos de antagonismo y agonismo, lo cual da a cada una de las posiciones un lugar específico en el entramado discursivo de la izquierda mexicana. Por lo pronto, es necesario mencionar que, para la vertiente democrática, las prácticas autoritarias de la izquierda universitaria existente previa, durante y posteriormente al movimiento, fueron las mismas que conformaron el discurso del movimiento armado que en esta investigación interesa: “Esta tendencia autofágica, de canibalismo de la izquierda, fue una herencia funesta recogida años más tarde por los grupos armados como la Liga 23 de Septiembre, que invirtió la mayor parte de sus energías en combatir con ferocidad a la izquierda democrática” (Guevara; 2004:149)

La construcción discursiva de una “radicalización” del movimiento estudiantil, fue significada como la causa de la represión sufrida el dos de octubre: “Los estudiantes cometimos errores en 1968 y, en efecto, Tlatelolco pudo ser evitado. Quienes forzaron ese desenlace fueron las autoridades, los provocadores al servicio del ejército y la Dirección Federal de Seguridad y, de nuestro lado, la izquierda radical” (Guevara; 2008:60). Dado que no cuenta con pruebas y es difícil el acceso a las mismas, en una “deducción” forzada, este autor plantea que en una de las trifulcas polítécnicas entre estudiantes y policía, el teniente Rodríguez Villarreal “abasteció con armas a los provocadores (y junto con ellos también a extremistas ingenuos) cuya labor consistía en promover la agitación, aislar, y desprestigiar al movimiento (2008:122). De esta manera, los provocadores infiltrados, y los estudiantes radicalizados quedan colocados a la par, trabajando por un objetivo único

Junto con los radicales se alinearon agentes encubiertos, policías y militares infiltrados en el seno del CNH con el fin de socavar al movimiento, desprestigiarlo, dividirlo, exhibirlo como un foco ilegal, agresivo, comunista y, sobre todo, llevarlo a desbordar los marcos de la legalidad, debilitarlo ante la opinión pública y crear las condiciones para liquidarlo (Guevara; 2008:76)

O bien

⁴⁰ Cabe aquí mencionar, que una de las hipótesis del autor es que en buena medida el movimiento fue provocado como medida represiva preventiva, y como un medio de Luis Echeverría Álvarez para erigirse como el candidato presidencial en las siguientes elecciones al presentarse como el único capaz de resolver el conflicto.

Existió una convergencia objetiva de intereses entre la policía y los grupos radicales que se afanaban por llevar la protesta más allá de los marcos de la legalidad y el pacifismo (Guevara; 2004:193)

La izquierda se desdobra en el post 68

Una vez que presenté la manera como fue significada la otra izquierda (outsider) dentro del CNH, analizaré ahora la forma como continuó conformándose el discurso de la doble frontera durante los años inmediatamente posteriores a dicho movimiento, y con ello, la remarcación definitiva entre una izquierda agonística y una antagonista.

Después de la represión del dos de octubre, la valoración sobre los hechos acontecidos y sobre las perspectivas de futuro para el movimiento estudiantil, tomaron dos direcciones opuestas: una lectura se encaminó hacia el desencanto y la crítica del proceso vivido, culpando a las fracciones “radicalizadas” del desenlace del conflicto; otra que subsumió el proceso de la huelga a una movilización de carácter político, necesaria para entender el proceso revolucionario en curso. La primera versión fue ensalzada por los líderes del CNH, mientras la segunda, por los representantes del ideario de la Liga Comunista 23 de septiembre. A decir de la primera postura

La derrota contribuyó, finalmente, a la “radicalización” del movimiento estudiantil, radicalización que se expresó a través del activismo, el abandono del programa democrático que levantaron las masas en 1968, la puesta en práctica de una estrategia ofensiva de choque (cuando las condiciones habían devenido desfavorables), el abandono definitivo que hicieron las vanguardias estudiantiles de la posición propiamente “estudiantil” y la adopción de un discurso político (Guevara; 1988:51)

Más adelante analizaré la segunda posición, es decir, la del discurso revolucionario. Por lo pronto, baste esta cita para dar comienzo a la presentación de la manera en que se desarrolló la postura democrática, siempre en aras de excluir a la postura “radical” ya que, recordemos, toda identidad es relacional y se funda en la exclusión de lo que no se es.

Durante los años de 1969 y 1970, el activismo estudiantil se enfocó en la libertad de los presos políticos; algunos abandonaron las aulas para convertirse en trabajadores asalariados e incorporarse en la lucha sindical; aparecieron nuevos periódicos

estudiantiles en las universidades; y esas actividades se desarrollaron en un clima adverso para la movilización en dichos centros de estudio. El “vanguardismo” ganó lugar en el discurso, con lo cual, a decir de Guevara se dejó de prestar atención a las demandas de las masas y cada quien se concentró en sus propias posiciones políticas. Apunta además que

En realidad esta tendencia sectaria –que informaba del atraso político de una parte importante de la izquierda estudiantil- se había registrado desde las jornadas del 68 y puede decirse que el movimiento de masas se había desarrollado *a pesar de ella*, de sus tácticas divisionistas y doctrinarias... Entre 1969 y 1971 adquirió creciente concreción entre los estudiantes una política no democrática, sino “revolucionaria” (Guevara; 1988:60-61)

A decir de la posición autodenominada democrática, la represión gubernamental trajo consigo el desencanto de las vías institucionales entre el estudiantado, y fue ganando terreno la postura revolucionaria; los grupos estudiantiles que hacían suya la bandera de la negación hacia la negociación; y con ello, el desprecio por los cauces oficiales: No era viable demandar al Estado, pues éste había respondido con la liquidación física. Lo que procedía era la eliminación del Estado burgués, y el ascenso de un Estado socialista. Los democráticos señalan que, con base en estos principios, se convirtieron en el blanco de ataque de los revolucionarios, dada su disposición de actuar por dentro de las instituciones: “una buena parte de las energías de los grupos radicalizados se dirigieron contra los estudiantes demócratas a quienes se consideraba quintacolumnas del enemigo” (Guevara; 1988: 69)

La actividad política al interior de los planteles universitarios persistió durante la década de los setenta, representada en grupos de distintas tendencias. A fines de 1970 comenzaron a quedar libres algunos presos del 68, y para marzo de 1971, cuando ya era presidente Luis Echeverría Álvarez, se les ofreció la libertad, a cambio de salir del país. Se exiliaron en Chile, y regresaron a México el 3 de junio, justo una semana antes de la masacre del jueves de corpus. La movilización del 10 de junio de 1971 tenía como fin apoyar al estudiantado de la Universidad de Nuevo León en la cuestión de las modificaciones a la Ley Orgánica, pero la marcha concluyó con un nuevo episodio represivo en la capital del país. Como consecuencia de ésta, el gobierno dio pie al planteamiento de la llamada “Apertura Democrática”.

Una parte del estudiantado consideró estos hechos represivos “como la evidencia de que las vías democráticas de lucha estaban cerradas y que no había más camino que

la confrontación armada con el gobierno, y entonces proliferaron las organizaciones guerrilleras” (Álvarez; 1998:213). Así, a decir de Álvarez Garín, uno de los representantes más visibles del 68

El 10 de junio en términos políticos se pierde por mucho tiempo la posibilidad, que el Movimiento del 68 abrió, de un frente antigubernamental consistente; y en cambio se abre todo el abanico de alternativas desde el ultraizquierdismo extremo hasta la adhesión pública de Heberto Castillo al planteamiento de apertura democrática de Echeverría que no tenía ningún fundamento, y también la práctica de los grupos colaboracionistas que se van adaptando a las iniciativas de cooptación del echeverrismo (Álvarez; 1998:214-215)

La manifestación del diez de junio (conocida como “el halconazo”, o el jueves de corpus) es la represión que inaugura la década de los setenta y el sexenio de Luis Echeverría Álvarez. Condensa, al igual que el movimiento del 68 pero con mayor fuerza y definitividad que éste, la bifurcación en las opciones de una parte de la izquierda mexicana. La represión del diez de junio representó para muchos, la anulación de la lucha política y democrática; la imposibilidad del diálogo; y la necesidad de llevar a cabo otro tipo de acciones; en suma, la radicalización y el divisionismo en el movimiento: “este razonamiento estuvo en el origen del movimiento guerrillero urbano (de base estudiantil), que se inició, precisamente, a partir del 10 de junio de 1971 y que contribuiría decisivamente a debilitar las formas políticas del movimiento estudiantil” (Guevara; 1988:69)

Posterior al 68 se desarrollaron, a decir de Álvarez Garín (1998:198-205) cuatro tipos distintos de actividad política: los movimientos armados (la guerrilla es una continuación del movimiento del 68 ya que en buena medida sus integrantes provenían de la movilización estudiantil); los proyectos de lucha sindical; los partidos políticos formales (por ejemplo, desde fines de 1971 con la creación del Comité Nacional de Auscultación promovido por Heberto Castillo; del Partido Socialista de los Trabajadores; del Partido Revolucionario de los Trabajadores, opciones todas que concluyeron en un proceso de legalización; o como el PC, que participó en las elecciones de 1976 apoyando la candidatura independiente de Valentín Campa); y los frentes populares (esta fue la opción de algunos de los ex participantes del 68, quienes apostaban por la movilización de las masas que mantenían condiciones de vida adversas). Aunaré una expresión más que me parece importante, dado que se constituyó como el medio de expresión del antiguo liderazgo del CNH: la revista *Punto Crítico*, que surgió a mediados de 1971 en la

cual “se dio prioridad a la elaboración de planteamientos y al análisis político... estábamos convencidos de que era posible desarrollar una política que no cayera en el ultraizquierdismo... Habíamos logrado desarrollar una opinión política coherente respecto al movimiento armado, a las diversas políticas del régimen” (Álvarez; 1998: 224-225). La idea central era no reducirse a una sola forma de lucha o a un solo espacio, sino agrupar a la gente y grupos que no estuvieran comprometidos ni con la lucha armada, ni con políticas “oportunistas” y de derecha; es decir, Punto crítico pugó por el análisis político contextual; por la organización de masas y sindical; como alternativa al movimiento armado; y se conformó en gran medida con los ex presos del 68, cuando regresaron al país a mediados de 1971 de su exilio forzado en Chile.

Una de estas formas de hacer política posterior al 68 señalada por Garín, es precisamente el movimiento armado, cuya representación nacional se condensó en la Liga Comunista 23 de Septiembre. Respecto a esta opción, Guevara opina: “a raíz de la masacre del jueves de corpus, comenzaron a aflorar en México formas de terrorismo urbano (guerrilla) protagonizadas por estudiantes o personas vinculadas de alguna manera al movimiento estudiantil” (1988: 79). Una parte del movimiento estudiantil devino en movimiento armado y, desde la óptica autodenominada democrática, por ende, devino en franca “descomposición”; en la pérdida del ideario democrático y en la imposibilidad de su desarrollo; en la aceptación de la idea de que las vías estaban cerradas; dio pie a “una impetuosa vertiente irracional, anti-institucional, marcada por el encono” (Guevara; 2008:128); tendió a hacerse política fuera de los marcos tradicionales; todo lo “oficial” resultaba despreciable: “tras la masacre del 10 de junio, el gobierno de Luis Echeverría lanzó su ‘apertura democrática’ y los estudiantes, indignados, respondieron con la divisa: ‘¡No queremos apertura, queremos revolución!’... las pasiones desbordadas... avasallaron cualquier noción de política racional” (Guevara; 2008:129).

El discurso de la posición democrática utilizó con frecuencia diversos adjetivos para calificar a la posición revolucionaria, es decir, para denominar a las posiciones “radicalizadas” dentro del movimiento de julio-diciembre; y posteriormente para calificar al movimiento armado: en principio habla de una “descomposición” del movimiento democrático del 68; rebasado por la “irracionalidad” y el “voluntarismo”; formado por “grupúsculos” que no representaban a nadie y buscaban llevar a cabo acciones “provocadoras”; de “sectarización vanguardista”; en suma, “infiltrados”, que buscaban desestabilizar al movimiento democráticos, o bien, “extremistas” y “ultraizquierdistas”

inocentes o malintencionados que con sus ideales revolucionarios dividían al movimiento del CNH (Guevara; 2004: 26, 31, 32).

La guerrilla es caracterizada por los democráticos como “terrorista”; los grupos armados como una forma de “lumpenización” del movimiento estudiantil; su posición de izquierda como “doctrinaria”; e incluso calificados de “pandilla delirante”; se dice además que los grupos armados se dedicaron a perseguir a los maestros y estudiantes de posiciones “democráticas”. En última instancia, la vía armada es significada como la causa del extravío de la izquierda de las décadas venideras en donde se perdió la “opción socialista”. La siguiente frase condensa la postura democrática y marca frontera definitiva con el movimiento armado: “Sin duda, lo más irracional, es la lucha armada” (Guevara; 1988:79, 80, 82, 83; y 2008:21, 36. Álvarez y Guevara 1988: 33, 151, 152, 154).

La posición “radical” fue señalada primero, como promotora del divisionismo dentro del CNH; después, como desviación de los principios fundamentales del 68; más adelante, como parte de un proceso de descomposición consecuencia de la represión gubernamental, y, posteriormente, como origen de un movimiento armado ilegítimo. Si respecto al 68 se sostuvo que la infiltración y la ultraizquierda se confundían como una sola, o incluso se sospechaba que eran efectivamente una sola postura; posteriormente, después del “halconazo” de 1971 se mantuvo la “hipótesis” de que el movimiento armado era financiado o promovido por el gobierno en turno en detrimento de la posición democrática: “La guerrilla debilitó las posturas democráticas dentro y fuera del espacio estudiantil (¿acaso este hecho no sugiere que en buena parte fue manipulado por las agencias policíacas gubernamentales?)” (Guevara; 2008:26). La pregunta, formulada como una inferencia, se basa en un cuadro posicional construido a lo largo del movimiento, y que la postura democrática pretende sedimentar. Ello resulta nuevamente en una reducción de la diversidad de diferencias políticas disponibles; es decir, resulta en una contradicción dentro del mismo discurso democrático que postula la existencia de las distintas posiciones. Sin embargo, este proceso es necesario, pues una vez que los “democráticos” se instituyen como el adversario reconocido y legal, marcan una frontera que delimita cuál es el nuevo enemigo, en este caso, el movimiento armado. Así, la lectura de la izquierda democrática señala un nuevo enemigo dentro de la misma izquierda, la cual, por lo que se desprende de la cita anterior, puede estar “promovida por fuerzas gubernamentales”: “Pero las secuelas mayores del movimiento estudiantil aportaron cambios en profundidad a la cultura política... del seno de esa oposición brotaron el terrorismo y la guerrilla urbana que ensombrecieron a México entre los años 1971 y 1976”

(Guevara; 2008:127). El nuevo enemigo es, en buena medida, remarcado y señalado por el discurso de la izquierda democrática⁴¹.

Además de que la posición democrática señala el proceso por el cual se conformó un discurso de izquierda violenta, intenta presentar los postulados de dicha postura para evidenciar precisamente, la irracionalidad de su discurso, por lo cual destaca algunos puntos que, desde su opinión, conforman el entramado significativo de la guerrilla pos 68:

Entre 1969 y 1971 adquirió creciente concreción entre los estudiantes una política no democrática, sino “revolucionaria” entre cuyos postulados podrían señalarse los siguientes... b) el objetivo del movimiento no debe ser lograr *reformas*, que no son sino paliativos al sistema, el objetivo debe ser el cambio del sistema... d) la tarea de la dirección estudiantil no es reunir a todos los estudiantes sino sólo a los estudiantes “revolucionarios”... g) la preocupación por la organización estudiantil es sustituida por la preocupación por la organización revolucionaria... i) objetivo central del movimiento es luchar contra los estudiantes no revolucionarios (“reformistas” o “demócratas”), que actúan como quintacolumnas del enemigo en el seno del estudiantado... k) los medios de lucha no son necesariamente pacíficos: es legítimo enfrentar la violencia reaccionaria con la violencia revolucionaria” (Guevara; 1988:61-62)

Los puntos mencionados no necesariamente son extraídos de los documentos reivindicados por el movimiento armado, o al menos el autor no da cuenta del texto del cual son recuperados ya que no se observa cita alguna en su libro; sin embargo, desde su posición política “democrática”, intenta presentar un cuadro puntuado de los principios que, a su parecer, regían el proceder de la postura revolucionaria. Desde esta lectura se plantea que el movimiento estudiantil dejó de ser democrático para convertirse en revolucionario por lo cual, uno de los objetivos consistía en una especie de depuración de los cuadros en donde quedarán excluidos los miembros “reformistas” o afines a la concertación, ya que éstos actuaban como la posición gubernamental dentro del movimiento estudiantil, y por tanto, más que trabajar con ellos se les debía dejar de lado. Igualmente, como he venido exponiendo, hay una implícita demarcación del uso de la violencia, y del reconocimiento de ésta en las cuestiones políticas, no sólo ocultándola de los acontecimientos del 68, sino también excluyéndola como un medio.

La postura democrática marca frontera con la posición revolucionaria no sólo dentro del movimiento estudiantil que duró de julio a diciembre, sino también con las

⁴¹ Aunque también por el gobierno federal e intelectuales de diverso signo. En este trabajo se remarca a los demócratas.

consecuencias de éste en cuanto a formación de grupos y tendencias posteriores al CNH, de forma tal que la delimitación abarca hasta la conformación de grupos guerrilleros. A veces, esta operación discursiva de construcción de frontera tiene que ver con el señalamiento de la otra posición como ilegítima e irracional; pero otra forma de marcar esta línea es a partir de la victimización: “De 1968 a 1975 se perseguía a los demócratas en las universidades. Quienes pedían elecciones eran satanizados; la guerrilla perseguía a los demócratas, y eso hay que decirlo, no sólo el gobierno. Mataron a muchos líderes estudiantiles, maestros, etcétera.” (Guevara y Álvarez; 1998:152)⁴².

El movimiento estudiantil no sólo se radicalizó en las instituciones de educación superior ubicadas en el Distrito Federal (DF), sino que dicho proceso se presentó también en distintas entidades de la República, por ejemplo en Sinaloa con el grupo llamado “los enfermos”, y en Guadalajara con el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Ambos formaron parte de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Sobre el primero plantea Guevara

Los estudiantes radicales de Sinaloa llegaron con sus acciones a extremos que escapan a todo referente ético y racional. Iniciaron su evolución declarando la guerra de las fuerzas estudiantiles democráticas y hostilizándolas a través, primero, de ataques verbales virulentos y, más tarde, de agresiones físicas de toda índole que incluyeron, a la postre, el asesinato (Guevara; 1988: 82-83).

Como mencioné en el párrafo anterior, la delimitación fronteriza puede ser marcada no sólo desde lo que no se es, o marcando a la posición con la cual se antagoniza, sino también a partir de la señalización de ser el blanco de un ataque discursivo, esto es, lingüístico y extralingüístico. Respecto a la frontera que se señala a partir de lo que no se es, la postura democrática afirma que

Los enfermos realizaron entre 1972 y 1974 acciones extrauniversitarias cuyo sentido fue apoyar determinadas luchas populares a través de actos vandálicos y motinescos como ataques a comercios y edificios públicos. En todos estos casos la acción de los enfermos aspiraba a generar el enfrentamiento físico bajo el supuesto absurdo de que de un momento a otro estallaría una insurrección popular... no fue sino a partir de enero de 1974, después de una intentona insurreccional abortada que las autoridades se decidieron a combatir en forma sistemática a esta horda fanática y lumpenesca cuya historia fue para Sinaloa y los universitarios sinaloenses, una noche de oscurantismo y barbarie” (Guevara; 1988:84-85).

⁴² Es recurrente la ausencia de citas, fuentes y referencias en los textos de Guevara y de Garín, lo cual hace parecer menos rigurosos sus planteamientos e infundadas sus acusaciones, muchas de las cuales se presentan a manera de sospechas o inferencias.

El uso de adjetivos en esta cita ayuda a la postura democrática a delimitar su espacio con respecto a la lectura revolucionaria: a ésta la constituyen sujetos que llevan a cabo actos vandálicos y motinescos (es decir, está conformada por vándalos); actúan como una horda fanática lumpenesca, es decir, como un grupo primitivo irracional y empobrecido, sin educación ni conciencia de clase; y sumieron a la entidad en oscurantismo y barbarie, es decir, en acciones regresivas para la razón y el progreso. La postura revolucionaria así representada, resulta más bien regresiva.

El segundo grupo, el FER de Guadalajara, se aglutinó en torno a la denuncia de los actos de una organización porril dentro de la universidad llamada Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). Para la postura democrática “La lucha del FER tomó una forma violenta y derivó en recurrentes enfrentamientos armados que contribuyeron a crear en la capital de Jalisco un clima de terror sin precedente. Finalmente, el FER derivó francamente hacia la lucha guerrillera y abandonó del todo el terreno específicamente político” (Guevara; 1988:85). Derivar hacia la lucha armada, no significa hacer política según el discurso democrático pos 68, significa más bien entrar en descomposición, en acciones terroristas, como lo atestiguan los fragmentos previamente referidos en este mismo capítulo.

He venido presentando cómo poco a poco se fue conformando el discurso anti guerrilla de la postura democrática desde el movimiento del 68, y el contexto del post 68; ahora me referiré a la concepción que del movimiento armado se conformó en dicho entramado, y específicamente respecto al grupo que me interesa en esta investigación. La frontera discursiva marcada por la izquierda democrática, delinea su contorno excluyente respecto a la lucha armada de diversas formas, sea directamente señalándola como la no-opción, o bien por la vía de la victimización: “Muera el pacifismo demócrata, proclamó la Liga Comunista 23 de Septiembre, cuyas primeras expresiones públicas (se fundó en enero de 1973) fueron ataques furiosos contra los partidarios de la izquierda que sostenían posiciones democráticas (a quienes llamaba ‘serviles lacayos de la burguesía’)” (Guevara; 2008:26).

La Liga, caracterizada como un grupo “terrorista” que no hace política fue la encargada de “liquidar” al movimiento estudiantil. Esta tendencia hacia la radicalización puede observarse también, según la postura democrática, en el encuentro estudiantil que fue celebrado en 1972 del cual se desprendió el lema “No queremos apertura, queremos revolución”, el cual constituyó parte del discurso post 68 y post 71, es decir, una respuesta

violenta a la represión gubernamental del gobierno de Díaz Ordaz y de Luis Echeverría: “el corolario fue la guerrilla urbana (o tal vez, con más exactitud, sus bandas terroristas), encabezada por la Liga Comunista 23 de Septiembre, que se encargó de liquidar los vestigios del movimiento estudiantil” (Guevara; 2008:33). La cita insinúa que dentro del movimiento armado, una fracción, las “bandas terroristas”, fueron las que precisamente conformaron a la Liga, marcando una distinción incluso dentro del movimiento armado mismo. Finalmente, destaco de la lectura democrática la inviabilidad e improcedencia de la vía armada

La estrategia insurreccional es, en realidad, una apuesta al azar que prescinde de las condiciones histórico-concretas y se conforma con esperar el futuro derrumbe del poder político renunciando a cambiar, aquí y ahora, a la sociedad. Su premisa fundamental es una abstracción, la idea de que existe “un gran malestar” que tiende a agravarse entre la población y aunque ésta sea una verdad genérica, los insurreccionalistas derivan de esa verdad una posibilidad política: la destrucción del poder estatal” (Guevara; 1988:188-189)

La marcación de la frontera de exclusión desde el lado del outsider: la lectura de la posición revolucionaria respecto al movimiento del 68

El discurso de la posición de la izquierda revolucionaria tiene a dos representantes emblemáticos: Raúl Ramos Zavala e Ignacio Arturo Salas Obregón (mejor conocido como Oseas). Ramos Zavala estudió en la Facultad de Economía de la UNAM y trabajó ahí mismo como docente. Desde el año 1969 mantuvo discusiones con compañeros sobre la posibilidad de conformar un partido revolucionario. Se convirtió en el líder del grupo de *Los procesos* (uno de los que posteriormente conformaron a la Liga en 1973). Murió en un enfrentamiento con la policía en el Parque México el 6 de febrero de 1972.

Ramos Zavala atribuye un papel relevante en la conformación de la izquierda revolucionaria al movimiento estudiantil del 68: “En nuestra discusión se incluye necesariamente la acción del movimiento de masas, pero especialmente los combates del 68. En la acción de 1968 todas las organizaciones de izquierda que existen en México fueron puestas a prueba” (2003:12). Remarca la importancia de “los combates”, es decir, de los enfrentamientos que se dieron, principalmente, entre los granaderos y los alumnos del Politécnico, como parte de una respuesta que dio el estudiantado puesto “a prueba” en ese contexto. Recordemos que precisamente, estos hechos fueron ocultados o

minimizados por el relato democrático hegemónico del CNH, e incluso fueron calificados como actos vandálicos o instigados por provocadores. En cambio, el relato revolucionario del 68 reivindica las denominadas “batallas politécnicas”. Dicha reivindicación es mucho más fuerte por parte de “Oseas”, como lo veremos un poco más adelante.

Un aspecto más en el que disienten democráticos y revolucionarios, es en el papel de la represión, lo que ésta significó para el movimiento: “Después de la represión, hubo un argumento muy socorrido para cobijar la incapacidad para definir los lineamientos para la acción y las perspectivas a seguir: se culpó de todo a la *represión y ¡al reflujo del movimiento!*” (Ramos; 2003: 12). La postura democrática remarcó la función que cumplió la represión dentro del movimiento estudiantil: radicalizarlo hasta descomponerlo y llevarlo hacia el terrorismo, sugiriendo que esta medida estatal era bien recibida por los grupos “radicalizados” al considerarla, una forma de exasperar a las masas y hacerlas ver que no existían posibilidades de concertación, para finalmente, conducir las a la toma de las armas como la única opción. En esa dirección puede estar orientada la siguiente cita: “Ciertamente, la antidemocracia crea un profundo malestar y aumenta el potencial combativo del movimiento de las masas, lo que crea circunstancias favorables para las posiciones revolucionarias” (Ramos; 2003:53).

La lectura revolucionaria difiere de la democrática en cuanto la aceptación y opinión sobre las medidas políticas que el gobierno de Luis Echeverría implementó durante su sexenio como respuesta a la exigencia de una reforma política: “En la actualidad, se suponen “aperturas democráticas” que, debe entenderse el Estado burgués no está dispuesto a otorgar, como se ha visto reiteradamente” (Ramos: 2003:53). Como vimos anteriormente, después del movimiento los democráticos plantean que se abrieron las opciones de ejercer política de izquierda en: frentes de masas, lucha sindical, vía armada, y los partidos políticos. Mientras unos ven en la apertura democrática un resquicio de acción que les permite formar partidos o revistas de crítica y análisis político como Punto Crítico, otros consideran que no puede ser efectivamente otorgada por el carácter mismo del Estado “burgués”: “ilusionarlas con la esperanza de una democratización significa poner un freno real al desarrollo del movimiento revolucionario” (Ramos; 2003: 53).

La importancia del 68 para la conformación de la vertiente revolucionaria es así explícitamente reconocida por uno de los fundadores y representante del discurso de la Liga

Este proceso de afirmación revolucionaria no ha sido sencillo. Todo lo contrario; ha sido el resultado de luchas internas y aproximaciones sucesivas hacia planteamientos comunes, derivados de la necesidad de operar cambios reales en la acción y concepción de la izquierda revolucionaria en México. El efecto catalizador de este proceso indudablemente lo ha sido la acción de 1968 (Ramos; 2003: 61)

Otro de los fundadores y representantes de la Liga es Ignacio Arturo Salas Obregón, también conocido como Oseas o “José Luis”. Participó en el grupo *Los procesos* de Chihuahua; redactó los *Maderas* “viejos” 1, 2, 3, y 3 bis que constituyeron el preámbulo de la publicación clandestina y órgano de difusión y coordinación del movimiento armado nacional representado en dicha agrupación. Escribió también los documentos *Acerca de los sindicatos*; *Comunicado al Partido de los Pobres*; *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*; *Apreciaciones iniciales sobre el movimiento revolucionario en el campo* (Carta campe); y, *Algunas consideraciones sobre el desarrollo de las tareas militares de la organización partidaria* (Carta militar). Lo aprehendieron el 26 de abril de 1974 y desde entonces se encuentra en calidad de desaparecido. A continuación analizo algunos fragmentos ilustrativos de mis argumentos sobre la pugna por la significación del movimiento del 68 entre la postura democrática y la postura revolucionaria, y la manera en que esta disputa conforma una doble frontera de exclusión definiendo con ello el sujeto agónico y el sujeto antagónico entre la misma izquierda.

Ignacio Arturo Salas Obregón redacta en buena medida los documentos más representativos del movimiento armado de la Liga; uno de ellos es el *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*, también conocido como *Manifiesto al proletariado*. De este texto, escrito entre marzo de 1973 y abril de 1974, extraigo las citas representativas sobre el proceso de conformación de la lucha armada y los antecedentes que permiten entender al 68 como la huelga política previa a la insurrección. En la siguiente se observa cómo la postura revolucionaria delimita su lado de la frontera discursiva enumerando los enemigos “pequeño burgueses” a los que se enfrenta

Un fantasma viene recorriendo el mundo entero y en particular a México, el fantasma del comunismo, de la revolución socialista. Todas las fuerzas que tratan de sostener el podrido orden burgués en la formación social mexicana, se han lanzado en santa cruzada contra ese fantasma: desde los Echeverrías hasta los más míseros charros; desde los Legorretas, Alemanes y Garza Sadas, hasta los representantes de la pequeña burguesía sometida a la política de la Oligarquía Financiera; del PRI al PCM y todos sus satélites; de Fidel a

Vallejo; de Excelsior y el Sol, hasta Solidaridad, Punto Crítico, Oposición y Por qué?; los demócratas y militaristas pequeño burgueses. Todos han condenado a los enfermos, a los guerrilleros, a los obreros, estudiantes y campesinos ultras, etc. todos a coro se han lanzado en múltiples formas a luchar contra la corriente revolucionaria del proletariado (Salas; 2003: 11)

La postura revolucionaria también señala su frontera respecto de otras opciones políticas. El inicio del manifiesto es ilustrativo: hay un ambiente nuevo en la política mundial y mexicana, a la cual se oponen todas las otras opciones disponibles, desde las posturas gubernamentales, pasando por las conservadoras representadas en el empresariado nacional y el sindicalismo corporativizado, hasta las posiciones que se asumen como alternativa al régimen priísta como son el Partido Comunista de México; Demetrio Vallejo, ex líder del movimiento ferrocarrilero; y los medios impresos independientes de análisis político, uno de ellos, *Punto Crítico*, nutrido por los ex miembros más representativos del CNH. La distinción entre el “todos ellos” y “nosotros los revolucionarios” me permite plantear que no sólo la postura de izquierda que hegemonizó los hechos del 68 marcó su frontera respecto a la no-violencia, sino que también la posición armada buscó delimitarse del discurso pacifista, aunque con menor irradiación de su discurso, con menor poder.

El presente manifiesto, es el fruto inmediato de la discusión política y el análisis marxista que sobre el curso del movimiento revolucionario, han venido realizando diversos organismos y militantes revolucionarios del invierno del 71 a la fecha; pero fruto también, de la experiencia práctica que ha arrojado la lucha del proletariado del 56 a la fecha y de manera particular, de la práctica de diversos organismos revolucionarios armados que desde el 65 se vienen desarrollando y consolidando.... A través de él, la Liga Comunista 23 de Septiembre, trata de dar cuenta, en primer lugar, de las condiciones objetivas en las que se desarrolla la lucha de clases en México, en segundo término, del desarrollo histórico de la política del proletariado (Salas; 2003:12)

Desde la lectura revolucionaria, el movimiento del 68 formará parte de un proceso de concientización que tiene sus raíces en el movimiento ferrocarrilero del 56, en el asalto al cuartel de Madera en 1965, y que desemboca en la insurrección armada después de 1971. La revolución mexicana de 1910 es signficada desde este relato como un acontecimiento que finalmente fue hegemonizado por la “burguesía”, el cual, sin embargo marca el comienzo del proceso que desemboca precisamente, con el movimiento armado

de la Liga. El 68 (sin ser mencionado en esta cita pero sí en la siguiente), forma parte de dicho proceso de maduración del proletariado

Si históricamente era necesaria la consolidación de las relaciones de producción burguesas para que el proletariado alcanzara su madurez, ésta sin embargo, no habría de irse alcanzando efectivamente sino como resultado del desarrollo de la lucha que ha emprendido del 56 a la fecha. El ascenso del movimiento de masas ha ido creando las condiciones políticas para que el proletariado alcance su madurez (Salas; 2003: 46)

La importancia del movimiento de masas para el ascenso del proletariado incluye el paso de formas inferiores a formas superiores de lucha: “Los revolucionarios no pueden contemplar pasivamente el desarrollo de la experiencia del proletariado en México; deben extraer de tales experiencias todo aquello que le permita a la clase obrera acrecentar y fortalecer su lucha” (Salas; 2003:56). Todas las movilizaciones del siglo XX le significan a la lectura revolucionaria una oportunidad de maduración, de toma de conciencia, de enriquecimiento de los métodos de lucha, desde los cuales se nutre la postura armada; pero es de suma importancia la experiencia de 1968:

La movilización en su conjunto adquiere cada vez más la forma de una guerra de guerrillas... Y si bien la guerra civil aún no se ha generalizado en el país, podemos sin embargo afirmar que cada movilización, pero fundamentalmente las movilizaciones que tienden a ser envolventes como la del 68, hablan claramente de esta tendencia (Salas; 2003: 57)

El 68 representa el paso cualitativo de la huelga de reivindicaciones meramente económicas, a la huelga política de masas

Si las movilizaciones de 1958-59 y diversidad de movilizaciones posteriores a la misma, pusieron en el centro de la lucha como forma fundamental el desarrollo de la huelga económica, la del 68 habría de poner a la huelga política... La huelga política que apareció en el 68 como forma fundamental de lucha del movimiento de masas, continúa apareciendo en las movilizaciones posteriores, pero principalmente en las del 72 y lo que va del 73. El desarrollo actual de la movilización habla de la posibilidad en un futuro no muy lejano, de huelgas políticas más amplias y de mayor alcance que la del mismo 68. El grado de exacerbación de la lucha de clases, el desarrollo político alcanzado por el proletariado, el mismo desarrollo de la crisis económica y política, hacen que el actual ascenso de la lucha de resistencia se manifieste como un verdadero ascenso revolucionario (Salas; 2003: 58)

Como parte de la huelga política del 68 se presentaron simultáneamente formas de lucha “auxiliares” como el combate callejero, el mitin relámpago, y la huelga económica

La huelga política no solo da cuerpo a todas estas formas, sino que su propio desarrollo estaba condicionado al desarrollo de éstas. Pero además la huelga política del 68 adquiere, por su extensión, el carácter embrionario de una huelga general; por su forma la de una embrionaria guerra de guerrillas que tendía a generalizarse; por su ubicación estratégica se convierte en el ariete que impulsaba el desarrollo de la insurrección, de la guerra civil revolucionaria (Salas; 2003: 59)

Para la postura democrática el movimiento del 68 fue estudiantil y de reivindicaciones pacíficas e institucionales centradas en el pliego petitorio; para la versión revolucionaria, éste fue más que un movimiento estudiantil, una movilización de masas que dio al proletariado herramientas de lucha que lo orientaron hacia la vía armada. Se desmarca además de la posición democrática que acogió la apertura ofrecida por el presidente Luis Echeverría Álvarez, es decir, marca frontera con respecto a ésta al considerar que “Los mil y un intentos *aperturos* por esconder la riqueza de esta experiencia, las mil y un opiniones que en todo momento no hicieron sino lamentarse, lloriquear, etc. de nada han servido. Del 68 a la fecha y sobre todo en el último año, la experiencia de entonces se ha repetido, fortalecido y consolidado” (Salas; 2003: 60). El objetivo no es acogerse a las políticas gubernamentales sino destruir el Estado burgués una vez que las experiencias de lucha han madurado cualitativamente y se generalizan a partir de este movimiento.

La huelga política aparece así como la táctica de lucha más acabada. La huelga económica centrada en meras reivindicaciones laborales no basta, desde la lectura revolucionaria de la Liga, para llevar a cabo una concientización masiva y cuestionar a profundidad las instituciones que componen al estado capitalista; en cambio, la huelga política permitió, a partir del 68, la articulación de formas de lucha que potenciaron el camino hacia la toma de las armas y la conformación de un ejército popular. Concretamente, las batallas politécnicas y los enfrentamientos callejeros son parte de esta huelga política del 68, y es algo que se reivindica; contrario al ocultamiento y silenciamiento que de aquellos hechos llevó a cabo la posición democrática

Pero la huelga política... aparece indisolublemente ligada al combate de calle. Veamos pues como se desarrolla esta forma auxiliar. La huelga política pone a disposición del proletariado una gran fuerza.

Esta fuerza se abocó fundamentalmente a tareas de agitación, propaganda y hostigamiento, el desarrollo de la contra ofensiva político-militar burguesa obligó a las masas a organizar la resistencia armada prácticamente desde los primeros días de la movilización. Esas condiciones dan cabida a la transformación de las formas de realización de la agitación y la propaganda (Salas; 2003: 64)

Así, se reivindica el combate callejero y la “resistencia armada”, como dos formas de lucha que ocurrieron desde los primeros días del movimiento, en oposición a la lectura democrática para la cual la huelga estudiantil debía ser pacífica en todo momento, excepto, por la esporádica acción de infiltrados e ingenuos, o cierto ejercicio de la autodefensa mal visto al interior del Consejo. Para los revolucionarios “la manifestación política “pacífica” demuestra no solo ser insuficiente para el desarrollo de las aspiraciones políticas de las masas, sino que demuestra estar apoyada en una táctica militar que solo conduce a los dos de octubre y 10 de junio” (Salas; 2003: 65). El pacifismo impide que las masas ejerzan la autodefensa, con lo cual se convierten en presa fácil de la represión. A ésta, la Liga antepone la autodefensa y la lucha armada, pasar de la defensiva a la ofensiva: “los primeros combates de barrio aparecieron como combates fundamentalmente defensivos, y en muy poco tiempo, el movimiento tuvo capacidad para tomar la iniciativa y desplegar también por propia cuenta una ofensiva” (Salas; 2003: 65). Es decir, durante los meses que duró la huelga, de julio a diciembre, se ejercieron ambos tipos de lucha violenta, y se pasó de lo defensivo a lo ofensivo. Esto fue así porque “la huelga política genera condiciones para el desarrollo de la lucha armada; esto es pues, de manera inmediata, preludio de la guerra civil revolucionaria, de la insurrección armada contra la burguesía” (Salas; 2003: 66).

¿Cómo es posible, desde un posicionamiento revolucionario, que una huelga política como la del 68 haya derivado en movimiento armado? ¿Cómo es que se constituyó como la condición de emergencia de este tipo de lucha? La clave está en las formas de lucha “superiores” que de éste derivaron: “no solo engendró condiciones para el desarrollo de la lucha armada, sino para la realización de ésta de acuerdo a una táctica específica y particular; la táctica de guerrillas” (Salas; 2003: 67). El combate callejero desarrollado durante los meses de huelga política, permitió que la autodefensa y la ofensiva se instalaran como una forma de lucha. En ello, las “batallas” de los politécnicos tuvieron un papel relevante. Así, la huelga política permitió la ejecución de combates callejeros, que derivaron en la instalación de la guerra de guerrillas, aunque propiamente en el 68 predominó la primera.

La huelga política del 68 (llamada así porque no se centró en demandas de tipo económico), permitió la consolidación de las siguientes formas de organización: la brigada, el Consejo de Representantes, el Comité Coordinador de Brigadas, y el Comité de Lucha. En este apartado de la investigación remarcaré la importancia de las dos primeras; más adelante, cuando me refiera a los aspectos educativos en el discurso de la Liga, retomaré y ahondaré en las dos formas restantes. Por lo pronto, cabe aclarar el papel de la brigada dentro del movimiento

A pesar de que la dirección oportunista logró la dominación del CNH, los brigadistas mantuvieron una posición crítica ante las posiciones de los “máximos dirigentes”, coordinaron y dirigieron movilizaciones con las cuales nunca estarían de acuerdo los “héroes del 68”. La manera como se desarrollaron los combates callejeros, y de manera especial esa filigrana militar que fue la batalla del Casco; el que la agitación y la propaganda se llevara siempre fuera del marco estrecho de la “explicación de los 6 puntos”, y de las peticiones “demócratas” de “cese a la represión”, el jaque en que se mantuvo en diversidad de ocasiones al cuerpo de granaderos (Salas; 2003: 113)

Como lo expuse anteriormente, los representantes del CNH reivindicaron el papel de dicho órgano central y minimizaron el papel de las brigadas. Recordemos que a veces niegan que haya existido una bifurcación de intereses entre Consejo y brigadas, y en otros momentos remarcan que los ultraizquierdistas quisieron hegemonizar, de manera fallida, al movimiento, impulsando el papel de las brigadas. Éstas, desde la lectura revolucionaria, representaron la acción más independiente al Consejo, y llevaron a cabo acciones que no se encuadraban en el discurso de los dirigentes, como es el caso de las batallas politécnicas en Zacatenco, el Casco y la Vocacional número 7. Las brigadas resultaron en ese contexto la expresión más “combativa” del movimiento, pues, respecto al Consejo de representantes

A pesar de que la clase había creado tal órgano en el CNH, no pudo mantener su dominación sobre el mismo. Las posiciones revolucionarias no lograron ser dominantes en el CNH; todos sabemos la historia de tal organismo: construido por la clase, en su devenir es dominado totalmente por el oportunismo demócrata al grado de que las directrices que provenían de tal órgano, a la altura del 1º de septiembre, eran ya antagónicamente contradictorias con las necesidades de desarrollo de la lucha, con los intereses del proletariado y de las masas populares (Salas; 2003: 122)

Por “directrices contradictorias” hay que entender la insistencia de los miembros del Consejo en enarbolar hasta el final los seis puntos del pliego petitorio, así como el recurso del pacifismo y la no violencia, cuando los estudiantes estaban siendo agredidos físicamente y se requería, según los revolucionarios, de una respuesta adecuada al desarrollo de la lucha de las masas y el proletariado, es decir, con violencia organizada. No sólo eso, la violencia no se concibió únicamente como una forma de responder a la violencia ejercida por el Estado, sino que se enmarcó en un discurso de toma de conciencia de clase que se orientaba hacia un proceso de consolidación del socialismo en el proletariado: “el pliego petitorio quedó a fin de cuentas como una formulación propia del oportunismo demócrata, mientras que en la conciencia de las masas se arraigaba la idea de la necesidad de destrucción del Estado burgués y de sus órganos represivos (Salas; 2003:136-137).

Finalmente, podemos resumir la significación del movimiento del 68 para la postura revolucionaria en la siguiente cita del Manifiesto

Si hasta antes del 68 aparecía en la conciencia de las masas la necesidad de arrancar a la burguesía mejores condiciones para su propio desarrollo político, después del 68 esto daría paso a la comprensión de que la única forma viable para la realización de lo anterior es la construcción de su propio poder político militar y el hostigamiento permanente del poder de la clase enemiga (Salas; 2003:138)

A manera de cierre: Agonismo y antagonismo. El outsider del 68⁴³

En este apartado final presentaré las herramientas analíticas que me permiten hacer la distinción entre una izquierda agonística representada en el discurso democrático del 68,

⁴³ En este capítulo se pudo ver, al igual que en el anterior, la proximidad física de lo escolar, lo estudiantil en el movimiento de 68, lo cual autoriza su caracterización oficial y coloquial como “educacional”; pero lo que interesa en esta investigación y este capítulo, en el proceso de constitución del *outsider*, es también poner de relieve la entronización de los registros político y educativo, no como individuos meramente (que no sería cosa menor) sino como colectivos: sujeto CNH vs sujeto *Outsider*, en ambos polos se activan procesos formativos en la inclusión de un ideario, la aceptación de ciertas prácticas, íconos, y visiones de futuro y de exclusión de otros; la internalización de unos y la vituperación de otros y con ello, la formación de ciertas sensibilidades y disposiciones políticas, institucionales, éticas, gnoseológicas e incluso estéticas.

una antagonista representada en la posición revolucionaria, y la manera como caracterizo al elemento emergente denominado *outsider* a partir de éstas. Primero, algunas definiciones ¿Qué es un antagonismo?

Para Ernesto Laclau, el antagonismo social no tiene que ver con la oposición real ni con la contradicción lógica. En la primera, los elementos A – B tienen positividad propia independientemente de su relación con el otro, y se refiere al campo de los objetos reales. De tal forma un objeto físico que choca contra otro objeto físico no genera antagonismo alguno.

En la contradicción, la relación se expresa A –no A, y tiene lugar en el campo de la proposición, es decir, posee un carácter lógico-conceptual. Pero tampoco la contradicción, instaurada en el seno de lo real, nos ayuda a caracterizar los antagonismos sociales: “Todos participamos en numerosos sistemas de creencias que son contradictorios entre sí y sin embargo, ningún antagonismo surge de estas contradicciones” (Laclau; 2011:167). La imposibilidad de que éstas constituyan un antagonismo, se debe a que ambas comparten algo: son relaciones objetivas, son relaciones entre objetos constituidos conceptuales o reales, es decir, entre identidades plenas; en cambio, para que se genere un antagonismo, es necesario no sólo que haya una negación recíproca, sino también, la imposibilidad de la identidad

En el caso del antagonismo... la presencia del Otro me impide ser totalmente yo mismo. La relación no surge de identidades plenas, sino de la imposibilidad de constitución de las mismas. La presencia del Otro no es una imposibilidad lógica... En la medida en que hay antagonismo yo no puedo ser una presencia plena para mí mismo. Pero tampoco lo es la fuerza que me antagoniza: su ser objetivo es un símbolo de mi no ser y, de este modo, es desbordado por una pluralidad de sentidos que impide fijarlo como positividad plena. La oposición real es una relación objetiva – es decir, precisable, definible entre cosas-; la contradicción es una relación igualmente definible entre conceptos; el antagonismo constituye los límites de toda objetividad –que se revela como objetivación, parcial y precaria” (Laclau; 2011:168)

Así, si no es un objeto identificable, ni una relación meramente conceptual ¿cómo se muestra un antagonismo? ¿Cómo se visibiliza? Aquí entra el proceso de construcción de hegemonía. En una relación entre distintas posiciones de sujeto (aunque conservan sus especificidades propias) logran establecer equivalencias entre ellas; esta articulación se conforma a partir de la identificación con una de las demandas que logra interpelar y convencer a las demás de su justeza. Dicha demanda constituye un significante en

vaciamiento, es decir, no tiene un contenido único, representa a todas las posiciones en su generalidad y con ello, se conforma en un punto nodal, en un significante que condensa amplia variedad de significados y convoca a la diversidad. Este proceso delimita un marcamiento de fronteras: lo que se articula, excluye necesariamente lo que queda fuera de dicha relación. Pero no todo lo excluido conforma un antagonista, ya que, como mencioné previamente, la negación de la objetividad plena del otro, o bien, la imposibilidad de la propia, es *conditio sine qua non* para el mismo. Así, identificar una relación antagónica implica el reconocimiento de una negación mutua (la imposibilidad de una identidad plena); la articulación equivalencial que marca lo que queda fuera; y el consecuente trazado de frontera de ésta. El agonismo, en cambio, es un antagonismo domesticado. En palabras de Mouffe

Mientras que el antagonismo constituye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigos que no comparten ninguna base común, el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen sin embargo la legitimidad de sus oponentes. Esto significa que, aunque en conflicto, se perciben a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política, compartiendo un espacio simbólico común dentro del cual tiene lugar el conflicto. Podríamos decir que la tarea de la democracia es transformar el antagonismo en agonismo (Mouffe; 2011:27)

El agonismo entonces implica el reconocimiento del otro como un interlocutor válido, una posición con la que se puede dialogar. Ello no implica el reconocimiento de un diálogo racional que suture lo social, pues esto llevaría a negar al antagonismo como fundante de la relación política; pero sí significa que habrá posiciones con las que se podrán establecer acuerdos en aras de mantener un régimen vigente.

Así, en términos analíticos, observo en la conformación del movimiento estudiantil universitario representado por el CNH una articulación hegemónica en la cual las diversas posiciones de sujeto se unificaron en torno a las seis demandas condensadas en el punto nodal del pliego petitorio, haciéndose equivalentes entre sí las peticiones de cada grupo y escuela (manteniendo al mismo tiempo sus diferencias), y marcando con ello una frontera con el gobierno federal. El Consejo buscó interlocución permanentemente con las autoridades, quienes se negaban en un principio a reconocerlos como figura válida con la cual negociar, llegando al extremo de ejecutar la matanza de Tlatelolco el dos de octubre. Sin embargo, finalmente hubo un proceso de domesticación del antagonista, en el cual, el gobierno reconoció cierta legitimidad de los estudiantes al citarlos

reiteradamente a canalizar sus peticiones en las instancias correspondientes (entiéndase con ello a las secretarías de Estado); concediendo la libertad de los presos políticos, y finalmente, ofreciendo la llamada Apertura Democrática ya con Luis Echeverría Álvarez en la presidencia de la República. Dicha apertura representó la oportunidad para los jóvenes estudiantes de crear partidos políticos con registro oficial en el padrón electoral, así como la posibilidad, de ejercer política independientemente del Estado. El antagonista se convirtió en agonista, es decir, en una figura institucionalizada, incorporada a la legalidad democrática, y por ello fue que muchos de los cuadros del CNH llegaron a obtener cargos públicos y puestos de gobierno, así como a militar en organizaciones, frentes y partidos opositores al priísmo. Sin embargo, la izquierda representada por el CNH llevó a cabo un proceso de marcaje doble de frontera, no sólo con las autoridades con las que finalmente coexistió durante la década de los setenta, sino también respecto a su propia figura antagónica: el estudiante que ejercía la autodefensa y hacía uso de la violencia para evitar la toma de los planteles por parte del ejército; el que hacía uso del enfrentamiento callejero; el que instalaba barricadas y quemaba camiones; aquél que tenía un discurso revolucionario y no democrático; en buena medida, el estudiante politécnico.

Así, el CNH pasó de ser el enemigo público al agonista domesticado, y, al mismo tiempo, éste fue creando discursivamente un nuevo antagonista público: el estudiante que hacía uso de la violencia para hacer escuchar sus peticiones. A la larga, este discurso se sedimentó y pasó a constituir una frontera entre las izquierdas. A mi parecer, no fue tanto el gobierno quien delimitó al nuevo contrincante, sino que fue la izquierda legítima quien en su proceso mismo de constitución como izquierda válida, delimitó a la izquierda ilegítima y, con ello, la figura del nuevo enemigo público.

Es importante destacar entonces, el papel constitutivo del antagonismo en la definición de una relación política. En la relación “izquierda legítima mexicana” emergente en el 68 a través del CNH vs gobierno priísta, la tensión se domesticó. Ninguna de las dos posiciones llegó a conformarse en una identidad plena dada la necesaria coexistencia que tuvieron que asumir. Una a otra impidieron conformarse plenamente, pero, al mismo tiempo, se delimitaron en cuanto a su propia postura: una le impidió a la otra ser totalmente régimen presidencialista; aquélla no otra logró conformarse en posición democrática del todo, pero ganó terreno en las instituciones a las cuales pretendió transformar “desde dentro”.

Sin embargo, y dado que el antagonismo es constitutivo, debía formarse una nueva exclusión que le diera identidad al discurso de la apertura democrática. Recordemos rápidamente la noción de “exterioridad constitutiva” (que mencioné en el capítulo uno) según la cual “la creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia, diferencia construida a menudo sobre la base de una jerarquía... toda identidad es relacional y... la afirmación de una diferencia es una precondition de la existencia de tal identidad” (Mouffe, 2011: 22).

Así, la figura inicialmente diferencial y posteriormente antagónica que fue configurándose durante el movimiento universitario, se sedimentó años después en el movimiento armado urbano, ampliamente conformado por jóvenes universitarios que no veían en el sexenio entrante una solución satisfactoria a sus demandas. A este nuevo antagonista es a lo que yo denomino como *Outsider*, una categoría intermedia que me permite mostrar la especificidad de la posición de sujeto ocupada por el guerrillero urbano de la década de los setentas, y al mismo tiempo, denota la exterioridad constitutiva ineliminable, incluso, cuando se ha logrado institucionalizar al antiguo demandante.

Finalmente, es preciso anotar, que también el discurso guerrillero delimita su frontera respecto a la postura democrática. Aunque no hegemonizó dentro del CNH, y más bien fue el discurso de los líderes más visibles el que se sedimentó y diseminó, finalmente también estuvo presente, definiendo a través de su exclusión, el discurso más aceptado sobre el relato sesentayochero. El hecho de que el antagonista *Outsider* también marque su distancia respecto al agonista, nos habla de una frontera ambivalente, construida desde distintos niveles de irradiación discursiva, es decir, de poder. Un discurso tuvo mayores repercusiones que otro, y el hecho mismo de que uno fuera conciliador y el otro transformador, nos habla ya del por qué uno prevaleció y el otro fue extinguido. Fue así como el discurso del *Outsider* quedó oculto, silenciado, minimizado, descalificado, desaparecido.

TERCERA PARTE. EFECTOS EDUCATIVOS EN EL POST 68

CAPÍTULO V La reforma integral de Luis Echeverría Álvarez: lo educativo como estrategia de pacificación

La educación universitaria ocupó un lugar central en la estrategia gubernamental para la reconciliación del gobierno con los disidentes. Los acontecimientos de 1968 condicionaron la política educativa del sexenio y las instituciones de educación superior representaron un elemento clave para la reconciliación buscada... el nuevo régimen se propuso reconciliar al gobierno con las universidades, siguiendo una política de acercamiento y flexibilización, la cual consistió en el intento por modificar las orientaciones autoritarias del sexenio anterior con la

liberalización del ambiente político. La apertura democrática, una mayor disposición al diálogo, el desarrollo de distintos programas sociales con fuerte orientación populista y la ampliación de oportunidades en el sistema educativo, constituyeron medios de búsqueda de un acercamiento con los sectores disidentes (Mendoza; 2001: 146-147)

Introducción

Una vez que he venido construyendo a lo largo de dos capítulos las condiciones de emergencia del discurso de la Liga Comunista 23 de septiembre con base en las producciones significativas de un movimiento autodenominado democrático como lo fue el de 1968; que he venido caracterizando las distinciones entre un movimiento agonístico y uno antagonista de corte revolucionario; y que he señalado la forma cómo desde la izquierda hegemónica se conformó una doble frontera de exclusión para remarcar al nuevo enemigo de la década de 1970 -con lo cual voy dando forma a la figura del *outsider*-, procedo ahora a enfocarme en los aspectos educativos que se produjeron durante dicho contexto, es decir, en uno de los efectos del movimiento del 68 en el discurso educativo.

En este quinto capítulo remarco la forma cómo Gustavo Díaz Ordaz planteó, durante el tiempo que duró la huelga universitaria, que las causas de la misma estaban referidas a cuestiones educativas y a la crisis en las instituciones universitarias, ante lo cual plantea una respuesta política orientada hacia la reforma de ese nivel educativo. Además, presento de manera breve en qué consistió la llamada Apertura Democrática y la manera como la relaciono con la reforma educativa integral que tendría lugar durante el sexenio de 1970-1976.

Posteriormente doy cuenta de la reforma de Luis Echeverría, su amplitud; sus alcances; su carácter “integral”; su búsqueda de un país desarrollado y el papel que el estudiante de nivel superior desempeñaba en dicha tarea; sus estadísticas; sus metas. Me interesa remarcar cómo la reforma educativa fue construida a manera de un entramado que pretendía dar respuesta a la crisis vivida durante el año 68, es decir, como un discurso reparador de la dislocación, como una nueva promesa de plenitud, y como una estrategia de apaciguamiento desde la cual se pretendió llamar a los jóvenes a la reconciliación con el gobierno, ofreciéndoles un horizonte dentro del mundo académico

nacional. Esto me permitirá entender la emergencia de la educación política plasmada en el periódico Madera a manera de una estrategia contraria: la convocatoria a los jóvenes a transformarse en guerrillero urbano con el objetivo de transformar las relaciones existentes.

En el siguiente apartado presento los efectos de política educativa que produjo el movimiento estudiantil en el discurso de la posición democrática, con lo cual continúo brevemente rastreando esta postura. En el último apartado trabajo con la herramienta conceptual del *imaginario históricamente sedimentado*, categoría intermedia que desarrollé en el segundo capítulo de esta investigación y que en esta parte retomo para el análisis del referente empírico: imaginario democrático vs imaginario revolucionario.

La lógica de este capítulo dentro de la tesis corresponde a la necesidad de dar cuenta de la manera como se concibió al movimiento de 1968 desde el discurso de las autoridades gubernamentales, por un lado, y de la postura democrática por el otro: para la primera, un problema educativo que requería una solución de política educativa; para la segunda, una solución democrática. De la posición de izquierda revolucionaria *outsider*, es decir, de aquella que nació a partir de la demarcación del discurso democrático sesentayochero, surgió también un planteamiento educativo del cual me ocuparé en el sexto y último capítulo.

El 68 y la Apertura democrática

Después de una experiencia sumamente violenta como lo fue la masacre del dos de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, y de la aprehensión de cientos de jóvenes universitarios participantes en la huelga estudiantil, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz anunció la proximidad de una reforma política que democratizaría la vida pública del país y abriría cauces a la participación ciudadana; sin embargo, fue hasta el sexenio de Luis Echeverría Álvarez que se concretó la conocida Apertura Democrática. Más que explicar en qué consistió dicha política, lo que me interesa remarcar es su relación directa con el movimiento estudiantil, ello con el objetivo de perfilar lo que sería una reforma de Estado integral que abarcaría profundas transformaciones en el ámbito educativo, con lo cual corroboro la relación huelga de 1968-reforma educativa. Para Aguilar Camín

En Gustavo Díaz Ordaz el sistema político mexicano llegó a un extremo de rigidez y violencia que ese mismo sistema debió desmontar y ajustar para garantizar su propia supervivencia; 1968 es la fecha trágica de esa crisis y el inicio de una etapa modesta pero efectiva de modernización política que dio lugar a la apertura democrática con Echeverría y a la Reforma política en el sexenio de López Portillo (Garín y Guevara coord.; 1998:97)

El 68 representó, en términos analíticos, una situación dislocatoria que se presenta como resarcible con un nuevo horizonte de plenitud, una meta en común que rearticule nuevamente a la población joven alrededor del presidencialismo. Para ello se propuso una reforma integral que inició con la llamada “Apertura democrática” con la que se permitiera el voto a los jóvenes a partir de los 18 años, y cierta flexibilización en la creación de partidos y la organización política independiente al Estado. Así lo expresó Luis Echeverría en su primer informe de gobierno:

Han quedado en libertad bajo protesta o por desistimiento del Ministerio Público la mayor parte de quienes estaban sujetos a procesos penales por la comisión de diversos delitos durante los disturbios de 1968. La liberación de los detenidos se realizó en seis etapas a partir del 23 de diciembre de 1970 y, sucesivamente, el 26 de enero, el 9 de marzo, el 23, 26 y 27 de abril, el 13 de mayo y el 6 de junio. Todos se han reincorporado a la vida social, y algunos expresan, pública y libremente, sus coincidencias y divergencias respecto a la estructura de nuestra sociedad y a la política seguida por el gobierno (Echeverría; 1971: 8)

Con la crisis se construyó un discurso gubernamental de reforma integral que abarcó amplios espectros. La desestructuración como condición de emergencia de un nuevo mito reestructurante puede observarse a partir de las declaraciones y textos de diversos enunciantes, partícipes o analistas, de la huelga de estudiantes: “Al parecer, la historia avanza, en efecto por el *lado malo* y la barbarie de 1968 creó condiciones de posibilidad para el tránsito democrático” (Pereyra Carlos en Garín y Guevara, coords. 1998: 23) y también en “El 68 representa una experiencia histórica cuyo elemento ordenador fue la violencia. Incluso la apertura del espacio democrático que existe hoy en México hay que remitirla a aquella experiencia” (Guevara en Garín y Guevara coords. 1998: 152).

Otras de las condiciones producidas por la huelga y la respuesta gubernamental fue la excarcelación de todos los presos políticos partícipes del Consejo y la deportación

a Chile de los principales elementos, en 1971; la creación de la revista Punto Crítico (donde ex líderes del CNH desarrollaron su postura democrática); la postulación de Heberto Castillo como candidato a la presidencia de la República, y la creación de distintos partidos políticos como el PRT, PST, y el PMT, todos ellos organizados en su mayoría por la izquierda universitaria. Raúl Moreno Wonchee afirma que entre los logros del movimiento está la rectificación gubernamental expresada en el respeto a las ideologías y afiliaciones políticas; la apertura democrática; la reforma política de 1977-1978; la conquista de la calle como ámbito de ejercicio político; así como la incorporación de la política a la vida cotidiana de la sociedad mexicana (Jardón; 1998: 207). No sólo eso, la reforma educativa y especialmente las medidas que se ejercieron hacia la universidad pública constituyen uno de esos logros: “Sin 68 no se explicaría el boom de la educación superior... Visto así el movimiento triunfó” (Guevara en Garín y Guevara coords. 1998: 153)

Como mencioné, dentro de estas condiciones reestructurantes discursivamente expresadas en una reforma integral, se encuentra también el espacio reservado para el ámbito educativo. Para Javier Mendoza Rojas, la apertura democrática consistió en “una mayor disposición al diálogo, el desarrollo de distintos programas sociales con fuerte orientación populista y la ampliación de oportunidades en el sistema educativo, constituyeron medios de búsqueda de un acercamiento con los sectores disidentes” (Mendoza; 2001: 147). En dicha recomposición estructural el ámbito educativo desempeñó un papel primordial, en el que Echeverría

Comprendió que en el contexto del post 68 la cultura, el cultivo del pensamiento, el impulso a la educación y a la investigación, junto con su prédica izquierdizante de corte tercermundista, de justicia social, de renacimiento económico, campesino y obrero, acarrearía adeptos amplios a su gobierno” (Mendoza; 2001: 147)

El objetivo de Luis Echeverría Álvarez (LEA) era incorporar el ámbito educativo en esta reforma, o dicho en términos analíticos, observo en este afán reformador del presidente el ofrecimiento, la presentación de un nuevo horizonte de plenitud dentro del cual verse más completos, a través del cual rearticular un espacio estallado, la recomposición de lo dislocado. La política educativa fue parte esencial de dicha recomposición:

En este marco reformista se planteó una estrategia para impulsar la reforma en la educación superior a nivel nacional: hacer pública la búsqueda de reconciliación del gobierno con las universidades, darles un trato político preferencial, incrementar los recursos económicos, mejorar los sueldos de los académicos, otorgar becas para estudiar en el extranjero y dejar que fueran las mismas universidades las que se reformaran, con respeto a su autonomía (Mendoza; 2001:147)

En los informes de gobierno de los presidentes en turno es posible observar el papel que se le asigna a la reforma educativa. El primero de septiembre de 1968, el presidente Gustavo Díaz Ordaz pronunció su cuarto informe de gobierno, en el cual hubo una necesaria referencia a los acontecimientos que en ese momento se desarrollaban en los establecimientos educativos de nivel superior a escala nacional. Una buena parte de la respuesta gubernamental se orientó hacia el ámbito educativo: “Examinemos ahora, brevemente el verdadero fondo del problema: la urgencia de una profunda reforma educacional. Problema no sólo de México: la crisis de la educación es mundial” (Díaz Ordaz; 1968: 265). Con ello se pretendió reorientar el conflicto político hacia una cuestión de carácter educativo, y con ello ofrecer una respuesta adecuada. En otras palabras, se ofreció a la juventud un horizonte de plenitud donde verse a sí misma más completa, donde su identidad fuera contenida en un discurso amable, positivo y digerible para las autoridades nacionales. Algunos autores calificarían este proceso como franca cooptación, pero aquí interesa verlo más como un ofrecimiento donde la modificación de la subjetividad era condición necesaria en el éxito de una estrategia de pacificación o apaciguamiento posterior a la represión. Efectivamente, muchos atendieron el llamado, aquellos identificados en este trabajo como miembros de la posición democrática.

Con el cuarto informe de Díaz Ordaz se inaugura un amplio y profundo periodo de reformas en el sector que desembocarán en intervenciones de gran alcance en el periodo de Echeverría. Díaz Ordaz buscó convocar a la juventud inconforme y movilizada a construir juntos el México que buscaban. La siguiente cita es ilustrativa

Está en el espíritu de los jóvenes el deseo de aventura y heroísmo. ¿Quieren emprender una gran aventura, ser verdadera y elevadamente heroicos? Tienen entonces la gran oportunidad de participar en la aventura fascinante de construir un México cada día mejor, más grande y más generoso. Los jóvenes deben tener ilusiones pero no dejarse alucinar. Varios ejemplos tenemos de jóvenes que, engañados por el espejismo de creerse héroes cimeros, pronto supieron que su heroísmo era falso; pudieron haber sido talentos útiles para México y se perdieron por la amargura de su frustración (Díaz Ordaz; 1968: 268)

Distintos sectores hicieron eco al llamado de Díaz Ordaz en cuanto a la necesidad de una solución educativa a los problemas de la juventud; por ejemplo, un grupo de diputados de la XLV legislatura del Congreso de la Unión firmó un desplegado donde asegura: “urge replantear la orientación y el contenido de la educación de nuestros jóvenes, desde el más elemental hasta el más elevado nivel, para que no se desnaturalicen; para que sean cada vez mejores, más capaces, más útiles, más revolucionarios⁴⁴ mexicanos” (Ramírez; 1969: 339). Si bien el gobierno federal ofreció respuestas de otros ámbitos –señaladas anteriormente de manera breve-, sobre el educativo ejerció una serie de modificaciones importantes que desembocaron en una reforma de carácter integral para el siguiente periodo presidencial.

En ese mismo sentido se pronunció el presidente de la Comisión Especial, Lic. Víctor Manzanilla Schaffer del PRI, haciendo eco al llamado del informe presidencial, en septiembre de 1968:

Los acontecimientos y el clima de inusitada violencia en que nuestra ciudad se vio envuelta nos imponen la obligación de seguir tratando en el seno de esta cámara de Diputados... la evolución del conflicto estudiantil, el cual lleva implícito, como se ha asegurado en esta tribuna, los problemas de la educación, preparación y actuación de nuestra juventud, de la función social de las instituciones de cultura superior... la comisión no escatimará esfuerzo para escuchar, valorar y calibrar las informaciones, las experiencias de maestros, de jóvenes, de alumnos, de sectores interesados en la educación de nuestra juventud, con el objeto de presentar un completo análisis del problema o de los problemas de nuestra juventud engarzada en la sociedad en que vivimos (Ramírez; 1969: 373)

También el secretario de educación pública, Agustín Yáñez, se manifestó por participar en dichas reuniones donde no sólo se buscaría recoger las opiniones de amplios sectores, sino que también se informaría de los “peligros que amagan a la educación nacional”. En términos analíticos, en torno a las autoridades gubernamentales se articularon distintas posiciones para dar realidad a la propuesta de reforma en marcha, y con ello, intentar legitimarla como respuesta válida a las exigencias estudiantiles.

Pero no todo fue adhesión incondicional, hubo también pronunciamientos en los que grupos de intelectuales pedían una reforma “radical” en la educación superior pero

⁴⁴ El significante “revolución” constituyó un significante en pugna entre el gobierno federal y los guerrilleros de la Liga comunista.

siempre vinculada con los puntos del pliego petitorio del CNH; y otros que además la cuestionaban por considerar que se había planteado “al vapor” y no modificaba en nada la “injusta” estructura social.

Con la puesta en marcha de la reforma educativa durante el sexenio de Echeverría se llevaron a cabo amplias intervenciones en el sector en cuestiones presupuestales; construcción de planteles a nivel nacional; un fuerte impulso a la tecnificación educativa en aras de un desarrollo sostenido; apoyo a los docentes, y en la conformación de nuevas instituciones. Dicha empresa fue así reivindicada por Echeverría en su segundo informe de gobierno

El Gobierno de la República ha promovido un proceso de reformas en el sistema educativo... El esfuerzo es enorme y los resultados comienzan a ser perceptibles. El Estado no puede renunciar a la función rectora que la Constitución le asigna, pero debe alentar el espíritu creador” (Echeverría; 1972: 79-80)

Así, posterior a los acontecimientos del año 1968 se abren caminos a reformas que se pretenden “integrales” y de amplios alcances, tanto en el ámbito político como en el educativo, ambas, como consecuencia directa del conflicto estudiantil, y en esos términos lo reconocen tanto las autoridades gubernamentales como los partícipes de la huelga del CNH. Este intento de reestructuración del espacio dislocado se verá siempre precarizado y amenazado por la posición antagónica *outsider* que ni se articula a la nueva relación agonística entre democráticos y gobierno; ni se mantiene al margen como una diferencia indiferente. El *outsider* interviene en la relación de manera antagónica y conforma una posición más que lucha por hegemonizar el campo de batalla de la representación política de los años setenta. El outsider está fuera de la frontera de exclusión, pero siempre, y por ello mismo, otorgando identidad democrática a la recientemente creada relación agonística.

Otras condiciones de producción de la reforma educativa de los setenta

Para el especialista en movimientos universitarios Javier Mendoza Rojas, el movimiento estudiantil tuvo diversos orígenes, algunos de ellos sociales, otros económicos, y otros referidos al ámbito educativo, y todo este conjunto de factores desembocaron en una respuesta gubernamental en la llamada reforma integral de Echeverría. Presentaré

brevemente a continuación dichos factores en aras de mayor claridad en el discurso reformista producido y ofrecido como horizonte de plenitud por parte de las autoridades.

Los “factores demográficos”: debido al crecimiento de la población joven de 51% en 1940 a 57% en 1970, se elevó la demanda del ingreso educativo al nivel superior, lo que conllevó a su vez, la exclusión de nuevas generaciones que no tenían cabida dada las limitaciones de ingreso. A esto se suma que El Plan de Once Años iniciado en 1959 cuyo objetivo consistió en extender la educación primaria, tuvo como efecto que cada vez más jóvenes desearan continuar con sus estudios en los niveles subsecuentes, razón por la cual el nivel superior se vio cada vez con mayor demanda. De igual manera la urbanización y concentración de la población en las grandes ciudades influyó en el crecimiento de la demanda de ingreso a las universidades que no contaron con el espacio suficiente para albergar a la población en edad de ingreso.

Los “factores ideológicos”: “la ideología universitaria y la ideología gubernamental se distancian” debido a la formación de cuadros de oposición en los recintos de nivel superior, y a la emergencia de movimientos sociales e insurgentes a nivel mundial y nacional. A nivel internacional, la influencia de la Revolución cubana en toda Latinoamérica también se sintió en las manifestaciones y la politización de la juventud mexicana. En el plano nacional resaltan los casos del Movimiento Revolucionario Magisterial, encabezado por Othón Salazar; el movimiento médico de 1965; la guerrilla de Arturo Gámiz en Chihuahua, y la de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero; y el movimiento ferrocarrilero de Campa y Vallejo. Sobre éste último “a partir de los encarcelamientos de los líderes sindicales, acusados del delito de ‘disolución social’, se inició la lucha contra esta disposición jurídica y pasaría a ser uno de los puntos del pliego petitorio del movimiento estudiantil de 1968” (Mendoza; 2001:123).

Los “factores económico-sociales”: Fue en esta época en que, a decir de Mendoza, los estudios universitarios dejaron de ser factor de movilidad social dado el saturamiento de demanda al acceso de dicho nivel y al escaso mercado laboral. La inconformidad se sintió más entre las clases medias que habían venido siendo las beneficiarias del proyecto revolucionario por décadas. Aunado a ello, los requerimientos del mercado dejaban de ser concordantes con las disciplinas clásicas enseñadas en estos centros de estudio: “La expansión universitaria no se acompaña de la expansión de empleos que requiere de cierto nivel de calificación. La dinámica formativa de la Universidad no responde a las demandas objetivas de la economía, en situación de estancamiento” (Mendoza; 2001: 123).

Todo este cuadro, en términos analíticos, representa una situación crítica, dislocatoria de la estructura social, cuyo punto fulminante de desestructuración se encarna en los hechos ocurridos de julio a diciembre del 68. Se requería de un orden, de la promesa de un orden, en este caso, de la reforma política y educativa que ya empezaba a esbozarse con Díaz Ordaz y que se concretó con Echeverría (y un poco más tarde incluso con López Portillo).

El mito reformista: la educación como estrategia de pacificación a la crisis del 68

Como lo mencioné anteriormente, durante el conflicto el presidente Díaz Ordaz manifestó su lectura respecto a los acontecimientos: para él, el verdadero fondo del problema era la urgencia de una reforma educacional, y con base en esta apreciación instruyó a las autoridades correspondientes a emprender dicha tarea de inmediato. En este apartado plantearé en qué consistió la respuesta gubernamental tanto del periodo de Díaz Ordaz como del periodo Echeverrista, no sin antes enunciar muy brevemente la reforma que el primero ya tenía en marcha y que hubo de modificar en aras de contener el descontento originado por el conflicto estudiantil.

Durante los primeros años del periodo diazordacista y con Agustín Yáñez a la cabeza de la Secretaría de Educación Pública (SEP) se planearon una serie de medidas que quedaron truncas:

Se integró, en junio de 1965, una Comisión Nacional de Planeamiento Integral de la Educación... La Comisión hizo entrega del resultado de sus trabajos el 25 de marzo de 1968, en tres volúmenes... El Informe presentaba una apreciación de la demanda de servicios educativos hasta 1970 y 1980, acentuando la importancia de atender ante todo la demanda de educación primaria... Las medidas cualitativas propuestas eran genéricas y poco precisas. Tendían a asegurar la eficacia del sistema más bien que a modificar sus métodos y programas. Los graves sucesos sociales de 1968 impidieron la aplicación de este plan (González Cosío en Solana, Cardiel y Bolaños coords. 2011: 407-408)

Como se observa, la política educativa diazordacista debió modificarse justo en el contexto de movilización estudiantil. Un diagnóstico preparado con tres años de anticipación por sociólogos, pedagogos, economistas, entre otros especialistas, debió interrumpirse, a decir del autor de la cita, por motivos políticos. Resulta además necesario remarcar el punto del giro en las prioridades: mientras en este plan obstaculizado la

prioridad se acentuaba sobre el nivel básico, en los años siguientes la preferencia la tendría la educación superior. Con Echeverría, como veremos más adelante, se significará a ésta última y a sus egresados, como la panacea del nuevo desarrollo mexicano.

Fue así como a partir de septiembre de 1968 la política educativa fue tomando carácter de reforma próxima a diseñarse y diseminarse por todos los niveles, pero con énfasis en el superior. Díaz Ordaz no fue el único en afirmar la necesidad de este viraje. Tal y como lo mencioné anteriormente, los diputados de la XLV legislatura dieron su respaldo a la lectura presidencial. Se procedió entonces a conformar una comisión especial en el seno de dicha cámara con el objetivo de integrar una propuesta de reforma.

Los interlocutores comisionados por Díaz Ordaz, Jorge de la Vega y Andrés Caso, acercaron el planteamiento de reforma educativa a los estudiantes del Consejo como el ofrecimiento de respuesta a sus demandas: “Ante la demanda no expresa de los jóvenes de mejorar la educación que reciben, se ha iniciado el estudio de la reforma educacional, que trata de ir al verdadero fondo del problema” (Mendoza; 2001: 144). Así, se diseminó entre la población el discurso de reforma educativa como parte primordial de una solución reestructurante al problema que los jóvenes habían venido enfocando en el autoritarismo y la represión. Esa es precisamente la función del mito. Fue entonces que el primero de octubre de 1968 el secretario de educación pública Agustín Yáñez anuncia el plan para reestructurar integralmente la educación.

La respuesta del CNH se enunció en los siguientes términos: “no queremos una reforma educativa mediatizada, burocrática y momificada. Ya no dejaremos de estar contra la antidemocracia” (Ramírez; 1969: 455). Para el estudiantado organizado, o mejor dicho, para los miembros de su órgano representativo, la huelga les había dejado enseñanzas que jamás podrían ser adquiridas dentro de las instituciones de educación superior. Aprendieron “en las calles, con el pueblo”. Ahora buscarían una educación crítica que se mantuviera cerca de las aspiraciones revolucionarias, populares y democráticas; una educación crítica del Estado. En buena medida el auge del marxismo dentro de los planes de estudio en esa época se debió a la incorporación que de esta perspectiva realizaron los nuevos profesores que se habían mantenido cerca del movimiento.

Volviendo al punto central del presente apartado, a continuación planteo la manera en que se articuló simbólicamente la reforma educativa como una parte constitutiva de la reforma integral, con el objetivo estratégico de conciliar a la población joven inconforme

con el régimen presidencialista mexicano. Como dije anteriormente, el ofrecimiento de un proyecto en el cual observarse a sí mismos como más completos en un futuro logró convocar a sectores que, paulatinamente, vieron en la política aperturista de Echeverría un resquicio de acción política independiente. La reforma educativa, planteada como parte de un cuadro transformador más amplio, es decir, como parte de dicha “apertura”, logró interpelar a amplios sectores sociales, excepto a aquellos que conformarán la posición de outsider guerrillero urbano de la Liga 23 de septiembre. El mito reformador logró cada vez más adeptos cobijado por el imaginario democrático, modernizador, desarrollista.⁴⁵

La reforma universitaria se inscribió de manera articulada con el proyecto político de modernización del país, cuyo objetivo apuntó hacia la refuncionalización de la economía en general, con la intención de superar la crisis del modelo de ‘desarrollo estabilizador’ desplazándolo por el modelo de ‘desarrollo compartido’, lo cual implicaba, entre otras cosas, superar la crisis agrícola, incrementar el gasto público y la reactivación general del mercado interno... esta articulación con el proyecto reformista modernizador global y bajo la línea de ‘apertura democrática’ fue como se orientó el proyecto particular de Reforma Universitaria” (Rojo; 1997: 85)

A continuación expongo en qué consistió la reforma educativa del presidente Echeverría a partir de documentos oficiales y puntos de vista de su secretario de educación pública, Víctor Bravo Ahúja. Las autoridades federales reconocieron desde el primer momento que los acontecimientos del año 1968 fueron determinantes para el diseño de la política gubernamental de los años posteriores

Pocos años antes de iniciada la presente administración se agudizaron las contradicciones entre la aspiración nacional de contar con un sistema educativo popular y las fuerzas que se oponían a ese designio histórico. Además, el explosivo crecimiento demográfico hizo sentir cada vez más duramente, sus presiones, no sólo en el aspecto educacional sino en todas las estructuras económicas y sociales del país. Los efectos de las contradicciones, sumados a los de la demografía, afloraron súbitamente en 1968 (Bravo Ahúja; 1976: 7)

En aras de dar una respuesta adecuada a la magnitud del conflicto, la reforma educativa se concibió como parte de una reforma integral en la que “no se puede afectar una de sus partes sin afectar a las demás” en doble sentido: primero porque todos los

⁴⁵ Sobre el mito no como falsedad sino como principio reestructurante ver capítulo II p. 50.

niveles educativos interactúan influyendo unos en otros; y segundo, porque, como he venido planteando, no sólo el ámbito educativo fue objeto de transformaciones, sino también el ámbito político, económico y social del país entero. Para diseñarla se creó *ex profeso* la Comisión Coordinadora de la Reforma Educativa. Dentro de un clima de “apertura democrática” la reforma en el ámbito universitario consistió en

Lograr que la Universidad responda a las necesidades del aparato productivo, para lo cual se propone la creación de nuevas carreras... y el rediseño de los planes de estudio conforme a la oferta y la demanda; racionalizar el crecimiento de las instituciones, por medio de la selección y la descentralización; crear unidades de planeación... priorizar las carreras técnicas sobre las humanísticas; ajustar el producto universitario a los requerimientos del sector moderno de la economía (Rojo; 1997: 80)

Aunque se haya concebido como una reforma de carácter integral, el nivel superior fue atendido con mayor énfasis que el resto, de forma tal que “los subsidios a las universidades de provincia en 1970 eran de 106 millones de pesos. En 1976, ascienden a 1 500. El subsidio federal para la Universidad Nacional Autónoma de México se cuadruplicó al pasar de 792.9 a 3 580 millones y el del Instituto Politécnico Nacional de 454 a 1 957 millones” (Bravo Ahúja; 1976: 88).

Se crearon además instituciones de educación media superior y superior para dar cabida a la demanda que los cambios demográficos ya en ese momento representaban sobre la cobertura de estos niveles: los Colegios de Ciencias y Humanidades y los Colegios de Bachilleres. Asimismo, se crearon 122 centros de estudios científicos y tecnológicos, 76 centros de estudios tecnológicos agropecuarios y seis centros de estudios en ciencias y tecnología del mar. Se fundó el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y cinco Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales de la UNAM (Cuautitlán, Acatlán, Iztacala, Aragón y Zaragoza), la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Autónoma de Chapingo, varias universidades autónomas estatales (en Aguascalientes, Ciudad Juárez, en Chiapas, en Baja California Sur y en Tlaxcala) y varios Institutos Tecnológicos Regionales. En este contexto el nivel superior tuvo un incremento en su matrícula del 106% al pasar de 256 000 alumnos en 1970, a 527 000 en 1976. Tan sólo en la UNAM

Pasó de 106 mil alumnos en 1970 (62 mil en licenciatura, 3 mil en posgrado, 1500 en el nivel técnico y 40 mil en bachillerato, con un primer ingreso de más de 30 mil alumnos y con 25% de mujeres) a su máximo histórico en el siglo: 294 mil alumnos en 1980 (145 mil en

licenciatura, 5 mil en posgrado, y 144 mil en bachillerato (Mendoza; 2001: 151)

Tres rectores pasaron por la “máxima casa de estudios” durante la realización de la reforma: Javier Barros Sierra, Pablo González Casanova, y Guillermo Soberón. Barros Sierra enfrentó los primeros pasos que se darían en esta dirección, y los otros dos concretaron los planteamientos de la política echeverrista. Entre los objetivos más destacados de la política del rector Barros Sierra estaban: una reforma participativa de todos los sectores universitarios; la contención del proceso de sobrepoblación en la UNAM; y reencauzar la relación con el presidente Díaz Ordaz. Resulta entonces interesante observar que ya en la administración echeverrista, una de las intenciones fuera precisamente la contraria: aumentar el ingreso al nivel superior. Como ya lo vimos, para lograrlo se abrieron nuevos espacios académicos, algunos dependientes de la UNAM y otros independientes a ésta, ello bajo el principio de la planeación.

Ya con Pablo González Casanova a la cabeza de la universidad se crea el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), así como el Sistema de Universidad Abierta (SUA). Con el doble rectorado de Soberón se buscó “a) el restablecimiento de las relaciones de la UNAM con el Estado... b) la búsqueda de mayor vinculación con el aparato productivo; y c) la resolución del problema de la masificación” (Rojo; 1997: 83). En sus periodos se crearon las ENEP’s, la UAM y el Colegio de Bachilleres, centros e institutos de investigación; se crearon o modificaron instancias administrativas.

En el IPN, las escuelas vocacionales se transformaron en Centros de Estudios Científicos y Tecnológicos gracias a lo cual el alumno egresa con un título profesional de técnico además del de bachiller; se creó la Unidad Profesional Interdisciplinaria de Ingeniería y Ciencias Sociales y Administrativas; se ampliaron las instalaciones de Zacatenco, de Xocongo y de la Escuela Superior de Comercio y Administración de Santo Tomás. Se construyó el Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos “Juan de Dios Batiz” y se remodeló el denominado “Wilfrido Massieu”. Se construyó además la Escuela de Medicina homeopática, el Centro Interdisciplinario de Ciencias de la Salud (CICS); y se llevó a cabo un proceso de descentralización administrativa. En cuanto a las universidades de provincia: “En 1971 los subsidios federales a dichas instituciones sumaban 106 millones de pesos; para 1976 ascienden a 1 500 millones... En el período 1970-1971 las universidades de provincia atendían a 100 000 alumnos de licenciatura; en 1976 a tienden a 186 000” (Bravo Ahúja; 1976: 92).

Otros aspectos de la reforma: El presupuesto destinado a la educación pasó del 37.6% del presupuesto federal (7,947 millones) al 40% del mismo (39, 000 millones). La descentralización de la Secretaría de Educación Pública (SEP) cuya estructura orgánica fue modificada para crear cuatro subsecretarías: Educación primaria y Normal; Educación media, técnica y superior; Cultura popular y Educación Extraescolar; y Planeación y Coordinación educativa. Se modificó la Ley Federal de Educación el 14 de diciembre de 1973 y el sistema educativo se guió a partir de tres directrices: la actualización, la apertura, y la flexibilidad. Esta ley sustituyó “a la Ley Orgánica de Educación Pública de 1941, convierte a la Reforma Educativa en un imperativo jurídico, además de moral y pedagógico” (Bravo Ahúja; 1976: 36). La educación técnica también tuvo un auge en el sexenio echeverrista, ya que en 1970 existían 289 instituciones técnicas y para 1976 había ya 1301, esto en concordancia con el proyecto desarrollista del presidente a través del cual se buscaba que esta modalidad contribuyera a la modernización de la industria nacional. Con este objetivo se creó el Consejo del Sistema Nacional de Educación Técnica.

Se reformaron además los programas de primaria y los textos de libro gratuitos para actualizar sus contenidos y técnicas metódicas para favorecer la enseñanza y el aprendizaje. Así, esta reforma que requirió modificaciones legales, intervenciones políticas, creación de comisiones y cambios repentinos en el nivel superior fue significada como integral por parte de las autoridades gubernamentales en los siguientes términos:

Subsisten deficiencias en todos los órdenes y hay problemas críticos que reclaman una solución que, para ser efectiva y procedente necesita ser integral. No debemos cejar en la batalla contra la injusticia social, el marginalismo, la ignorancia, el colonialismo técnico, la mecánica inflacionaria y otras situaciones que nos aquejan actualmente. Debemos, ante todo, comprender que estamos inmersos en un complejo proceso... La Reforma Educativa se explica en este contexto, conforme a las características generales de la educación; las particularidades de su proceso evolutivo en México; el marco jurídico en que se desenvuelven nuestras instituciones nacionales, y la política integral de Estado emprendida por la administración federal, a partir de 1970. Factores todos que dieron lugar a la Reforma Educativa (Bravo Ahúja; 1976: 30-31)

En el ofrecimiento de este horizonte integral caben todas las posturas; o al menos eso es lo que pretende significar, en términos analíticos, el gobierno federal. No hay exclusión, no hay pretexto para no adherirse al mismo, para no sumarse a este imaginario

democrático renovado, tan lleno de sentidos que aparenta representarlo todo, incluso los más radicales y violentos están incluidos

Qué bien que los jóvenes traten siempre de transformar la realidad, pero sólo los preparados, los capaces, los estudiosos, los de cultura sólida, serán quienes logren hacer algo por superar la sociedad en la que viven, a través de su incorporación al trabajo productivo... quienes han entrado en los amplios caminos de la educación superior son vanguardia de la transformación nacional (Castrejón; 1974: 56, 62)

Sin embargo, ante tal ofrecimiento existieron posiciones inarticulables al discurso reformador, tanto a sus sentidos literales como a sus ofrecimientos de mera inclusión (plenitud ofrecida). Aquellos que no se acojan a dicho ofrecimiento serán vistos entonces como “fascistas”, “extremistas”, “escapistas”, “impacientes por la utopía”, que sólo realizan “borlotes estériles” o “algaradas que no fructifican”; “hay quienes pretenden que se confunda la libertad social con la anarquía” dice el secretario de Educación Pública Víctor Bravo Ahúja. La reforma significa “diálogo”, y diálogo fue la demanda constante del CNH. Las peticiones han sido atendidas:

Somos nosotros, compañeros de las instituciones de cultura superior, quienes estamos obligados a mantener el diálogo, quienes debemos recurrir en todo momento a los medios superiores del entendimiento, porque todo dogmatismo, todo autoritarismo, sólo engendrarán regímenes de terror y violencia (Castrejón; 1974: 71).

La posición democrática y la educación

Hemos visto que el movimiento estudiantil influyó definitivamente en la producción de una reforma integral que enfatizó la importancia del nivel superior. De igual manera, he venido anticipando lo que se analizará en el próximo capítulo, el papel de la educación política como estrategia de agitación en el entramado de significación del periódico Madera. Pero, ¿cómo fue recibida la reforma por la postura democrática? Aunque no profundizo sobre el tema y mi metodología delimita sólo una de las aristas de la “experiencia formativa”, expondré brevemente algunas referencias rastreables sobre el tema.

Por un lado encontramos que el CNH como vocería oficial del estudiantado, cuestionó una reforma que consideraba elaborada “al vapor” y que no daba solución a los

seis puntos del pliego petitorio. Para Gilberto Guevara Niebla, el movimiento del 68 “se abstuvo de cuestionar a la cultura formal, al sistema educativo, y a la universidad. Fue un movimiento fundamentalmente antiautoritario” (1988: 49). El movimiento no llegó a crear un programa de reforma universitaria.

Por fuera del Consejo, algunos grupos planteaban la importancia de una reforma educativa en el contexto de la movilización. Un sector del PCM propuso impulsar una reforma universitaria como una posible solución al conflicto; también la CNED y la FNET tuvieron algunas lecturas al respecto: “la FNET planteaba la necesidad de una ley que regulara y normara la educación tecnológica en el país. En la propia CNED se planteaba, como línea estratégica del movimiento estudiantil, la reforma democrática a la educación superior” (Jardón; 1998: 251). En palabras de Guevara Niebla “El camino no es la revolución sino la educación” (2008: 147). Sin embargo, el movimiento fue fundamentalmente antiautoritario, y la recepción de la propuesta de solución por parte del gobierno en forma de reforma educativa no dejó satisfechos los puntos del pliego petitorio ni las perspectivas del Consejo. Al margen de ello, la importancia del planteamiento de reforma integral de la educación como horizonte mítico limitado donde reinscribir la plenitud ausente paulatinamente fue aceptada, ya que: “en la mayoría de los casos eran proyectos impulsados directamente o con muy alta participación de personas y grupos democráticos profundamente sensibilizados por los acontecimientos del 68” (Álvarez Garín; 1998: 222); más aún cuando se le incorporó dentro de un bloque reformista más amplio que abarcó el ámbito económico y político.

Sin embargo es posible observar algunos efectos educativos en dicha postura, que se conformaron a raíz del mencionado movimiento, tal como lo plantea David Vega, delegado del Escuela Superior de Ingeniería Textil del IPN ante el Consejo:

Si pudiéramos aterrizar sobre algunos planteamientos que se hacían en el movimiento estudiantil, podríamos ver que había una riqueza programática y una gran intencionalidad para resolver problemas de la educación en México... La CNED planteaba como su lema “Luchar mientras se estudia”... se planteaba como línea estratégica del movimiento estudiantil, la reforma democrática a la educación superior, dentro de todo un conjunto que yo puedo resumir en las cuatro P... se planteaba –y se luchaba- por la necesidad de que la educación estuviera debidamente planeada... se pedía un aumento al presupuesto... se planteaba que la educación fuera popular y también ampliamente participativa (Vega en Jardón; 1998: 251)

El proyecto de la CNED corresponde al año 1963, momento en el que se reunieron en Morelia, Michoacán 200 delegados como representantes del estudiantado a nivel nacional para acordar su participación en la lucha unificada y firmar la Declaración de Morelia. Fue un proyecto que se concibió cinco años antes de la huelga del Consejo, pero corrobora el comentario de David Vega en cuanto a que existieron algunos planteamientos educativos por parte del estudiantado organizado, algunos de ellos con varios años de anticipación a manera de programas de grupo. Para la CNED desde ese momento era necesaria una reforma educativa

La educación superior, como institución nacional, entra en abierta contradicción con los intereses populares. El camino para resolver esta contradicción se inicia por una Reforma Educativa Nacional que plantee la problemática real del país, que planifique la enseñanza en todos sus grados e imparta una enseñanza que forje técnicos y humanistas que estén identificados con los intereses populares (Garín; 1998: 277-278)

Por otro lado, el 68 también explica en parte el auge del marxismo en las universidades, el cual, a decir de Garín, permitió a los jóvenes aprehender científicamente una realidad que buscaban modificar

Antes del movimiento, hubo esfuerzos transformadores más claros dirigidos a abrir las universidades al marxismo como realidad política e intelectual... pero después del 68 el marxismo ya no se estudia solamente en seminarios particulares o en unos cuantos cursos en las escuelas de Humanidades, sino que se generaliza y se implanta en los programas de estudio, en paralelo al surgimiento de una avidez impresionante por conocer las fundamentaciones teóricas de la actividad política y revolucionaria y la realidad nacional (Garín; 1998: 220-221)

Para Mendoza Rojas, el gobierno de Luis Echeverría neutralizó a los grupos opositores de izquierda con la apertura democrática, haciéndolos partícipes de la vida política y cultural del país bajo un discurso "populista" antiimperialista que convocaba a la transformación por vías institucionales. En mi lectura, además de lo anterior, la postura democrática hizo eco de algunas de las iniciativas gubernamentales en torno a la reforma educativa integral de Echeverría, y participó en otras que consideraba como promotoras de su línea política. No propuso un proyecto educativo propio como lo reconoce Guevara Niebla, sino que más bien se insertó para democratizar los procesos diversos aparejados a la apertura, por ejemplo: "una herencia del 68 en el terreno de la cultura es sin duda el

surgimiento de proyectos (editoriales, en el arte, el cine, el teatro, etc.) plurales y muchos de ellos críticos del sistema” (Mendoza; 2001: 146). Es posible que en los planteamientos a nivel grupal puedan observarse proyectos que contemplen específicamente elementos educativos, pero analizarlo llevaría a la construcción de otro objeto de investigación. Por lo pronto cabe asentar aquí que en general, la posición agonística al convertirse en una oposición legítima y reconocida, y al cobijarse bajo el discurso aperturista, participó de la construcción de ese nuevo panorama político y como tal, sus adeptos se incorporaron a proyectos tales como el de reforma educativa. Esto quiere decir que el llamado estructurado a manera de reforma apaciguadora, tuvo resonancias en la constitución de la identidad de algunos ex participantes del movimiento.

La reforma en buena medida se pensó para los estudiantes en turno o los futuros alumnos de la educación de nivel superior, sin embargo, algunos de los que vivieron el movimiento de 1968 para los años setenta ya estaban ejerciendo sus profesiones lo que les permitió su incorporación laboral en las universidades.

Con el auge de la educación superior muchos encontraron cabida como educadores: Álvarez Garín como profesor en la Facultad de Economía; Eduardo Valle también como profesor universitario; Martínez della Rocca profesor de la UNAM, de la ENAH, y de la universidad de Guerrero; Guevara Niebla como subsecretario de Educación; Roberto Escudero, profesor de la UNAM y de la UAM, etc. Gran parte de ellos siguieron militando además en organizaciones de izquierda recién permitidas por la apertura democrática como participación en revistas, partidos políticos y en sindicatos. Producto de esta relación que podemos caracterizar como agonística, fue la priorización de una línea política:

En este sexenio se impulsaron dos líneas no siempre coincidentes: la reformista-democratizante y la modernizadora, pretendiendo simultáneamente establecer un ambiente de democracia y apertura ideológica en la Universidad y transformar las prácticas educativas para refuncionalizar la institución en atención a las necesidades del desarrollo económico del país. Sin embargo, y como consecuencia del 68, en estos años predominó la primera línea. Si el gobierno buscaba cerrar las heridas aún sangrantes tenía que echar mano de medidas políticas: la apertura de la Universidad a los sectores demandantes en función de la solicitud de ingreso (que nadie quedara fuera, toda vez que el gobierno prefería que los jóvenes lucharan por espacios en la Universidad a que se unieran al enorme ejército de desempleados), el énfasis en el respeto a la autonomía universitaria, la renuncia a la incidencia en la conducción de la institución y la ampliación de los espacios para la acción política y social (Mendoza; 2001: 147-148)

No fue gratuito que la primera línea tuviera mayor importancia; no sólo se buscó contener posibles rebeldías con el mantenimiento de los jóvenes estudiando en las universidades (frente a un panorama laboral cada vez menos favorable); también se consideró un paso más de la apertura a las diversas posiciones políticas dentro de las universidades; y por último, se presentó como la respuesta a las demandas del movimiento de la década pasada, frente a la cual la postura democrática se vio beneficiada en diversos flancos:

En este clima político que abría cauces a la crítica, se posibilitó el desarrollo de nuevas experiencias en las universidades, tanto educativas como políticas, de tipo teórico, ideológico o práctico. Estas experiencias de alguna manera herencia del 68, fueron conduciendo a conformar un nuevo espacio al interior de las universidades, con sus aciertos, que apuntaban a la construcción de nuevas prácticas educativas más sólidas en lo pedagógico, más críticas y con un mayor compromiso social, pero en coexistencia con otras prácticas atravesadas por el corporativismo, el dogmatismo, la violencia, el predominio de la militancia partidista y la trastocación de las finalidades de la universidad (Mendoza; 2001: 152)

Otra manifestación de la posición democrática quedó en el respaldo a la administración del rector Pablo González Casanova, fundador de los Colegios de Ciencias y Humanidades (CCH) y del Sistema de Universidad Abierta (SUA), a quien se le simbolizó como un sociólogo comprometido con la democracia.

Para finalizar, retomo una opinión ilustrativa e interesante de Gilberto Guevara Niebla sobre la supuesta ausencia de un proyecto educativo en la posición revolucionaria:

Entre el sentido común de la gente y la política se presenta un vacío que debe llenarse, desde luego, por la educación política, pero los insurreccionalistas piensan que no es necesario romper con las estructuras del sentido común para lograr su propósito. No importa cómo piense la gente, cuáles sean sus concepciones del mundo, lo que se desea en todo caso es verla insurrecta, en la calle, protestando contra el poder político y eventualmente luchando cuerpo a cuerpo con la policía y el ejército que constituyen la encarnación material más odiosa de ese poder (Guevara; 1988: 189)

Como veremos en el siguiente y último capítulo, Guevara se equivoca; en su lectura hay un reduccionismo y desconocimiento de las posiciones revolucionarias que no da cuenta de la diversidad de posturas en torno a dicho imaginario y mucho menos

profundiza en los planteamientos y proyectos propios de tales grupos. Tal es el caso de la educación política en el periódico Madera de la Liga Comunista 23 de septiembre.

Imaginario democrático vs imaginario revolucionario

En este apartado final plantearé los imaginarios encontrados en los enunciados analizados, no sin antes retomar algunos de los puntos trabajados en el segundo capítulo en torno a dicha noción. Con base en estas herramientas de intelección caracterizaré los horizontes de plenitud de cada posición política involucrada en el proceso que va del movimiento del CNH a la conformación de la reforma integral de Echeverría.

Recordemos que el proceso de hegemonización de una demanda no concluye con la articulación de las diversas posiciones de sujeto, ni con la universalización de un particular, ni con la condensación de un objetivo común en un significante nodal. La hegemonía es necesariamente una hegemonía mítica, ya que se presenta como un horizonte de plenitud que se propone resarcir las carencias de los participantes en la relación. Los elementos articulados se observan más completos y depositan su fe y esperanzas en la nueva relación que promete recomponer la estructura estallada; ofrece que la dislocación es susceptible de ser superada con un nuevo proyecto. Con base en esta intuición o promesa, los participantes se aglutinan en la construcción colectiva de una nueva meta que recompondrá la estructura. Lo hacen en torno a contenidos específicos y en torno a la promesa de plenitud tal cual. A veces, dice Laclau, la sola promesa basta para aglutinar en torno suyo a diversas posiciones. Si el significante nodal funge como aglutinador conservando cierto grado de literalidad y contenidos, entonces es una hegemonía mítica.

La noción espacio mítico me permite caracterizar al significante “reforma educativa integral” como respuesta a una situación crítica (el movimiento de 1968), “consensuado” por distintos actores nacionales y ofrecido al estudiantado y a la postura democrática como una parte de la solución a los problemas de la juventud. La apertura democrática funge entonces como un significante aun más vacío que el de reforma, porque abarca casi cualquier demanda realizada al echeverrismo de entonces. Esto me lleva a retomar brevemente, a manera de recordatorio, los puntos que desarrollé en torno a la noción de “imaginario” en el capítulo dos, con el objetivo de caracterizar los imaginarios de la época.

En la construcción hegemónica pueden existir en juego significantes que cumplen el papel de “imaginarios”, es decir, cuando se encuentran bajo una condición aporética

entre el vaciamiento y la sobrecarga de significados (sobredeterminación): pueden caber en él tantos sentidos, que no llega a representar a ninguno exclusivamente; o dicho de otra forma, los representa a uno y a todos al mismo tiempo, o mejor dicho, a casi todos.

A continuación presento sintéticamente y puntualmente el caso específico de la democracia y la revolución retomando las seis características que observo en la herramienta de análisis “imaginario”.

1) El imaginario es producto de una relación hegemónica:

En el caso del CNH, las demandas eran específicamente seis, expresadas en el pliego petitorio: 1.- Libertad a los presos políticos; 2.- Destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, así como también el teniente coronel Armando Frías; 3.- Extinción del cuerpo de granaderos, instrumento directo en la represión y no creación de cuerpos semejantes; 4.- Derogación del artículo 145 y 145 bis del Código penal federal (delito de disolución social) instrumentos jurídicos de la agresión; 5.- Indemnización a las familias de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión desde el viernes 26 de julio en adelante; 6.- Deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión (Ramírez, 1969a: 190). Todas ellas demandas con un contenido literal. Sin embargo, a decir de los propios participantes, el fondo de las mismas era el respeto a los derechos constitucionales y aun más, la búsqueda de la democratización de la vida pública nacional. Si bien los seis puntos expresan un espacio mítico de representación atado a contenidos literales, mientras más grupos se unieron al movimiento o expresaron su apoyo a los estudiantes, más se produjo un vaciamiento, es decir, a los grupos sindicales, de intelectuales, a los estudiantes de otras entidades de la República que no se veían afectados por las políticas policiales del DF, a los médicos, a los maestros, y a muchos otros grupos del país no les atraían tanto las demandas de los seis puntos como la promesa de democratización de la vida nacional, un lugar en el que todos ellos también estaban incluidos. No sólo es solidaridad con las demandas de los otros, es la articulación en aras de un beneficio mayor compartido. Así, el imaginario que guió las movilizaciones estudiantiles fue “democracia”:

Este movimiento también demanda el mismo respeto a los derechos de manifestación, de reunión, de asociación, de auténtico acatamiento a la voluntad política, de inviolabilidad a los derechos de los obreros y de los campesinos. Los seis puntos de nuestro pliego inicial de peticiones, son un primer paso para alcanzar la democratización del

país. Luchamos pacíficamente y así lo seguiremos haciendo, pero el pueblo, los estudiantes, los miembros del Consejo Nacional de Huelga, no claudicarán jamás (Ramírez; 1969: 453)

La articulación hegemónica del CNH es posible debido a que desde un inicio se propone una meta a seguir a las distintas posiciones involucradas. Está desde un inicio representada por una demanda literal (los seis puntos), y atravesada por el anhelo del logro de una meta, de un horizonte de plenitud (democracia). Hablar de hegemonía nos remite a una articulación donde se conforma un equivalente general que presenta la dualidad mencionada. Si la adhesión al punto nodal se debe al sentido que plantea, la hegemonía es de carácter mítico; pero si la relación hegemónica mítica logra abarcar cada vez más posiciones y abandonar su sentido literal, entonces se ha transitado del mito al imaginario. Sólo puede hablarse de imaginario cuando la demanda ha interpelado a un amplio espectro de sectores; cuando la irradiación ha cubierto *diversas* posiciones de sujeto; cuando el significante que funge como punto nodal ha logrado articular *casi* todas las demandas y aún queda abierto para articular las que no llegaron a integrarse.

- 2) En el imaginario hegemónico se invisibiliza la imposibilidad de la sociedad, y al hacerlo se produce un efecto de sociedad

Este es el terreno de la democracia, que en el contexto del movimiento del 68 produce dos efectos: el primero es que todas las posturas están con el CNH, y que incluso a nivel nacional, distintos grupos de trabajadores apoyan las demandas estudiantiles. Aquí el pliego petitorio pasa a segundo plano y la demanda por la democratización se hace más fuerte y al mismo tiempo fortalece al movimiento:

El Consejo Nacional de Huelga, máxima expresión organizativa del movimiento no ha asumido una posición ideológica homogénea porque ha acogido en su seno a todas aquellas corrientes que luchan por el avance democrático del país, por la vigencia de la Constitución y por una sociedad en la que todos nuestros compatriotas encuentren oportunidades para expresarse y desarrollarse cabalmente como hombres y ciudadanos (Ramírez; 1969: 546)

Presentarse a sí mismo como el horizonte de inscripción de toda demanda posible y de toda esperanza futura, invisibiliza los orígenes “innobles” del imaginario: el rejuego articulador incluyente y excluyente que lo hizo posible.

Cuando la demanda se vacía y se remarca la representación metafórica de la plenitud por sobre cualquier contenido específico, el imaginario tiene la capacidad de anudar cada vez más posiciones, lo cual tiende a *ocultar* que hay algo fuera de él y *pareciera* que se presenta entonces el cierre de lo social. Evidentemente esto es imposible porque si el imaginario es resultado de un mito, y si la hegemonía mítica se conforma con base en procesos de demarcación de fronteras, entonces dicha demarcación también está a la base de la conformación de un imaginario; sin embargo la vacuidad es tal que una amplia diversidad de posiciones de sujeto pueden sentirse interpeladas por aquél, razón por la cual *pareciera* que, efectivamente, nadie queda fuera, todos están incluidos, cualquier postura está representada, y ya no hay frontera que marque divisiones.

El segundo efecto es más abarcativo, y se presenta cuando el gobierno federal ofrece la apertura democrática con una serie de reformas que pretenden dar respuestas integrales a la juventud, pero que no sólo la incluyen a ella. Todos quedan dentro incluso el gobierno mismo, por lo que pareciera un cierre de lo social, una clausura estructural agonística y armónica, donde los conflictos finalmente se discuten y resuelven en aras de una coexistencia. El lema de algunos intelectuales en este periodo resulta ilustrativo “Echeverría o el fascismo”. Todos de un lado o nos queda sólo el autoritarismo. Sin embargo, este supuesto abarcamiento exhaustivo donde todas las posiciones caben es imposible: hay quien no se adhiere a la apertura y quien abiertamente combate el echeverrismo. El movimiento armado como posición de sujeto outsider, queda oculto bajo el tsunami de adhesiones a la democracia; primero se le niega como tal en los medios impresos, luego se le combate calladamente mediante dispositivos policiales ilegales, luego se le desaparece literalmente. La democracia se construye así con base en un ocultamiento⁴⁶ del antagonista emergente.

3) El imaginario hegemónico es una demanda particular que se universalizó

En el caso del CNH universalizó el pliego de seis puntos que se hizo el representante de todos los sectores nacionales, pero éste era demasiado literal para representarlos a

⁴⁶ Recordemos que en este trabajo “ocultamiento” no tiene que ver con una acción intencional de algún actor, sino con un efecto ontológico provocado por el vaciamiento del imaginario que da la impresión de abarcar todas las posiciones; en esta operación quedan invisibilizado aquello excluido. Ello se traduce al plano histórico en la presentación de una conciliación que niega la existencia del enemigo: la guerrilla no existe, no son más que vándalos, etc.

todos; a la base de éste, la demanda por la democracia fue la principal movilizadora y la que representó a todas las posiciones particulares:

¿Qué demandábamos los estudiantes?: libertad a los presos políticos, cese a la represión, la supresión del cuerpo de granaderos, la suspensión de los jefes policiacos, la indemnización a los heridos y a los familiares; es decir que era un movimiento estudiantil que no tenía demandas propiamente estudiantiles, por lo tanto era un movimiento que estaba dirigido a liberalizar, a democratizar a la sociedad. Era un movimiento social más amplio, que trascendió los muros de las escuelas y se convirtió en un movimiento por la democracia en nuestro país (Perdomo en Jardón; 1998: 233)

El efecto universal es necesario en su carácter aglutinante y totalizador porque da identidad a la construcción hegemónica. Si ésta es universal y dada la posibilidad del mito hegemónico de transformarse en un imaginario, con mayor razón el imaginario está también universalizado, no tanto por provenir de una demanda específica sino por tener la capacidad de representar la plenitud ausente de todas las posiciones particulares involucradas. El imaginario hegemónico es un particular que universalizó en un determinado contexto y que logra interpelar a *casi* todas las particularidades, universalizó en su nombre. El imaginario hegemónico se ambigüiza en contexto

4) El imaginario hegemónico se ambigüiza en contexto

La ambigüedad se presenta cuando en el contexto hay una serie de pugnas por hegemonizar el sentido y ninguna de ellas se logra debido a la gran cantidad de posiciones en juego tratando de asignarle un sentido. Esta es la ambigüedad que aporta el contexto y que necesariamente remite a un significante que tenga la capacidad de cobijar la diversidad en pugna: esta función la cumple el imaginario hegemónico. El caso de democracia en el contexto del movimiento las posiciones pugnaban entre sí para significarlo fuera al interior de la liga o con otros grupos armados de la época, pero en buena medida se adherían a él por su valor sedimentado. Esto se aclara en el siguiente punto sobre imaginarios sedimentados históricamente (*Supra* p. 54).

5) Vacuidad e imaginarios históricamente sedimentados

El significativo democracia fungió como horizonte base de las demandas del CNH; más que seis puntos de un pliego de peticiones, la carencia fue representada en una meta vacía sobrecargada de valores liberales. Pero éste no fue un concepto que surgió de la movilización, o que cobró relevancia en ella, ya era un horizonte deseable desde movimientos populares anteriores, y se desplazó en tiempo y enunciadores hasta el discurso del CNH. Es un imaginario históricamente sedimentado que recurrentemente cobija los anhelos de plenitud de grupos diversos. Respecto al imaginario de la revolución, la postura democrática se mantuvo crítica tanto de la herencia nacional como del proyecto proletario

Nuestro movimiento, por ello, no es una algarada estudiantil más; esto debe comprenderse muy bien por quienes se obstinan en querer ajustar sus nuevas realidades a los viejos sistemas obsoletos de su “revolución mexicana”, de su “régimen constitucional”, de su “sistema de garantías” y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación de la conciencia, a la hipocresía social y a la mentira que caracterizan al régimen imperante (Ramírez; 1969: 290)

El gobierno federal también recurrió al significativo democracia cuando ofreció la política de apertura que daría pie a la conformación de nuevos partidos, otras formas de participación, y en buena medida, a la reforma educativa.

En el caso del significativo revolución, hubo una disputa entre una posición gubernamental que reivindicaba en todo momento su pasado histórico y su mística; sus logros y la lucha armada que la había hecho posible; sus héroes y su constitución; y otra naciente que se inspiraba en el discurso marxista leninista con categorías del socialismo científico tales como lucha de clases, proletariado, imperialismo, modo de producción capitalista, etc. Revolución es un significativo presente en el discurso político desde su vinculación con luchas burguesas, anticolonialistas, proletarias. Por sobre sus sentidos literales resalta su promesa de transformación, con lo que los participantes en la relación política se identifican de inmediato. Podemos decir en términos analíticos que en ambos casos, tanto del gobierno de Díaz Ordaz y Echeverría, como en el discurso de la Liga, se definen claramente los sentidos que aluden a dicha transformación, y entonces pareciera que la hegemonía permanece en el terreno mítico; es decir, uno alude al proceso agrario de 1910, el otro a un proceso a construir a partir de ciertas condiciones y objetivos históricos. El gobierno apeló a dicho imaginario en su dimensión histórica sedimentada, como un significativo que representaba las respuestas a una situación crítica del pueblo

mexicano, toda una transformación producida por la lucha del campesinado. Fue en ese sentido en el que Díaz Ordaz y Echeverría hablaron de revolución, sobre todo, desde su institucionalización: “Las instituciones que el pueblo se ha dado en el curso de nuestra Revolución, y que él mismo ha venido transformando, son vértice de confluencia para amalgamar las muchas semejanzas y diluir las pocas diferencias, individuales o sectoriales, que integran el ser nacional” (Ramírez; 1969: 241-242)

Los participantes de la Liga Comunista 23 de septiembre tenían una idea diferente: la abolición de la sociedad de clases y la socialización de los medios de producción. Su referencia era la revolución proletaria rusa leninista. Ambas posiciones apelaron al imaginario sedimentado históricamente “revolución”.

En sentido contextual no cualquier significante-demanda puede interpelar a las distintas posiciones de sujeto para la conformación del equivalente general. Tiene que ser uno que logre convocarlos a todos. Una de las dimensiones del imaginario es histórica: hay significantes que han jugado previamente como “vacíos”; significantes de este tipo han sido democracia, libertad, igualdad, fraternidad, independencia, unidad nacional, oportunidades, cambio, revolución, bienestar, transformación, etc.; todos ellos, al margen de un contexto de pugna, parecieran indicar una plenitud ausente porque históricamente se han usado (se han sedimentado) como metas vacías.

Así, hay imaginarios emergentes, e imaginarios sedimentados; estos últimos se han constituido en reservorio de significantes flotantes disponibles para enunciar/representar la plenitud ausente (constitutiva), son retomados constantemente a lo largo del tiempo (algo así como la persistencia de las viejas demandas) y resultan idóneos para representar la completud históricamente vista como todavía no lograda. En el contexto de cada uno de ellos ocurre el vaciamiento, pero en el caso de los históricos ésta vacuidad pareciera estar expresada desde un inicio.

6) El imaginario hegemónico se presenta como horizonte de plenitud

En éste lo que guía la adhesión a la demanda central (punto nodal) por parte de las diferentes posiciones es la esperanza, el anhelo de lograr la meta y el cambio, el deseo de plenitud en la que se incluye su propia particularidad. Por ello el imaginario es un horizonte ilimitado de inscripción de particularidades; es un horizonte de plenitud para todas ellas, y resulta imposible pero necesario.

La fuerza del imaginario (construido en la relación hegemónica, o bien, retomado del reservorio de significantes sedimentados) radica en su capacidad para representar la plenitud ausente, para ofrecer un horizonte de plenitud: una sociedad democrática donde los jóvenes puedan participar en la política; o, un nuevo escenario revolucionario donde el régimen priísta deje de existir

Los democráticos pensaban que había que lograr negociando una solución para el pliego petitorio, y que para ello era necesario que el movimiento reuniera en torno a sí el mayor número de fuerzas, incluyendo fuerzas no necesariamente estudiantiles. Los revolucionarios pensaban, por el contrario, que México vivía un momento “pre-revolucionario” y que el movimiento podría actuar como “detonador” de una situación revolucionaria. Para ellos la solución del pliego de los seis puntos no era importante, es más, cualquier intento de negociación en este sentido era considerado como traición al movimiento. Por sorprendente que parezca, los revolucionarios sólo veían a los estudiantes como un instrumento capaz de despertar a la clase obrera de su letargo: según ellos, bastaba un relámpago, un discurso, un acto cualquiera, para que los obreros asumieran su “papel histórico” (Guevara; 2004: 147)

El horizonte de plenitud así concebido es, en su vacuidad, la condición de posibilidad de “n” discursos emancipatorios, que si bien requieren representarse con contenidos empíricos, tienen en su base una apertura radical inerradicable. El imaginario, en su necesidad de representar, invisibiliza la más radical posibilidad que abre la nihilidad, pero, sin embargo, su operación de ocultamiento resulta necesaria en aras de la posibilidad misma de la vida social.

Cierre capitular. Democracia y revolución

He venido ya desmenuzando las características que la noción de imaginario me permite observar en los entramados discursivos de las posturas involucradas, así que aquí presentaré una breve reflexión para cerrar el capítulo, señalando de antemano que cualquier pretensión de clausura es sólo eso temporal y precaria.

Las metas del CNH se expresaron primeramente en una hegemonía mítica condensada en los seis puntos del pliego petitorio, pero rápidamente y debido a la gran cantidad de posturas articuladas en torno al movimiento, el mito fue rebasado en importancia por un imaginario históricamente sedimentado que no estaba en principio

contemplado en las demandas de manera explícita pero que constantemente era referido como un anhelo implícito en el discurso del estudiantado: la democracia.

El gobierno federal en ese momento respondió al movimiento con una reforma integral denominada “apertura democrática” la cual abarcó, además de modificaciones en la participación ciudadana, una reforma en todos los niveles del sector educativo. Por esta razón es posible hablar de una pugna por dotar de sentido al significante democracia, para unos entendido como demanda nacional pleno de peticiones locales, y para otros como una política necesaria para la reconciliación después de haber ejercido en diversos momentos acciones represivas. En buena medida se posibilitó el ingreso de los demandantes al ámbito institucional fuera con plazas de trabajo en universidades, con la creación de nuevos partidos políticos, con la oportunidad del ejercicio sindical, o bien, a partir de frentes de izquierda diversos y publicaciones de crítica hacia la política oficial. De esta manera el gobierno federal hegemonizó el imaginario democrático de la mano del movimiento ofreciendo una amplia respuesta a diferentes solicitudes. Aun así, no mostró el vaciamiento que requería un contexto de diversidad, lo cual, desde este posicionamiento ontoepistemológico resulta sumamente comprensible, pues las diferencias se mantienen a disposición de conformar nuevas cadenas equivalencias susceptibles de re-hegemonizar el campo político.

Como consecuencia existieron otras posiciones en conflicto, entre ellas, la representada por el movimiento armado. La liga comunista 23 de septiembre, como parte de la guerrilla urbana, enarbó el imaginario revolucionario de tipo marxista leninista, mientras que el gobierno federal se respaldó en las conquistas de la revolución de 1910 y en el proyecto de construcción de una nación. Para la liga, la democracia era oratoria falsa, una política propia del “oportunismo pequeño burgués”⁴⁷ por lo cual puede decirse que no entraba en la lucha por la significación de la misma. Así, entre el gobierno y la liga existió una pugna por hegemonizar el significante revolución, el primero sustentado en una tradición; la segunda formada a partir de un proyecto observable en documentos como el periódico Madera. Con la desaparición forzada fue también desapareciendo esta pelea con lo que finalmente continuó su proceso de sedimentación la tradición priísta. Por estas razones, puede argumentarse la coexistencia de imaginarios en el discurso de la política estatal, y, dado su vaciamiento, muchas posturas se vieron reflejadas en éstos.

Ofrecer una respuesta tan ambigua permitió la inclusión de nuevos grupos al ejercicio de la política nacional, no sin conservar la exclusión que permite abierta la

⁴⁷ A lo largo del siguiente capítulo se profundiza en el tema del oportunismo.

rearticulación constante. Ese es el carácter productivo del exterior constitutivo y el antagonismo, de lo contrario, si habláramos de una estructura cerrada, ya todo estaría dicho y no habría posibilidad de recreación.

CAPÍTULO VI Lo educativo como estrategia de agitación revolucionaria: la educación política en el periódico Madera de la Liga Comunista 23 de Septiembre

CAMARADAS PROLETARIOS: Hagamos de la prensa revolucionaria el instrumento efectivo en la construcción del Partido y Ejército Revolucionario, la labor de educación política realizada a través de la misma, es la base de la construcción de tal organización superior de la clase, pero es claro que no puede esperarse que sea producto de unos dos números difundidos de dicho material, sino de una porfiada, permanente y amplia difusión de la política revolucionaria a través de la prensa revolucionaria, que llegue a las fábricas, barrios y escuelas, a las manos de los obreros, que sea discutida y reimpresa, y que a esta amplia y basta labor de educación se sume un gran trabajo práctico de organización de los elementos avanzados de la clase (Madera 6; 1974: 39).

Introducción

En esta parte de la investigación abordaré la estrategia política que observo en el periódico Madera como elemento educativo promotor de la agitación revolucionaria. Además plantearé lo que concibo como “tejido educativo”, categoría intermedia que construí para comprender el objetivo principal de dicho órgano de difusión, el cual concibe la “educación política” como parte fundamental del quehacer insurreccional.

Este capítulo se estructura de la siguiente manera: en el primer apartado presento algunas herramientas de la semiología social propuesta por Eliseo Verón, las cuales me

permitirán analizar los componentes de los ejemplares seleccionados del periódico Madera, así como caracterizar este medio como el instrumento de enunciación política del grupo armado. En el segundo apartado presento brevemente la articulación de grupos que dieron origen a la Liga Comunista como organización armada nacional, para poner en contexto al lector. En el tercer apartado analizo los llamados “Maderas viejos”, esto es, cinco números que se publicaron en 1972, antes de la conformación formal de la Liga, pero que fueron asumidos por la misma como propios una vez constituida en 1973. Y en el cuarto apartado llevo a cabo el análisis de los periódicos producidos durante los primeros años de existencia del organismo armado, con base en lo que Verón propone como componentes y entidades del discurso periodístico. Construyo con base en el cruce del referente empírico y el referente teórico la categoría intermedia “tejido educativo” con base en la cual presento los distintos elementos que le dan forma a uno de los componentes de la enunciación, desde el discurso marxista leninista observado en los Maderas. Por último planteo un cierre capitular en el cual propongo el carácter transversal del componente educativo en el discurso revolucionario que sostiene la organización mediante su órgano de difusión central.

Otras herramientas de análisis. Recuperación de la perspectiva semiológica de Eliseo Verón

El objetivo principal de Verón es construir una Teoría de la producción social del sentido, es decir, de los discursos sociales y los modos de funcionamiento de la semiosis social, que retome la materialidad del sentido y su papel en la conformación de la red semiótica; ello, sobre lo que él concibe como un criterio *translingüístico*. Dos premisas básicas atraviesan su planteamiento: todo proceso significativo social es resultado de condiciones productivas, y a su vez produce distintos efectos.

El posicionamiento analítico veroniano nos permite reconocer la materialidad como investida de sentidos mediante la incorporación de la noción de “discurso” la cual es compatible con el planteamiento del APD respecto al aspecto lingüístico y extralingüístico del discurso, y al carácter relacional del lenguaje (Laclau 1990). Los “paquetes” o “textos” son materias sensibles investidas de sentido susceptibles de múltiples significaciones: “partimos siempre de configuraciones de sentido identificadas sobre un soporte material (texto lingüístico, imagen, sistema de acción cuyo soporte es el cuerpo, etc.) que son fragmentos de la semiosis” (Verón; 1993: 126-127). Discurso,

entonces, se entiende como una configuración espacio temporal de sentido dentro de redes que conforman la semiosis social; es un sistema de relaciones: “Discurso designa todo fenómeno de manifestación espacio-temporal del sentido, cualquiera sea el soporte significante... remite siempre a un trabajo social de producción: la producción social del sentido” (Verón; 1980: 85). Para Verón no es válido referirse al análisis del discurso, sino al análisis de los discursos, o más precisamente, de tipos de discursos. Uno de esos tipos de discurso es el político, justo el que se retoma en este capítulo para entender el componente educativo del periódico Madera.

Aquí entra una distinción importante entre Laclau y Verón. Podría decir que el análisis político de discurso se diferencia del análisis del discurso político en los siguientes aspectos:

- El APD representa una ontología política, al margen de un lugar específico en el discurso se refiere a todos ellos en general en tanto pueda configurarse una articulación hegemónica que mantenga latente siempre la posibilidad del antagonismo. No se trata de comprobar una teoría en cada referente empírico, sino reconocer su pertinencia para alumbrar una zona a analizar que, particularmente, muestre una construcción precaria y temporal; pero siempre en función de lo político de dicha relación. Podemos decir que desde esta perspectiva se trabaja lo político en la enunciación.
- El análisis del discurso político veroniano se refiere a una franja óptica y situada de la significación, a un lugar específico, o mejor dicho, al discurso particular que constata un enfrentamiento, que marca un adversario, que delimita un nosotros de un ustedes reconociendo que hay discursos de otros tipos. Podemos decir que desde esta perspectiva se trabaja la enunciación política. He tomado las nociones veronianas a manera de herramientas metodológicas que me permiten caracterizar el discurso de la Liga -a través de Madera- como un discurso político que nace de una articulación política hegemónica. En otras palabras, la Liga nace cuando diversos grupos entran a construir una relación política que mantiene, a través de su órgano clandestino, un cierto discurso político. Así, la relación política tiene una forma de expresión política.

Entonces, a lo largo de esta investigación se ha venido retomando el APD, y en este capítulo en específico, el análisis de discurso político veroniano en aras de complementar la lectura sobre el referente empírico elegido.

Delimitar un discurso como objeto de estudio es función del investigador o del analista, ya que un cuerpo, soporte material o “paquete” puede tener distintos significados dependiendo del posicionamiento del que investiga; de las condiciones de producción que sean delimitadas para considerar su emergencia; y de los efectos que produzca en diferentes niveles, espacios o tiempos de lo social. En este sentido importa remarcar que las condiciones que produjeron el discurso de la Liga pueden ser muy diversas y remitirnos a amplios procesos regionales en el país, sin embargo, hasta ahora, en ningún otro trabajo se había mostrado la delimitación hasta aquí expuesta, es decir, la disputa entre dos posiciones antagónicas de “izquierda” como son el CNH y el movimiento armado.

Los objetos-discursivos que interesan al analista son sistemas de relaciones. Todo texto es plural y punto de pasaje o entrecruce de distintos sistemas; está pleno de huellas de diversas procedencias.

Puesto que un texto es el lugar de convergencia de una multiplicidad de sistemas de determinaciones, siempre admite una pluralidad de lecturas. Puede hacerse de un texto una lectura ideológica, psicológica, psicoanalítica, lingüística, documental de sus contenidos manifiestos... todo depende de la teoría que el analista utilice para enmarcar sus operaciones de manipulación de la superficie textual en cuestión (Verón; 2004: 55)

Añadiría que también es posible una lectura política en el doble sentido anteriormente puntualizado. Entra entonces una dimensión metodológica en la concepción veroniana, ya que el objeto retomado en cada investigación puede ser el mismo, pero sus efectos son diversos, tanto como las condiciones que se delimiten a la hora de aproximarse a él y del referente teórico que cada autor utilice en sus investigaciones. Así, un discurso-objeto de investigación es delimitado por sus condiciones de emergencia y de reconocimiento, esta es otra equivalencia entre el APD y la semiología social de Verón.

Las condiciones productivas de los discursos sociales tienen que ver, ya sea con las determinaciones que dan cuenta de las *restricciones de generación* de un discurso o de un tipo de discurso, ya sea con las determinaciones que definen las *restricciones de su recepción*.

Llamamos a las primeras *condiciones de producción* y, a las segundas, *condiciones de reconocimiento*. Es entre estos dos conjuntos de condiciones que *circulan* los discursos sociales (Verón; 1993:127)

En la construcción de mi objeto delimité el movimiento del 68 como una de las múltiples condiciones de emergencia de la guerrilla urbana, específicamente, de la Liga comunista 23 de septiembre. El 68 influyó en la conformación de la Liga. Sin embargo debe siempre reconocerse que existieron otras procedencias marcadas por procesos regionales como movimientos estudiantiles en el norte del país; integración de grupos juveniles “lumpen” en el Bajío; la lucha contra figuras de autoridad universitaria en Michoacán; el movimiento poblano contra con gobernador; la organización antiporril en Guadalajara; etc.

En esta investigación delimité el movimiento estudiantil de 1968 como una de las condiciones de emergencia porque ha sido poco rastreada la relación entre dicho evento y la conformación de la Liga, esto debido a algunas razones: en primer lugar porque en el relato de dicho movimiento estudiantil ha hegemonizado y sedimentado la versión de que sus demandas y repercusiones fueron absolutamente dentro de los marcos institucionales, por lo cual dieron pie a la vida democrática del país; en segundo lugar, porque debido a este construido carácter “democrático”, el 68 ha sido excluido de los trabajos de los pocos autores que han indagado sobre la Liga, sin investigar las posibles relaciones entre uno y otro grupo; en tercer lugar, por la escasez de fuentes sobre la Liga y el difícil acceso que representan; y en cuarto lugar porque más que realizar análisis de documentos, los autores se han enfocado en los testimonios y en el estudio de la guerra sucia ocurrida precisamente en esta época de los años setenta. Así, retomar el movimiento de 1968 como condición de emergencia de la Liga comunista 23 de septiembre y considerar a ésta como una condición de reconocimiento de aquél, es un recorte metodológico que se inscribe como una de las posibles lecturas de un paquete discursivo y se encuentra en consonancia con el posicionamiento del APD en el sentido de que un mismo objeto puede ser leído desde distintas lecturas, referentes teóricos y posicionamientos, ya que justo ahí radica el carácter político del posicionamiento analítico.

Este corte metodológico siempre va acompañado por la advertencia veroniana: muchos son los objetos que pueden servir para constituir a las condiciones tanto de generación como de reconocimiento, pero es labor del analista delimitar alguno o algunos

de ellos en aras de dar forma a unas de ellas. Este proceso de elección y exclusión de discursos permite enfatizar una zona para escarbarla y desmenuzarla es en buena medida una operación política.

Verón ofrece valiosos insumos para reconocer el sistema de relaciones entre un discurso y sus condiciones sociales de reconocimiento, es decir, los *efectos* de sentido que produce dicho discurso. Plantear los efectos de un discurso, la manera en que ejerció influencia, es dar cuenta de la dimensión analítica del poder. En el caso de esta investigación, hablamos de poder al observar huellas del movimiento del 68 en el discurso de la Liga comunista, sin embargo no son huellas lineales sino modificadas, resignificadas tal como lo planteamos en el capítulo IV al exponer la manera en que el movimiento estudiantil se convirtió en objeto de disputa entre los voceros y representantes del CNH, y los fundadores de la Liga.

Mientras para los primeros representó un doloroso tránsito hacia a la democracia; para los otros tuvo efectos contrarios: significó el arribo a la huelga política como uno de los métodos de lucha que preanunciaban la insurrección armada. Parte de lo que se presentó en dicho capítulo, en términos veronianos, fue la *circulación* del discurso sobre el 68.

Dar cuenta de la circulación es, entonces, construir las condiciones de producción y observar los efectos de un discurso determinado; es visibilizar las huellas en los efectos (sus cambios, sus permanencias); partir del producto (del texto inerte) hacia la reconstitución de su producción para observar sus efectos. El análisis de la circulación de los discursos debe dar cuenta de diferencias, desfases: “el aspecto circulación no puede hacerse ‘visible’ en el análisis sino como separación, precisamente entre los dos conjuntos de huellas, las de la producción y las del reconocimiento” (Verón; 1995: 17)

Toda producción de texto es un fenómeno de reconocimiento: estamos frente a una red infinita de la semiosis social; mientras un objeto es condición de producción, a su vez ya había sido efecto de una condición productiva previa.

Este es el análisis de los discursos desde una lectura veroniana ¿Cuál sería la especificidad entonces de lo que él concibe como *análisis del discurso político*? El campo discursivo de lo político implica un *enfrentamiento*, relación con un *enemigo*, *lucha* entre enunciadores; está conformado con base en la construcción de un *adversario* por lo que hay una dimensión *polémica*⁴⁸. La enunciación política constituye una réplica y construye

⁴⁸ En esta investigación retomo el término “enemigo” para dar cuenta de las relaciones de carácter antagónico, y el término “adversario” lo reservo para dar cuenta de las relaciones de tipo agonístico. Dado que la Liga

a aquél al que el discurso está dirigido “en consecuencia, de lo que se trata en definitiva es de una suerte de desdoblamiento que se sitúa en la destinación... supone un destinatario positivo y un destinatario negativo. El discurso político se dirige a ambos al mismo tiempo” (Verón; 1987:4).

Al construir su destinatario positivo y su destinatario negativo, el enunciador entra en relación con ambos. La construcción del destinatario positivo implica un lazo de *creencia presupuesta*; es el receptor que participa de las mismas ideas, se adhiere a los mismos valores, y persigue los mismos objetivos. Es el partidario designado por Verón como *prodestinatario*, con el cual se conforma un *colectivo de identificación*; se expresa en el *nosotros* inclusivo. El discurso político es de refuerzo respecto al destinatario.

El destinatario negativo o *contradestinataro* se define con base en su exclusión del colectivo de identificación. Implica un lazo en el cual se invierte la creencia: “lo que es verdadero y bueno para el enunciador, para el contradestinataro es falso e incorrecto... Ese ‘otro’ discurso que habita todo discurso político no es otra cosa que la presencia, siempre latente de la *lectura destructiva*, que define la posición del adversario” (Verón; 1987:4). El discurso político del enunciador es de polémica respecto al contradestinataro.

Un tercer tipo de destinatario se refiere al sector de “indecisos”, el *paradestinataro*; su posición dentro del discurso político tiene el carácter de *suspensión de la creencia*. Todo lo que a él va dirigido es del orden de la *persuasión*. Ahora expondré puntualmente las entidades y componentes del discurso político.

- Una de las entidades enumerables está marcada por un *nosotros* cuando refiere al colectivo de identificación, y un *ustedes* cuando designa a un contradestinataro y lo hace con un sentido negativo. Dicha entidad admite la fragmentación y la cuantificación.
- Otras entidades enumerables designan colectivos más amplios que el colectivo de identificación; el enunciador político suele colocarlos en posición de recepción (ciudadanos, trabajadores). Son colectivos habitualmente relacionados con el paradestinataro.
- Otras entidades son los meta-colectivos singulares, no admiten cuantificación y difícilmente la fragmentación; abarcan más que los colectivos de los enunciadores y son del tipo “el país”, “el pueblo”, “la nación”, etc.

sostuvo sólo relaciones antagónicas, evitaré el uso del término adversario veroniano a la hora de analizar los periódicos elegidos.

- Formas nominales que poseen un poder explicativo y permiten al destinatario un efecto inmediato de inteligibilidad (por ejemplo: “el imperialismo”, como un elemento propio de cierto discurso de izquierda)
- Una entidad que no contempla Verón y que es necesario mencionar y proponer para efectos de análisis en esta investigación es la “consigna”, la cual generalmente se encuentra en el cierre de un artículo, octavilla, carta o editorial del periódico Madera y cumple con la función de agitar, de encender los ánimos para que la palabra escrita no quede en letra muerta sino que se traduzca en acciones revolucionarias. Casi siempre se presenta en mayúsculas y con signos de admiración.

Los *componentes* de la enunciación operan como articulación entre el enunciado y la enunciación; no se encuentran aislados o puntuales sino que son zonas del discurso y el enunciador se delinearán en relación con las modalizaciones dominantes de cada componente:

- El *componente descriptivo* corresponde a la modalidad del saber; es aquel en que el enunciador político ejercita la constatación de una situación. En la “zona” descriptiva del discurso político predominan los verbos en presente del indicativo. Comporta con frecuencia a la vez una lectura del pasado y una lectura de la situación actual. El componente descriptivo en el enunciador político lo construye como fuente primaria de inteligibilidad de la descripción y evalúa una situación.
- El *componente prescriptivo* es del orden del deber ser. Aparece como una necesidad impersonal, como imperativo universal
- El *componente programático* es del orden del poder hacer, es en donde se hacen promesas a futuro.
- El *componente didáctico* corresponde a la modalidad del saber y enuncia un principio general, formula una verdad universal. En la zona didáctica del discurso político las huellas subjetivas del enunciador son mucho menos frecuentes⁴⁹.
- El *componente educativo* es una categoría intermedia que construyo para este particular objeto de investigación y se sitúa entre las herramientas analíticas veronianas y los requerimientos específicos de mi referente empírico. A lo largo del presente capítulo se irá aclarando la manera en que se conformó dicho componente que aquí denomino como *tejido educativo*.

⁴⁹ En esta investigación se omite recurrir a esta herramienta específica porque, además de considerarla irrelevante para entender el referente empírico, quiero evitar que el lector se confunda con el componente educativo que construyo a manera de categoría intermedia.

Por último, cabe retomar el texto de Verón (1985) “*El análisis del ‘contrato de lectura’*. *Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media*” del cual extraigo algunas herramientas de análisis de textos de difusión masiva ¿Qué es un contrato de lectura? La relación entre un soporte y su lectura. El discurso del soporte por una parte, y sus lectores por la otra. Ellos son las dos partes entre las cuales se establece, como en todo contrato, un nexo: el de la lectura. En el caso de las comunicaciones de masas, es el medio el que propone el contrato.

El éxito de un soporte de la prensa escrita se mide por: 1) su capacidad de proponer un contrato que se articule con los intereses y expectativas del lector; 2) preservar el nexo frente a la evolución socio cultural de los lectores; y 3) modificar su contrato de lectura si la situación lo exige.

Verón nos propone además que pueden distinguirse en el funcionamiento de cualquier discurso, dos niveles: el enunciado y la enunciación. El primero tiene que ver con contenidos explícitos, el segundo con las modalidades del decir. El contenido no es más que una parte en el funcionamiento del contrato de lectura, a veces, la menos importante. La Teoría de la enunciación afirma que la diferencia entre “Yo creo que Pedro ha partido” y “Yo sostengo que Pedro ha partido” es tan importante y tal vez más importante, que la diferencia entre “Pedro partió” y “Pedro está enfermo”. Aquí, el contenido es que “Pedro ha partido”, pero “Yo sostengo que” constituye la modalidad enunciativa.

Plantea un tipo de enunciador que será útil para este objeto de estudio: el pedagógico. En el enunciador pedagógico el contrato de lectura se construye entre un “nos” y un “ustedes” explicitados, y el nexo se hará entre dos partes desiguales, una que aconseja, informa, propone, advierte; brevemente: que sabe; la otra que no sabe y es definida como destinatario receptivo, o más o menos pasivo, que aprovecha. Combinaré el componente educativo con el enunciador pedagógico.

En este trabajo se retoman, además de las categorías presentadas en el capítulo uno y dos, algunas otras herramientas de análisis como la distinción entre enunciado y enunciación, y el enunciador de tipo pedagógico, que, combinado con la categoría intermedia *tejido educativo* me permitirá construir la dimensión formativa de dicho órgano central de difusión. A continuación es necesaria una breve entrada contextual sobre la conformación del grupo armado.

Articulación de distintos grupos en la conformación de la Liga Comunista 23 de septiembre: condiciones de producción del periódico Madera⁵⁰

Si bien esta investigación se centra en el movimiento del 68 como posibilidad de emergencia de la Liga y sus efectos en la conformación de un periódico con un “objetivo educativo”, pueden mencionarse tangencialmente otras fuentes que también influyen en la integración del grupo guerrillero en cuestión. Para empezar y como se mencionó brevemente en capítulos anteriores, el 23 de septiembre de 1965 un grupo armado comandado por Arturo Gámiz y Pablo Gómez asaltó el cuartel de ciudad Madera, Chihuahua, luego de un movimiento de reivindicaciones agrarias no resueltas en la entidad. De ahí toma la Liga comunista 23 de septiembre su nombre.

En los años sesenta operaban ya en el medio rural la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) del profesor Genaro Vázquez Rojas y el Partido de los Pobres (PDLP) de Lucio Cabañas, ambos en Guerrero. El Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR)

Se gestó al calor del movimiento estudiantil michoacano, fue alimentado por la Iera Conferencia Tricontinental en Cuba en 1966 y vio la luz en Moscú... Sus planes fueron elaborados con sigilo en suelo moscovita. Solicitaron entrenamiento militar a las embajadas de Vietnam, Argelia, China y Cuba... en la embajada de Corea del Norte encontraron eco” (Castellanos; 2007: 174-175)

Aunque sus operaciones comenzaron ya en la década de los setenta, es importante señalar su preparación previa y la influencia del movimiento estudiantil en su conformación. El MAR fue una de las posiciones que se articularon para dar pie a la Liga en 1973.

El contexto de la década previa a la conformación de la Liga tuvo efectos en los futuros grupos armados. Entre dichos acontecimientos guardan gran relevancia las movilizaciones estudiantiles en las distintas universidades de la República Mexicana, el 68, y el halconazo de 1971. Éste último hecho condensó en buena medida el descontento que ya venía germinando y organizándose:

En el horizonte nacional se soltó la tempestad. Una encendida indignación brotó en diversos grupos estudiantiles. Se hallaron sin espacios políticos y vieron de plano destrozadas sus expectativas de

⁵⁰ Cabe mencionar que un trabajo exhaustivo sobre el proceso de conformación de la Liga rebasa por mucho los límites de este trabajo e implicaría una investigación aparte nutrida de fuentes documentales y orales, razón por la cual aquí sólo remito lo existente respecto al tema en la bibliografía existente.

tener una sociedad más igualitaria. Estaban convencidos de que el Estado que los reprimía jamás podría ser derrocado sin la toma de las armas y decidieron lanzarse a la vanguardia de la revolución imperante. Los primeros grupos sin conexión inicial entre sí, irrumpieron en las urbes con impericia y temeridad (Castellanos; 2007: 179)

Para 1972, durante la celebración del Foro Nacional Estudiantil en la UNAM se marcaron claramente las dos tendencias políticas que he venido delimitando en este trabajo: la democrática y la revolucionaria; los primeros pugnaban por la “democratización universitaria y el cogobierno”, la segunda rechazaba la apertura y buscaba la insurrección. Un segundo foro no pudo celebrarse después debido a las divergencias entre ambas posiciones.

La Liga Comunista 23 de Septiembre se fundó el 15 de marzo de 1973 en la ciudad de Guadalajara. Articuló al grupo los Procesos (herederos del movimiento estudiantil de la Universidad Autónoma de Nuevo León UANL y liderados por Raúl Ramos Zavala, redactor del documento *Proceso revolucionario*). Él fue el principal promotor de una organización nacional revolucionaria. Articuló también a los seguidores de la teología de la liberación, estudiantes del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) al que pertenecía Ignacio Arturo Salas Obregón (Oseas), otro de los ideólogos de la Liga; a los Guajiros de Baja California; a los Enfermos de Sinaloa, grupo radicalizado en apoyo al movimiento de invasión de tierras y por la destitución del rector de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS); al Frente Estudiantil Revolucionario (FER) de Guadalajara, quienes mantenían una relación de antagonismo respecto a los miembros de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), un reconocido grupo auspiciado por el gobernador de la entidad y respaldado por el entrante presidente de la república Luis Echeverría; junto con el FER se aliaron los Vikingos, un grupo de jóvenes provenientes de barrios populares. Otros grupos que se articularon fueron el CLLE de Ciudad Juárez; el CER en Monterrey; el COR⁵¹ en el sureste; Los Lacandones, integrado por estudiantes del IPN que se formaron como efecto de los hechos represivos en la ciudad de México; la Brigada Roja del DF; la Brigada Emiliano Zapata en la sierra de Oaxaca; la brigada Genaro Vázquez en la sierra de Guerrero; el Comité político militar Arturo Gámiz en la sierra de Sonora y Chihuahua; el MAR (anteriormente mencionado); y los Macías de Monterrey. Cada uno de estos grupos tenía ya un historial de actividades

⁵¹ No se desatan las siglas en la fuente.

políticas, una trayectoria, sus propios objetivos, y se encontraban conformados principalmente por estudiantes y profesores. Al articularse entre sí, la Liga hegemoniza como el movimiento revolucionario de carácter nacional que centraliza sus directrices a través de su órgano de difusión denominado Madera, frente a otros movimientos que permanecieron aislados (es decir, flotantes).

Existen versiones de que para el año 1975 la Liga ya había sido desaparecida, y en buena medida efectivamente la mayor parte de sus integrantes fueron víctimas de la guerra sucia del sexenio de LEA; sin embargo integrantes como David Cilia, Verena Ocampo y Jaime Laguna⁵² sostienen que el grupo pasó a una mayor clandestinidad, de forma tal que sus acciones se prolongaron hasta 1981, año en que se conocen las últimas movilizaciones reivindicadas por la organización. Teniendo esto en cuenta, la presente investigación delimitó el análisis de los periódicos Madera editados y difundidos durante el periodo de LEA en la presidencia, ya que fue éste quien orquestó la Reforma Integral Educativa como respuesta al movimiento estudiantil de 1968. Como necesidad metodológica en la delimitación del corpus se retoman entonces los primeros números del Madera, es decir, los correspondientes a los años en que Echeverría detentó el cargo. Recordemos que ya en el capítulo V se presentó la reforma integral educativa.

Finalmente, reitero la importancia de retomar el movimiento de 1968 como una de las condiciones de producción del discurso de la Liga debido a que de este periodo se habla mucho más sobre guerra sucia y los procesos regionales que vivieron los grupos integrantes. Había pues que rastrear la disputa por la significación de uno de los acontecimientos más significativos para la política nacional como lo fue la huelga del CNH y re-insertarla en el relato de la Liga, operación que había sido negada por la versión hegemónica del mismo. Reitero además la importancia de recuperar directamente los documentos elaborados por este grupo armado nacional, dado que la producción académica sobre el tema se ha centrado en testimonios y notas periodísticas antes que retomar y analizar el entramado significativo que guiaba el actuar de estos jóvenes guerrilleros.

Los Maderas viejos y el instinto de clase

Los Maderas viejos son cinco números que se elaboraron entre mayo de 1972 y abril de 1973. Aunque se redactaron un año antes de la conformación formal de la Liga, éstos

⁵² Participantes de la última etapa de vida de la Liga.

fueron adoptados como parte del cuerpo teórico de la organización, tal como sucedió con los textos de Raúl Ramos Zavala *El tiempo que nos tocó vivir*, y las *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario* de Arturo Ignacio Salas Obregón (Oseas). Los Maderas viejos (1, 2, 3, 3bis, y 4) constituyen un antecedente de los 58 números que se editaron posteriormente a la creación de dicho organismo guerrillero nacional. Los originales, documentos en mal estado, debieron ser recapturados en formato Word por ex miembros de la liga, y es así como circulan entre los interesados en el tema.

A lo largo de los números analizados (los cinco Maderas viejos y los números correspondientes al sexenio de Luis Echeverría) pueden encontrarse distintas referencias al movimiento de 1968 y la influencia que ejerció en la construcción del movimiento armado en México. Tal como lo desarrollé en el capítulo IV, en términos analíticos, el movimiento estudiantil funge como una de las varias condiciones de producción de la Liga:

La dirección de la “izquierda” pretende encontrar la solución del movimiento en la adquisición de tales o cuales puntos, cuando el movimiento mismo se había encargado de desarrollar las más amplias tareas que tenían como función asegurar el desarrollo de las posiciones políticas capaces de desplegar la movilización. Los elementos más destacados entienden que es el momento de afirmar las condiciones orgánicas para el desarrollo de la lucha por el socialismo. La diversidad de grupos guerrilleros, son el resultado de un determinado tipo de experiencia ejercida por los “activistas” en esos momentos. Los intereses particulares del movimiento estudiantil son llevados al terreno general de los intereses proletarios (Madera viejo 2; 1972: 4)

Los Maderas viejos tienen dos objetivos: el primero, contribuir a la definición de la respuesta del ¿Qué hacer? proletario mexicano en ese momento en específico; el segundo, el esclarecimiento de las características generales y específicas de las tres instancias de la lucha proletaria, a saber, la lucha contra el capital o lucha económica; la lucha política; y la lucha teórica o ideológica. En los cinco números se desarrollan los puntos mencionados, pero para efectos de esta investigación interesa resaltar dos cuestiones: la referencia a un “instinto de clase” y la definición de la lucha teórica o ideológica. Es en estos temas donde se observa un primer esbozo de lo que posteriormente se reconoce como el objetivo principal del periódico: la educación política.

¿Qué es el “instinto de clase” y qué lugar ocupa dentro del entramado de significación de los Maderas viejos? ¿Por qué se retoma en esta investigación y cuál es su relación con la categoría intermedia “tejido educativo”? Desafortunadamente, en

ninguno de los cinco Maderas viejos se puede localizar una referencia que permita rastrear el sentido de “instinto de clase”, de dónde se retoma, qué autores lo manejan. Los Maderas se caracterizan por atenerse a una lectura marxista leninista y en algunos pocos momentos, maoísta; así que podría ser metodológicamente prudente localizar dicha noción entre estos autores. Aunque no es el objeto propio de esta investigación, se pueden mencionar algunas cosas al respecto. Es posible que dicha noción tenga algún parentesco con la “clase en sí” en donde los obreros con intereses comunes aun no han desarrollado conciencia de clase, es decir, no se han convertido en “clase para sí” que la distingue de otras clases. El paso de un estado a otro conllevaría entonces un proceso, que en buena medida, remite a aspectos formativos. Sin embargo, no hay tal conexión en los Maderas viejos, nunca se habla de la clase en sí o para sí, por lo que no parece haber relación alguna con el “instinto de clase” ¿Dónde localizarlo entonces? La segunda veta a explorar sería Louis Althusser quien en una entrevista en *Para leer el Capital* afirma que

Los proletarios tienen un instinto de clase que les facilita el paso a “posiciones de clase” proletarias... La posición de clase proletaria es algo más que el simple “instinto de clase” proletario. Es la conciencia y la práctica conformes a la realidad objetiva de la lucha de clases proletarias. El instinto de clase es subjetivo y espontáneo. La posición de clase es objetiva y racional. Para adoptar posiciones de clase proletarias basta *educar* el instinto de clase de los proletarios (Althusser; 2004:6)

Parece entonces que el “instinto de clase” mencionado en los periódicos pudiera ser una huella de dicho autor; sin embargo, los redactores del Madera solían usar fuentes “directas” y en alguna ocasión calificaron a Althusser como un autor promotor de desviaciones dentro del marxismo. Así, el “instinto de clase” constituye en términos analíticos un elemento con una fuerte carga formativa; de evocaciones marxistas y althusserianas; sin referencias específicas dentro del discurso de los Maderas viejos, pero de suma importancia para este objeto de investigación, pues constituye la antesala para la educación política aparecida en los números posteriores a la fundación de la Liga. Una vez aclarado el punto de la dificultad para rastrear las huellas del instinto de clase dentro del entramado discursivo previo a la Liga, expondré qué puede entenderse por dicha noción y cuál es su función en esta investigación.

Los Maderas viejos número 3 y 3bis están dedicados al tema del “Desarrollo de la lucha teórica e ideológica”, una de las tres instancias de la lucha proletaria; y es justo en

dichos números donde puede rastrearse la noción de instinto de clase. Aquí se plantea que el proletariado “reconoce instintivamente” su situación real y rechaza los objetivos democráticos:

En general el proceso de desarrollo de la lucha, la insurrección revolucionaria, etc. acontecen necesariamente como proceso de aprendizaje. Los objetivos, instrumentos y formas políticas de su inicio, son superadas o transformadas en el proceso de su desarrollo. En él se dan, por un lado, el sometimiento a los intereses generales, y por el otro, el rechazo instintivo de los objetivos “democráticos” (legales, tradeunionistas), etc. con los cuales se ha surgido a la lucha (Madera viejo 3; 1972: 10)

Del instinto al aprendizaje, esto es el mensaje que condensa la cita. Las formas instintivas de inicio requieren ser “superadas” mediante un proceso, pero se reconoce que aquéllas cumplen una función primigenia de brújula, de orientación de la práctica política. Aunque no se desarrolla en los Maderas viejos la cuestión del aprendizaje como tal sino sólo la reacción primera e instintiva de los obreros para rechazar medios y objetivos que no son los “propios”, en los Maderas que corresponden a la segunda época, por llamarles de algún modo, sí se plantea como objetivo fundamental la educación política. El instinto corresponde además a un estadio específico en el desarrollo de la conciencia de clase por parte del proletariado:

El desarrollo desigual teórico de la clase corresponde por un lado a las características del mismo proceso de conocimiento, proceso que se eleva de los modos de conocimiento inferior a los modos de conocimiento superior, pero a su vez esto se relaciona con el desarrollo desigual político, de tal forma que al desarrollo del conocimiento instintivo corresponde de manera específica al movimiento de masas, mientras que el conocimiento científico sólo puede ser producido por su vanguardia (Madera viejo 3; 1972: 13)

Así, el instinto corresponde a las masas mientras el conocimiento científico a la vanguardia; sin embargo la tarea fundamental es lograr que aquéllas alcancen el mismo grado de conciencia que su dirigencia ¿Cómo? A través de la agitación: “La vanguardia realiza de manera específica, la lucha ideológica a través de la agitación y la propaganda; las masas transformando en el ejercicio de su lucha su propio instinto de clase” (Madera viejo 3; 1972: 16). Entra aquí una de las tres instancias de la lucha proletaria anteriormente mencionadas⁵³: la lucha ideológica entendida como “un instrumento de la

⁵³ Recordemos que las otras dos son la lucha económica y la lucha política.

clase que se ejerce en el seno de la misma y que le permite emanciparse teóricamente de su enemigo al desplazar la ideología burguesa, o lo que es lo mismo, le permite aprender sus objetivos históricos propios” (Madera viejo 3; 1972: 15). Esta instancia está fuertemente anclada al discurso leninista al cual volveré en el siguiente apartado. Por lo pronto cabe decir que si el movimiento de masas se estaciona solamente en “aprehensiones instintivas” está dando cuenta de un atraso teórico que debe superar, pues de lo contrario permanecerá dentro del militarismo pequeño burgués o dentro de las posiciones demócratas.

La lucha ideológica tiene un doble objeto: la ubicación de las posiciones demócratas y militaristas dentro del movimiento de masas y el combate contra el oportunismo que éstas representan; y, la liquidación del periodo de dispersión teórico-político y la superación del empirismo en problemas de conocimiento. Esto se entiende como dejar atrás el instinto de clase de las masas para poder desarrollar el conocimiento científico o teoría revolucionaria. El medio: la agitación y propaganda

¿A qué herencia tenemos que renunciar? A nuestras concepciones anteriores en general, dominadas por la ideología burguesa, el empirismo en problemas de conocimiento, el “marxismo” oficial y “demócrata”... Ya antes habíamos anotado la ausencia de una propaganda y agitación proletarias en el seno del movimiento capaz de oponerse a la propaganda y agitación desplegadas por la burguesía a través de las posiciones demócratas (Madera 3bis; 1972: 25)

Un órgano propagandístico colectivo se propone para liquidar dicho periodo de dispersión, para pasar del instinto al conocimiento. Este planteamiento se traducirá en la elaboración formal del periódico Madera una vez conformada la Liga Comunista 23 de septiembre en marzo de 1973.

Del instinto de clase a la educación política. La construcción del tejido educativo como categoría intermedia

Ningún Madera deberá estar ocioso en el fondo de un cajón, deberá estar circulando y ¡discutiéndose! (Madera 9; 1975: 84)

En este apartado analizaré los primeros números del periódico Madera con base en las herramientas veronianas de análisis de discurso político; sus componentes, los tipos de enunciador, las consignas, los enemigos, entre otras ya mencionadas en la primera parte de este capítulo. Para hacer más accesible la lectura analizo algunos artículos número por número, presentando al final un cierre capitular que anuda los elementos retomados para dar forma a la categoría intermedia “tejido educativo”. Aunque son muchísimos los fragmentos que se prestan al análisis, deberé recortar un *corpus* que pueda presentarse ordenada y sistemáticamente en un capítulo, y que además muestre el punto que quiero exponer: que dentro del proyecto de la Liga Comunista 23 de septiembre existe un componente educativo, o para ser más precisos, de educación política. Retomaré de cada ejemplar los textos más representativos del discurso del grupo guerrillero. Cabe introducir mencionando que los prodestinatarios a quienes se dirige el periódico son los miembros de los grupos articulados a nivel nacional, los estudiantes y profesores, los obreros fabriles, y en algunas citas se irán observando nuevos sujetos a interpelar.

A continuación, el párrafo inaugural del primer número de Madera impreso en enero de 1974

Una porfiada y enérgica labor de educación política es imprescindible para fundir el socialismo científico con el movimiento obrero, para asegurar una dirección revolucionaria para el mismo... para elevar la formación política de los dirigentes que el mismo desarrollo del movimiento promueve, para acostumbrar al conjunto de los militantes revolucionarios a “enjuiciar de un modo sistemático y cotidiano todos los aspectos de nuestra vida política, todas las tentativas de protesta y de lucha de las distintas clases y por diversos motivos” (Lenin, ¿Qué hacer?), para elevar el combate enérgico contra toda tentativa de rebajamiento de las tareas del movimiento revolucionario;... La inexistencia de un periódico nacional, entorpece sin duda alguna esta labor. Es evidente que el oportunismo... no se desarrolla sólo como resultado de la inexistencia del periódico... pero, es ciertamente, una desviación que abre las puertas por las cuales irrumpe con mayor facilidad la política pequeñoburguesa, el culto a la espontaneidad, la reproducción de la estrechez de miras y en la medida de que un periódico es también un organizador colectivo, la reproducción de los métodos primitivos y artesanales de trabajo. La inexistencia de un periódico nacional que pueda convertirse en un instrumento fundamental en el cual se apoyará nuestra labor de agitación política, es un problema que la Liga debe resolver. Su inexistencia a estas alturas debe considerarse como una grave y seria desviación oportunista. Oseas (Madera 1; 1974: s/n)⁵⁴

⁵⁴ Las negrillas son mías. Este fragmento se repite en el editorial

Este es el primer párrafo del primer periódico Madera. Una especie de editorial en la que se retoma a Oseas quien a su vez cita a Lenin. Como se verá a lo largo de todo este apartado, la palabra de Lenin está íntimamente ligada a la categoría intermedia “tejido educativo”. El hecho de que el primer párrafo esté referido al proyecto Madera como parte de una labor de educación política resulta altamente significativo para ilustrar los propósitos de dicho órgano. Si bien el proyecto general de la Liga no se centra exclusivamente en la elaboración y difusión de un periódico, sí constituye el medio indicado para dar forma al resto de sus objetivos, dado que, siguiendo a Lenin en este punto, se le concibe como un “organizador”.

En la cita se destacan varios elementos que van configurando el componente educativo. El primero “fundir el socialismo científico con el movimiento obrero” significa que las masas proletarias accedan al conocimiento sobre el marxismo mediante el periódico, para así poder orientar su actuación y cumplir sus objetivos históricos de clase. En el fragmento puede observarse además un componente prescriptivo inicial cuando se plantea como “imprescindible” la existencia del periódico para educar y “elevar” la formación de los participantes de la guerrilla urbana. El segundo elemento es la necesidad del periódico para “combatir al oportunismo” (sea en su versión militarista o demócrata⁵⁵); es decir, las masas proletarias educadas en el socialismo científico sabrán identificar las posiciones boicoteadoras de la insurrección clasista y actuarán para erradicarlas, lo cual mantiene al movimiento general libre de infiltraciones y desviaciones. El tercer elemento es el papel “organizador” del periódico, objetivo de resonancias leninistas que permite al proletariado clandestino no sólo difundir sus ideas sino hacerlas efectivas con base en lo escrito, a partir de dicha postura, de los lineamientos de acción. El cuarto y último elemento mencionado en el fragmento es el de la “agitación política”, una forma de difusión y llamamiento a la acción revolucionaria que se lleva hacia el sector obrero a partir del órgano de difusión, los mítines, y actividades similares.

Encontramos además dos figuras enemigas: el oportunismo y la política pequeñoburguesa, la primera referida a personas activas dentro de la liga, como más adelante se mostrará en los fragmentos; y la segunda a posiciones tanto internas como externas a la misma (demócratas, clase media, partidos políticos, etc.).

Tan sólo en el fragmento inaugural del periódico Madera hemos podido observar la intención educativa que se le atribuyó a dicho instrumento. Ese párrafo puede entenderse además a partir del “componente descriptivo” como la evaluación de un

⁵⁵ Se irán aclarando los conceptos a lo largo del texto

momento específico de la organización, un momento de carencia en el que se plantea como urgente la labor de sacar adelante el órgano de difusión. En repetidas ocasiones nos encontramos con fragmentos que pueden ser leídos desde distintos componentes mezclados y no sólo a partir de uno.

Cabe aquí hacer una aclaración metodológica urgente. El componente descriptivo, el componente prescriptivo, y el componente programático, ya fueron definidos por Verón; lo que hago aquí es identificar fragmentos cuya función dentro del órgano puede entenderse a partir de éstos. El caso del componente educativo es diferente, ya que aquí lo que pretendo es construirlo como tal, como una necesidad que me exige mi referente empírico y la carencia de tal herramienta en el cuerpo conceptual de Verón. Además de construirlo analizo fragmentos que dan cuenta de su presencia al interior del discurso de los Maderas. De tal forma, en el cierre capitular presento al tejido educativo ya construido como herramienta de análisis. A sugerencia de Silvia Fuentes y para hacer más visible la productividad de las herramientas veronianas, se integran cuadros ilustrativos de los distintos componentes operando en los fragmentos.

Componente descriptivo: la evaluación de un momento específico de la organización, un momento de carencia en el que se plantea como urgente la labor de sacar adelante el órgano de difusión
Componente prescriptivo: “imprescindible” la existencia del periódico para educar y “elevar” la formación de los participantes de la guerrilla urbana
Componente (tejido) educativo: “fundir el socialismo científico con el movimiento obrero”; necesidad del periódico para “combatir al oportunismo”; el papel “organizador” del periódico; “agitación política”, una forma de difusión y llamamiento a la acción revolucionaria
Enemigos, contradestinatarios: oportunistas al interior de la Liga (miembros que incorporan a otros autores o que cuestionan a Oseas); la política pequeño burguesa

En el editorial del número uno, en el segundo párrafo de dicho ejemplar, se plantea lo siguiente:

Al emprender de un modo más organizado y sistemático la labor de educación política, mediante la conformación de un órgano de prensa nacional destinado al movimiento revolucionario en México, debemos detenernos previamente en un análisis crítico de la actividad anterior de la Liga Comunista 23 de septiembre, y en particular, de los problemas que ha conllevado la inexistencia de ese órgano. Tal balance es imprescindible, no sólo porque deberemos reconocer la

existencia de serias desviaciones de orden táctico, sobre las cuales la labor de agitación política se ha venido rebajando y estrechando, sino porque tales errores han contribuido al agravamiento del retraso de la actividad de los revolucionarios organizados, y con ello, han obstaculizado el ejercicio de una dirección revolucionaria al conjunto del movimiento (Madera 1; 1974: 1)

Se reitera el objetivo de la educación política, en esta ocasión vinculada a la agitación mediante la difusión del periódico. Aquí el tejido educativo se presenta como suturante de una carencia, de una falta táctica a subsanar. Este mismo fragmento nos habla de la evaluación de una situación: desviaciones y atraso en las tareas propias del revolucionario, resarcible sólo, repito, con la difusión del Madera y las posibilidades organizativas que representa. Es evidente además que el enunciador pedagógico muestra el cómo, los procedimientos que los prodestinatarios requieren para el desarrollo de la lucha revolucionaria. Buena parte de la textura de los Maderas oscila entre el balance y la prescripción de una solución educativa entre un enunciador que enseña y un receptor que aprende. Esta fórmula la veremos repetida en diversos fragmentos.

Componente descriptivo: desviaciones y atraso en las tareas propias del revolucionario, resarcible sólo con la difusión del Madera
Componente (tejido) educativo: educación política vinculada a la agitación mediante la difusión del periódico
Enunciador pedagógico que muestra a los prodestinatarios (los jóvenes guerrilleros) que aprenden los procedimientos que requieren para la lucha revolucionaria

A continuación, siguiendo con el editorial del primer número, presentaré un fragmento en el que se encuentran tres componentes: el educativo, el descriptivo, y el prescriptivo:

Al intentar emprender de nuevo una campaña nacional de agitación política con un carácter homogéneo hemos enfrentado recientemente no pocas dificultades: “por aquí ha resultado que no estamos preparados militarmente para emprender tal labor”; por allá se ha manifestado una verdadera resistencia de carácter pacifista a dar ese paso y, por supuesto, la artesanal división del trabajo ha venido a poner barreras a la realización de tal campaña. El resultado ha sido que la campaña de agitación política que habíamos reconocido necesaria desde por lo menos el mes de julio del año pasado, no ha podido ser realizada prácticamente de manera cabal hasta los días en que escribimos este editorial. Y esto se da, precisamente en una

situación en que la abundancia de experiencias que el mismo desarrollo del movimiento arroja, proporcionan material abundante para profundizar nuestra labor de agitación política. Sin duda hemos dado pasos atrás en nuestra labor de educación política. Y sin duda también la inexistencia de un periódico de carácter nacional capaz de salir de manera continua, ha contribuido enormemente a que tal cuestión se haya dado. Tal desviación tiene que ser reconocida y combatida de inmediato (Madera 1; 1974:2)

Como componente descriptivo se valora la posibilidad de una nueva jornada de movilizaciones, encontrando en ello resistencias por parte de los diversos grupos que operan a nivel nacional. Esta evaluación deja entrever nuevamente las carencias organizativas que deberían ser saldadas con la educación política (componente prescriptivo y tejido educativo entrelazados en aras de dar solución a un problema). Se suma además un nuevo elemento al componente educativo: la “experiencia” como un reservorio de ejemplos a seguir; como enseñanza en la práctica; como un cúmulo a ser retomado como guía en la actividad revolucionaria.

Los editoriales son de carácter descriptivo, pues muestran una lectura del contexto siempre en función del objetivo revolucionario de la insurrección, y con base en este fin se evalúa qué tanto se han alejado o acercado a su propósito; cómo pueden aproximarse; mediante qué acciones. Entra aquí el componente prescriptivo, que nos permite identificar qué es lo que se propone en la consecución de dichos fines, en este caso, combatir la resistencia a la agitación y el valor de la experiencia en la acción.

Es posible afirmar que en muchos de los casos el componente (o tejido) educativo no sólo se encuentra dentro del mismo fragmento que el componente prescriptivo, sino que además ambos están articulados; esto es así porque la educación política se concibe como un imperativo organizativo, es decir, a manera de una orden, tal como se observa en la siguiente cita: “El conjunto de los militantes deben dedicar una gran parte de sus energías a llevar adelante esta labor común, no sólo posibilitando la difusión de este periódico, sino contribuyendo con sus apreciaciones sobre el curso del movimiento para la conformación del mismo” (Madera 1; 1974: 4).

La consigna final del editorial exhorta al prodestinatario, el guerrillero urbano miembro de la Liga, a llevar a cabo: “LA CONSTRUCCIÓN Y DESARROLLO DE UN PERIÓDICO NACIONAL DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE. ES UN HILO FUNDAMENTAL AL CUAL DEBEMOS ASIRNOS PARA DIRIGIR EL PROCESO DE PREPARACIÓN DE LA INSURRECCIÓN, PARA EL ASALTO DEFINITIVO A LA FORTALEZA ENEMIGA” (Madera 1; 1974: 4). La función de la consigna radica en motivar

y convocar al lector de Madera a integrarse a la lucha armada, o a continuar en ella siempre siguiendo las recomendaciones y los señalamientos del enunciador pedagógico, es decir, de quien redacta el periódico (el comité de redacción, o de los artículos que se publican en los distintos números al considerarles de suma importancia para la formación de los adeptos).

Una “nota editorial” en la página siguiente refuerza el papel educativo del periódico entendido como “dirección revolucionaria” mediante el análisis permanente del curso del movimiento revolucionario de los que se extraerá de cada nueva “experiencia” las enseñanzas que fortalezcan al movimiento en su conjunto. Nuevos elementos se integran al componente educativo y van dando forma a esta categoría intermedia.

Componente descriptivo: valora la posibilidad de una nueva jornada de movilizaciones
Componente (tejido) educativo: la “experiencia” como un reservorio de ejemplos a seguir; como enseñanza en la práctica; dirección revolucionaria
Articulación componente prescriptivo y educativo: “las carencias organizativas que deberían ser saldadas con la educación política; la educación política se concibe como un imperativo organizativo
Prodestinatario: los miembros de la Liga activos
Consigna: se convoca a reforzar la construcción del periódico, fundamental en la preparación de la insurrección

En cada número de Madera existen evaluaciones sobre movilizaciones específicas regionales, no sólo a nivel de editorial sino de artículo de análisis. Una de estas es la que el “Comité Obrero Revolucionario” de Monterrey redactó en ocasión de la huelga de las trabajadoras regiomontanas de la fábrica “Medalla de oro” y que fue publicado en Madera como un “buen intento” por expresar teóricamente las experiencias de las trabajadoras de dicho lugar. Este documento representa en buena medida los efectos que produjo el discurso de la Liga en el movimiento de dichas trabajadoras. A continuación se retoman fragmentos representativos de estas huellas a la luz de los componentes de análisis veronianos.

El texto, dirigido a los prodestinatarios proletarios, obreros, posesionarios y estudiantes, inicia con una cita de Lenin, de la cual extraigo nuevos significantes para caracterizar al elemento leninista dentro del tejido educativo:

La clase obrera incorpora a las acciones revolucionarias a masas de trabajadores y explotados carentes de los derechos elementales y llevados a la desesperación. La clase obrera les enseña la lucha revolucionaria, los educa para la acción revolucionaria, les explica dónde está y en qué consiste la salida a la salvación. No los enseña con palabras sino con hechos, mediante el ejemplo; ejemplo que no consiste, en la aventura de algún héroe aislado, sino en la acción revolucionaria de masas, que abarca reivindicaciones políticas y económicas. Lenin (Madera 1; 1974: 12)

Educarse en la experiencia, con el ejemplo, es otro de los significantes que retomo para caracterizar al elemento de tipo leninista y que se encuentra presente en otras tantas referencias al autor. La cita es adecuada para el tema del artículo: mostrar cómo se han organizado las trabajadoras de la fábrica Medalla de Oro; sus aciertos, sus errores, sus puntos a mejorar, puesto que: “Los obreros están atentos a las enseñanzas que brindará este movimiento, la responsabilidad de las obreras de ‘Medalla de oro’ hacia el conjunto de la clase obrera es enorme” (Madera 1; 1972:12). Nuevamente, el componente descriptivo se mezcla con el educativo en el artículo

Ha llegado el momento de realizar el balance de todo un año de lucha, nos lo está exigiendo tanto el estado actual del movimiento como el desarrollo del movimiento obrero en su conjunto. “Para aprovechar correctamente la experiencia generada por nuestro movimiento y sacar de ésta enseñanzas prácticas para la lucha, será necesario darse perfecta cuenta de las causas y de la significación de tal o cual defecto” Lenin (Madera 1; 1974: 13)

La evaluación del movimiento permite extraer enseñanzas; el balance no consiste sólo en la presentación de unas condiciones determinadas sino en una lectura que abona a la conciencia de las masas proletarias en su afán de hacer efectivo su destino histórico retomando la práctica misma y lo que las luchas han acumulado en su actuar, incluso si las enseñanzas son por derrotas o con saldo negativo para el movimiento. Todo ello inscrito dentro de un relato teleológico. El discurso leninista logra producir efectos en la conformación del discurso del proletariado mexicano adscrito a la Liga comunista 23 de septiembre; hay huellas de uno a otro lugar; circula lo que estoy denominando como elementos de tipo leninista, y la siguiente cita lo corrobora: “Mas la lucha no ha sido vana ni estéril. Los obreros aprenden de sus luchas. Nosotros hemos aprendido la lección a chingazos y esto servirá de experiencia para el conjunto de la clase obrera” (Madera 1; 1974: 17).

Componente (tejido) educativo: Educarse en la experiencia, con el ejemplo. Mostrar cómo se han organizado las trabajadoras de la fábrica Medalla de Oro; sus aciertos, sus errores, sus puntos a mejorar

Articulación componente prescriptivo y educativo: se hace un balance para “aprovechar correctamente la experiencia generada por nuestro movimiento y sacar de ésta enseñanzas prácticas para la lucha”

Prodestinatario: proletarios, obreros, posesionarios y estudiantes

En otro artículo pueden observarse los efectos del discurso de la Liga en el Frente Estudiantil Revolucionario (FER). Esta instancia envió a Madera una contribución sobre su valoración respecto al estado actual del movimiento revolucionario, la cual al mismo tiempo fungió como un homenaje para su compañero caído en combate llamado Pedro Orozco Guzmán alias Camilo. Entre sus apreciaciones se exhorta a seguir su ejemplo con una consigna que pretende convocar a la acción “¡Y avancemos por el camino teñido con su sangre!...impulsando el desarrollo de la revolución, elevando nuestras formas de organización artesanales en formas de organización superiores, clandestinas y armadas... estudiando concienzudamente el marxismo” (Madera 1; 1972: 44). El estudio del marxismo aparece como un elemento integrable al componente educativo, pero no cualquier tradición marxista, ya que la tarea de construir un movimiento único revolucionario sólo podría desarrollarse, desde su perspectiva, “uniendo el marxismo-leninismo con el movimiento obrero; redoblando esfuerzos en las tareas de organización y educación política” (Madera 1; 1974: 45).

Consigna: se convoca a estudiar el marxismo

En el artículo titulado *¿Por qué es necesario que la liga comunista 23 de septiembre pase de inmediato a preparar y dirigir jornadas nacionales de agitación y combate?* se presenta una evaluación del movimiento proletario frente a las movilizaciones de enero en Sinaloa con la intención de prepararse para dirigir jornadas nacionales de agitación y combate. Se reprocha que las masas “han ido por delante de la dirección revolucionaria” y que la Liga no ha sido capaz de colocarse como dirigencia para dar orientación a dichas movilizaciones; el espontaneísmo ha permeado por sobre la organización y por tal motivo “el paso que el movimiento en gran medida espontáneamente ha dado, requiere de una sólida labor de agitación política para que se afirme y consolide” (Madera 2; 1974: 4). El mismo Lenin ya preconizaba que “el elemento

espontáneo no es sino la forma embrionaria de lo consciente” (Madera 2; 1974: 7). Para poder transitar de uno a otro estado es necesaria la agitación:

Debemos insistir una vez más, en la urgente tarea que el movimiento plantea a la Liga, o sea: la de desplegar una agitación política constante y permanente en el conjunto del movimiento revolucionario, pero con fuerza, especial y primordial, entre los contingentes de obreros fabriles que se han puesto o están a un paso de ponerse a la cabeza del movimiento (Madera 2; 1974: 8)

Se conjugan tres componentes, con base en una evaluación de la situación de atraso teórico en la que se encontraban las masas proletarias en las jornadas de enero se propone como medida prescriptiva un elemento educativo: la agitación; y entra en el discurso el énfasis en el sector fabril, ya que hasta el momento y en buena medida gran parte de la existencia de la Liga fue soportada por el sector estudiantil y magisterial; fueron ellos quienes nutrieron dicho movimiento armado. Este énfasis acompañará el entramado de significación de la organización armada durante todo el sexenio.

La importancia de las jornadas nacionales de agitación y combate radica en que “son manifestación del ascenso revolucionario y escuela de preparación del proletariado para el asalto definitivo a la fortaleza enemiga; son el preludio de un movimiento nacional envolvente” (Madera 2; 1974: 8). Dichas jornadas se conciben como antesalas para la insurrección general y educan al proletariado para dirigir más certeramente sus ataques. En buena medida se relaciona con el significante “experiencia” del elemento leninista.

Articulación de componente descriptivo, prescriptivo y educativo: evaluación del movimiento proletario frente a las movilizaciones de enero en Sinaloa en las que la Liga no ha sido capaz de colocarse como dirigencia; se requiere de agitación que convierta el espontaneísmo en elemento consciente
--

Prodestinatarios: obreros

En concordancia con este artículo, el Buró de la Liga redacta y publica un documento dirigido a sus militantes de Sinaloa titulado *¿De qué depende el triunfo o derrota del movimiento revolucionario en Sinaloa en las próximas jornadas?* en el que se plantea el papel de vanguardia del movimiento en aquella región, así como también se reconocen las “importantes” movilizaciones que se llevan a cabo en Guadalajara, Hermosillo y el Distrito Federal. Para la Liga, esto se evalúa como la maduración de las condiciones objetivas que hacen posible la conformación de un movimiento único de clase mediante una jornada nacional de agitación y combate “que al mismo tiempo que sea un

ensayo general de una movilización más amplia, sea una escuela que prepare al conjunto del movimiento nacionalmente para cumplir sus dos más grandes tareas urgentes e inmediatas” (Madera 2; 1974: 48).

Las derrotas que hasta el momento se han vivido en las movilizaciones son adjudicadas a los grupos oportunistas internos (contradestinatarios, enemigos), y a los miembros cuyo espontaneísmo debe combatirse, ya que “la debilidad del trabajo de educación política y aunada a ello la debilidad de la dirección inmediata sobre la movilización, hacen posible que la energía de los obreros agrícolas se desperdicie, se derroche” (Madera 2; 1974: 52). Aquí la vanguardia se representa como un espacio de orientación y promotora de la educación política. El componente descriptivo que evalúa el grado de conciencia que ha adquirido la vanguardia sinaloense se conjuga con el componente educativo que anota las carencias formativas que permiten que surjan acciones espontáneas que no tienden hacia el fin de la insurrección generalizada.

Articulación del Componente descriptivo y el componente (tejido) educativo: se evalúa el grado de conciencia que ha adquirido la vanguardia sinaloense y se anotan las carencias formativas que permiten que surjan acciones espontáneas que no tienden hacia el fin de la insurrección
--

Contradestinatarios: enemigos internos, oportunistas que boicotean la agitación, miembros espontaneístas

A partir del periódico número tres el significante “imperialismo”, forma nominal de inteligibilidad inmediatamente reconocida como parte del discurso leninista, se presenta con más fuerza en el entramado significativo del Madera, aunado a otro que se encontrará vinculado por lo menos hasta el sexenio delimitado en este trabajo: el “combate al oportunismo”. El editorial se titula *¿Cómo combatir el oportunismo?* en donde a partir de una evaluación de la situación interna de la organización se propone disputar la presencia de los organismos militaristas y expulsar a las posiciones demócratas que habían ganado lugar dentro de la Liga. Aún más, la lucha contra el oportunismo dentro de la Liga reprocha el hecho de que algunas posturas “simulen” combatirlo. En ello se observa un claro enfrentamiento, una polémica interna por hegemonizar el discurso revolucionario que debía cobijar a esta organización nacional; esta lucha entre enunciadores marcó un enemigo interno que debía ser objeto de depuración y no de tolerancia, con lo cual se conforma una nueva frontera de exclusión: contra los demócratas externos y contra los enemigos internos (oportunistas y militaristas).

Lo primero es ir aclarando los conceptos en torno a esta discusión que persistirá a lo largo del período comprendido: “El contenido ideológico y político fundamental del oportunismo en sus diversas modalidades es siempre uno y el mismo: la colaboración de clases. Sus diversas modalidades no son sino manifestaciones particularmente distintas, que corresponden a condiciones históricas específicas y distintas. Pero su esencia es siempre la misma” (Madera 3; 1974: 2). La colaboración entre clases se da cuando las capas de obreros aristocratizados beneficiados por el auge del capitalismo imperialista en lugar de apoyar a “su” clase, apoyan a las clases poseedoras de los medios de producción, boicoteando las actividades de las posiciones revolucionarias o infiltrando sus organizaciones para rebajar la tarea histórica del proletariado

La “democracia” es la política de colaboración de clases, de la alianza del proletariado con tal o cual grupo monopólico y en defensa de los intereses de éste... es la coexistencia pacífica. Es en definitiva manifestación evidente del grado de putrefacción alcanzada por la política del socialimperialismo... La política del militarismo pequeño burgués es la política de las capas que siendo arrojadas inevitablemente a la ruina por el capital, mantienen sin embargo del punto de vista de los pequeños productores, y desarrollan una lucha por “recuperar” su situación privilegiada. Ello sólo puede darse en el imperialismo sobre la base de la alianza de estas capas con tales o cuales grupos oligárquicos (Madera 3; 1974: 4-5)

A decir de Oseas, estas dos expresiones del oportunismo (el colaboracionismo y el militarismo pequeño burgués) presentes al interior de la Liga debido a la “antigua militancia de sus miembros”, maduraron gracias al tratamiento igualmente oportunista dentro de la organización, es decir, a la priorización de la condescendencia y camaradería por sobre el rigor teórico entendido como la adhesión al marxismo leninismo; y la unificación de criterios. A esto se le denomina como “período gris”: “El triunfo de las posiciones oportunistas sobre las posiciones revolucionarias en diversidad de comités, que se da sobre la base del tratamiento oportunista de las contradicciones de clase en el seno de la Liga, es sin duda, lo ‘propio’ del período gris” (Madera 3; 1974: 6).

Por el lado interno, la Liga colocó como enemigos a los resabios de las posiciones demócratas y militaristas. Por el lado externo la Liga colocó como enemigos no sólo al imperialismo, al régimen castrista, al Estado mexicano, a Luis Echeverría y todo su gabinete, sino también a ciertas posiciones de izquierda como los demócratas salidos del CNH, a los “pescados” (partido comunista), “vallejos” (partidarios de Demetrio Vallejo), a

los adeptos de Valentín Campa, etc. Los militaristas externos quedaron representados en los seguidores de Lucio Cabañas:

Los principales propagadores de los puntos de vista del cabañismo son los órganos “serios” de los partidos obreros burgueses tales como: Oposición, Punto Crítico, etc., y los órganos descaradamente policiacos como ¿Por qué?; la democracia en unidad con la prensa burguesa, ha difundido nacionalmente los puntos de vista de Cabañas contra la Liga... ¿Quién puede negar que los organismos propios del militarismo pequeñoburgués son incapaces de llevar a cabo una ardua y vasta labor de agitación política, que consideran “indigno” repartir una simple octavilla, que sus “ideas” son difundidas precisamente por la burguesía? (Madera 3; 1974: 7).

Así se marcó desde el interior del discurso de la Liga la figura del enemigo contradestinario: el oportunista interno (demócratas o militaristas); el oportunista externo (demócratas o militaristas); y el enemigo de clase nacional e internacional.

Forma nominal de inteligibilidad inmediata: imperialismo
Componente descriptivo, prescriptivo articulados: evaluación de la situación interna de la organización se propone disputar la presencia de los organismos militaristas y expulsar a las posiciones demócratas
Contradestinario: enemigo interno oportunista y colaboracionista, posición que debía depurarse; enemigo externo , imperialismo, régimen castrista, Estado mexicano, Luis Echeverría y todo su gabinete, demócratas salidos del CNH, “pescados” (partido comunista), “vallejos” (partidarios de Demetrio Vallejo), adeptos de Valentín Campa, los militaristas externos (seguidores de Lucio Cabañas)

¿Cómo se combaten estas posturas? Entra nuevamente el componente educativo. En el editorial del cuarto número del periódico Madera se hace un balance de la actividad de la Liga y de cómo el oportunismo se fue desarrollando desde las movilizaciones de 1958-1959; y en 1968. Particularmente se evalúa su aparición en las Reuniones Nacionales de la Liga. A continuación presento la forma como fue tejiéndose el argumento contra el oportunismo en las discusiones de las reuniones nacionales y cómo para combatirlo se prescribió la urgencia de consolidar el periódico:

En el período siguiente a la Primera Reunión Nacional⁵⁶, la difusión de la política proletaria se eleva enormemente... Junto a esto, se observaba claramente el atraso considerable que la organización

⁵⁶ Realizada en marzo de 1973

revolucionaria, que la Liga mantenía en relación a las tareas que planteaba el movimiento... La necesidad de establecer una división del trabajo en la actividad partidaria se va imponiendo como problema central, las posiciones revolucionarias bajan la guardia, la lucha ideológica se rebaja enormemente, se desarrolla la inercia y poco a poco se va imponiendo el amorfismo y el eclecticismo a diferentes niveles de la organización. Las posiciones revolucionarias se pliegan a las posiciones del pantano⁵⁷ y se hacen concesiones al oportunismo (Madera 4; 1974: 6)

El tratamiento que se sigue en esta primera reunión es la conciliación de posturas antagónicas debido a las “vacilaciones” de la corriente revolucionaria. Para la Segunda Reunión Nacional “afloran abiertamente las posiciones oportunistas”. El tratamiento oportunista a las contradicciones de clase es cultivado por “la inexistencia del Periódico de la Liga, cuya necesidad había sido reconocida en multitud de ocasiones, pero que nunca se dieron los pasos concretos para su aparición” (Madera 4; 1974: 7). Después de dicha reunión se habla del periodo “gris” en el que se va imponiendo la “unidad a toda costa” y el oportunismo madura en la mayoría de los comités. Parte de la lucha es interna, y es por hegemonizar el discurso revolucionario. El llamado periodo “gris” que permaneció durante todo el sexenio, a pesar de ser la etapa de mayor auge y de movilizaciones espectaculares de la organización, se caracterizó, según las evaluaciones de Madera, por la conciliación entre posturas demócratas y revolucionarias:

El oportunismo maduro empieza a desarrollar a nombre de la Liga una política “demócrata”, “apertura”, “economicista”, política burguesa a luces claras; el desarrollo del movimiento es constantemente obstaculizado y frenado, el “culto a la espontaneidad” es el brioso corcel sobre el cual cabalga la política burguesa; el relajamiento y la indisciplina partidaria cunde en conjunto de organismos de dirección: se da un rebajamiento general de las tareas planteadas por la corriente revolucionaria en el seno de la Liga; la actividad hacia el movimiento obrero fabril es reducida enormemente. Ahí donde se mantiene tal actividad, su contenido está impregnado hasta los huesos con un “economicismo” propio de la política burguesa (Madera 4; 1974: 7)

Frente a esta postura interna, nace el periódico Madera como medio de combate al oportunismo: “la aparición de Madera, viene a ser sin duda alguna, el medio fundamental a través del cual se impulsa la afirmación de la política proletaria y la lucha contra el oportunismo” (Madera 4; 1974: 8). Para la Tercera Reunión Nacional persisten las mismas condiciones

⁵⁷ El pantano es la zona media

¿Cuál es el hilo fundamental al cual los revolucionarios tienen que asirse para desarrollar sus tareas? La mayoría responde: “el periódico”. Más casi todos los que esto contestan, tratan de rebajar las funciones del periódico al desarrollo de la lucha ideológica; algunos mencionan la importancia del periódico para la agitación y propaganda, pero casi nadie menciona la función del periódico como un organizador (Madera 4; 1974: 17)

Es así que, después de un largo balance sobre las condiciones en que se produjo el oportunismo antes de la conformación de la Liga, y después dentro de la misma, se prescribe una solución de tipo educativa:

La tarea de desarrollar una constante agitación política que impulse el desarrollo de la conciencia socialista en las masas, una propaganda que dé claridad sobre la política de las diferentes clases, los objetivos inmediatos e históricos y las tareas del proletariado; una educación política que dirija toda explosión de descontento de las masas hacia la preparación de la insurrección, al desarrollo de la Guerra Civil Revolucionaria. Tal tarea, es imposible llevarla a cabo, sin la existencia de un periódico para el conjunto del movimiento, su elaboración y difusión es sin duda, la tarea práctica principal para los revolucionarios organizados (Madera 4; 1974: 19-20)

El elemento leninista nuevamente se presenta como parte fundamental de la solución, ahora, contra el problema del oportunismo interno. La promoción de la agitación constante, el paso de un estado instintivo y espontáneo al de la toma de conciencia sobre el papel histórico a ejercerse; la educación política hacia la insurrección; todos ellos aspectos mediados por el órgano que difunde la visión “legítima” del movimiento armado representado en la Liga. Esto remite a la necesidad constante de los editores del periódico por justificar insistentemente e intensamente la existencia del periódico: no sólo como medio organizador, sino como espacio que divulga la versión correcta del ser revolucionario.

En el artículo *¡Organicemos un verdadero periódico revolucionario!* Se plantea la tarea permanente y fundamental de la Liga, es decir, dirigir revolucionariamente al proletariado hacia la consecución de sus objetivos mediante una intensa labor de agitación política y propaganda que eduquen a las masas en la ciencia del marxismo: “La inexistencia de un periódico de carácter nacional capaz de salir de manera continua ha contribuido enormemente a que tal cuestión (el oportunismo) se haya dado. Tal desviación tiene que ser corregida y combatida de inmediato” (Madera 4; 1974: 41). Como puede observarse, nuevamente tres componentes se enlazan para dar forma a un

discurso revolucionario: el balance de una situación crítica, la fórmula que puede resarcir las fallas, y la orden prescriptiva envuelta en necesidad histórica. Sin embargo, se dice, los militantes no se han abocado a concretar esta obra, lo cual amerita que

Debemos reanudar con nuevos bríos el desarrollo del trabajo teórico y práctico para poder estar en condiciones de cumplir eficazmente con la labor de educar políticamente a las más amplias masas y ejercer una dirección revolucionaria sobre el conjunto del movimiento. Debemos abocarnos de inmediato a la organización de las imprentas necesarias para el desarrollo de esta tarea. Debemos empezar a construir las organizaciones que aseguren su conformación, su reimpresión y discusión (Madera 4; 1974: 44)

El exhorto se fundamenta en el éxito de la misión futura; el proletariado requiere de una vanguardia que no sólo agite barrios obreros o fábricas, necesita también dirección acertada no oportunista, y para ello los militantes como miembros más avanzados debían hacerse cargo de la educación política vía periódico, procurar su impresión, difusión y sobre todo, su discusión. Cerrar el paso a posturas demócratas y militaristas dentro de la Liga era un imperativo en aras de una formación “verdaderamente revolucionaria”. Los elementos del componente educativo, se reitera, son definitivos en los grandes objetivos de la Liga: “La tarea de educación política hacia el conjunto del movimiento es la base sobre la cual el proletariado logrará conformar su Partido y Ejército revolucionario que lo llevarán a la conquista del poder ¡EMPRENÁMOSLA CON FIRMEZA!” (Madera 4; 1974: 44). Podría decirse que sin educación, no hay revolución, pues aquélla resulta un componente transversal en el entramado de significación de la organización.

Componente descriptivo, prescriptivo y educativo articulados: con base en el **balance** sobre las condiciones en que se produjo el oportunismo en la Liga (ausencia del periódico entre ellas), se **prescribe** una solución de tipo **educativa** mediante: agitación constante, toma de conciencia, educación política para la insurrección, educar a las masas en el marxismo, educar a las masas mediante la dirección revolucionaria. Todo ello mediado por la existencia del periódico Madera como difusor y organizador, procurar su impresión, difusión y sobre todo, su discusión.

Las reminiscencias leninistas en el componente educativo y la necesidad del periódico como objetivo inaplazable del quehacer insurreccional se observan claramente en el siguiente fragmento en donde se cita al revolucionario ruso, quien a su vez, hace referencia a Iskra:

La misión del periódico no se limita, sin embargo, a difundir las ideas, a educar políticamente y a atraer aliados políticos. El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En este último sentido se le puede comparar con los andamios que se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos constructores, les ayudan a distinguir el trabajo y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado (Madera 4; 1974: 50)

Ya desde que Ramos Zavala y Salas Obregón militaban en los Procesos antes de la conformación de la Liga, se observaba la importancia que le atribuían a la educación política. En el texto *Proceso revolucionario* citado en el periódico Madera, puede leerse:

En los documentos de 1971, tanto en los procesos de Raúl como en los escritos de José Luis y otros miembros del grupo se planteaba: 1.- la necesidad de precisar la línea política unilateralmente proletaria. 2.- Desarrollo de la teoría revolucionaria y la educación en el marxismo del conjunto de los militantes. 3.- Necesidad de desarrollar un trabajo de organización y educación política, distinto al realizado por los demócratas. 4.- La necesidad del deslinde teórico-político entre las posiciones burguesas y las proletarias (Madera 5; 1974: 41)

La línea política proletaria quedó plasmada en los Maderas viejos, redactados por Oseas. Igualmente vimos cómo desde esos números ya se le daba un peso importante a la lucha ideológica y al papel del “instinto de clase” que debía transformarse en conciencia de clase. Para los números oficiales aparece la educación política, es decir, se resignifica la concienciación en forma de agitación, propaganda, la fusión del marxismo teórico y el movimiento obrero, el papel central de la educación en el combate al oportunismo mediante el periódico cuyos fines son explícitamente formativos, etc. Tanto en los Maderas viejos como en los Maderas impresos después de la conformación oficial de la Liga, el proyecto revolucionario tiene amplias resonancias educativas, de una educación militante, marxista-leninista; y éste se mantiene incluso para los números en los que Oseas ya no tiene presencia física, y cuando el factor internacionalista y antiimperialista cobra mayor fuerza en el entramado de significación de la organización.

En el editorial del número seis del periódico se hace el siguiente balance sobre las movilizaciones del año 1974:

El proletariado, retomando las experiencias de años y meses anteriores, ha venido pasando a formar un movimiento cada vez más amplio y potente, ha venido pasando a desarrollar jornadas de agitación y combate, cada vez más extensas y con una combatividad

mayor aunque en general, a tales jornadas, el proletariado ha arribado fundamentalmente en forma espontánea y sin tener claridad de sus objetivos particulares en esos momentos y su relación con sus objetivos inmediatos e históricos, lo cual refleja el enorme atraso de la actividad de los revolucionarios profesionales frente al desarrollo del movimiento de masas (Madera 6; 1974: 1)

Aunque en los balances generales se suele plantear la importancia de la experiencia retomada de 1956 a la fecha (1974), en esta ocasión se reprocha el espontaneísmo de las masas, es decir, el no haber dado el salto cualitativo necesario en el que la vanguardia y los militantes avanzados conduzcan al proletariado hacia sus objetivos. Dicha ausencia de dirección eficazmente practicada, lleva nuevamente a movilizaciones dispersas, sin sentido insurreccional claro. Ello conlleva a una desviación oportunista, donde las distintas posturas en acción pugnan por orientar el descontento hacia sus propios objetivos programáticos. Sin embargo, recordemos que para la Liga los intereses objetivos del proletariado sólo están representados en el discurso socialista científico que ellos dicen detentar en los periódicos Madera. Las posiciones democrática y militarista deben ser combatidas según se prescribe en todo este periodo: “¿Puede el proletariado avanzar en la lucha revolucionaria junto con la aristocracia obrera? ¿Puede el proletariado preparar sus jornadas sin romper con la influencia de los partidos “obreros burgueses”? El marxismo lo ha repetido miles de veces: NO” (Madera 6; 1974: 3). En el contexto específico de ese momento se valoraba además que el enemigo interno estaba sabotando la labor de educación política (negando la identidad plena del grupo armado), al impedir que el periódico Madera se distribuyera y discutiera entre los militantes, y entre los militantes y los obreros fabriles. Para enfrentar esta situación se propuso que “el elemento consciente pase a ser el elemento dominante en las próximas jornadas nacionales de agitación y combate” (Madera 6; 1974: 4). Se planteó además que

Los días presentes plantean a los revolucionarios la necesidad de acrecentar la actividad revolucionaria. La actual situación de preparación por el proletariado de las próximas jornadas, plantea a los proletarios la necesidad de que iniciemos con energía y sin vacilaciones a desarrollar una sólida tarea de agitación y de educación política, que de manera constante y permanente se extienda la agitación y las ideas socialistas a todo el país, desarrollando una actividad que eduque a las masas en la lucha contra el oportunismo; que dirija al proletariado y particularmente a las capas bajas de los obreros fabriles, en la conformación y consolidación de sólidas brigadas y comités de lucha, fundamentalmente en los centros fabriles

y en los campos agrícolas. Y todo esto es inconcebible sin la existencia de Madera (Madera 6; 1974: 5)

Tres componentes entremezclados nuevamente: tras la valoración respecto al papel del oportunismo en las jornadas del año, se prescribe una tarea educativa de agitación, de educación política donde la dirección oriente a las masas proletarias en función de un organizador, el Madera. Para la Liga la insurrección no era una cuestión inmediata, debía ser preparada por jornadas de agitación y de ahí el papel central que le daban a dicha actividad. Se menciona además del prodestinatario obrero fabril, el trabajador de los campos agrícolas, pues este fue uno de los sujetos más activos en el norte del país cuando la Liga se encontraba en plena operación. Era posible que en muchas de esas movilizaciones existieran cuadros de la Liga queriendo orientar el proceso, o bien buscaban adentrarse cuando ya se encontraban en marcha para ganar adeptos a la causa revolucionaria.

Componente descriptivo, prescriptivo y educativo articulados: tras la valoración respecto al papel del oportunismo en las jornadas del año, se prescribe una tarea educativa de agitación, de educación política donde la dirección oriente a las masas proletarias en función de un organizador, el Madera
--

Prodestinatario: obrero fabril y trabajador de los campos agrícolas
--

Mencioné anteriormente que el factor “imperialismo”, si bien estuvo presente en el discurso de la Liga desde su fundación, es a partir de ciertos números donde cobra mayor fuerza en el análisis y balance de la organización. La referencia al “imperialismo” es una forma nominal que posee un poder explicativo y permite al destinatario un efecto inmediato de inteligibilidad, ya que permite identificar al enunciador y el tipo de discurso que recibirá de éste.

En el número seis el artículo titulado *La “democracia” y el “militarismo” pequeñoburgués. Modalidades del oportunismo propio de la descomposición de la sociedad burguesa* plantea el escenario sobre el cual se mueve el movimiento armado mexicano en ese momento. En el imperialismo, la represión se convierte en el medio fundamental de la oligarquía financiera; el militarismo burgués en la actividad contra revolucionaria; la burguesía intensifica su dominación ideológica impulsada por la oligarquía financiera, quien, gracias al excedente generado en otros países, logra cooptar a capas de obreros aristocratizados que siembran el oportunismo en las organizaciones proletarias

El fortalecimiento de la alianza entre la oligarquía financiera y los obreros aristocratizados y pequeñoburgueses contra el proletariado, ha traído un incremento de la actividad de todos los oportunistas, particularmente los “demócratas” y los partidos “obreroburgueses” pacifistas. Sobre la base de esa alianza se han venido desarrollando y fortaleciendo los grupos “democráticos y revolucionarios” como el PCM, el PST, el PMT, el FAT, el CGI, la Unidad Obrero Independiente, los partidarios de “Punto Crítico”, “Solidaridad”, los del “Partido de la clase obrera mexicana”, etc. (Madera 6; 1974: 24)

En esta cita se marca una parte del enemigo externo de la Liga, el cual no se limita a autoridades gubernamentales, nacionales, o grupos de poder financiero internacional, sino que, como mencionamos anteriormente, también se ubica dentro de las mismas posturas de izquierda. Verón nos dice que mientras exista un enemigo en la enunciación, el tipo de discurso es político, ya que el campo discursivo de lo político implica un *enfrentamiento*, relación con un *enemigo*, *lucha* entre enunciadores. Pues bien, el discurso político de la Liga antagoniza con amplios sectores tanto de derecha como de izquierda, e incluso con grupos del movimiento armado nacional, lo cual estrecha cada vez más su capacidad articuladora, limitando así su campo de acción e impacto (o bien, confiando en que la labor de educación política logrará concientizar a la mayoría de los trabajadores que finalmente asumirán su papel histórico). La Liga misma, de la mano del marxismo-leninismo, es quien delimita una amplia frontera sin posibilidad de conciliación. El discurso de la democracia le es ajeno y oportunista. Su imaginario es el de la revolución.

Forma nominal de inteligibilidad inmediata: imperialismo, pequeñoburgués
Contra-destinatarios, marcación de enemigos: grupos “democráticos y revolucionarios” como el PCM, el PST, el PMT, el FAT, el CGI, la Unidad Obrero Independiente, los partidarios de “Punto Crítico”, “Solidaridad”, los del “Partido de la clase obrera mexicana”

Los **prodestinatarios** de la Liga son en primer lugar los obreros fabriles, en quienes ven depositado el futuro revolucionario, la eliminación de las relaciones de producción capitalistas y de las clases sociales. Esta organización armada buscó siempre el acercamiento con los trabajadores de las fábricas mediante “repartizas” del periódico en dichos lugares; incluso la gran mayoría de militantes fallecieron en enfrentamientos con la policía afuera de fábricas y empresas en cumplimiento de la tarea de agitación, propaganda y educación política. En los balances generales siempre se mantuvo como

labor primordial el acercamiento con este sector, ya que no fue el mayoritario a la hora de integrar a la organización. En segundo lugar, el “proletariado estudiantil”, y los trabajadores de la educación y del campo. Son ellos quienes principalmente engrosaron las filas del grupo armado. Para la Liga, hablar de “pueblo” es diluir la fuerza del llamado a la clase obrera y desviar, de manera oportunista, los objetivos históricos que ésta debe cumplir; por esa razón el llamado no es una abstracción general sino una especificación categorial.

Sus **contradestinatarios** son los mencionados a raíz de la cita anterior: todos los enemigos internos y externos a la organización; nacionales e internacionales. Los internos son aquellos militantes que utilizan el discurso democrático y minimizan el revolucionario; aquellos que priorizan la acción por sobre la discusión y formación teórica; los que no difunden el periódico Madera y promueven la unidad a toda costa así como el colaboracionismo entre clases. Los externos son más y abarca grupos de izquierda nacional e internacional (la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México FECSM, los militaristas pequeñoburgueses como Lucio Cabañas, los obreros aristocratizados, Punto Crítico, los líderes del CNH, los partidos obreros “burgueses”; Fidel Castro, Allende); el gobierno nacional, y los grupos de poder financiero. Sus paradesinatarios son los trabajadores indecisos a quienes se espera sumar a la lucha revolucionaria vía trabajo de educación política. Así el panorama ¿por qué el principal prodestinatario es el obrero fabril?

El marxismo ha reconocido en todo momento que el proletariado fabril es la única clase que por sus condiciones de existencia en el marco de las relaciones sociales de producción, es una clase verdaderamente revolucionaria, pero además ha reconocido también, junto a esto, que por ser obreros fabriles, la capa del proletariado más ligada a la gran industria, como forma dominante y al mismo tiempo más elevada del proceso de trabajo; que por estar en relación directa con aquellos procesos de producción en donde el desarrollo de las fuerzas productivas y por tanto de la cooperación son más elevadas; que por ser ellos mismos el agente principal de la producción en donde la socialización de las fuerzas productivas alcanzan su más elevado desarrollo... No sólo cuenta con la disciplina, la experiencia y la práctica que le permite una comprensión más acabada del carácter de las relaciones burguesas de producción, de las leyes de la lucha de clases y con ello de igual modo una comprensión y asimilación más acabada del carácter de las relaciones burguesas de producción, de las leyes de la lucha de clases y con ello de igual modo una comprensión y asimilación más acabada del curso del movimiento, de sus objetivos y tareas; sino también con las condiciones que le

permiten construir y consolidar al Partido de clase altamente disciplinado y enérgico (Madera 6; 1974: 35)

Buena parte del número siete está dedicado a las medidas que ya había propuesto números atrás Ignacio Arturo Salas Obregón "Oseas" para combatir el oportunismo. Aquí las presento de manera puntual para no ser repetitiva:

- El desarrollo de una amplia y enérgica labor de educación política, que permita fundir la teoría marxista con el movimiento obrero
- Una labor de organización para conformar el Partido Revolucionario del Proletariado planteando la necesidad del periódico para desarrollar adecuadamente estas tareas Desarrollar una actividad de agitación y propaganda que permita ir fundiendo el marxismo leninismo con el movimiento obrero
- Una actividad de organización que permita conformar sólidos comités y brigadas de obreros fabriles de las capas bajas e ir nutriendo las filas de los revolucionarios profesionales con militantes surgidos de sus filas (Madera 7; 1974: 43, 62)

La prescripción de elementos educativos para la eliminación del oportunismo en las filas de la Liga y para hacerse de más adeptos que la posición democrática o militarista pequeñoburguesa, incluye la formación de cuadros propios que funjan posteriormente como militantes de vanguardia, obreros fabriles educados en el marxismo-leninismo que a su vez funjan como educadores de nuevos adeptos. La propiedad de la formación pretendería en este caso, evitar desviaciones conceptuales y asegurar la continuidad del trabajo de la organización.

Otro ejemplo de prescripción en el entramado significativo de la Liga se encuentra en el artículo *Algunos aspectos político-militares a contemplar en la preparación y desarrollo de las próximas jornadas revolucionarias* en el cual se prevé que las siguientes jornadas se encuentren alistadas militarmente hablando, razón por la cual se les indica que:

La preparación de las jornadas requiere de los revolucionarios organizados una vasta y permanente actividad de educación política y de organización, cuyo instrumento principal deberá ser la prensa revolucionaria... preparar las condiciones para que las mismas abarquen los más amplios sectores del proletariado posibles, no sólo de una localidad sino de toda la República, generalización e

intensificación de la misma, dispersando con esto enormemente las fuerzas burguesas e impidiéndoles concentrar en una sola movilización o localidad el conjunto de sus fuerzas (Madera 8; 1975: 26)

La educación política se prescribe al prodestinatario como la base de una exitosa jornada revolucionaria. Los militantes aprenden además la realización de “armas populares y de fabricación casera”, y cómo actuar tácticamente frente a un enemigo que le aventaja por mucho en cuanto a posesión de armamento. Todas estas recomendaciones son extraídas de la experiencia del actuar previo revolucionario.

Articulación del componente prescriptivo y educativo: la educación política se prescribe al prodestinatario como la base de una exitosa jornada revolucionaria. Se enseña la preparación de armas caseras y tácticas frente a un enemigo que aventaja
--

Prodestinatarios: revolucionarios, proletariado
--

Mencioné anteriormente, que la FECSM fue uno de los enemigos de izquierda de la Liga. Su balance en *Carta de la dirección nacional de la Liga comunista 23 de septiembre a los estudiantes proletarios de las normales rurales* plantea el papel “oportunista” que dicha organización desempeñó en el año de 1973. El normalismo tiene una historia de lucha proletaria

La historia del movimiento normalista está ligado al nombre del más preclaro dirigente que el proletariado en México supo darse en la década pasada: Arturo Gámiz. El Grupo Popular Guerrillero de Arturo, primer núcleo de revolucionarios profesionales que destacó el proletariado, contó entre sus filas a valerosos combatientes de la talla del Dr. Pablo Gómez Ramírez y del Prof. Miguel Quiñones Pedroza, el primero, profesor en varias normales rurales, el segundo destacado hijo de la normal rural de Salaces, Chih. (Madera 9; 1975: 14)

A pesar de que las normales rurales tienen antecedentes proletarios y tuvieron un papel importante en la conformación del grupo revolucionario que asaltó al cuartel de Madera en 1965, se afirma, la FECSM nace como un sindicato más, “oportunista y democrata”, aliado del PCM. Después de que en el movimiento de agosto-septiembre de 1969 el sistema de normales rurales se redujera, “la FECSM desaparece y no vuelve a la escena sino hasta la altura del 72-73 cuando el movimiento normalista es impulsado por el auge del movimiento obrero en todo el país” (Madera 9; 1975: 15). Vuelve a finales de abril y principios de 1975 con demandas como la federalización de los terrenos de varias

escuelas, de mejores laboratorios “a las cuales se sumaban otras demandas dirigidas a mejorar mínimamente las condiciones de vida de los estudiantes normalistas; pero eso sí, la huelga tenía que ser pacífica, por medios legales, sin agitar, sin armar ‘mitotes’ con otros obreros” (Madera 9; 1975: 16) con lo cual la Liga observa un proceder de aliado de la “oligarquía financiera” y se va marcando uno más de sus enemigos. Dentro de su balance, expone cómo las posiciones revolucionarias al interior del movimiento normalista son atacadas, perseguidas, expulsadas, señaladas y descalificadas políticamente por el sector democrático y la dirigencia de la federación. Para las siguientes jornadas de lucha y

De frente al actual desarrollo del movimiento, los estudiantes proletarios en general y los de Normales Rurales en particular, deben prepararse al igual que todos los destacamentos del proletariado para las grandes movilizaciones que se avecinan. Pueden y deben desde hoy extender la agitación y la propaganda socialista a todas las Normales Rurales pero sobre todo, pueden y deben extender la educación política a los diferentes centros fabriles cercanos a las diferentes escuelas (Madera 9; 1975: 18)

Los normalistas son paradesinatarios que pueden convertirse en prodestinatarios siempre y cuando hagan a un lado las directrices de la FECSM y escuchen la convocatoria revolucionaria de la Liga. Se observa una pugna, un enfrentamiento, una lucha entre enunciadores (la Federación y la Liga) por ganarse a los normalistas como adeptos a sus planteamientos. Además, la fórmula “con base en una evaluación se prescribe una solución educativa” se repite a lo largo de este periodo; sea para hacerse de adeptos, para combatir enemigos externos, o para erradicar el oportunismo en sus filas, los elementos del componente educativo atraviesan el discurso de la Liga a manera de recurso idóneo para llevar adelante el proyecto revolucionario y los objetivos históricos de la clase obrera.

Prodestinatarios: los normalistas que no se sujeten a la FECSM
ContraDestinatarios: la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), PCM, oligarquía financiera
Articulación de componente prescriptivo y tejido educativo: los normalistas pueden y deben extender la agitación y la propaganda socialista a todas las Normales Rurales, y extender la educación política a los diferentes centros fabriles

A continuación, un ejemplo de cómo las brigadas se apropiaban del discurso del Madera respecto a la labor de educación política como parte fundamental de sus tareas. El Comité Clandestino “José Alfonso Rojas Díaz” del Comité Revolucionario del DF perteneciente a la Liga, envía una carta dirigida al proletariado de la General Electric, al proletariado de la zona de Santa Clara, y al proletariado en general, en la que plantea

El día 28 de enero, en la planta General electric (*sic*) ubicada en Santa Clara, Edo. De México, una brigada revolucionaria de la Liga Comunista 23 de Septiembre, cumpliendo con una de las tareas fundamentales que el movimiento plantea a los revolucionarios organizados, como es, el desarrollo de la EDUCACIÓN SOCIALISTA al proletariado, se encontraba distribuyendo “MADERA”, órgano central de dicha organización. Al tratar de detener a los compañeros y evitar así que se cumpliera con el ejercicio de esta tarea, caen abatidos por las balas de los revolucionarios el líder charro del SUTERM, y prominente miembro de la burocracia burguesa, Domingo Salgado Valle, junto con un policía industrial de la misma empresa (Madera 9; 1975: 70)

Esta cita evidencia los efectos educativos visibles en el comportamiento de los receptores. La Liga ejerció poder en tanto influyó en la conformación de un discurso revolucionario y proletario que se desplazó principalmente hacia el sector estudiantil, magisterial, y en alguna medida, campesino, los cuales hicieron propias las prescripciones de los Maderas como “hilos conductores” de su actuar. Otro ejemplo del grado de apropiación que puede observarse a partir de los periódicos es el del Comité local de Guadalajara, agrupación que envió a la redacción un texto denominado *Los obreros del volante deben encabezar la próxima jornada revolucionaria en Guadalajara*, y desde el cual se plantea que:

Nosotros llamamos al proletariado a desarrollar una jornada con estos objetivos ¿Quiere esto decir que estamos llamando al proletariado al asalto definitivo, a la insurrección, a tomar el poder en esta jornada? Esto es infantil. Por un lado, la burguesía sólo caerá como resultado de una guerra de carácter prolongado; y por otro, la Liga siempre ha reconocido que el presente periodo no es un periodo insurreccional... y por tanto hemos puesto como consigna central ¡preparar la insurrección! y ¿cómo nos vamos a preparar para la insurrección? Desarrollando jornadas revolucionarias de agitación y combate. He ahí el quid de la cuestión. Las jornadas son el medio práctico para preparar la insurrección (Madera 9; 1975: 81)

Los efectos producidos en este grupo prodestinatario de Guadalajara incluyen además de un exhorto a preparar las jornadas: retomar las experiencias para dejar de luchar sólo por reivindicaciones económicas y pasar a las huelgas de carácter político (82); así como estudiar y discutir el Madera dado que esta es la forma como “nos vamos educando y organizando políticamente” (85). Si bien no es el objetivo analizar la recepción de los Maderas en los militantes, es posible observar en este tipo de artículos el eco que tuvo la interpelación y la adhesión que algunos grupos tuvieron hacia el proyecto y las acciones que llevaban a cabo para sacarlo adelante, a costa a veces de sus propias vidas. Otra razón por la que no es tan sencillo realizar un estudio sobre la recepción, es porque la mayoría de los participantes fueron desaparecidos o asesinados; algunos de los que quedan vivos se niegan a hablar de esta etapa; y muchos otros sobrevivientes se integraron ya en los últimos años de existencia de la organización por lo que no vivieron los primeros años de la Liga estrictamente. Aun así, repito, este tipo de ejemplos permiten observar las condiciones de reconocimiento y los efectos de la prescripción sobre los prodestinatarios convocados que contribuyeron a expandir el discurso de la Liga, aunque de manera clandestina, a nivel nacional.

Efectos educativos: “cumpliendo con una de las tareas fundamentales que el movimiento plantea a los revolucionarios organizados... el desarrollo de la EDUCACIÓN SOCIALISTA al proletariado... distribuyendo “MADERA”

“¿Cómo nos vamos a preparar para la insurrección? Desarrollando jornadas revolucionarias de agitación y combate”

“Estudiar y discutir el Madera dado que esta es la forma como nos vamos educando y organizando políticamente”

Otra de las herramientas de análisis de Verón es el componente programático, el cual tiene que ver con las promesas a futuro, los horizontes de plenitud que se ofrecen en aras de interpelar y enganchar al que escucha o lee en un proyecto colectivo, y algunas veces están enunciados junto a las consignas y arengas agitadoras. Dado que el periódico Madera es marxista leninista, propone la emancipación como horizonte de plenitud, y ésta constituye al mismo tiempo su gran promesa futura, transversal a todo su discurso. Resulta además importante para ellos la construcción de dicho proyecto, el proceso mediante el cual dicha emancipación será posible. Por ello los periódicos están plagados de elementos prescriptivos. Ello explica también que dichas prescripciones suelen estar presentes junto a elementos educativos sobre el cómo hacer para alcanzar

los objetivos históricos. Esta concepción pragmatista de lo educativo anclada fuertemente a un discurso leninista orienta y organiza la praxis revolucionaria de la posición de sujeto Outsider. Veamos algunos ejemplos: “Los brotes de insurgencia que aparecen ya en Sinaloa, en Nuevo León, en Veracruz, en Guerrero, y en muchos más, nos hablan de la gran ofensiva proletaria; de que el tiempo de la Revolución está ya cerca y con ella nuestra liberación” (Madera 2; 1974: 59). Las movilizaciones que se presentaron en el país fueron siempre inscritas en el relato teleológico de la Liga; buscaron que sus militantes estuvieran presentes y de ser posible que las encabezaran para orientar al proletariado hacia sus objetivos históricos. En este fragmento puede observarse cómo la promesa de triunfo alienta a los lectores a seguir participando en las jornadas nacionales, ya que gracias al marxismo científico se sabe de antemano que el modo de producción capitalista será derribado. Lo mismo se aplica en otros ámbitos

Avanti pues señores. Cuanto hagan, cada paso que den, el movimiento revolucionario se encargará de desenmascararlos y expulsarlos de su seno. La gran fuerza que el movimiento de masas viene desplegando y la gran acogida que dan los militantes de base de la Liga y el movimiento en general al marxismo revolucionario, es sin duda nuestra seguridad de que la política oportunista será derrotada y expulsada del movimiento, la política proletaria vencerá afirmándose definitivamente en la Liga. Ni un paso adelante sin deslindar posiciones; desarrollar la purga inmediata en nuestras filas es nuestra tarea inmediata. Seguramente los militantes de base impulsarán esta tarea. Deben acogerla con fuerza para sacar adelante los intereses proletarios (Madera 4; 1974: 18)

La expulsión del oportunismo es inevitable de la mano del socialismo científico, la guía de la auténtica acción revolucionaria a decir de la Liga. El triunfo está previamente garantizado por las leyes objetivas de la historia (horizonte de plenitud) y la participación del proletariado aparece como algo incuestionable: “Es indudable también que ese desarrollo del movimiento huelguístico contará con el impulso principal de los obreros de las capas bajas de la gran industria quienes, en definitiva, pasarán a ocupar su lugar al frente del conjunto de la movilización” (Madera 6; 1974: 1). Cuando en un relato ya todo está previamente concebido y determinado no pareciera existir mucho espacio para la acción, y sin embargo, es a lo que más se apela en el discurso prescriptivo-educativo de la organización armada.

Componente programático: promesa de transformación radical y futura sociedad socialista, por ejemplo: “la Revolución está ya cerca y con ella nuestra liberación”

Promesa inmediata: “la política oportunista será derrotada y expulsada del movimiento”

Así, puede observarse cómo las promesas a futuro del componente programático están vinculadas con el proyecto objetivo del proletariado, con su misión histórica, con la finalidad última a la que se arriba mediante la preparación de la educación política, pues aunque la caída del sistema capitalista se concibe como inevitable, la insurrección que la derrocará requiere de construcción colectiva. Paradójico resulta que algo que se concibe como necesario esté mediado por una práctica contingente a conformarse sin la cual no sería posible tal destino.

En este caso, el componente educativo, la necesidad de una educación política, erosiona la necesidad finalística revolucionaria, por lo cual queda cuestionarse ¿qué tan inevitable es la transformación si ésta requiere del proceso contingente de lo educativo? ¿Cómo un objetivo que se concibe como necesario e inevitable puede estar condicionado por un proceso contingente? Aún más, depende completamente de dicha contingencia según mi análisis. A partir de los materiales con los que trabajé es posible observar que no conciben la contingencia como parte de la lucha proletaria, sino que se inscriben en la necesidad del proceso teleológico; sin embargo éste será tema a desarrollar en un próximo *paper*.

A continuación, un fragmento en el que el componente programático se funde con consignas interpelatorias para dar fuerza a la voz convocante:

El movimiento revolucionario avanza con fuerza incontenible, la burguesía no ha podido ni podrá contener este avance. El proletariado se fortalecerá, elevará, tomará las riendas de la sociedad entera y acabará con el hambre, la miseria, la muerte y desolación que la sociedad capitalista lleva en sus entrañas. La burguesía agoniza, pero no morirá por sí sola. En sus últimos estertores de muerte acarreará para las masas trabajadoras, para la inmensa mayoría de la población, mayores sufrimientos y penalidades que los que ahora padecen. Su agonía se prolongará hasta que el proletariado acabe con ella. Aún agonizante la lucha por aniquilarlo será sin duda harto difícil. Pero ¡Debemos hacerlo! ¡Tenemos que lograrlo! Sólo de esta manera podremos dejar de ser esclavos, sólo así acabaremos para siempre con toda explotación (Madera 8; 1975: 16)

La predicción acompañada de un exhorto, moviliza las pasiones en aras de la puesta en acción para la consecución de un fin preestablecido e inevitable. Esta es en buena medida la función de la consigna, además de dar identidad política a la postura que se defiende en cuestión, ya que no es lo mismo llamar a combatir el imperialismo,

que convocar a combatir las violaciones a derechos humanos. Ambas indican desde un inicio el tipo de discurso político que las soporta (aunque sea de manera casi intuitiva).

Articulación de componente programático y consignas: “El proletariado se fortalecerá, elevará, tomará las riendas de la sociedad entera y acabará con el hambre... Aún agonizante la lucha por aniquilarlo será sin duda harto difícil. Pero ¡Debemos hacerlo! ¡Tenemos que lograrlo!”

A continuación ejemplos de consignas representativas en el discurso de la Liga:

- ¡ARMÉMONOS CON LAS ARMAS DEL ENEMIGO! ¡DESARMEMOS A LOS RICACHONES, A SUS PISTOLEROS Y A LA JUDICIAL! ¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA! ¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS! (Madera 3; 1974: 60).
- ¡Preparémonos para la insurrección! ¡Desarrollemos una Jornada Nacional de Agitación y Combate! (Madera 9; 1975: 85).
- ¡Abajo los sindicatos. Organicemos más Brigadas y Comité de Lucha. Construyamos el Partido y Ejército Revolucionario! ¡Muera el “nacionalismo” y el “antimperialismo” echeverrista. Viva la Guerra Civil Revolucionaria de Indochina y el movimiento revolucionario internacional! (Madera 11; 1975: 6)
- ¡LUCHA A MUERTE CONTRA LOS PARTIDOS “OBREROS BURGUESES” Y CONTRA TODOS LOS OPORTUNISTAS! (Madera 12; 1975: 24)

Las consignas generalmente se encuentran al cierre de un editorial, artículo, carta u octavilla, y todas ellas imprimen fuerza emocional a los argumentos ya desarrollados además de convocar a la acción. En el Madera, a veces se encuentran en mayúsculas y con signos de admiración precisamente para denotar énfasis, cual si se tratara de un mitin político donde la arenga es indispensable para convocar y convencer, a veces más que el despliegue mismo de la argumentación. En ellas es más importante la modalidad del decir que el decir en sí (la forma por sobre el contenido).

Las entidades enumerables encontradas en los Maderas se marcan por un “nosotros” los revolucionarios, la clase obrera, el proletariado; y un “ustedes” dividido en dos: los enemigos que ya explicité anteriormente (demócratas, obreros aristocratizados, y enemigos de la revolución); y los paradestinatarios, testigos indiferentes de un proceso

que no les involucra. En la relación enunciador-receptor hay una relación pedagógica, a decir de Verón, en la que una de las dos partes aconseja, informa, propone, advierte, y sabe. La otra en el caso específico de la Liga, aprovecha, difunde, actúa, organiza. Es posible analizar al enunciante Madera como un enunciador objetivo e impersonal que habla “la verdad”, y cuya fuerza argumental se encuentra en el marxismo como lectura científica de las relaciones sociales.

Entidades enumerables en Madera:

- “nosotros” los revolucionarios, la clase obrera, el proletariado. Prodestinatarios
- “ustedes” los enemigos contradestinatarios internos y externos; y los paradesinatarios, indiferentes

Relación pedagógica: entre el enunciador -Madera-y el receptor -prodestinatarios-

Cierre capitular: educación para la insurrección

A lo largo del capítulo he venido analizando los componentes del discurso político de la Liga Comunista 23 de septiembre, sus funciones específicas para el caso de esta organización armada, y la forma que tomaron según el contexto en uso.

Aunque hay una fuerte presencia de un discurso con intenciones educativas dentro del periódico Madera, no podemos reducir los propósitos transformadores de la Liga solamente a factores de este tipo, sin embargo tiene fuerte presencia y gran importancia en su misión revolucionaria ¿En dónde localizar el componente educativo dentro de los objetivos generales de la agrupación armada? Recordemos que en los Maderas viejos de 1972 se habla de tres instancias de la lucha proletaria: la económica, la política y la teórica e ideológica. Pues bien, en esta tercera instancia encontramos factores educativos como bien se mencionó en apartados anteriores. Pero, en los Maderas posteriores a la fundación formal de la Liga en 1973, ¿cómo ubicar el tejido educativo? A partir de sus tareas y objetivos, es decir, vinculado al componente prescriptivo; y a partir de una imbricación de lo educativo con lo político. Las tareas inmediatas del proletariado en México son: a) el hostigamiento permanente a la burguesía, al Estado burgués y a sus cuerpos policiacos; b) su conformación como un movimiento nacional único de clase y de un partido y ejército revolucionario; c) su

constitución en clase, el derrocamiento de la dominación burguesa, y la conquista del poder político por el proletariado.

Con respecto al trabajo de hostigamiento se requiere de agitación, de acciones que tiendan a la insurrección y que convoquen a los obreros a tomar conciencia de su papel en la Historia. Ahí hay una labor educativa, en la que los trabajadores se convierten en proletariado organizado. Igualmente su conformación en un movimiento nacional único que incluye la conformación de un partido y un ejército, remiten al trabajo de educación política al momento de dejar atrás el instinto de clase y tomar conciencia de su condición, además de que: “el principal cometido del Ejército revolucionario es el de combatir, pero junto a esta cuestión, necesariamente tiene que desarrollar en sentido estricto, labor de educación y organización del proletariado y demás clases aliadas” (Madera 6; 1974: 36). En suma, para perseguir los objetivos finales de la revolución se requiere de un trabajo de concienciación, sea a través del periódico Madera, sea mediante la praxis política; sea en la dirección vanguardia - espontáneos; este factor atraviesa la labor revolucionaria y se constituye como una pieza clave en el derrocamiento del sistema capitalista. Así, a la pregunta que planteé sobre dónde localizar el componente educativo en el proyecto de la Liga y en su periódico, respondo que atraviesa transversalmente todas las actividades siempre con base en una mirada leninista. No puede concebirse la revolución sin una labor de educación política.

El tejido educativo como categoría intermedia me permite observar esta transversalidad en el discurso político de la Liga; su función es educar, construir un escenario propicio para la insurrección y se combina con el enunciador pedagógico quien prescribe la fórmula de la concienciación, el programa, y la realización práctica de los objetivos históricos del proletariado. Está conformado por los siguientes elementos leninistas, expuestos aquí, a manera de una larga cadena de equivalencias: agitación= dirección revolucionaria= discusión= liquidación del periodo de dispersión= periódico como organizador= trabajo de vanguardia como dirección revolucionaria= necesidad de fundir el socialismo científico con el movimiento obrero= necesidad de combatir el oportunismo= el papel de la experiencia para acciones futuras= el estudio del marxismo leninismo= la educación política para clarificar objetivos= la promoción y estudio de la discusión política= el periódico como educador colectivo. Todos estos elementos dan identidad al tejido educativo y tienden hacia el mismo fin: la insurrección armada.

A manera de cierre: Mostrar al desedimentar, otra lectura sobre los efectos del movimiento de 1968

¿Qué hice en cada capítulo y cómo se relacionan entre ellos?

En un inicio el proyecto era vago y sencillo: me interesaba conocer si existía un proyecto educativo en la Liga Comunista 23 de septiembre. Esta intuición nació al revisar someramente el primer número del periódico Madera de la organización. La tarea fue tomando forma cuando me planteé averiguar los imaginarios que orientaban el anhelo de plenitud colectiva de dicho grupo. Ya desde la tesis de maestría había empezado a retomar y darle forma a esta noción laclauiana y quería profundizarla ahora para este referente empírico.

Cuando me di cuenta ya estaba construyendo un objeto inusitado que removía todo lo que hasta el momento se había dicho sobre el movimiento de 1968: a veces se comenta la influencia del mismo en el movimiento armado de la década siguiente, pero no son más que charlas espontáneas atravesadas de obviedades. Profundizar sobre esa relación se convirtió en la mejor manera de construir mis condiciones de producción del discurso a analizar. Y una vez desedimentada la lectura más oficialista en torno al movimiento estudiantil me tocaba aportar algo, decir cosas distintas, tal como asegurar que la Liga Comunista 23 de Septiembre se conformó como una de las condiciones de reconocimiento de dicho momento dislocatorio, y que en la emergencia de un nuevo proyecto revolucionario se jugaba además, una dimensión educativa.

De tal manera, el primer capítulo constituyó una entrada teórica estructurada a manera de claves de lectura. Dentro del juego de lenguaje de los miembros del Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación (PAPDI) al cual me suscribo, concebimos la teoría como una caja de herramientas de la cual es posible seleccionar éstas o aquéllas en función de los requerimientos del referente empírico. Con base en ello presenté las nociones y lógicas que me permitían cumplir mi objetivo desedimentador: mostrar la pugna, los sentidos en lucha, las posiciones en disputa en torno al movimiento de 1968; entender cómo se hegemoniza un campo (siempre en función de lo que queda excluido de él), y cómo este resto pendiente continúa amenazando la identidad de la relación política, a grado tal que una vez domesticado el antagonismo emerge uno nuevo, más fuerte, inasimilable, representado ópticamente en la Liga.

La dislocación estructural permite una re-estructuración: la represión y la masacre son condiciones para el ofrecimiento de una Apertura Democrática que incluyera una reforma integral al sector educativo, que recompusiera el espectro político al tiempo en que lo modificaba (pues ya no volvió a ser lo que era antes del 68). La recomposición puede entenderse a partir de la distinción entre mito e imaginario; ambas categorías expresan horizontes de plenitud pero cada una jugando en su particularidad, en su capacidad de abrigar deseos, aspiraciones, o demandas. Parte de la izquierda de la década de los años setenta se bifurcó entre la democracia y la revolución, términos que cobijaron toda una serie de acciones institucionales o bien, independientes.

Es en los capítulos primero y segundo donde presento las herramientas de análisis que me permiten caracterizar lo anteriormente mencionado: la conformación hegemónica al interior del CNH, las versiones que se sedimentaron, las que quedaron excluidas, la emergencia de imaginarios distintos, la profundización de dicha noción, etc.

En el capítulo tercero me coloco las gafas del APD y leo mis documentos. Las notas periodísticas recopiladas por Ramírez (1969) a lo largo del movimiento, los libros escritos por ex miembros del CNH, y los testimonios de los protagonistas publicados por casas editoriales de renombre dan cuenta de la sedimentación de una versión ampliamente difundida como parte de un relato democratizador de la política nacional, reivindicada incluso por el priísmo mismo. Las versiones se modifican con el paso de las décadas: inmediatamente después del 68 tendieron a la mistificación y a asentar una versión victimista que negaba toda posibilidad de desviación o de lecturas distintas de los hechos. En el contexto del treinta aniversario de la masacre, nuevas visiones aparecieron y se le dio la palabra a los estudiantes politécnicos para constatar que el hegemónico CNH no agotaba en su versión todas las minucias que habían acontecido durante esos meses, incluyendo en ello el ejercicio de la autodefensa y la violencia premeditada en aras de la solidaridad y la protección de los planteles. No sólo eso, ya en años recientes la lectura sobre los mismos hechos se modifica: debido a las acciones de los “estudiantes violentos” que creían en la revolución, y a la “infiltración policíaca”, el desenlace represivo fue fatal aquel dos de octubre. De ello se culpa en buena medida a los participantes que veían un horizonte distinto al democrático. Es en este capítulo y en el siguiente donde se construye la categoría intermedia outsider.

Esto nos muestra que los acontecimientos no están definidos de una vez y para siempre, que en la lectura de los mismos se juega una dimensión de poder por la hegemonización del sentido y la diseminación de la significación, y que el hecho de que

un relato se establezca no implica que no hayan existido otras versiones que, eventualmente, pudieran llegar a salir a la luz. Quien piense que tiene la lectura definitiva, única y válida sobre un mismo suceso raya en el autoritarismo, y frente a esa pretensión es necesario poner a producir a la lógica aporética en la tensión: un evento significa una y otra cosa al mismo tiempo, y en el rejuego entre las visiones en pugna se encuentra el ser más propio de lo político: la lucha que recrea constantemente lo social y nos ofrece un mundo menos dado.

El cuarto capítulo está dedicado a observar los resultados de la tensión entre la visión democrática y la revolucionaria sobre un mismo movimiento; me permitió mostrar que el 68 no es propiedad de unos u otros sino que tiene significados distintos para cada posición: una de ellas se sedimentó, otra quedó invisibilizada.

En el capítulo quinto analizo cómo se implementó la reforma integral educativa como estrategia de apaciguamiento del conflicto. Díaz Ordaz y otras autoridades federales, intelectuales, y grupos sindicales circunscribieron el movimiento como un evento de causas y reivindicaciones educativas. A pesar de que dentro de las demandas del pliego petitorio no se hizo ninguna solicitud dentro de este ámbito, el presidente ofreció una solución de este tipo, prometiendo una reforma que se concretó en el sexenio de Luis Echeverría. La movilización hegemónica por el CNH (quien se adjudicó para sí la representación del estudiantado, y a quien el gobierno federal le reconoció la voz legítima del movimiento una vez domesticada la relación antagónica) originó una respuesta gubernamental de tipo educativo; pero también la visión invisibilizada, la de la posición revolucionaria outsider, dio pie a un proyecto de textura educativa diametralmente opuesto: educación como agitación para la transformación.

El sexto y último capítulo lo dedico al análisis del periódico Madera, órgano clandestino de difusión de la Liga comunista 23 de septiembre en el cual se plasma la estrategia de educación para la revolución. En el entramado particular de dicho órgano se produce una textura educativa que las herramientas de la semiología social de Eliseo Verón me ayudaron a comprender. Mientras el gobierno federal extrae intencionadamente una reforma educativa del 68, la Liga produce un proyecto que de manera también intencionada se encuentra atravesado por elementos de aprendizaje, y cuya textura en buena medida se compone de un tejido educativo por diversos motivos:

- a) El proyecto revolucionario de la Liga en general es intencionalmente educativo; y aunque el Madera no fue un medio exclusivamente conformado para fines

educativos, tiene la educación política entre sus fines principales para la preparación de la insurrección generalizada

- b) En el Madera se habla desde un enunciador que sabe hacia uno que aprende o que puede aprender en colectivo
- c) La educación política que encamina al proletariado hacia la toma de las armas no se circunscribía a un espacio formal, debía realizarse en centros de trabajo, en las calles, mítines, “repartizas” y movilizaciones en general
- d) La categoría intermedia “tejido educativo” permite establecer una cadena equivalencial entre distintos elementos que remiten a procesos formativos dentro del entramado del Madera (muchos de ellos provenientes del discurso leninista), y la idea misma de “componente” aportada por Verón como herramienta de análisis del discurso político.
- e) Es hasta que se ha recorrido todo el objeto construido cuando cobra relevancia el papel contingente de la educación política en la transformación radical. Dentro del relato teleológico determinista se atraviesa la contingente educación política como proceso de concientización sin el cual, simplemente, no habrá revolución

Así, puede decirse que en este trabajo construí un objeto original; que desedimenta antiguas visiones; que recoloca las posturas que habían sido invisibilizadas (desaparecidas) del entramado izquierdista; que lee con nuevos ojos a la Liga pues no me encasillo en la narración, los testimonios, la victimización, o el énfasis en la guerra sucia. A pesar de las dificultades que ello representa, primero, porque todavía hay reacios a aceptar la importancia del movimiento armado en México; segundo, porque las fuentes son de difícil acceso, empezando porque la parte dedicada a ese periodo en el Archivo General de la Nación (AGN) acaba de ser cerrado luego de unos cuantos años de apertura en la administración panista; o bien, porque los sitios de internet en donde se han llegado a subir algunos documentos, terminan siendo cerrados o atacados por hackers con su consecuente desaparición; y tercero, porque persisten las pugnas entre los sobrevivientes de la Liga, lo cual me orilló a preferir el análisis documental antes que el testimonial.

La cuestión educativa en este objeto abarca distintos niveles y opera en diferentes momentos de la investigación: primero, y de manera muy básica, porque se refiere a un movimiento estudiantil, sostenido por estudiantes en espacios formativos institucionales, una especie de *Zeitgeist*, de clima cultural de época nutrido por un contexto de

movilizaciones a nivel mundial (tal como se vio en el apartado El 68 en el mundo, del capítulo tercero); una explosión juvenil que dentro de los espacios escolares llevó a cabo una crítica voraz que desembocaría en distintos proyectos de cambio y transformación. Sobre este último punto Rodríguez Kuri resulta ilustrativo:

Una buena parte del malestar en la cultura moderna mexicana de la segunda posguerra se fraguó en las aulas, en los pasillos y las cafeterías de los planteles, en las sociedades de alumnos, en los viajes en autobuses de casa a la escuela y viceversa, y en los paros, huelgas y manifestaciones estudiantiles (Rodríguez, 2003: 185)

Segundo porque los miembros de la Liga también eran en su gran mayoría, miembros de este sector social; tercero porque una de las motivaciones que llevaron a los politécnicos a ejercer la violencia física estaba relacionada con la protección de sus lugares de estudio de la incursión policíaca, sitios a los que caracterizaban como su segundo hogar. La constitución de subjetividades, proceso educativo por excelencia, acompaña tanto la constitución y transformaciones del CNH como la formación del *Outsider* también en tanto que sujetos políticos. Cuarto, porque frente al problema que le representaba a la administración de Díaz Ordaz afrontar el conflicto que estaba desestructurando su gobierno mediante la respuesta al pliego petitorio del CNH, buscó establecer una estrategia política de reforma integral consumada en el siguiente sexenio que abarcaría por mucho el ámbito de la educación; quinto, porque, fue posible caracterizar a la educación política enarbolada en el periódico Madera como una estrategia de agitación revolucionaria que mediante el componente (tejido) educativo atraviesa las prescripciones necesarias para el desarrollo de la lucha proletaria; y sexto, porque en el ofrecimiento de cada una de las estrategias se conformaron nuevas subjetividades con base en ofrecimientos de horizontes distintos y abarcativos entendidos aquí como imaginarios.

Aporte categorial

Las categorías intermedias que construí para esta investigación fueron tres: imaginario históricamente sedimentado; outsider; y tejido educativo. La primera se encuentra entre las herramientas de la Teoría de la hegemonía y la necesidad de nombrar el anhelo de plenitud contextual de las posiciones de sujeto involucradas en mi objeto de estudio.

Aunque imaginario es una noción que Laclau propone someramente y sin profundizar demasiado en su texto *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990), lo que hice fue retomarla y llevarla al límite de su productividad, siguiendo las lógicas y nociones propias de su propuesta analítica; y a partir de ahí es que enuncié la posibilidad de hablar de imaginarios que emergen como todo imaginario en el contexto de la relación articuladora pero al ser normalizados, universalizados y reiterados adquieren un valor político adicional especial que los convierte en susceptibles de ser retomados en numerosas ocasiones diversas; esto es, que pueden representar la plenitud ausente de casi todas las posturas involucradas. A ello le llamé “imaginarios históricamente sedimentados” y me ayudó a entender el papel de los significantes democracia y revolución dentro de cada posición.

En general todos los imaginarios cumplen una función invisibilizante porque simulan cierre, objetividad, completud, y en esa operación nublan la presencia de los elementos que nunca lograron articularse. En esta investigación específicamente importa la posición del *outsider*, el sujeto que se convierte en el nuevo antagonista y le da identidad a la relación demócratas-gobierno echeverrista. *Outsider* se refiere a una posición de sujeto: la que queda fuera de la articulación; la que el CNH construye como ilegítima; con la que el gobierno federal no puede dialogar. No queda fuera como mera diferencia, sino que antagoniza. Es el nuevo antagonista que le da identidad a la armónica apertura democrática, desde su exclusión; pero además no sólo es excluido, sino que se construye a sí mismo desde la exclusión. Es simplemente inarticulable porque antagoniza a muerte con el gobierno y con el Estado. El *outsider* también delimita sus fronteras y en dicha operación queda al margen de muchas otras posturas inclusive armadas. La posición *outsider* tiene un proyecto propio expresado en su órgano clandestino de difusión Madera. El *outsider* hace balances de los contextos prevalecientes y con base en ello prescribe medidas, muchas de ellas de corte educativo: agitar, difundir, discutir, fundir el socialismo científico con el movimiento proletario, etc.

El *outsider* ostenta una textura educativa que toca transversalmente todas sus prácticas y planteamientos. No sólo el periódico Madera es un medio para formar conciencias, también prescribe cómo hacerlo, cómo asumir la labor de educación política, mediante qué acciones concretamente. Es posible encontrarlo si se hace uso de otra categoría intermedia: *tejido educativo*, que se construye entre las nociones de la semiología veroniana y los fragmentos envueltos de resabios leninistas.

El *tejido educativo* es más que un componente de la enunciación para el caso del periódico analizado; es una categoría intermedia que me permite observar la textura formativa presente en los Madera, el entramado de consignas, experiencias de lucha, palabras autorizadas de Lenin, las formas en que se prescribe la toma de conciencia, y demás: por eso es tejido y es educativo en la medida en que intencionalmente promueve cambios en la subjetividad tanto individual como colectiva. Se conforma entre los componentes de la enunciación (que operan como articulación entre el enunciado y la enunciación), y los documentos de la organización armada. Para entender que también existieron efectos educativos en la Liga me fue útil y necesario recurrir a algunas herramientas de la semiología veroniana, particularmente a las que se proponen como parte del análisis del discurso político. Con base en ellas encontré que las formas del decir de la Liga, lo que decía la Liga, y lo que prescribía la Liga tendió en gran medida a fomentar el aprendizaje en los sujetos adeptos a la revolución, precisamente, para llevar a cabo la anhelada transformación. El periódico, como espacio organizador, se conformó en un medio de formación intencional y no formal idóneo para la consecución de sus metas.

Aperturas

Toda investigación bien delimitada llega a su fin, y en el proceso de su construcción permite entrever nuevas aperturas y futuros objetos por construir. En mi caso, la continuidad sobre el tema de la Liga me resulta interesante y posible a manera incluso de línea de investigación, ya que, a pesar de que en la actualidad el tema ya representa un desafío para diversos jóvenes que comienzan a estudiarla desde diversas perspectivas, también es cierto que poco se ha escrito sobre el tema y que es necesario consolidarlo en el ámbito académico no sólo para rescatar del olvido, desprecio o del odio esa parte de la historia mexicana, sino también para darle un tratamiento riguroso que rebase las versiones de sentido común que pretenden denostarlo. Los temas que quisiera profundizar en un futuro son: la reconstrucción minuciosa de la estructura de la Liga, su articulación y la visión de los grupos que fueron calificados como “oportunistas” en el periódico; la contingencia educativa en el proyecto revolucionario de la Liga Comunista 23 de Septiembre como elemento que erosiona la necesidad teleológica; los acercamientos y distancias entre el texto Universidad fábrica y el libro *La sociedad desescolarizada* de Iván Illich; la comparación entre el periódico Madera revolucionario y

la revista Punto Crítico democrático; narrativa y memorias politécnicas: entrevistas a participantes, procesos educativos y subjetivación a partir de su incorporación al movimiento de 68 y su actuar en las batallas por defender sus escuelas de la ocupación militar; problematización de la violencia como categoría de análisis en Walter Benjamin y otros autores; explorar la relación entre lo educativo y lo político con base en Mercedes Ruiz, entre otros.

Siglas

ACNR (Asociación Cívica Nacional Revolucionaria)
AGN (Archivo General de la Nación)
APD (Análisis Político de Discurso)
CCH (Colegio de Ciencias y Humanidades)
CENED (Central Nacional de Estudiantes Democráticos)
CIA (Agencia Central de Inteligencia)
CNH (Consejo Nacional de Huelga)
CTM (Confederación de Trabajadores de México)
CU (Ciudad Universitaria)
DDF (Departamento del Distrito Federal)
ENEP (Escuela Nacional de Estudios Superiores)
FECSM (Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México)
FEG (Federación de Estudiantes de Guadalajara)
FEMOSPP (Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado)
FER (Frente Estudiantil Revolucionario)
FNET (Federación Nacional de Estudiantes Técnicos)
GDO (Gustavo Díaz Ordaz)
IPN (Instituto Politécnico Nacional)
LEA (Luis Echeverría Álvarez)
MURO (Movimiento Unificado de Renovada Orientación)
PAPDI (Programa de Análisis Político de Discurso e Investigación)
PARM (Partido Auténtico de la Revolución Mexicana)
PCM (Partido Comunista de México)
PDLP (Partido de los Pobres)
PGR (Procuraduría General de la República)
PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores)
PPS (Partido Popular Socialista)
PRI (Partido Revolucionario Institucional)
PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores)
PST (Partido Socialista de los Trabajadores)
SEP (Secretaría de Educación Pública)
SUA (Sistema de Universidad Abierto)

UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México)

Referencias

- Althusser, L. (1967). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- y Balibar, E. (2004). *Para leer el Capital*. México: Siglo XXI.
- Álvarez, R. (1998). *La estela de Tlatelolco. Una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*. México: Grijalbo.
- Álvarez, R. y Guevara Niebla, G. (coords.) (1998). *Pensar el 68*. México: Cal y Arena.
- Allier, E. (2009). Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71. 287-317.
- Bravo, V. y Carranza Palacios, J.A. (1976). *La obra educativa*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Buenfil, R. N. (2007). Negatividad en la educación, un tema inquietante e insoslayable. En S. Fuentes Amaya (coord.), *Horizontes de intelección en la investigación educativa: discursos, identidades y sujetos* (pp.) México: Juan Pablos.
- Castrejón, J. y Romero, C. (1974). *Sobre el pensamiento educativo del régimen actual*. México: Sepsetentas.
- Davidson, D. (1991). El mito de lo subjetivo. En *Mente, mundo y acción* (pp.51-71) Barcelona: Paidós.
- Descartes, R. (2008). *Meditaciones metafísicas*. Barcelona: Tecnos.
- González, C. A. (2011). Los años recientes. 1964-1976. En Solana, F. y Cardiel, R. (coords.) *Historia de la educación pública en México (1876-1976)*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE)-SEP.
- Guevara, G. (2004). *La libertad nunca se olvida*. México: Cal y arena.
- (2008). *1968 Largo camino a la democracia*. México: Cal y arena.
- Howarth, D. (2008). Hegemonía, subjetividad política y democracia radical. En Critchley y Marchart (comps.) *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires: FCE.
- Jardón, R. (1998). *1968 El fuego de la esperanza*. México: Siglo XXI.
- Kant, I. (2008). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Libertador.
- Laclau, E. (1990). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. En Laclau. E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp.19-99). Buenos Aires: Nueva visión.

- Laclau, E. y Mouffe, C. (1990). Posmarxismo sin pedido de disculpas. En Laclau, E. y Mouffe, C. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 111-145). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (1996a). Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad. En Laclau, E. *Emancipación y diferencia* (pp.43-86). Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (1996b). ¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política? En *Emancipación y diferencia* (pp. 69-85). Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2001). *Posición de sujeto, dislocación y falta* (manuscrito inédito). México: Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (DIE-Cinvestav IPN).
- Laclau, E. (2003a). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En Butler, Laclau, Zizek (coord.) *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 49-93). México: FCE.
- Laclau, E. (2003b). Construyendo la universalidad. En *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 49-93). México, FCE.
- Laclau, E. (2004a). Política y los límites de la modernidad. En Buenfil, R. N. (coord.). *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad* (pp. 55-73). México: Plaza y Valdés.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004b). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. (2006). Política de la retórica. En *Misticismo, retórica y política* (pp. 57-99) Buenos Aires: FCE.
- Laguna, B. M. (1997). *La prensa clandestina en México. Caso del periódico Madera 1973-1981*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, México.
- López, J. (1974). *Diez años de guerrillas en México 1964-1974*. México: editorial Posada.
- López, I. (2009). *La calidad educativa entre lo global y lo local. El peregrinaje de un signifiante de plenitud*. Tesis de Maestría, DIE-Cinvestav, México.
- (2015). Educational Quality at the Mexican Elementary Level: Hegemonic Imaginary and Promise of Fulfillment. *International Review of Social Sciences and Humanities* Vol. 9, No. 1 (2015), pp. 146-156.
- Mendoza, J. (2001). *Los conflictos de la UNAM en el siglo XX*. México: Centro de Estudios Sobre la Universidad (CESU-UNAM).
- Montemayor, C. (2010). *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968*. México: Debate.

- Mouffe, C. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Navarrete, Z. (2009). Eclecticismo teórico en las ciencias sociales. El caso del Análisis Político de Discurso. En *Análisis Político de Discurso. Dispositivos intelectuales en la investigación social*. México: Juan Pablos.
- Poniatowska, E. (1997). *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*. México: Era.
- Putnam, H. (2000). La antinomia del realismo. En *Sentido, sinsentido, y los sentidos* (pp.47-72). Barcelona: Paidós.
- Ramírez, R. (1969a). *El movimiento estudiantil de México. Julio-diciembre de 1968, tomo I*. México: Era.
- (1969b). *El movimiento estudiantil de México. Julio-diciembre de 1968, tomo II.*, México: Era.
- Ramos, R. (2003). *El tiempo que nos tocó vivir*. México: Editorial Huasipungo.
- Rodríguez, K. A. (2003). Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968. *Revista Historia Mexicana, Vol. 53, No. 1. Julio-septiembre*. 179-228.
- Rojo, A. (1997). Identidad del discurso modernizador de la educación superior: el caso de la UNAM 1970-1972. *Acta Sociológica*, no. 21, septiembre-diciembre, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Salas, I. A. (2003). *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*. México: Editorial Huasipungo.
- Saur, M. D. (2014, octubre). *Lo educativo más allá de la escuela. Experiencia formativa y subjetividad*. Ponencia presentada en el IX Encuentro de Análisis Político de Discurso: "Problemas sociales y educativos: formación de sujetos, políticas e instituciones" en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM
- Torring, J. (2004). Un repaso al análisis de discurso. En Buenfil, R. N. (coord.) *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad* (pp.31-53). México: Plaza y Valdés.
- Tuirán, R. y Quintanilla, S. (2012). *90 años de educación en México*. México: FCE. F
- Verón, E. (1980). *Discurso, poder, poder del discurso*. Disponible en <http://eliseoveron.com/wp-content/uploads/2013/08/Discurso-poder-poder-del-discurso.pdf> última consulta 25/05/2015
- (1987). *La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política*. Disponible en <https://comycult.files.wordpress.com/2009/03/verc3b3n-la-palabra-adversativa00011.pdf> última consulta 25/05/2015
- (2004). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa. Disponible en

[file:///C:/Users/itzel/Downloads/1070940024.7363658-Veron-Eliseo-Diccionario-de-Lugares-No-Comunes\[2\].pdf](file:///C:/Users/itzel/Downloads/1070940024.7363658-Veron-Eliseo-Diccionario-de-Lugares-No-Comunes[2].pdf) última consulta 25/05/2015

----- (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.

----- (1995). *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires (UBA).

----- (1985). *El análisis del 'contrato de lectura. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media*. Disponible en: https://arfuch2.files.wordpress.com/2009/10/veron_eliseo_analisis_del_contrato_de_lectura.pdf última consulta 16/04/2015

Weber, M. (1977). *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona: Ediciones de bolsillo.

Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.

Zizek, S. (1990). Más allá del análisis del discurso. En Laclau, E. (coord.). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (pp. 257- 267). Buenos Aires, Nueva Visión.

----- (1992). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.

Díaz, G. y Echeverría, L. *Informes presidenciales*. Disponible en:

<http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/re/RE-ISS-09-06-13.pdf> (25/02/2014)

<http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/re/RE-ISS-09-06-14.pdf> (25/02/2014)

Hemerografía

Transcripciones estenográficas

Periódico Madera viejo no. 1, mayo de 1972

Periódico Madera viejo no. 2, mayo-junio de 1972

Periódico Madera viejo no. 3, junio de 1972

Periódico Madera viejo no. 3bis, junio de 1972

Periódico Madera viejo no. 4, abril de 1973

Copias del original

Madera. Periódico clandestino no. 1, enero de 1974

Madera. Periódico clandestino no. 2, 1974

Madera. Periódico clandestino no. 3, abril de 1974
Madera. Periódico clandestino no 4, mayo de 1974
Madera. Periódico clandestino no. 5, septiembre de 1974
Madera. Periódico clandestino no. 6, diciembre de 1974
Madera. Periódico clandestino no. 7, diciembre de 1974
Madera. Periódico clandestino no. 8, enero de 1975
Madera. Periódico clandestino no. 9, febrero de 1975
Madera. Periódico clandestino no. 10, marzo de 1975
Madera. Periódico clandestino no. 11, abril de 1975
Madera. Periódico clandestino no. 12, mayo de 1975